

Una historia de India moderna

Volumen I:
India colonial

Ishita Banerjee-Dube

EL COLEGIO DE MÉXICO

UNA HISTORIA DE INDIA MODERNA
VOLUMEN I: INDIA COLONIAL

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

UNA HISTORIA DE INDIA MODERNA
VOLUMEN I: INDIA COLONIAL

Ishita Banerjee-Dube



EL COLEGIO DE MÉXICO

954

B2152in

Banerjee-Dube, Ishita

India colonial /Ishita Banerjee-Dube ; tr. María Capetillo. — 1a ed. — Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2018.

346 p. ; 21 cm. — (Una historia de India moderna ; 27)

ISBN 978-607-628-269-4 (volumen 1)

ISBN 978-607-628-268-7 (obra completa)

1. India — Historia — Siglo XVIII. 2. India — Historia — Siglo XIX.
3. India — Historia — Ocupación británica, 1765-1947. I. t. II. Capetillo, María, tr.

Traducción de María Capetillo

Primera edición, 2018

D.R. © El Colegio de México, A.C.

Carretera Picacho Ajusco núm. 20

Ampliación Fuentes del Pedregal

Delegación Tlalpan

14110, Ciudad de México, México

www.colmex.mx

ISBN 978-607-628-269-4 (volumen 1)

978-607-628-268-7 (obra completa)

Impreso y hecho en México

*Para Carlos Marichal, historiador distinguido,
colega generoso y ser humano ejemplar*

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Mapa: India, 1765	13
Introducción: el imperio y la colonia	15
1. El colorido mundo del siglo xviii	23
2. La aparición del raj de la Compañía	89
3. Un siglo inaugural	155
4. Reedificación	245
Referencias	315

AGRADECIMIENTOS

Hace años Debjani Mazumder, de Cambridge University Press, me invitó a escribir un libro de texto que cambiaría el modo de ver la historia de India moderna. Acepté la invitación con estremecimiento y arrebató. La tarea era audaz e inspiradora al mismo tiempo. Dedicué más de cinco años a leer, aprender, asimilar, interpretar y redactar *A History of Modern India* (publicado por Cambridge University Press en 2015). Agradezco sinceramente a Debjani y su equipo de Cambridge University Press por impulsarme a aceptar el reto y por acompañarme en cada paso de su realización con pericia, cuidado y cariño. Agradezco también la generosidad de Cambridge University Press al cederme los derechos para sacar a la luz una versión en español de este libro.

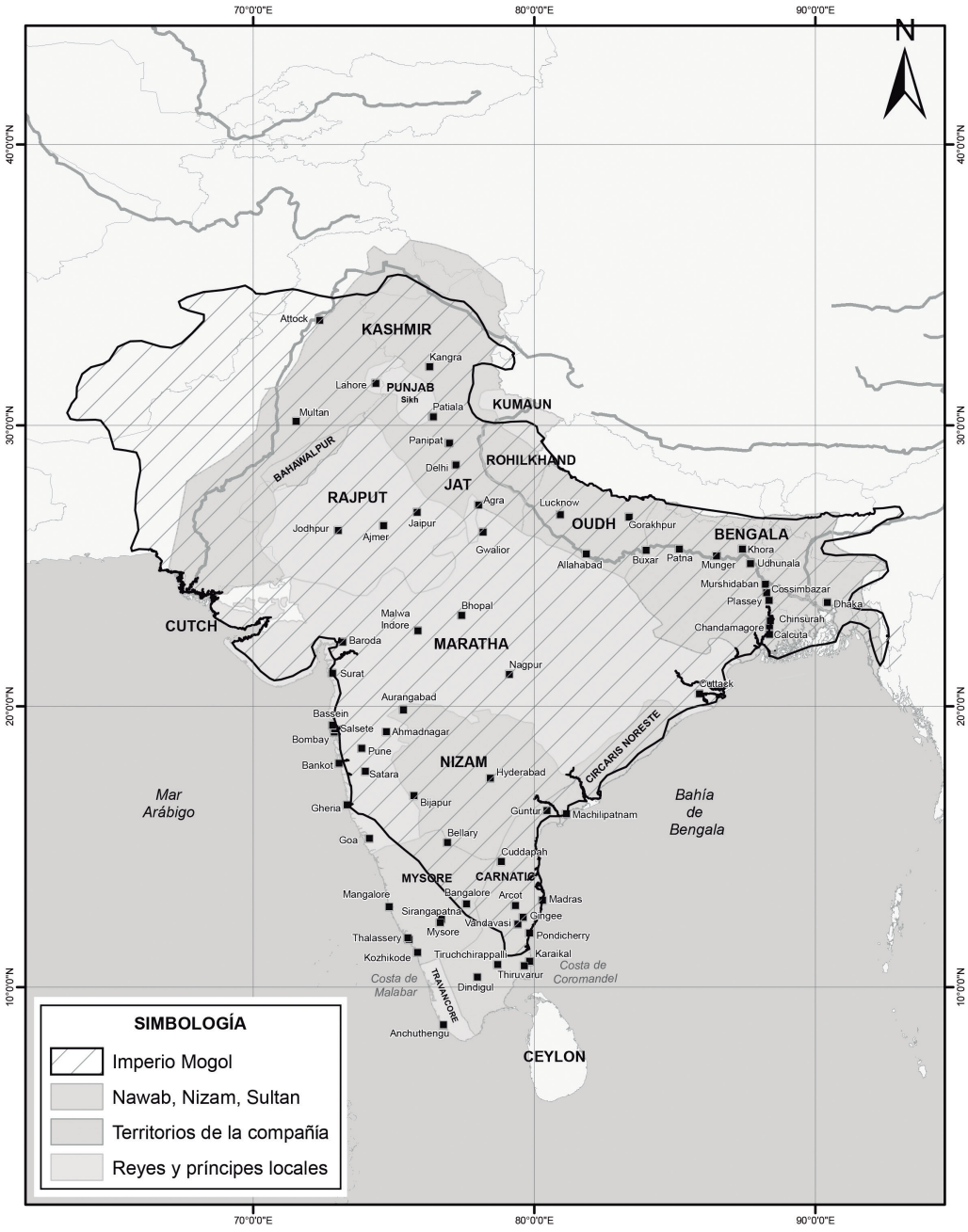
Me ayudó a retomar el trabajo de hacer una versión modificada del libro en español en dos volúmenes el entusiasmo contagioso de mis colegas de El Colegio de México, en particular el distinguido historiador Carlos Marichal, del Centro de Estudios Históricos (CEH); el de Gilberto Conde, Saurabh Dube y Marisela Connelly, y el de varias generaciones de estudiantes de maestría del Centro de Estudios de Asia y África (CEAA). Los dictámenes muy positivos de la propuesta de la versión en español fueron cruciales en mi decisión de publicar este libro: expreso mi gratitud a los dictaminadores anónimos. El apoyo del equipo de publicaciones tanto del CEAA como de El Colegio de México ha sido fundamental: el libro no hubiera sido posible sin la solidaridad y el trabajo meticuloso de

Cynthia Godoy, y el apoyo de Magdalena Bobadilla y de José Antonio Cervera. Gabriela Said y todo su equipo han brindado su trabajo profesional y su cariño personal para dar forma al libro. Les agradezco mucho. María Capetillo ha hecho un trabajo ejemplar al traducir el libro poniéndose en constante contacto conmigo para aclarar cualquier duda, para solicitar mi opinión sobre la traducción de conceptos, frases u oraciones complicadas, y para preservar el espíritu y el estilo narrativo de la versión original. Muchas gracias, María. Agradezco también al Sr. Raúl Lemus Pérez por su ayuda en la elaboración de los mapas.

Édgar Pacheco y Aldo Morales, mis colegas y ayudantes de investigación, han colaborado de manera excepcional al buscar referencias bibliográficas, revisar la traducción y corregir las pruebas; incluso brindaron su apoyo técnico para formar el libro adecuadamente. Su ayuda ha sido esencial. Les doy las gracias de todo corazón. Luis Quiñones y Eduardo Luciano Acosta aportaron de manera incondicional observaciones acerca del libro y sugerencias técnicas. Quiero extenderles mis agradecimientos a ambos.

La lectura cuidadosa del libro en inglés por parte de Carlos Marichal, sus comentarios muy generosos y su insistencia sobre la publicación del libro en español me han hecho sentir honrada y privilegiada. Quiero dedicarle los dos volúmenes de *Una historia de India moderna* a él con mi profunda gratitud.

INDIA, 1765



Imperial Gazetteer of India, 1909, reproducido con permiso en Ishita Banerjee-Dube (2015). A History of Modern India, Delhi: Cambridge University Press. Adaptado y trabajado para este volumen.

INTRODUCCIÓN: EL IMPERIO Y LA COLONIA

Enseñar historia moderna de India a varias generaciones de estudiantes de posgrado en El Colegio de México ha sido fascinante y desafiante. Los términos *colonialismo* y *nacionalismo* y la entidad-concepto de lo *moderno* poseen un significado muy particular para los estudiantes de México y Sudamérica, donde el colonialismo se relega a un pasado lejano y el nacionalismo se rememora en las espectaculares celebraciones de la nación. Simultáneamente intimida, intriga e inspira la tarea de señalar las historias conectadas del imperio y la colonia; la influencia perdurable del colonialismo junto con los más nuevos conocimientos, y las construcciones y despliegues de la nación y el nacionalismo.

Emprendí esta tarea con un espíritu aventurero. Las historias referidas en los dos volúmenes pretenden narrar los procesos socioculturales y político-económicos, los eventos y las acciones que contribuyeron a la constitución de India como una nación moderna. El esfuerzo es riesgoso en tres sentidos. Primero, porque se trata de contar una historia sin clausura, una historia no acabada que no propone explicar los acontecimientos como un todo. Segundo, porque se intenta leer la evolución de la sociedad india a través del colonialismo junto con las corrientes ideológicas, los eventos y los procesos en Inglaterra (Gran Bretaña) para subrayar la conexión íntima entre la colonia y la metrópolis, lo que a su vez agrega nuevas dimensiones al colonizador y al colonizado, y cambia nuestra idea de *lo moderno* mientras inaugura un espacio de debate sobre

la nación y el nacionalismo. Finalmente, porque se ofrecen nuevas lecturas de los procesos y los eventos en India durante los siglos XVIII a XX desde la perspectiva de los grupos subordinados y de género, y propone nuevos caminos para trabajos ambientales.

La decisión de trabajar de esta particular manera se fundamenta en mi propio enfoque y entendimiento de la historia y del método histórico. Décadas atrás, R. G. Collingwood, un renombrado filósofo inglés de la historia —aun cuando reconocía que ésta podría ser y era “científica”, y que trataba de las acciones de seres humanos para dar a conocer a humanos del presente lo que son y fueron—, afirmó que esa disciplina era autorreferencial y subjetiva, y señaló que había evolucionado históricamente desde el tiempo de Heródoto y Tucídides (siglo V) hasta principios del siglo XX, porque su definición había cambiado con el paso del tiempo. El pasado de la humanidad, que según Collingwood constituye el tema principal de la historia, no podía observarse de la misma forma que los fenómenos naturales: el pasado sólo puede imaginarse y reconstruirse (Collingwood, 1946).

Esta disciplina académica es consciente de su tensión constitutiva: entre “los hechos del tema” y “la narrativa de tales hechos”, así como entre la acción y la narración, y entre la ocurrencia y la representación. En otras palabras, incluso cuando la historia pretende “recuperar” lo que sucedió en el pasado, lo que realmente recupera es “lo que se dice que ha sucedido” (Trouillot, 1995, p. 2). En la enunciación sucinta de Michel-Rolph Trouillot la primera parte, “lo que sucedió”, enfatiza los procesos sociohistóricos, mientras que la segunda, la narración de “lo que sucedió”, destaca nuestra percepción de la acción o la historia de la recuperación de dicha acción (Trouillot, 1995, p. 2). Los esfuerzos por conciliar esta tensión han encontrado articulación en las principales tradiciones de la historiografía. La historia, escribía Donald Kelley en 1998, siempre ha tenido dos caras: la analítica (científica) y la hermenéutica (interpretativa), representadas por Tucídides y Heródoto, respectivamente (Kelley, 1998, p. 262).

Una historia de la India moderna sigue la tradición hermenéutica, donde una aproximación tanto a los acontecimientos como a los procesos y su comprensión e interpretación abiertas, así como la atención a la experiencia y la emoción adquieren primacía sobre una mera “recuperación” y una exposición de “los hechos”. La narrativa intenta urdir el hecho y la interpretación de manera tal que ésta disuelva su singularidad sin abandonar el rigor y la coherencia; asimismo, ofrece un tapiz de historias sobre acontecimientos y procesos que permitan al lector obtener sus propias conclusiones.

Los cuatro capítulos del primer volumen pretenden traer a colación los mundos evolutivos y emocionantes de los siglos XVIII y XIX de la India y más allá. De igual manera, ofrecen vistazos de las vibrantes culturas del comercio del océano Índico; del cosmopolitismo mogol y el desplazamiento gradual del Estado mogol por los principados regionales emergentes, y de la transformación lenta de una empresa comercial, la Compañía Inglesa (Británica) de las Indias Orientales, en una potencia colonial y sus cambiantes relaciones e interacciones con los gobernantes y príncipes, y con los banqueros y comerciantes indios. Del mismo modo, indagan en la elaboración de culturas coloniales conformadas por ideologías británicas, prácticas de los gobernadores de la Compañía y una interacción con los intelectuales indios y la gente ordinaria. Analizan además la construcción y el establecimiento de las cambiantes ideas del colonizador y el colonizado que produjeron una variedad de respuestas entre los mismos colonizados. También centran su atención en la transformación administrativa de la Compañía a la regla de la Corona en la segunda mitad del siglo XIX, y sus repercusiones de largo alcance.

Los capítulos de este primer volumen procuran crear un diálogo con estudiantes y estudiosos sobre la apreciación de los pasados. La narrativa del texto es impulsada por la “curiosidad” y no por la “certeza” (Guha, 2007, p. 14); además, se intenta estimular al estudiante para que considere si las historias del colonialismo y de la

India colonial se pueden escribir como historias-abiertas para evidenciar hasta qué punto éstas confunden nuestros entendimientos establecidos del colonialismo y del colonizado.

El primer capítulo inicia con una incursión en el colorido mundo del siglo XVIII, tiempo en el que sucedía el colapso del imperio mogol e iniciaba el surgimiento de los principados regionales. La historia no comienza en Delhi, sino en la capital provincial de Lucknow, en donde los *nawab* (gobernadores y gobernantes musulmanes) y los europeos competían entre sí como coleccionistas de arte y de antigüedades, y europeos de distintas nacionalidades creaban exitosas carreras al servicio de la Compañía Inglesa a fin de adoptar el exuberante estilo de vida de los *nawab*. Hablamos de un mundo en el que los límites entre política, cultura y consumo eran borrosos, y las fronteras e identidades nacionales aún no estaban definidas. Así pues, el capítulo ofrece indicios del próspero mundo de las ciudades portuarias del comercio del océano Índico y su paulatina transformación en razón de su interacción con las empresas comerciales europeas.

Asimismo, se examina la estructura del estado mogol a fin de construir un mejor entendimiento de los factores y los procesos que contribuyeron a su caída, y del surgimiento de regiones, poderes y culturas locales, para obtener una visión no enfocada exclusivamente en el Estado central. Este análisis va acompañado de un bosquejo del debate historiográfico acerca de la naturaleza del siglo, es decir, el cuestionamiento de validez de abstraer un siglo para su análisis a fin de ahondar en las discusiones historiográficas al respecto en India, por ejemplo, un periodo de decrepitud o un intermedio entre la caída del imperio mogol y el surgimiento de la Compañía Inglesa, como el gobernador de Bengala. Indica también cómo la conexión estrecha entre los acontecimientos en Europa e India repercute en las batallas entre las compañías inglesa y francesa por el control sobre el negocio y la política interna de diferentes regiones de India, lo que termina con la derrota del *nawab* Siraj-ud-daula de Bengala en 1757 por parte de la Compañía Inglesa. El capítulo concluye con una exploración

del concepto de la “modernidad temprana” para cuestionar el concepto mismo de la modernidad desde el principio.

Los siguientes dos capítulos demarcan los múltiples e intrincados procesos, eventos, ideas e ideologías que configuraron la regla de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales junto con la sociedad india durante aproximadamente 100 años. La creación de culturas coloniales, su confluencia con las ideas y prácticas indias, y los esfuerzos de los indios para negociar con la Compañía y sus respuestas constituyen los temas de ambas secciones. Asimismo, el segundo capítulo muestra los procesos políticos y culturales que conllevaron al surgimiento de la Compañía Inglesa como el combatiente más poderoso en Bengala durante la segunda mitad del siglo XVIII; también señala sus intrigas con los financieros y comerciantes locales para superar al débil emperador mogol y al *nawab* de Bengala a fin de ganar por la fuerza el derecho de recolectar el impuesto sobre esta región. Igualmente, se bosqueja la elaboración paulatina del sistema de gobierno que adoptó la Compañía durante la segunda mitad del siglo XVIII, elaboración que determinó la transformación de los comerciantes de la Compañía en gobernadores. Además, se explora la conexión entre las diferentes corrientes de pensamiento en Europa e Inglaterra y el estilo de la gobernanza de los primeros administradores importantes ingleses en Bengala —el cosmopolitismo orientalista de Warren Hastings, el estilo Whig inglés de Cornwallis y el imperialismo público de Wellesley, que resulta en la conquista de una gran parte de India hasta finales del siglo XVIII—. Por otro lado, se analiza el impacto duradero de las políticas de estos gobernadores: la búsqueda y la codificación de las leyes del “Gentoo” que realizó Warren Hastings; el intento de Cornwallis de hacer más inglesa la administración y de arreglar permanentemente el sistema de la recolección de impuestos sobre la tierra, y el esfuerzo de Wellesley de formar bien a los administradores ingleses reflejado en el establecimiento del Colegio Fort William en Calcuta. Finalmente, se desentraña la conexión entre el surgimiento de la idea

de nacionalidad fuerte en Europa y Gran Bretaña a partir de las guerras napoleónicas y los intentos de hacer más inglés al gobierno junto con las consecuencias de esto para la sociedad india.

El capítulo tercero sigue el impulso de contar una historia compartida entre la metrópolis y la colonia enfocándose en los debates parlamentarios en Inglaterra sobre la renovación de la licencia de negocios de la Compañía Inglesa y la entrada de la triple fuerza de cambio a India: los proponentes del libre comercio, los evangelistas y los gobernantes influidos por la ideología liberal y utilitarista. Estas tres fuerzas, junto con el hecho de que la Compañía había conquistado una gran parte del territorio hasta principios del siglo XIX y lo había vuelto más “británico”, inauguraron un nuevo siglo con nuevos procesos e ideas. La deuda enorme acumulada por la Compañía debido a sus batallas costosas desmentía toda justificación de su presencia para comerciantes con el monopolio en India; esto, aunado a la entrada de los evangélicos y liberales, dio pie a la “misión civilizatoria”, que llegó a ser la razón de la presencia de los ingleses en la región. Los debates acerca de la reforma social y la condición de las mujeres en India, además de las acciones contra las costumbres “barbáricas” del hinduismo —la práctica del sati, por ejemplo—, mediante la iniciativa por parte de una élite pequeña india de introducir la educación occidental, produjeron fuertes discusiones acerca de la razón y la validez de la “tradicación” hindú. Estos debates, ligados a los diversos arreglos de la recolección del impuesto introducidos a finales del siglo XVIII, iniciaron procesos importantes que tuvieron un impacto profundo en la sociedad india, la cual llegó a ser un objeto digno de analizar y clasificar. Las élites indias comenzaron a pensar en su sociedad y en “la condición de la mujer” de otra manera. La razón y la ciencia adquirieron nuevas connotaciones y se redimensionaron; las mujeres, aun cuando quedaron fuera de los debates masculinos, entraron como sujetos en la conciencia de los hombres, que recibieron una educación inglesa, lo cual se verá reflejado en el discurso cultural del nacionalismo, tema del segundo volumen.

El capítulo tercero concluye con un detallado debate sobre la reacción de los diversos sectores de la población con respecto a los cambios profundos impulsados por la política del gobierno de la Compañía, enfocándose particularmente en la demarcación de fronteras entre las sierras, las junglas y los planes; la devastación de los bosques ocasionada por la introducción del ferrocarril; las discusiones ambientales entre los ingleses y su esfuerzo para limitar el uso de los bosques; el efecto devastador del intento de maximizar el impuesto terrenal, y, finalmente, la incertidumbre en general causada por los cambios en el ritmo de vida, la presencia y las actividades de liberales y protestantes, así como la idea de un gobierno peculiar y extranjero que resultó en la revuelta de 1857. En último lugar, se examinan los procesos y los eventos de la revuelta junto con el cambiante análisis de este acontecimiento en la historiografía.

Las transformaciones ocasionadas por la revuelta constituirán el tema del último capítulo. El término del gobierno de la Compañía, debido a la “proclamación” de la reina Victoria en 1858, provocó que India pasara de ser un país gobernado indirectamente por Inglaterra a una colonia bajo el régimen directo de la Corona y el parlamento británicos. La proclamación de la reina que sujetó a India bajo su régimen prometió reformas institucionales que prepararían a los indios, lentamente, para su autogobierno. La sociedad india fue sometida nuevamente a escrutinio y la clasificación feroces para asegurar el “buen gobierno”. Los censos panindios, los *surveys* fotográficos, los manuales y los *District Gazetteers* hechos por y para los administradores clasificaron a la población india en términos de religión y casta, estatura y complexión, vestimenta y costumbres dinámica y significativamente, debido a que la política del estado colonial se basaba en estos estudios. Casta y religión, reconocidos por los estudiosos orientalistas del siglo XVIII como importantes para entender la sociedad, llegaron a ser las “claves sociológicas” de la sociedad india. La enumeración demográfica de las castas y de las religiones, por otra parte, cambió el papel de

la gente en el “texto social de manera permanente” (Cohn, 1996). Los musulmanes, una comunidad vasta y heterogénea, y sus élites, de donde procedían los gobernantes y la aristocracia antes de la llegada de los ingleses, fueron clasificados como una minoría atrasada permanente. Las castas bajas y los intocables se dieron cuenta de la discrepancia entre su gran número y su pobre representación en las instituciones educativas y los empleos gubernamentales. Paulatinamente, la política de representación llegó a asumir el papel central en el drama social de India. Los diversos procesos, fomentados por una interacción variada pero intensa de la Compañía, la Corona y las ideas, así como las políticas y los prejuicios de los ingleses acerca de India, la transformaron como nunca antes había ocurrido: India moderna tomó forma en virtud de estos procesos. El nacionalismo incipiente de las últimas décadas del siglo XIX, así como la lucha nacionalista del siglo XX quedaron marcados también por estos procesos, tema principal del primer capítulo del segundo volumen.

En fin, este volumen espera mostrar el panorama de un mundo conectado, cosmopolita y globalizado desde la “modernidad temprana” en partes del globo no consideradas propiamente modernas para ampliar nuestra visión sobre tierras “ajenas” y “tradicionales”. También procura generar un interés en procesos entremezclados que dan sentido al colonialismo y a la colonización, y confluyen en la creación del imperio y la colonia, impulsando la reflexión sobre las bases excluyentes de las ideologías liberales y las repercusiones contradictorias de la aplicación de ideas orientalistas y cosmopolitas. Al mostrar las intersecciones constantes entre el colonizador y los colonizados, pero en relaciones de poder asimétricas, y las vastas consecuencias de categorizar y clasificar la sociedad india en modos que no se habían hecho antes para gobernarla bien, se pretende inspirar reflexiones acerca de los imperios y colonias en otras partes y otras épocas del mundo, y sobre los alcances duraderos de tales acontecimientos y procesos.

1.
EL COLORIDO MUNDO
DEL SIGLO XVIII

“Jab chod chale Lucknow nagari...” [Mientras/cuando deje la ciudad de Lucknow], se lamentaba el *nawab* poeta Wajid Ali Shah en la víspera de su partida de Lucknow, cuando la Compañía Inglesa de las Indias Orientales anexó formalmente a Awadh en 1856. ¿Qué era esta *nagari* de Lucknow y cómo se había vuelto tan preciada para el *nawab*? Para comprender este lamento y esta nostalgia, debemos adentrarnos en la Lucknow de finales del siglo XVIII, la ciudad vibrante y dinámica adonde Asaf-ud-Daula trasladó su capital en 1775. Asaf-ud-Daula sucedió a su padre, el valeroso rey guerrero Shuja-ud-Daula, quien había unido fuerzas con el *nawab* de Bengala, Mir Qasim, y con el emperador mogol Shah Alam II para luchar contra la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en la batalla de Buxar en 1764, y había resguardado celosamente la autonomía de Awadh hasta su muerte.

El joven *nawab* Asaf-ud-Daula, quien era “gordo y disoluto” y adverso a la política, dejó los engorrosos asuntos de gobierno en manos de su segundo al mando, Murtaza Khan, dismanteló la corte en Faizabad y se mudó a la pequeña ciudad provincial de Lucknow, lo que le permitió evadir la influencia de su poderosa madre y de los empleados y dependientes de su padre. La mudanza volteó de cabeza la administración de Awadh y destrozó la autonomía que Shuja había fomentado. Sin embargo, la falta de prestigio político

se compensó con la prominencia cultural que Lucknow adquirió con el paso del tiempo. El *nawab*, que era “depravado, corrupto y extravagante” y, al mismo tiempo, “refinado, dinámico y generoso”, fundó una ciudad que reflejaba su vistosidad. Lucknow estaba “repleta de extravagancia y excesos” y atrajo a pioneros, vagabundos y otros que buscaban progreso social y económico. Sus filas se llenaron con “los ‘imperialistas’ menos probables del siglo XVIII y los perfiles más destacados de entre aquellos que se forjaron a sí mismos” (Jasanoff, 2005, p. 51).

Esta imagen de India en el siglo XVIII contrasta marcadamente con aquella evocada en los debates que la rodean. Durante mucho tiempo, el siglo XVIII se consideró como un periodo de decadencia y caos para India, un interludio inexorable entre el colapso del imperio mogol y el ascenso del británico. Al mismo tiempo, esta noción y la separación arbitraria de un siglo como categoría de análisis independiente motivaron que se trabajara intensamente al respecto, lo que generó una comprensión más rica y modificó las percepciones que se tenían sobre el asunto anteriormente. El hecho de que el siglo XVIII mantenga su importancia como materia de análisis se refleja en la publicación continua de antologías sobre el tema (por ejemplo, Alavi, 2002; Marshall, 2005). Resulta interesante notar que el estudio del siglo XVIII no sólo se considera relevante para India, sino también para Asia. La historiografía de India se ajusta al debate más amplio sobre el siglo XVIII como un periodo de deterioro para el continente asiático en términos de comercio marítimo y del ascenso y la intrusión de intereses comerciales, mercantiles e imperiales europeos en países asiáticos debido a ciertos desarrollos significativos en Europa. En la década de 1930 Job van Leur, un historiador y administrador holandés, contrarrestó este análisis eurocéntrico que se enfocó en el siglo XVIII únicamente en términos de lo que ocurría en Europa y sus implicaciones para la misma.

En una reseña pionera del cuarto volumen de *Geschiedenis van Nederlandsch Indië* [Historia de las Indias Holandesas] que se escribió

en 1940, Van Leur defendía una historia asiacéntrica yuxtaponiendo la vitalidad y la fuerte continuidad de la historia asiática con los cambios trascendentes y abruptos que se daban en Europa. En el siglo XVIII dicha continuidad se confirmó con la presencia de entidades políticas dinámicas en Asia a las que no interrumpió la invasión europea, desde Persia en el occidente hasta Japón en el Lejano Oriente.

El análisis de Van Leur presenta problemas evidentes, pero su provocativa tesis inspiró una gama de escritos revisionistas que debatieron vigorosamente los modelos de continuidad y de cambio en Asia. Para el historiador de Cambridge Christopher Bayly, gran defensor de la tesis de la continuidad, el ensayo de Van Leur es más “heurístico” que un ejercicio de historiografía sustantivo. De acuerdo con Bayly, lo que hay que preguntarse sobre el siglo XVIII no es si hubo cambio, continuidad, disolución o resiliencia en las sociedades asiáticas, sino por qué permanecieron muchas características del orden anterior a pesar de la transformación de la economía mundial y del trasplante del Estado europeo a Asia (Bayly, 1998b, p. 301). Para nosotros, la pregunta es, más bien, cuáles fueron los efectos del “trasplante del Estado europeo” sobre las características duraderas de las sociedades asiáticas y cómo esta resiliencia afectó al Estado europeo que se intentaba trasplantar. Además, ¿este traslado ocurrió sólo en el siglo XVIII, o la presencia europea desde el XVI y el XVII afectó la naturaleza de las entidades políticas incipientes (Subrahmanyam, 2001, pp. 3-4)? ¿Es posible que la combinación de cambios en proceso y sucesos nuevos produjera fascinantes enredos y le otorgara una nueva vivacidad al siglo XVIII?

EL FIN DE UN IMPERIO

En 1707, el año en que murió Aurangzeb, el imperio mogol había alcanzado sus confines físicos más lejanos. La conquista de los reinos

de Bijapur y Golconda a finales de la década de 1680 causó la expansión del imperio hasta el límite sur de la península de Decán y colocó a casi todo el subcontinente bajo dominio mogol. No obstante, la estructura imperial mogola colapsó en los 40 años posteriores a la muerte de Aurangzeb. Para mediados de siglo, el imperio estaba en ruinas y sus vastas posesiones se habían reducido a un “pedazo de territorio más o menos rectangular de unas 250 millas de norte a sur y 100 millas de ancho” (Spear, 1951, p. 5). ¿Cómo debemos entender esta aparente paradoja?

Para ello debemos describir brevemente las “líneas de falla” del sistema administrativo mogol (Metcalf y Metcalf, 2003, p. 28). Para empezar, el emperador mogol era *Shah-en-Shah*, rey de reyes, un soberano entre muchos (Bayly, 1988a, p. 13), no el único soberano “déspota”. Por tanto, el imperio tenía amplia experiencia en dar cabida a la competencia y negociar entre diferentes grupos de nobles y aristócratas, de funcionarios militares y recaudadores, entre quienes la autoridad se distribuía jerárquicamente. El emperador se ubicaba en la cúspide de esta estructura “segmentaria” (Stein, 1980; 2010) y los miembros de la aristocracia le debían lealtad personal en diversos grados. El funcionamiento efectivo del sistema dependía de que el emperador manipulara juiciosamente los conflictos y mantuviera el equilibrio.

Asimismo, había un aparato administrativo centralizado que desarrolló el genial emperador Akbar en el siglo XVI y que vinculó íntimamente a la burocracia y a la aristocracia militar. El poder se distribuía y se delegaba entre la élite de una manera que fortalecía la base militar del “estado de guerra” y mantenía la supremacía del emperador. El sistema *mansabdari* confería a cada *mansabdar*, u oficial militar, un rango numérico doble de *jat* y *sawar*, donde el *jat* significaba el rango personal y el *sawar* denotaba el número de jinetes que el *mansabdar* debía mantener para el Estado mogol. En la mayoría de los casos el pago del servicio y la manutención de los soldados y los caballos se realizaban con la asignación del

derecho a recaudar impuestos de un *jagir* (latifundio). Había dos tipos de *jagir*: el *tankha* (transferible) y el *vatan* (intransferible), pero dada la lógica del sistema, la mayoría eran transferibles. Los *vatan jagir* representaban un acuerdo con príncipes y terratenientes locales poderosos, quienes ofrecerían lealtad al emperador sólo con la condición de que sus tierras se reconocieran como *vatan*. Si bien algunos príncipes y terratenientes se convirtieron en funcionarios mogoles por medio del reconocimiento de jagires *vatan* en regiones controladas directamente por el imperio, los príncipes poderosos de las periferias mantuvieron su autonomía sobre asuntos internos y sólo estuvieron de acuerdo en pagar un tributo anual al emperador en reconocimiento de su condición general como monarca protector.

Sin duda, el sistema *mansabdari* consolidó la posición del emperador como *Shah-en-Shah*: él otorgaba, transfería o rechazaba a voluntad rangos y jagires, y el poder se confería con base en la lealtad directa que se le guardara. El gobierno imperial ejercía el derecho a convocar y despachar mansabdares con sus contingentes a cualquier lugar y en cualquier momento necesario. Este aparato centralizado permitió a una monarquía absoluta mantener su control y posición y funcionar durante 150 años sin ninguna amenaza seria (Habib, [1963] 1999a, pp. 364-365).

Al mismo tiempo, el sistema produjo una intensa competencia entre varios grupos étnicos y de casta que conformaban la nobleza mogola. Además, empujó al Estado mogol a expandir sus territorios constantemente, pues era la única manera de aumentar los recursos y de asignar nuevos jagires.

Las guerras de Aurangzeb en Decán fueron onerosas y llevaron a la tesorería a sus límites. La adquisición de nuevos territorios incluyó a nuevos jugadores en la lucha por prestigio y autoridad. En particular, la incorporación a la aristocracia de lo que se conoce como grupo del Decán acrecentó la tensión y los conflictos entre la nobleza establecida, que se componía de facciones iraníes,

turaníes e indostanas. Estos grupos resentían el favor que Aurangzeb mostraba como gesto diplomático a los nuevos mansabdares y comandantes reclutados en los territorios derrotados de los sultanatos de Bijapur y Golconda en el sur (Stein, 2010, p. 181). Por otro lado, los oficiales estacionados en el Decán se quejaron de que los escasos impuestos generados por sus jagires resultaban insuficientes para solventar sus gastos, por lo que los vínculos que unían a funcionarios nuevos y antiguos en ese territorio con el imperio mogol perdieron fuerza gradualmente. De hecho, los mansabdares, afectados por la brecha en la demanda y la recaudación real de impuestos, redujeron el número de soldados y de caballos que debían mantener y trataron de extraer el mayor tributo posible de los terratenientes y los campesinos, lo cual generó descontento entre estos últimos y a la vez debilitó el poder militar del imperio.

En los años que transcurrieron entre 1689 y 1719 hubo agitaciones en el corazón del imperio. Los jefes *jats* y los zamindares en Agra y en Mathura se rebelaron abiertamente y utilizaron su posición estratégica para interceptar y saquear los “trenes tirados por bueyes repletos de tesoros y comercio que se introducían en la cuenca del Ganges desde el Decán”, lo que provocó el abandono de esa ruta (Stein, 2010, p. 182). El ejército de Aurangzeb, que se había desplegado para subyugar a los *jats*, sufrió una humillación, y los siguientes intentos por sofocar la revuelta hicieron que algunas casas rajputs descontentas apoyaran a los *jats*, decididas a oponerse a la reinstauración del control imperial. Aurangzeb falleció en esta coyuntura crítica, lo que dio lugar a una lucha de poder entre los tres hijos que le sobrevivieron. El ganador, Muazzam, ascendió al trono con el título de Bahadur Shah. En ese momento tenía 63 años de edad y moriría al transcurrir los siguientes cinco.

Bahadur Shah no pudo hacer mucho para detener la decadencia. La revuelta de los *jats* había alentado a otras fuerzas recalcitrantes—los sikhs en Punjab y los marathas en el Decán— a desafiar la autoridad mogola. Los sikhs, un grupo desarticulado y divergente

que se encontraba diseminado por el norte de India, sobre todo en los centros urbanos de la vasta llanura del Ganges (Oberoi, 1997, p. 42), eran seguidores del gurú Nanak (1469-1539), un hindú de casta superior que fundó la comunidad sikh en el Punjab central en la década de 1520 (Mann, 2001, p. 3). Bajo la guía de una línea de gurúes, la comunidad evolucionó y expandió su base, y para inicios del siglo xvii llegó a percibirse como una amenaza para la administración mogola en Lahore. Las tensiones entre sikhs y mogoles llevaron a la ejecución en Lahore del quinto gurú, Arjan (1563-1606), tras lo cual el centro sikh se mudó a las colinas de Shivalik. El décimo gurú, Govind Singh (quien nació en 1666 y fue gurú de 1675 a 1708), disolvió la línea de gurúes personales y confirió la autoridad de éstos al *Adi Granth* (el libro original, la escritura primordial que contiene las enseñanzas del gurú Nanak) y al *panth* (sendero) sikh, que más adelante incluyó a la comunidad (Mann, 2001, p. 3).

A inicios del siglo xviii los sikhs tuvieron el liderazgo de Banda Bahadur, un carismático sikh nacido musulmán que adquirió poder político tras el homicidio del último gurú, Govind Singh. Anteriormente, a fines del siglo xvii los marathas gobernados por Shivaji también habían logrado demostrar la vulnerabilidad del ejército mogol. Por supuesto, ello no significó que hubiera un nuevo “sistema maratha” o un “Maharashtra de Shivaji” del siglo xvii; más bien, hubo un proceso “gradual y multifacético de centralización” que convivió con diversas instituciones e identidades centrífugas hasta bien entrado el siglo xviii (Perlin, 1985). Sin embargo, a finales del siglo xix y durante el xx y el xxi la resistencia de Shivaji ha llegado a considerarse como un desafío “hindú” a la agresión “musulmana”, y se le ha apreciado como un héroe popular y en ocasiones como un héroe nacional “hindú”. De manera similar, ha llegado a considerarse que el desafío sikh tuvo una motivación ideológica. Tales percepciones, vinculadas al “ambiente de la época”, producen entendimientos particulares de la historia (Alam,

1986, p. 3) que no están a la par con las configuraciones contingentes de las identidades en los siglos xvii y xviii.

Como veremos en la sección relativa a los poderosos marathas, los hablantes de marathí estaban divididos por casta y clase social y debían lealtad a los mogoles en diversas medidas. Había un altísimo nivel de competencia entre estos grupos: no sólo participaban activamente en la rivalidad entre facciones mogolas y trababan alianzas para obtener acceso a territorios en disputa (Metcalf y Metcalf, 2003, p. 31), sino que además algunos de ellos también ofrecieron ayuda a Aurangzeb contra Shambhuji, el hijo de Shivaji. Finalmente, los marathas ayudaron al emperador durante las invasiones afganas a mediados del siglo xviii. Asimismo, en el Punjab la autoridad de los mogoles se cimentaba en el hecho de que el emperador daba cabida a los grupos de interés regionales dominantes (Singh, 1981). De hecho, para los marathas, al igual que para los sikhs, las alianzas se daban por motivos de conveniencia y no por su identidad religiosa o comunitaria, que no son fijas ni permanentes.

Al mismo tiempo, la resistencia exitosa de los marathas y los sikhs alentó a muchos zamindares, terratenientes con raigambre, poder y prestigio locales, a rechazar la autoridad del emperador una vez que se debilitó el poder central. Los funcionarios mogoles, como los diwanes (recaudadores/administradores de impuestos) y los subadares (gobernadores), que no tenían raíces locales pero sí autoridad como representantes del soberano, siguieron el ejemplo. En la década de 1720 los funcionarios recaudadores y los gobernadores de las provincias ricas de Bengala y Awadh se autonombraron gobernantes independientes y designaron a sus propios funcionarios y sucesores, con lo que rompieron prácticamente todos los lazos con el Estado mogol.

El primer ministro imperial, Nizamu'l Mulk Asaf Jah, impuso esta tendencia. Se mudó a Hyderabad en 1724, se retiró de los proyectos imperiales y comenzó a fungir como gobernante autónomo. El emperador dignificó esta jugada desafiante reconociendo

al *nizam* como virrey de la parte sur del imperio, pero para todo efecto práctico, el *nizam* y los *nawab* de Bengala y de Awadh habían adquirido su independencia. Pronto aparecieron príncipes locales autónomos que dejaron de pagar tributo al emperador. Estos gobernantes y magnates provinciales recibieron apoyo de prestamistas y mercaderes hindúes y jainistas, actores vitales en el funcionamiento del sistema tributario y la producción de mercaderías mogoles, lo que les permitió consolidar su autoridad. Entonces, paradójicamente, el crecimiento comercial que había “auxiliado al poder de Delhi fue lo que terminó por erosionarlo” (Bayly, 1988a, p. 4).

Después de Aurangzeb, la ausencia de un emperador astuto capaz de inspirar lealtad y fidelidad y de manejar los conflictos con cuidado, así como las incesantes guerras de secesión aceleró el debilitamiento de los mogoles. Peor aún, las rebeliones internas estuvieron acompañadas de invasiones extranjeras, con frecuencia impulsadas por el ocaso de los imperios islámicos en Asia central y occidental. La invasión persa que ocurrió bajo Nadir Shah en 1738-1739, durante la cual hubo saqueos y pillaje en Delhi (incluyendo al famoso diamante Kohinoor), asestó un severo golpe al prestigio mogol. Aunque se logró repeler la primera invasión afgana en 1748, ello representó un éxito muy limitado y temporal. Los afganos comandados por Ahmad Shah Abdali volvieron en 1755-1756, conquistaron el Punjab y saquearon la ciudad de Delhi. Los mogoles y los marathas se unieron contra los afganos en la batalla de Panipat de 1761, pero fueron derrotados. Para alivio de los mogoles, Abdali tuvo que regresar presuroso a Afganistán, pero los días del imperio prácticamente habían llegado a su fin.

Se gestaban problemas en todo el territorio. La debilidad del poder central no sólo alentó a las élites locales a reivindicar el poder, sino también a figuras ambiciosas de origen humilde. Papadu, quien era miembro de la casta baja de Telengana dedicada a la producción de vino de palma, conformó un ejército con varios miles de hombres de castas bajas e intocables y emprendió asaltos que duraron un

año en varias ciudades importantes de Telengana. Esta resistencia no estaba destinada a tener éxito, pero reveló las frustraciones de los miembros subordinados de la sociedad, súbditos de la doble autoridad de las jerarquías imperiales-locales y sociales, así como sus aspiraciones a un orden social diferente.

CAUSAS Y CONSECUENCIAS

La intrincada imagen del colapso del imperio mogol, descrito en los párrafos anteriores, subraya la diversidad de procesos y factores que contribuyeron a su decadencia y proyecta las diversas razones que los académicos han planteado para explicarla. Algunos de los primeros historiadores modernos indios, como sir Jadunath Sarkar, culparon directamente al fanatismo religioso de Aurangzeb y a la debilidad de los mogoles posteriores y de sus nobles (Sarkar, 1916; 1924: 1938). De acuerdo con Sarkar, la política religiosa discriminatoria de Aurangzeb generó una “reacción hindú” entre grupos rathores, bundelas, marathas y sikhs que sus débiles sucesores no pudieron corregir. De manera diferente, William Irvine también se concentró en la élite gobernante y atribuyó el declive mogol a un deterioro del carácter de los emperadores y de sus nobles (1922).

El punto de vista de Sarkar ya no goza de aceptación entre los historiadores, pues resulta evidente que no sólo los hindúes generaron problemas para los mogoles, sino también la nobleza musulmana y los miembros de la ortodoxia de esa religión. Lo que es más importante, fuentes contemporáneas identifican a los rebeldes y a los “responsables de los disturbios” en términos de su clase (*zamin-dar*, por ejemplo), su clan o su región (como rajput o gujarati) y no como “hindúes” (Alam, 1986, p. 2). Por último, el siglo xviii no careció de generales y políticos capaces que formaran parte de la camarilla mogola. El hecho de que no actuaran como líderes en momentos críticos y se dedicaran al engrandecimiento personal

subraya que las causas del declive fueron inherentes a la naturaleza y la estructura mismas del sistema administrativo mogol.

En *Parties and Politics at the Mughal Court, 1707-1740* [Partidos y política en la corte mogola] (1959), Satish Chandra menciona la “crisis *jagirdari*” de finales del siglo xvii e inicios del xviii como causa raíz de la debilidad mogola. Éste representó el primer esfuerzo serio por analizar las debilidades estructurales del Estado mogol. Para que las instituciones clave, el *mansab* y el *jagir*, funcionaran correctamente, era necesario que los mansabdares y los jagirdares recaudaran los impuestos de manera eficiente. La incapacidad de los funcionarios del imperio para asegurar la cobranza de impuestos a finales del siglo xvii produjo una crisis fiscal que se agravó por otros muchos factores, como una intensa rivalidad entre mansabdares ocasionada por el aumento en el número de éstos desde el reinado de Aurangzeb y la decadencia o el estancamiento de los jagires que era posible asignarles. Las guerras afectaron aún más la cobranza en las áreas en conflicto y agrandaron la brecha entre la demanda (*jama*) y la recaudación (*hasil*) de impuestos, que había estado presente desde el inicio.

En una obra posterior, Chandra modificó un tanto su posición y descartó la visión general de que el Decán era un área deficitaria y que la crisis se debía a *be-jagiri*, es decir, la ausencia de un *jagir* para un *mansabdar* recién nombrado. La crisis del sistema tuvo una estrecha relación con su falta de funcionalidad, no necesariamente con el aumento del número de aristócratas y el deterioro de los jagires (Chandra, 1982). Sin embargo, es cierto que el sistema de transferencia de éstos presionó a la aristocracia, situación que se agravó por el aumento en los precios de los bienes suntuarios (generado por un incremento de las exportaciones a mercados europeos). Los intrincados juegos de poder entre jagirdares, zamindares y agricultores *khudkash* (residentes) agregaron una complicación más a esta coyuntura. Todo ello puso de manifiesto que el sistema *mansabdari* había perdido toda funcionalidad hacia finales del reinado de Aurangzeb.

La expansión territorial por sí misma supuso una carga para el Estado y la tesorería mogolas, aunque, como se mencionó anteriormente, resultaba casi obligatorio adquirir nuevos territorios. Este doble ciego empeoró, de acuerdo con J. F. Richards, por las políticas erróneas de Aurangzeb. Desde el punto de vista de Richards, no había una verdadera escasez de jagires en el Decán. Si bien las conquistas sometieron a nuevas zonas al control mogol, Aurangzeb decidió no distribuir las como jagires, sino que las mantuvo como *khalisa* (tierras reales) para financiar guerras posteriores en el Decán. Esta política deficiente se complicó aún más por las luchas de poder de las “aristocracias guerreras”, que agudizaron los problemas de la administración mogola en el Decán (Richards, 1975). Sin duda alguna, el argumento de Richards de que la *be-jagiri* no era el problema principal en el Decán resulta significativo. Al mismo tiempo, la recaudación de impuestos en el Decán siempre había sido problemática, por lo que es difícil decidir si la distribución de tierras en Bijapur y Golconda como jagires habría resuelto la “crisis” del sistema.

A inicios de la década de 1960, Irfan Habib, un notable historiador de Aligarh de corriente marxista, propuso la teoría más influyente de la decadencia mogola en una obra que revisó y republicó en 1999 (Habib, [1963] 1999a). A través de una lectura detallada de *Ain-i Akbari* de Abul Fazl y de varios otros manuscritos y recuentos publicados, Habib brinda una imagen coherente del sistema agrario de la India mogola, que abarcaba la administración del impuesto agrario, la economía agraria y la estructura social en regiones que habían estado “bajo control mogol durante más tiempo” (Habib, 1999a, p. x). Un meticuloso estudio de los diferentes modos de evaluar y fijar el impuesto agrario y su recaudación llevó a Habib a la conclusión de que la crisis agraria fue la causa principal de la decadencia del imperio mogol en el siglo XVIII (Habib, [1963] 1999a, pp. 190-230). A su vez, la crisis se debió a una opresión estatal endémica que generó resistencia entre los campesinos explotados,

quienes se vieron forzados a elegir entre “la hambruna o esclavitud y la resistencia armada” (Habib, [1963] 1999a, p. 378).

Esta situación obedeció a que el imperio mogol estableció una elevada demanda fiscal, que permaneció alta para permitir a los mansabdares mantener a sus contingentes militares fuera de los impuestos de sus jagires, aunque se tuvo cuidado de no privar a los campesinos de lo mínimo que requerían para sobrevivir. En palabras de Habib, la demanda de impuestos se determinó “idealmente para aproximarse a la producción excedente”, que dejó a los campesinos “lo mínimo indispensable para subsistir” (Habib, 1998, p. 219; [1963]1999a, p. 367). Mientras que esta apropiación de los excedentes de la cosecha generó gran riqueza para la clase gobernante mogola, la gente común estaba sumida en una absoluta pobreza ([1963]1999a, p. 367).

No es fácil, afirma Habib, tener una idea clara de la demanda fiscal del Estado, pues variaba de una región a otra y dependía de la naturaleza de los cultivos. Los sistemas de medición y evaluación también eran distintos y con frecuencia una parte del tributo se pagaba en efectivo y otra, en especie. No obstante, es cierto que en áreas extensas donde se habían realizado levantamientos catastrales y se habían sistematizado la evaluación y la recaudación de impuestos la demanda representaba alrededor de un tercio de la producción. Parte de ella se envió directamente a la tesorería imperial, pero la mayoría se asignó a los jagirdares.

La agitación de finales del siglo xvii e inicios del xviii, aunada a la crisis del sistema *jagirdari*, provocó que los jagirdares trataran de cobrar más a los campesinos, lo que hizo extremadamente difícil la vida de los agricultores más pobres. Desde luego, la tendencia de exigir demasiado al campesino fue inherente al sistema desde un inicio. La administración imperial estaba consciente de ello e intentó establecer un techo para la demanda de tanto en tanto (Habib, [1963]1999a, p. 367). Sin embargo, hubo una contradicción en los intereses del Estado mogol y los de los jagirdares individuales.

Un *jagirdar*, que tenía derechos sobre los impuestos generados por un terreno sólo durante tres o cuatro años y cuya asignación podía transferirse en cualquier momento, no tenía ningún interés en el desarrollo agrícola a largo plazo. Sus intereses personales hacían permisible “cualquier acto de opresión que les confiriera un beneficio inmediato” ([1963]1999a, p. 368). La transferencia constante e impredecible de jagires a finales del siglo xvii hizo que los jagirdares abandonaran del todo la práctica de ayudar a los campesinos y la situación empeoró en el siglo xviii. Con frecuencia, los campesinos se veían forzados a vender a sus mujeres, sus hijos y su ganado para cumplir con la demanda tributaria ([1963]1999a, p. 370), y cuando incluso esto no era suficiente, huían de sus tierras, lo que afectaba negativamente al cultivo ([1963]1999a, p. 377).

Por supuesto, el último recurso para los campesinos después de haberse negado a pagar el impuesto agrario era la rebelión. Diversos actos aislados de resistencia campesina se convirtieron en un levantamiento con la ayuda de agricultores más ricos que tenían hombres y armas, además de vínculos de casta y de fe —sobre todo, la gran variedad de sectas monoteístas, existentes desde los siglos xv y xvi— que atraían a la gente común. En opinión de Habib, fue mucho más significativa la intervención de los zamindares, señores feudales locales cuya posición era hereditaria, y quienes tenían sus propias razones para oponerse a la clase gobernante mogola. Es verdad que los zamindares nunca habían estado de acuerdo con la práctica mogola de extraer casi toda la cosecha excedente de las aldeas, pues les dejaba una proporción marginal (Alam, 1986, p. 303).

Estos zamindares “potencialmente sediciosos” formaron una causa común con los campesinos en su lucha contra la administración imperial. Con frecuencia, los zamindares daban refugio a los campesinos que habían huido de sus tierras para evadir la opresión de los jagirdares. Estos campesinos contribuían a los recursos de los zamindares de dos maneras: participando en el cultivo y brindando reclutas para sus bandas armadas. El aumento en la fuerza de

los zamindares se reflejó en el hecho de que, desde la época del reinado de Aurangzeb, su lucha contra los mogoles dejó de ser meramente defensiva y comenzaron a usar sus grandes bandas e incluso ejércitos en una guerrilla para ampliar sus áreas de dominio (Habib, [1963]1999a, p. 389).

Por tanto, una combinación de dos elementos transformó las dificultades agrarias en una “crisis agraria” en el siglo XVIII: la unión de los campesinos y los zamindares, por un lado, y el rompimiento de relaciones entre los zamindares y los jagirdares, por el otro. Aunque la combinación campesino-*zamindar* no era uniforme ni extendida, el hecho es que los líderes de las dos principales revueltas contra el poder mogol, la de los marathas y la de los *jats*, fueron zamindares u hombres que aspiraban a serlo (Habib, [1963]1999a, p. 389). Mediante una exploración de los “aspectos agrarios” de diversas revueltas en el norte y el centro de India que sacudieron al imperio mogol hasta sus cimientos ([1963]1999a, pp. 390-405), Habib afirma que el descontento campesino fue la causa raíz de tales rebeliones, aunque, paradójicamente, el alivio de esa zozobra no era el objetivo que proclamaban los rebeldes. Este análisis, también propuesto por K. M. Ashraf (1960) y ampliado por Athar Ali (1975; 1978-1979), responsabilizó a la “crisis social” de la decadencia del imperio mogol, una decadencia en la que los fracasos económicos coincidieron con el declive económico y en ocasiones lo precedieron.

Aunque posee un gran valor, este argumento exagera el vínculo entre la crisis *jagirdari* y la rebelión de los zamindares y los campesinos, que no es claro ni evidente por sí mismo. Efectivamente, en su análisis de los efectos de la administración mogola en la economía Habib traza una clara distinción entre el sector agrario y el comercial, y mantiene que las políticas imperiales estimularon el crecimiento de este último y el urbano, denotando implícitamente que el comercio próspero podía convivir con una agricultura estancada (Chaudhuri, 2008, p. 52), inferencia que resulta inherentemente

problemática. Sin embargo, la influencia de la teoría de Habib ha significado que las exploraciones del deterioro mogol han prestado demasiada atención a la estructura y la política fiscales del Estado mogol y soslayado los procesos socioculturales. Además, la explicación del declive en términos de debilidad estructural se asemeja mucho a trabajos anteriores que adjudicaban la responsabilidad a gobernantes individuales.

Ambas visiones aceptan el “centro” como punto principal de análisis y se concentran en las prácticas y las políticas imperiales. Asimismo, ven el “deterioro” y la anarquía y el caos que resultaron de éste como dados e incuestionables, aunque el “deterioro” sólo se infiere a partir de una suposición general de desorden político (Chaudhuri, 2008, p. 51). En 1983 Tapan Raychaudhuri indicó que la suposición del “deterioro” se basaba en evidencia exigua. Él argumentó que aunque el desorden político y el conflicto armado sin duda afectaron la vida económica en muchas partes del país, no implicaron “un deterioro general en India como un todo. Incluso en el corazón de un imperio devastado, Agra ocupada por *jats* y marathas fue una ciudad floreciente hasta 1787, pues muchos ciudadanos acaudalados de Delhi buscaban refugio en su seguridad relativa” (Raychaudhuri, 1983, p. 7). De manera similar, el deterioro real de la economía de Bengala en gran medida fue un fenómeno posterior a Plassey e incluso posterior a 1813 (1983, p. 7).

Algunas obras recientes han revisado seriamente esta imagen de una decadencia absoluta al alejarse del centro y tomar en cuenta a regiones plenas de vigor y crecimiento (Alam, 1986; Barnett, 1980; Bayly, 1983; Grover, 1966; Perlin, 1983; Stein, 1980; Subrahmanyam, 1992; Washbrook, 1988; Wink, 1986), con lo que plantean una “imagen desagregada” de diferentes trayectorias regionales en lugar de “una monolítica” (Subrahmanyam, 2001, p. 8), e instan a entender el siglo XVIII “en términos de su propia estructura” y no de qué lo precedió y qué lo sucedió —a saber, el declive de los mogoles y el gobierno colonial (Alam, 1986, p. 10)—. De acuerdo

con la literatura, el siglo XVIII, lejos de ser un periodo de debilitamiento, fue uno de lento crecimiento poblacional y aumento en los precios, la urbanización, la comercialización y el crecimiento de nuevos mercados y nuevas fuerzas económicas y políticas. El estudio de Muzaffar Alam sobre dos importantes provincias —Punjab y Awadh— en el siglo XVIII muestra que, si bien las historias de las dos regiones difirieron en las cuatro fases que él destaca (1707-1713; 1713-*ca.* 1722; *ca.* 1722-1739; 1739-1748), ambas mostraron signos de crecimiento económico reflejado en el aumento de las cifras tributarias y en la aparición y la opulencia de varios pueblos con vínculos con el comercio de larga distancia (1986, p. 14).

La incapacidad del poder central débil para controlar estas regiones que recién prosperaban gracias a los excedentes de producción, así como el desgaste del apoyo que grupos establecidos de terratenientes, comerciantes y mercaderes prestaban al imperio contribuyeron a su sustitución gradual por “Estados sucesores”. La prosperidad de las regiones benefició a los zamindares, que estaban en “constante conflicto” con la administración central, y a los comerciantes que dominaban los mercados. Esto no sólo dio lugar a un fuerte sentido de identidad regional, sino que colocó a diferentes elementos de la zona en una situación de competencia y conflicto, lo que permitió a los nobles mogoles ejercer su hegemonía durante un tiempo poniendo a un actor contra el otro.

Sin embargo, se registró un cambio significativo en la relación con el centro para mediados del siglo XVIII —algunos gobernadores imperiales se unieron en la reivindicación de la autonomía a los zamindares, mercaderes y hacendados *madad-i-ma'ash* (quienes no pagaban renta) que intentaron hacer que sus tierras fueran hereditarias—. Por ejemplo, el puesto del gobernador en Awadh, Bengala y Hyderabad se volvió hereditario cuando la provincia se designó como “provincia sede” del gobernador. Los funcionarios mogoles, como los amildares, intentaron aprovechar esta lucha entre el centro y las provincias creando sus propios nichos independientes

(Cohn, 1960). Si bien la persuasiva influencia de la autoridad mogola significó que estos nuevos subadares y aventureros militares, como los marathas, siguieran buscando apoyo y legitimidad de la corte mogola, ello fue “para asegurar firmemente *sus posiciones en las regiones*” y no para reforzar al centro (Alam, 1986, p. 17). Ahora las provincias reivindicaban el centro en lugar de que el centro controlara las periferias.

Es decir, la centralización mogola, que se basaba en un discreto equilibrio y la compartición de derechos entre un elaborado grupo de élites centrales y regionales, así como en una constante adaptación a “rivalidades y alianzas cambiantes” (Wink, 1986), abrió el camino a principios diversos y opuestos de organización de la autoridad y la gestión. Al paso del tiempo resultó más importante la “concesión” más que la centralización mogola. El ensayo inicial de Bernard Cohn sobre la región de Banaras marcó claramente cuatro niveles en el sistema político del siglo XVIII: el imperial, el secundario, el regional y el local (1962). Fue precisamente porque siempre hubo “muchos que compartían la dignidad y el poder del reinado con derechos y obligaciones superpuestos” que el “imperio” y el “Estado” representaban “entidades políticas limitadas en India” (Bayly, 1988a, p. 13). Lo que es más importante, el poder político centralizado nunca coincidió completamente con un control total de las fuerzas económicas (Perlin, 1983), como Habib hubiera querido hacernos creer. El trabajo posterior de Athar Ali tiende a apoyar esta idea, pues cuestiona la relación lineal entre el crecimiento económico y la consolidación política mostrando que la expansión económica local y regional continuó aun cuando la estructura política central se desmoronó (Ali, 1986-1987; 1993).

En este sentido, Alam y Subrahmanyam argumentan que la primera mitad del siglo XVIII fue, sin duda alguna, testigo de una “considerable agitación política” en la que los estados regionales se formaron con celeridad y hubo una gran fluidez en el sistema, pero esta conmoción no tuvo una contraparte en términos de la dislocación social y económica general (1998, p. 68). Visto desde Delhi,

el siglo XVIII ciertamente fue un periodo lúgubre, pero no para los habitantes de otros centros de India, aunque su experiencia con la descentralización política y la reorientación económica varió considerablemente. Fue sólo después de la década de 1750 que la guerra comenzó a afectar negativamente la vida social, pero ello no revirtió los procesos anteriores por completo (1998, pp. 69-70).

Karen Leonard (1998) señala, de manera diferente, que el fuerte poder político no se tradujo en un control total de las fuerzas económicas. Su artículo subraya lo importante que resultaron los banqueros y los mercaderes indígenas, sobre todo aquellos que pertenecían a las “grandes firmas”, para el sostenimiento y la posterior caída del imperio mogol. El Estado mogol tenía una fuerte dependencia de firmas bancarias indígenas, que mantenían una intrincada red de recaudación de impuestos, banca y crédito por medio de varios mecanismos: validar y acuñar dinero, mantener los tipos de cambio entre diferentes divisas regionales y recibir y enviar impuestos agrarios a través de *hundis* (letras de cambio indígenas), que hicieron más sencillo y seguro transferir el impuesto agrario. Los banqueros indígenas también financiaban a los recaudadores de impuestos y fungieron como prestamistas de dinero y de crédito (Leonard, 1998, p. 403). El hecho de que entre 1650 y 1750 retiraran su lealtad al gobierno imperial y la otorgaran a los poderes regionales en ascenso menoscabó gravemente al poder mogol y terminó por causar su desplome. El flujo tributario proveniente de las regiones al centro descendió paulatina pero constantemente a lo largo del siglo XVIII conforme las grandes empresas bancarias se involucraron en la recaudación a nivel local y dejaron de enviar sus recursos de crédito y comercio al gobierno mogol para destinarlos a los poderes regionales. La importancia de tales firmas bancarias se refleja en el hecho de que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales entró en los juegos de poder de las regiones a través de alianzas con ellas, pero las desechó tan pronto alcanzó el dominio político.

La obra de Ashin Dasgupta (1979) sobre el comercio marítimo con enfoque en las ciudades portuarias, particularmente Surat, indica que las transformaciones en el capital comercial y mercantil fueron cruciales en el ascenso de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Gracias a un seguimiento de los cambios en los patrones de comercio en el interior y para exportación, Dasgupta argumenta que, si bien aumentó el comercio interior, la fortuna de las exportaciones de India sufrió un revés debido a la competencia europea. Ello afectó a las instituciones mercantiles indias que funcionaban a nivel suprarregional para supervisar el transporte de bienes y ofrecer servicios crediticios y de seguros (Dasgupta, 1979; Alavi, 2002, p. 7). Este revés se reflejó en el remplazo gradual de las ciudades portuarias de Surat en Gujarat, Masulipatnam en Madrás y Dacca en Bengala, por los puertos emergentes que estableció la Compañía Inglesa de las Indias Orientales —Bombay, Madrás y Calcuta, respectivamente—.

En pocas palabras, una oleada de “fuerzas centrífugas” oponentes (y su confianza en sí mismas) en un ambiente de comercio y agricultura al alza causaron el debilitamiento de los mogoles. Diversos estudios que se han centrado en la efervescencia socioeconómica, política y cultural de diversas regiones han destacado el reordenamiento económico, y no el caos o la crisis, como el principal factor que generó la disociación de las regiones del control imperial. De acuerdo con dichos estudios, la decadencia de los mogoles fue resultado en cierto sentido “del éxito mismo de su expansión anterior” (Bayly, 1988a, p. 3). En el norte de India la clase acomodada de hindúes, musulmanes y jainistas que prosperó bajo el régimen holgado de los mogoles se separó en calidad de terratenientes mucho más estables. Los zamindares “potencialmente hostiles” se volvieron enemigos y organizaron una resistencia local contra el centro. Lo notable en este caso fue la velocidad a la cual se recuperaron de la derrota y “entablaron combate de nuevo contra los mogoles” (Alam, 1986, p. 303). La intensidad de su resistencia,

particularmente en Awadh, fue aparejada al crecimiento y la prosperidad económicos (1986, p. 303).

El éxito de los zamindares también dependió en gran medida de su capacidad para obtener el apoyo de un campesinado enérgico, militarizado y beligerante. Dicho campesinado, lejos de ser dócil, manso y explotado (Habib, [1963]1999a), estaba dispuesto a recurrir a la violencia en cualquier momento para defenderse (Kolff, 1989). J. F. Richards atribuye una importancia a la perspectiva de Kolff y afirma que la presencia de una “sociedad rural vigorosa y militarizada” en el norte de India —de un “*ethos* marcial compartido por campesinos-cultivadores y aristócratas rurales”— agravó infinitamente los problemas del Estado mogol centralizante, que tuvo un destino mucho peor que sus contrapartes en el resto de Eurasia (Richards, 2004, p. 397).

Por tanto, fueron los zamindares ambiciosos y los campesinos asertivos, los jagirdares resurgentes y los gobernantes emprendedores, así como los mercaderes ricos y los banqueros líderes, más que los terratenientes indigentes y los campesinos pobres, quienes ocasionaron la agitación política local y terminaron por socavar el dominio mogol. Como nos recuerda Subrahmanyam, esta imagen corregida no confronta la “espinosa cuestión” de la naturaleza de la distribución social de las ganancias obtenidas del crecimiento económico (Subrahmanyam, 2001, p. 9), tema que definitivamente requiere mayor atención.

La polaridad de opiniones más que un cierre tajante del debate subraya el hecho de que los procesos que se dieron en el siglo xviii permiten interpretaciones alternativas (Chaudhuri, 2008, p. 93). Asimismo, indica el marcado interés de los historiadores que participen en el debate. Si bien los académicos especializados en la India mogola prestan mayor atención a la primera mitad del siglo y “ven el cambio a la sombra del colapso político mogol” o bien se concentran en “la transición de formaciones políticas mogolas a regionales”, los académicos que estudian la historia moderna de India

“se concentran en la transición más crítica al gobierno colonial que caracterizó a la segunda mitad del siglo” (Alavi, 2002, pp. 37-38). El siglo XVIII es significativo precisamente por las maneras claras en las que los actores nuevos y los antiguos lograron hacerse valer, a veces trabajando en nombre del régimen mogol, y otras desafiando directamente su estructura. La cultura mogola prevaleció mucho tiempo después del fin del imperio, incluso mientras nuevos jugadores y élites políticas concretaban sus visiones de gestión pública y cultura en las regiones, provincias, ciudades y construcciones monumentales (Goetz, 1938, por ejemplo). Ahora tornaremos a esos recuentos.

EL NORTE: RAJASTÁN

La “tierra de reyes” plantea una imagen intrigante. El colapso del poder y el apoyo mogoles permitió a muchos rajás *rajput* convertir sus regiones en reinos regionales “nacientes” (Richards, 2004, p. 397). Al mismo tiempo, la falta de apoyo de los mogoles ocasionó una “intensa tensión e inestabilidad” particularmente para los rajás *rathor* de Jodhpur, que tuvieron que negociar con una multitud de fuerzas para mantener su régimen (Sahai, 2007, p. 691). Tuvieron que equilibrar cuidadosamente el poder militar y la fuerza coercitiva, los dos elementos principales del poder estatal, con “otros ingredientes más sutiles”, dado que las prescripciones culturales del arte de gobernar implicaban que la protección de los súbditos involucraba su bienestar económico (2007, p. 689). Los gobernantes tuvieron que cortejar e incorporar a poderosos jefes de linaje, a miembros de clanes con influencia política y al campesinado confiado y beligerante, así como a varios grupos involucrados en la manufactura y el comercio. Resulta interesante que el hecho de que diferentes grupos artesanales poseyeran habilidades específicas para la manufactura de bienes

particulares los fortaleciera a pesar de su condición ritualmente impura. Por tanto, quienes competían por la autoridad debían “exhibir un cierto grado de piedad y ofrecer patronazgo” a los artesanos con el fin de “acomodar espacialmente dentro de los territorios de Jodhpur” a un grupo de castas “habitado a migraciones frecuentes y recurrentes” (2007, p. 696).

En este sentido, Rajasthán era representativo de la cultura política de India, que giraba en torno al “arte de negociar y las alianzas cambiantes”, a mantener abiertas diversas opciones y “al mantenimiento de redes de patronazgo” (Kolff, 2004, p. 459).

INDIA OCCIDENTAL: LOS PODEROSOS MARATHAS

Los marathas, grupo compuesto por clanes de campesinos dominantes en zonas del oeste de India donde se hablaba la lengua marathi, adquirieron prominencia en el siglo XVI como soldados de los ejércitos de los sultanes de Bijapur y Ahmadnagar. Se les adiestró como caballería ligera, que Shivaji perfeccionó y utilizó con gran ventaja contra los mogoles en el siglo XVII. Los sultanes también emplearon en su administración a brahmanes *deshasta* y *chitpavan*, quienes mejoraron su posición, de por sí elevada, participando en los cultos bhakti en Maharashtra. No obstante, se cuidaron de mantener una distancia de los campesinos marathas (Stein, 2010, p. 186).

Como la principal área de cultivo, hilado y tejido de algodón, Maharashtra desempeñó una función importante en la economía de la región aportando una valiosa mercadería al comercio realizado desde el puerto de Surat. Asimismo, había un pujante comercio interregional a través del cual se intercambiaban productos de coco, pescado, sal, madera y frutas de la costa por algodón, caña de azúcar, tabaco y legumbres del altiplano.

Aunque Maharashtra estaba bien integrada con la región general del Decán, los *deshmukh*, caciques rurales, la controlaban desde el punto de vista político. Cada *deshmukh* supervisaba entre 20 y 100 aldeas. A su vez, cada una tenía su *patil* (jefe), quien contaba con la asistencia de un *kulkarni* (registrador). El *patil* pertenecía invariablemente a la casta campesina, mientras que el *kulkarni* era un brahmán. El jefe de los *deshmukh* era el *sardeshmukh*, y el de los *kulkarni* se denominaba *deshkulkarni*. Todos ellos llevaban la administración con interferencia mínima de los sultanes del Decán o de los mogoles, quienes estaban conformes con recibir una porción irregular de los impuestos que se cobraban de la agricultura a cambio de otorgar documentos de investidura a los *deshmukh*, los *patil* y los *kulkarni*, con lo cual éstos se convertían en *dayadas* (copartícipes) del reino. Resultaba fácil inyectar energía a este vigoroso sistema sociopolítico a través de un liderazgo capaz, tendencia que inició con Shivaji.

El “Estado” maratha que apareció bajo su mandato se fundamentaba en un “compartimiento” del poder entre el rey maratha (y más adelante, el *peshwa*) y los jefes y los linajes existentes en la región, una relación que se caracterizaba por la reciprocidad y un profundo desasosiego (Deshpande, 2007, pp. 40-41). De manera similar, el *swarajya* (autogobierno) maratha no se refería a una soberanía abstracta y absoluta sobre territorios específicos, sino derechos a la recaudación de impuestos que se superponía con el *pararajya* (gobierno de los otros) mogol (Wink, 1986). Los derechos a impuestos, denominados *chauth* y *sardeshmukhi* respectivamente, representaban un cuarto de la porción del ingreso que correspondía al gobierno mogol más una exacción adicional de una décima parte que recibían a cambio de comprometerse a no saquear (Gordon 1994, p. 28).

Shambhuji, el hijo de Shivaji, continuó retando a Aurangzeb dando asilo al príncipe rebelde Akbar, acto que Aurangzeb buscó castigar mediante el uso de la fuerza. Shambhuji enfrentó el escollo

astutamente pero al final fue capturado y ejecutado. Las pretensiones reales de Shambhuji generaron hostilidad entre importantes familias *deshmukh*, que ofrecieron ayuda a Aurangzeb con la condición de que confirmara que todos los derechos especiales que sus familias habían acumulado seguirían siendo hereditarios. Asimismo, recibieron valiosos jagires del emperador.

Los sucesores de Shambhuji tuvieron que enfrentarse a una lealtad indecisa similar por parte de los *deshmukh*. Para cuando el nieto de Shambhuji, Shahu, quien creció en la corte mogola, ascendió al poder en 1708, había bandas marathas beligerantes que operaban autónomamente, saqueando y robando zonas mogolas a lo largo de la frontera norte. Las múltiples alianzas que los mogoles habían forjado durante su expansión territorial habían conferido diferentes derechos y privilegios a los *deshmukh*, que llegaron a formar zamindares contenidos en el imperio mogol (Wink, 1986).

Shahu intentó mediar entre las pandillas marathas y el emperador, pero Tarabai (esposa del hermano de Shambhuji, Rajaram) desafió su derecho al trono e intentó gobernar en Satara en el nombre de su hijo, Shivaji II. Los *deshmukh* se dividieron entre ambos bandos y, como había sucedido antes, algunos permanecieron leales a los mogoles. Lo que dio el triunfo a Shahu fue la ayuda y el consejo de los ministros brahmanes *chitpavan*, quienes gracias a su liderazgo carismático y a su capacidad para negociar y consolidar jugaron un papel preponderante en el crecimiento del poder maratha a inicios del siglo XVIII (Gordon, 1993).

Balaji Viswanath, a quien Shahu nombró *peshwa* (Primer Ministro) y director de finanzas en 1713, ayudó a los hermanos Sayyid (quienes encabezaron a la facción indostana de la aristocracia mogola) a instalar a un emperador títere en el trono de Delhi en 1719. También negoció un tratado con los mogoles que prácticamente reconoció el control maratha sobre las provincias mogolas en el Decán. Los marathas recibieron el derecho a *chauth* sobre las seis provincias mogolas, y Shahu también obtuvo un derecho

adicional como *sardeshmukhi* en el Decán en reconocimiento de su estatus como cabeza de los *deshmukh*. Esto inició una tendencia que convertiría a los *peshwas* brahmanes en los gobernantes *de facto* del Estado maratha asentado en Pune (Asher y Talbot, 2006, p. 240).

El puesto del *peshwa* se volvió hereditario y estuvo en manos de Baji Rao, el hijo de Balaji, de 1720 a 1740, y de su hijo Balaji Baji Rao hasta 1761. Bajo la hábil guía de estos astutos políticos, el poder real se consolidó mediante el otorgamiento de prestigio y privilegios a jefes locales antiguos y nuevos que servían a Shahu y al *peshwa*. Balaji Viswanath empleó a otros brahmanes *chitpavan*, quienes conformaron el núcleo de “una élite culta en rápida expansión”, fungieron como recaudadores y administradores de impuestos, y proporcionaron “un sorprendente número de líderes militares en las décadas posteriores” (Gordon, 1993, p. 113). Este grupo se vinculaba a los *peshwas* a través de lazos matrimoniales y de lealtad. Balaji también reclutó el apoyo de varias familias de banqueros brahmanes, cuyo crédito era crucial para el esfuerzo de Shahu por acceder al trono. Las familias proporcionaban adelantos de dinero contra recibos de impuestos futuros, y al cabo de una década el acuerdo adquirió los elementos de un sofisticado sistema de financiamiento gubernamental.

El territorio bajo dominio maratha del cual se recaudaban impuestos aumentó a un ritmo constante durante el reinado de Shahu, particularmente después de que el joven Baji Rao tomó posesión. Según la descripción de Gordon, Baji Rao fue “el líder más carismático y dinámico en la historia maratha” después de Shivaji (1993, p. 114). Poco después de asumir el poder, el *peshwa* de 20 años convenció a Shahu y a su círculo más cercano de la importancia de marchar hacia el norte para lanzar un ataque a los mogoles. En la década siguiente, diversas bandas marathas atacaron Gujarat y Malwa en dos frentes, y en ocasiones en tres, durante la temporada de campaña (de octubre a abril).

Baji Rao asumió el puesto de comandante para luchar en nombre de Shahu, y continuó con la tendencia de nombrar a nuevos hombres que les debían lealtad personal a él y a Shahu. Pasó por encima de los *deshmukh* de élite establecidos y nombró a hombres de las familias Gaekwad, Holkar y Shinde como comandantes de bandas militares en la maniobra concertada del *peshwa* contra los mogoles (Stein, 2010, p. 188). Estos hombres recibieron jagires no sólo en los territorios recién conquistados sino también en el *swarajya* o territorio nuclear maratha. La estructura de Estado holgada que resultó de este arreglo con el tiempo llegó a llamarse Confederación Maratha. En ella los reyes en Satara gobernaban nominalmente sobre el poderoso *peshwa* y varios grupos de jefes feudales que administraban sus propios territorios (Fukuzawa, 1982, p. 199).

El dominio mogol sobre Malwa y Gujarat prácticamente se desvaneció a finales de la década de 1720, cuando Baji Rao derrotó a las fuerzas conjuntas del comandante mogol y el *nizam* de Hyderabad. Subahdar Girdaur Bahadur, el jefe mogol de Malwa, fue capturado y asesinado hacia finales de 1728, y los comandantes militares marathas comenzaron a cobrar tributo (Gordon, 1994, p. 30). Sin embargo, hay que tener en cuenta que aunque la clase acomodada y los zamindares menores de estas regiones autorizaran a los marathas a desviar recursos de la corte mogola, no les permitieron “apropiarse los rituales y los símbolos de soberanía” ni asumir el lugar del “‘Estado’ mogol” (Hasan, 2004, p. 48).

Baji Rao también se enfrentó al *nizam*, con quien había estado luchando intermitentemente desde 1725, superó las maniobras de sus tropas en una guerra de guerrillas, las arrinconó en las áridas colinas de Palkhed, cortó su suministro y forzó al *nizam* a llegar a un acuerdo en marzo de 1728. El *nizam* tuvo que reconocer a Shahu como el único monarca maratha que tenía derecho a *chauth* y *sardeshmukhi* sobre el Decán. Los cobradores de impuestos marathas, expulsados por la guerra mutua y la competencia entre varios

grupos, se reinstalaron en sus puestos y el *nizam* acordó pagar los *chauth* y los *sardeshmukhi* pendientes. Por tanto, la victoria de Palkhed tuvo consecuencias significativas —al derrotar “al ejército mogol mejor equipado de la época al mando de su mejor general” (Gordon, 1993, p. 122), Baji Rao logró establecer la autoridad legítima de Shahu sobre el Decán; las tácticas de cortar el acceso a suministros y realizar movimientos rápidos le permitieron superar a la artillería del *nizam*, que era más capaz—.

Procedió de la misma forma en Malwa, cuyo control le permitió llegar a Rajashtán en 1729. Las exitosas tácticas de Baji Rao produjeron un cambio en el método de guerra; las operaciones de incursión de las bandas marathas aventajaron a la pesada caballería y los grandes ejércitos de los mogoles, que se movían lentamente. Los marathas solían ignorar los fuertes, rescataban ciudades y orillaban a los ejércitos mogoles a zonas desfavorables de los llanos, donde cortaban su acceso a refuerzos y suministros (Gordon, 1993, p. 129). Baji Rao alcanzó tal éxito que se atrevió a atacar Delhi en 1737 y obligó al humillado emperador mogol a ceder formalmente Malwa, la región que se encuentra entre los ríos Narmada y Chambal en 1739, lo cual permitió al gobierno maratha extenderse hasta las cercanías de Agra.

Para la muerte de Baji Rao en 1740, las fronteras del Estado maratha se extendían a Rajastán, Delhi y el Punjab en el norte; a Bihar, Bengala y Orissa en el este, y a Karnataka y las zonas tamil y telugu en el sur. A pesar de que se opusieron enérgicamente, el *nawab* de Bengala y el *nizam* de Hyderabad prácticamente tuvieron que regalar Orissa y compartir Karnataka con los marathas. El *peshwa* Baji Rao reinaba como gobernante *de facto* de la entidad política maratha, tras haber sobrevivido y subyugado la resistencia de ciertas facciones en las cortes durante más de dos décadas. Gracias a su actividad incesante, logró convertir muchas áreas de la “provincia mogola contribuyente de impuestos” en una “provincia maratha contribuyente de impuestos” (Gordon, 1993, p. 127).

La conquista militar fue de la mano con la centralización administrativa. Una nueva élite de recaudadores de impuestos, administradores y banqueros adquirió prominencia. La conquista precedió al establecimiento del dominio civil. Con frecuencia se mantenía la estructura existente de administración y magnates locales, pero en las cortes se designaba a recaudadores de impuestos marathas. Su habilidad como escribanos abrió nuevos caminos a los brahmanes, además de que los parientes *chitpavan* de los *peshwas* recibieron honores especiales y puestos de burócratas y comandantes militares. Se contrató a campesinos marathas con espíritu emprendedor como cobradores de impuestos y se atrajo al servicio público a brahmanes y a otros grupos que tradicionalmente prestaban servicios bancarios. Un sofisticado sistema bancario fomentó el comercio y posibilitó el pago en efectivo al ejército, lo que aumentó su tamaño y fuerza. Surgió un nuevo mercado para bienes de lujo hechos en metal, marfil ornamental, madera y plata. Los poetas y músicos encontraron mecenazgo en la “vida cuasicortesana” de la élite (Stein, 2010, p. 192) y dieron un formidable impulso a la lengua y la literatura locales, tendencia que influyó de manera importante en el crecimiento de la conciencia regional.

La riqueza de las élites también se reflejó en la arquitectura con el desarrollo de un tipo de casa especial llamada *wada* para los acaudalados. Se trataba de amplias estructuras de madera de varios pisos construidas pensando en la defensa (con pasadizos secretos y puertas con púas) y en la comodidad (con jardines y canales, salones para festivales y diversos patios), donde las reglas de *pardah* gobernaban la accesibilidad. Se construyeron fuertes, especialmente sobre colinas, que fueron la “clave de la fundación, la expansión y la conservación de la autoridad maratha” (Asher y Talbot, 2006, p. 243), además de que se realizaron reparaciones y se dio mantenimiento a los ya existentes. En el siglo XVIII se transformaron los templos cuadrados construidos dentro de los fuertes (cuya forma era como la de éstos), en estructuras altas y elegantes que puntuaban

los territorios marathas, para sustentar la noción de este grupo como una comunidad hindú en ascenso.

Empero, el éxito y la expansión territorial “contenían las semillas de graves consecuencias económicas” similares a las que enfrentó el Estado mogol (Fukuzawa, 1982, p. 199). Cuando el tercer *peshwa*, Balaji Baji Rao, ascendió al poder en 1740, el tesoro público central había acumulado una deuda de un millón 450 mil rupias. El *peshwa* ofreció realizar nuevas expediciones al Rajashtán y al sur para saldar la deuda, pero causaron mayores gastos y ésta aumentó. Se maximizó el impuesto agrario y el gobierno alentó enérgicamente el cultivo de tierras y páramos del Estado ofreciendo términos favorables a los campesinos. El gobierno del *peshwa* también fomentó la construcción de presas y canales y cubrió los costos de la cal, las piedras, la madera y los salarios de artesanos calificados, como albañiles y carpinteros, para dichas obras, mientras que las aldeas brindaron mano de obra no calificada sin costo (Fukuzawa, 1982, p. 200).

El final del largo reinado de Shahu en 1749 causó confusión y conflicto en la familia real. Balaji Baji Rao intervino para restaurar el orden en sus propios términos. Pune, donde había gobernado Shahu, sustituyó a Satara como capital y ciertos puestos reales se abolieron junto con los derechos reales. El poder y la autoridad llegaron a concentrarse en la persona del *peshwa*, quien también comandaba un ejército de soldados asalariados. La época de los soldados campesinos había llegado a su fin. Los soldados remunerados de tiempo completo ahora se encontraban en fuertes lejos de casa, recibiendo adiestramiento como infantes y jinetes. Por otro lado, dado que tantos soldados campesinos se dedicaron a la agricultura de tiempo completo para beneficiarse de las condiciones especiales que ofrecía el gobierno central, el ejército maratha se “desnacionalizó” y se deterioró gradualmente. Más adelante se remplazó a los soldados marathas con mercenarios extranjeros (Fukuzawa, 1982, p. 199).

Los jefes *peshwa* y marathas también se involucraron profundamente en la complicada política de la corte mogola y en la relación entre ambos grupos siguió habiendo un traslape de los derechos fiscales y movimientos simultáneos hacia la diplomacia y hacia la guerra (Deshpande, 2007, p. 11). En 1752 se designó a los marathas como protectores del trono mogol y se les otorgaron derechos de *chauth* en el Punjab. Asimismo, ejércitos marathas penetraron el noroeste. En esta época surgió el *peshwai* (gobierno del *peshwa*) como “Brahman Raj”, que auspiciaba cada vez más a los brahmanes y buscó procurar una jerarquía brahmánica en tierras marathas (Deshpande, 2007, p. 12).

La artillería siguió siendo el punto débil del ejército maratha; consistía en grandes armas que disparaban los europeos, teóricamente bajo el comando de los jefes marathas, y quedaba muy atrás en términos de sofisticación, lo que resultaría fatal para los marathas en la Tercera Batalla de Panipat en 1761, cuando la artillería ligera y fácil de transportar del rey afgano Ahmad Shah Abdali arrasó con la infantería y la caballería de aquéllos y puso fin a su supremacía en el subcontinente.

Los cálculos sobre la derrota de los marathas varían significativamente, pero se cree que “murieron hasta 50 000 combatientes y no combatientes”, y que las fuerzas de Abdali capturaron “a miles de caballos, bestias de carga y cualquier cosa que pudieran saquear del bazaar” (Gordon, 1993, p. 153). La pérdida de dinero, crédito, mano de obra y prestigio que sufrieron los marathas se agravó por una crisis de liderazgo en el centro. El *peshwa* murió unas semanas después de la batalla y la familia Bhonsle de Nagpur, los Nimbalkar de Phaltan (Satara) y los Patwardhan del sur de Maharashtra, que estaban indignados por el dominio *chitpavan*, unieron fuerzas con el sucesor del *nizam*, quien invadió el territorio maratha desde el este.

El revés que sufrieron los marathas en Panipat también ayudó a Haidar Ali a consolidar su posición, aunque el *peshwa* Madhav Rao encabezó cuatro ataques a Mysore entre 1764 y 1771 (Gordon,

1993, p. 158). Las noticias de la derrota alentaron levantamientos de linajes armados locales, así como invasiones y subversiones por parte de contendientes rivales en las regiones que controlaban los marathas. “En la zona cercana a Delhi, entre los ríos Ganges y Jumna y hasta la meseta de Malwa en el sur, linajes terratenientes locales y los poderes musulmanes restantes lucharon sin cesar durante toda la década posterior a Panipat. De hecho, los marathas no pudieron hacer mucho por mantener algo de control” (Gordon, 1993, p. 157).

De hecho, la Tercera Batalla de Panipat “marcó el inicio de un cambio de poder entre el centro [maratha] y la periferia” —las familias Shinde, Gaekwad, Holkar y Bhonsle—, y permitió a los ingleses perfilarse como los principales competidores en el subcontinente (Gordon, 1993, pp. 154 y 156).

EL ESTE: LOS *NAWAB* DE BENGALA

Aurangzeb había nombrado al noble chiíta Kartalab Khan como *diwan*, recaudador fiscal en Bengala en 1701. Khan tuvo este puesto hasta 1708 y Bahadur Shah lo nombró de nuevo en 1710, tras un descanso de dos años. Farukshiyar ratificó el puesto y también lo nombró gobernador adjunto (*naib subadar*) de Bengala y gobernador (*nazim/subadar*) de Orissa. Kartalab, a quien después se conoció como Murshid Quli Khan, expresó cada vez más un sentido de independencia. En 1703, mudó la capital de Dacca a Maksudabad, a la que rebautizó Murshidabad en su propio honor. Su nombramiento como *subadar* de Bengala en 1717 fortaleció su posición considerablemente pues le otorgó, por primera vez en cualquier provincia, los poderes conjuntos de *diwan* y *nazim*, dos puestos que los emperadores mogoles habían mantenido rigurosamente separados. En definitiva, esto terminó con el sistema mogol

de frenos y contrapesos. Al mismo tiempo, el acuerdo favorecía a ambas partes —Delhi recibía su renta de manera constante y Murshid Quli gozaba de una libertad notable para manejar los asuntos con Bengala (Prakash, 1998, p. 239).

Murshid Quli colocó el sistema de recaudación fiscal sobre cimientos sólidos, llevó a cabo encuestas e introdujo un riguroso sistema para cobrar el impuesto agrario mediante poderosos zamindares intermediarios. No es que haya aumentado significativamente la demanda fiscal total, sino que su “severidad incansable regularizó el pago de impuestos y terminó con el desorden”, lo que aumentó considerablemente la renta pública y fue el preludio de “una nueva e ilustre era para las finanzas” (Sinha, 1968, p. 3). Entre 1700 y 1722 el ingreso de Bengala aumentó más de 20 por ciento, de 11.72 a 14.11 millones (Prakash, 1998, pp. 240-241). Dieciséis zamindares muy grandes quedaron a cargo del tributo de 615 *parganas* (unidades fiscales). Unas 1 045 *parganas* más estaban en manos de zamindares menores y de taluqdares o receptores intermedios de impuestos. Más de tres cuartas partes de los zamindares, grandes y pequeños, y la mayor parte de los taluqdares, eran hindúes. El despojo era muy poco común. Murshid Quli también introdujo la costumbre de emplear a hindúes bengalíes a gran escala en el servicio estatal mogol (Sinha, 1965, p. 4).

Según argumenta N. K. Sinha, el sistema *zamindari* de Bengala se “fortaleció en lugar de debilitarse por la severidad de Murshid Quli” (Sinha, 1968, p. 3). El monto estipulado que se cobraba era “moderado” y las posesiones del *zamindar* se consideraban permanentes y hereditarias siempre y cuando pagara el monto debido de manera constante. En caso de mora, se castigaba al *zamindar* pero no se confiscaban sus propiedades. Además, si el funcionario mogol notaba una verdadera escasez de productos agrícolas, el *zamindar* recibía un descuento en la demanda. De manera similar, el *subadariabwab*, un arancel pecuniario permanente que Murshid Quli impuso a los zamindares en lugar de la anterior práctica de

recibir *nazranas* o presentes, no era “onerosa” debido a los nuevos recursos que se creaban (1968, p. 5). El hecho de que Murshid Quli comprara un *zamindari* para su nieto Sarfaraz reveló que consideraba este tipo de propiedad como una inversión segura (1968, p. 4).

Philip Calkins amplía el argumento de Sinha para afirmar que las políticas de Murshid Quli alentaron el ascenso de un grupo pequeño pero poderoso de zamindares, que eran casi autónomos en relación con los asuntos internos, y llevaron a la creación de una base nutrida y estratificada de grandes terratenientes (Calkins, 1970). Sin embargo, Alam y Subrahmanyam (1998) se oponen fuertemente a esta postura, ya que desde su punto de vista, la principal preocupación de Murshid Quli era reafirmar su control sobre el campo y ampliar la *khalisa* o tierra sometida a la administración directa, para “imponer limitaciones a los zamindares de una manera más concentrada y organizada” (Alam y Subrahmanyam, 1998, p. 48). Esto se reflejó claramente en su decisión de transferir los jagires de mansabdars de Bengala a Orissa, con lo cual retiró a los jagirdars y a los zamindares el control de las finanzas de Bengala y aumentó el haber del tesoro real (1998, p. 48). La severidad que Murshid Quli impuso en la recaudación fiscal pone de manifiesto lo anterior.

Los sucesores de Murshid Quli, Shuja-ud-din y Alivardi Khan introdujeron *abwab* (gravámenes) nuevos y mantuvieron el rigor en la recaudación. Prácticamente no había remesas ni balances, pero tampoco “corrupción ni triquiñuelas”. La demanda tributaria se basaba en la idea de un “impuesto original” y en la figura del *amil*, responsable de cobrar las contribuciones a los zamindares, así como del *faujdar*, comandante del ejército subordinado, que cobraban los impuestos en zonas fronterizas y recibían información precisa sobre esta actividad en los últimos años por parte de la oficina del *qanungo* (encargado del registro). Si bien es cierto que los zamindares trasladaron a los *ryot* (*raiyat*, campesino) tanto el rigor del cobro de impuestos como la demanda añadida de los *abwabes*,

y agregaron los propios, el conocimiento íntimo y la información sobre la renta acostumbrada en cada área que poseía la oficina del *qanungo* hacía que explotar a los campesinos contraviniera los intereses de los zamindares (Sinha, 1968, pp. 6-7).

Murshid Quli también se deshizo de la mayor parte de los nobles mogoles que gozaban de sinecuras en Bengala, y el negocio bancario floreciente de la casa de Jagat Seth detuvo parcialmente las remesas de plata no amonedada desde Bengala después de 1728 (Sinha, 1965, pp. 13-14). El ingreso excedente que provenía de sus sucursales fuera de Bengala era suficiente para pagar tributo al emperador mogol a través de *hundis*. El pujante comercio de exportación de textiles de seda y algodón, azúcar, aceite y mantequilla clarificada que salía de Bengala a través de rutas terrestres y marítimas, así como sus eficientes servicios bancarios, permitieron a mercaderes y banqueros unirse a los importantes zamindares en las filas de la élite. Además, Bengala producía arroz con tal abundancia que no sólo se mandaba a sus vecinos, sino que se transportaba por mar a Masulipatnam (ahora Machilipatnam en Andhra Pradesh) y a otros puertos en la costa de Coromandel (en el sureste de India), Ceilán y las Maldivas (1965, p. 109). Aunque el comercio se vio afectado en parte por la agitación del siglo XVIII y los ataques de los marathas en la década de 1740, se revitalizó gracias a las inversiones crecientes y la compra de textiles bengalíes por parte de compañías europeas, que pagaban con metal en lingotes. Bengala desempeñó un papel prominente en el comercio intraasiático que llevaron a cabo los holandeses, pues proveía seda cruda a Japón y opio para el mercado indonesio. Esta función como intermediario crítico permitió que la producción manufacturera en Bengala respondiera positivamente al gran aumento en la demanda internacional de productos bengalíes (Prakash, 1998, p. 242).

Diversos mercaderes hindúes, musulmanes y armenios participaron en este comercio boyante, y los más importantes poseían flotas navieras. Su riqueza, aunada a sus relaciones cordiales con el

Estado y la burocracia, les otorgó una alta posición en la sociedad local (Chaudhury, 1995). Como se indicó anteriormente, los banqueros y los comerciantes también fueron actores fundamentales en la recaudación fiscal y su fiel envío a Delhi, pues garantizaban la seguridad de todo el proceso. Como partidarios clave del gobernante local, gozaban de gran poder y prestigio. La trayectoria de la casa de banqueros de Jagar Seth, a la que se nombró tesorera del gobierno provincial en 1730, representa el mejor ejemplo.

Murshidabad se desarrolló como una de las nuevas capitales más interesantes del siglo XVIII. Reflejando la mezcla de autonomía y lealtad de Murshid Quli, la ciudad se convirtió en una “declaración de afirmación mogola en un contexto bengalí” (Asher y Talbot, 2006, p. 250). La nueva capital tenía un palacio y una sala de audiencia de estilo mogol donde Murshid Quli se sentaba en un trono de piedra negra pulida que solía pertenecer al príncipe Shah Shuja. La ciudad llegó a adquirir una casa de moneda, pozos, tanques y una mezquita *jami* que se distinguía por su mezcla de tradiciones religiosas de Bengala, tanto previa como posterior a los mogoles. En el mismo estilo premogol, Murshid Quli dispuso el sitio de su entierro debajo de la entrada principal de la mezquita para afirmar su afiliación e identidad regionales, más que panmogolas. Sin cortar formalmente sus vínculos con Delhi, Murshid Quli actuó como un gobernante independiente y sentó las bases de un Estado autónomo viable. Sus sucesores continuaron la tendencia hasta que Alivardi Khan, el comandante del ejército de Sarfaraz Khan, derrocara al *nazim* en 1740 y cortara prácticamente todos los vínculos con Delhi.

Alivardi Khan no declaró formalmente su independencia de Delhi pero actuó por sí mismo haciendo todos los nombramientos importantes sin la aprobación del emperador, y con el tiempo detuvo la remesa de tributos a Delhi. Asimismo, continuó las innovaciones fiscales que implementó Murshid Quli, las cuales generaron un aumento en la recaudación de 40% entre 1722 y 1756 (McLane, 1993, p. 39).

Sin embargo, los marathas y los afganos desafiaron la autoridad de Alivardi. El grave daño a la propiedad y a las vidas humanas que causaron los constantes ataques de los marathas hizo que Alivardi dejara de enviar el tributo a Delhi. La situación se complicó aún más cuando las tropas afganas rebeldes tomaron Patna. Alivardi recuperó la ciudad pero se vio forzado a llegar a un acuerdo con los marathas en 1751, según el cual cedió Orissa y accedió a pagar *chauth*. Para el momento en el que llegaron a dicho acuerdo, el comercio terrestre de Bengala había menguado considerablemente. El comercio marítimo prosperó, pero sólo gracias a una mayor inversión y participación de las sociedades mercantiles europeas, particularmente la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Cuando Alivardi murió en 1756, Siraj-ud-Daula, a quien se había nombrado como su sucesor, tuvo que competir con otros dos aspirantes al trono. La Compañía Inglesa de las Indias Orientales aprovechó esta coyuntura para acabar con el gobierno de Siraj-ud-Daula en 1757, con lo cual operó un cambio radical en el curso de la historia de Bengala.

EL DECÁN Y EL NIZAM

Frustrado por los juegos de poder en la corte imperial y la influencia de la facción musulmana india encabezada por los hermanos Sayyid, el líder del grupo de los turaníes, Chin Qilich Khan, se había trasladado al Decán. Habíamos mencionado que en 1724 asumió el título de Nizamul Mulk Asaf Jah y se estableció como gobernante independiente radicado en Hyderabad, la región nuclear de lo que fuera el sultanato de Golconda (Alam y Subrahmanyam, 1998, p. 37). Asaf Jah intentó consolidar su dominio sobre los seis *subas* de la región que nominalmente estaban sometidos a los mogoles, aunque su poder real se ejercía en los distritos costeros de Srikakulam, Masulipatnam y Nizampatnam, así como en las re-

giones orientales del *suba* de Hyderabad. En estas áreas, los puestos de *amin*, *shiqdar* y *faujdar* se concentraban en una sola persona a quien se confiaba la recaudación fiscal y quien tenía permitido mantener “un número sustancial de tropas gracias a los impuestos que cobraba” (1998, p. 38).

Hasta 1740 Asaf Jah fungió teóricamente como administrador mogol, siguió acuñando dinero en el nombre del emperador y lo mencionó en sus oraciones de los viernes hasta su muerte en 1748. Sin embargo, en realidad Hyderabad surgió como una entidad política significativa y autogobernada en el sur, con una cultura distintiva que se nutría de una élite mixta compuesta por hindúes y musulmanes. El *nizam* encabezó guerras, firmó tratados, otorgó mansabes y realizó otros nombramientos sin consultar al emperador mogol.

Asaf Jah y sus sucesores, de manera similar a los marathas y los *nawab* de Bengala, no trastornaron por completo el equilibrio de poder prevalente en la región; colocaron a los poderosos gobernantes y zamindares locales en una relación subsidiaria bajo la cual pagaban tributo y mantenían su autonomía interna. No obstante, tal como sucedió en Bengala, los nuevos recaudadores tercerizados de impuestos adquirieron prominencia al igual que los comerciantes, los mercaderes y los aristócratas militares en virtud de su lealtad personal al *nizam*. Los jagires y los mansabes se volvieron hereditarios, y personas de rangos y estatus inferiores se incorporaron a la nueva aristocracia.

La importancia creciente de Hyderabad a mediados del siglo XVIII causó que los marathas y los gobernantes de Mysore y de Carnatic intentaran ajustar cuentas con ella, lo cual redujo sustancialmente su poder en una época en la que se veía asediada por guerras de sucesión y otros problemas intestinos. La necesidad del Estado de ampliar la recaudación lo había hecho dependiente de la eficiencia y la buena voluntad de aquellos que tenían los puestos combinados de *amin*, *shiqdar* y *faujdar* (Alam y Subrahmanyam,

1998, p. 38). Las compañías comercializadoras europeas, en particular las francesas, intervinieron activamente en la política local después de la década de 1740 y apoyaron a una facción en contra de sus rivales, lo que afectó seriamente la recaudación y debilitó de manera significativa el estado de Asaf Jah. Hyderabad fue un ejemplo representativo de lo que le ocurriría a otros Estados cuando las comercializadoras europeas emularan el ejemplo francés con mayor éxito. Pero antes de abordar esta historia, hablemos de la región que en un inicio atrajo a los comerciantes europeos a India.

MALABAR: EL EDÉN DEL ORIENTE

La costa de Malabar, la zona norte de lo que hoy es Kerala, había atraído a mercaderes de todo el mundo desde una época muy temprana. Su rica cosecha de especias, sobre todo del llamado “oro negro”, la pimienta, había dado lugar al “mito de India” como el edén o “el jardín de Dios”. La llegada de Vasco da Gama en 1498 llevó las relaciones comerciales existentes del nivel individual al institucional. Los portugueses, los holandeses, los franceses y los británicos buscaron obtener monopolios comerciales y adquirir el control sobre los bienes, la producción y la estructura política (Frenz, 2003, p. 1). Esta apertura de una “zona de contacto” hizo mucho más que incrementar de golpe la vitalidad de la región, pues con el tiempo llevó a que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se apoderara de India.

Malabar era importante por su propia estructura sociopolítica y económica, que estaba bien integrada y se mantuvo gracias a la ausencia de amenazas provenientes del exterior durante un largo periodo. Los nayares conformaban el mayor grupo poblacional y controlaban las unidades administrativas de la región. Trabajaban muy de cerca con los brahmanes *nambutiri* (*namboodiri*), quienes

desempeñaban importantes funciones en el templo y poseían propiedades territoriales que con frecuencia arrendaban a los naya-res para cultivo. Los *mappilas*, mercaderes árabes que se habían establecido en Malabar en el siglo VII, tenían una importante presencia en la región, aunque no ocupaban puestos políticos. Así, los naya-res y aquellos miembros de sus grupos que encabezaban instituciones locales y se autodenominaban *samantas*, igual que los *nambutiris*, dominaban los asuntos locales.

Las familias naya-res se distinguían por su descendencia ma-trilineal. En las familias gobernantes los hijos de la hermana del rey tenían derecho al trono por su edad, no por la rama a la que pertenecieran. El jefe de familia era el hombre de edad más avanzada, quien ocupaba el puesto de rajá, mientras que otros dos de los miembros de mayor edad de sendas ramas le ayudaban como vicerregentes. Los grupos familiares naya-res, llamados *taravatus*, normalmente residían en una gran casa en el centro de su propiedad territorial. El varón de mayor edad la presidía, y el predio era posesión conjunta de todas las propietarias. La autonomía de los *taravatus* como unidades económicas autosustentables conformadas por “casa y tierras” significó que la propiedad permanecía intacta cuando los hombres se iban a pelear en la guerra. Cuando un *taravatu* se escindía, la unidad de casa y tierras se dividía equitativamente entre las ramas recién creadas.

Este patrón se replicaba en las unidades administrativas de la aldea y en la región. El gobierno de un grupo de *taravatus* estaba en manos de una asamblea de jefes de *taravatus*, la *tarakuttam*, que tomaba todas las decisiones socioeconómicas y políticas locales importantes. El *desavali*, es decir, el anciano de la aldea, llamado *desam*, atendía los asuntos, ésta y el *natuvali* se encargaba de los asuntos de la *natu*, compuesta por dos o más aldeas. El *natuvali*, quien recaudaba la porción de ganancia de la cosecha que le correspondía al rajá, tenía derecho a conservar una parte del porcentaje que se le otorgaba a éste y comandaba el ejército de la *natu*. El *desavali* y el

natuvali ostentaban un poder considerable, pero constantemente debían buscar el consentimiento de sus respectivas asambleas. La asamblea de rajás, llamada *malabarkuttam*, constituía la unidad política más alta. Puesto que Kerala no había sido gobernada por un maharajá desde el siglo IX, la *malabarkuttam* se encontraba al mando de uno de los diversos rajás. Además, dado que no hubo presiones externas durante un tiempo considerable, se convocaba a la *malabarkuttam* una vez cada 12 años, durante el festival de Mahamakham en Tirunavaya, en el sur de Malabar.

En la segunda mitad del siglo XVIII Kottayam y sus regiones adyacentes estuvieron al mando de Kerala Vamma Palassi Raja. En el sur de Malabar, Martand Varma había consolidado una gran región centrada en Travancore bajo su gobierno desde la tercera década del siglo XVIII. Había contrarrestado la importancia creciente de los holandeses y los ingleses imponiendo sus propios términos al comercio de pimienta y logró repeler una invasión desde Mysore en 1766. Bajo su auspicio, Travancore se había desarrollado como un importante centro de arte y erudición, pero la escena cambió drásticamente tras la muerte de Martand Varma cerca del fin del siglo. Años antes, la agitación en Malabar puso fin a las reuniones de rajás después de 1743.

Esta turbulencia se debió en gran medida a la entrada de nuevos competidores al tráfico de especias. La “era de los descubrimientos” en Europa había llevado a los portugueses a Malabar en 1498. Poco después de su llegada, éstos buscaron monopolizar el comercio en su ámbito de influencia imponiendo el sistema de *cartaz* —licencias para los comerciantes— a partir de 1502. Aunque los mercaderes intentaron evadir la compra de *cartaz* operando en rutas terrestres alternativas, el uso de la fuerza y el establecimiento de unidades administrativas por parte de los portugueses para apuntalar su esfuerzo de monopolizar el comercio de especias les otorgó el control de una buena parte del intercambio en el Océano Índico (Frenz, 2003, pp. 68-69).

El predominio portugués fue desafiado por las compañías de las Indias Orientales, tanto la neerlandesa como la inglesa, que iniciaron actividades en India a comienzos del siglo xvii. Su intención también era dominar el comercio en el océano Índico, pero la estructura de su sistema mercantil era capitalista y se basaba en la noción del libre comercio. Esta rivalidad conllevó el colapso de la institución de las *cartaz* y un declive de la influencia y la prosperidad económica portuguesas. Desde luego, el cambio no fue pacífico. La primera gran controversia entre holandeses y portugueses se dio en la segunda mitad del siglo xvii, cuando la conquista holandesa de Kochi en 1663 dio fin al predominio de los mercaderes portugueses. Los holandeses asumieron el control de los fuertes y las rutas comerciales de los portugueses y forzaron a los gobernantes locales a firmar tratados que les dieron ventajas económicas, a pesar de que estos últimos con frecuencia lograban obtener la superioridad en las constantes riñas y negociaciones.

Empero, la autoridad holandesa no perduró. Además del desafío por parte de los británicos, las empresas holandesas se involucraron cada vez más en la inversión de capitales en el siglo xviii y descuidaron el comercio, por lo que éste se estancó y renunciaron a muchas de las bases que poseían en la costa de Malabar. El éxito de los británicos no tardó en ser desafiado por los franceses, quienes capturaron Mayalí (renombrada Mahé) en 1725. Los esfuerzos de la Compañía Inglesa y los de la Francesa por establecer la paz con el fin de mantener bajo el precio de la pimienta se frustraron debido a las hostilidades entre ambos actores en Europa. La Guerra de los Siete Años, que se libró en el viejo continente, ocasionó que hubiera batallas en India en 1756; los franceses ocuparon brevemente Fort St. George, posesión británica en Madrás, y lo perdieron en 1759. Una vez más, los franceses se volcaron a la política local y comenzaron a forjar vínculos con Haidar Ali de Mysore a partir de 1766.

La lucha incesante por el control del comercio del océano Índico apunta a la importancia que revestía la región. Los comerciantes

Europeos de ninguna manera eran los únicos participantes, pero engendraron transformaciones de gran envergadura utilizando abiertamente la fuerza para obtener el control del comercio (Chaudhuri, 1985; Subrahmanyam, 1990). Los gobernantes mogoles y locales en un inicio habían dado la bienvenida a la presencia de compañías europeas. La plata no amonedada que éstas aportaban estimuló la economía india, puesto que alentó las tendencias gemelas de monetización y comercialización (Asher y Talbot, 2006, p. 256). Al mismo tiempo, fue precisamente para mantener un control sobre la cantidad de metal que se importaba de Europa que las compañías intentaron establecer monopolios y exigieron privilegios especiales.

Los mercaderes holandeses y británicos superaron por mucho a sus contrapartes indias en cuanto a organización —pusieron su capital en sociedades comanditarias por acciones, lo que les brindó una seguridad a largo plazo sobre los asuntos financieros (Chaudhuri, 1985, p. 87)—. Asimismo, trataron de imponer un sistema de monopolios nacionales que, aunque se implantó parcialmente, otorgó a las compañías derechos exclusivos al comercio de ciertos bienes. Ámsterdam y Londres no sólo se convirtieron en las principales ciudades comerciales de Europa en el siglo XVIII, también fueron los principales emporios de la reexportación (Frenz, 2003, p. 71). Se transportaban textiles y pimienta de India al sureste asiático para intercambiarse por más especias, o bien al Medio Oriente y África. Importantes regiones del comercio del océano Índico —India, China y el sureste de Asia—, quedaron cooptadas como socias dependientes en el comercio, aunque sus comerciantes lograron mantener su autonomía interna.

EL SUR:

MYSORE Y LOS MERCADERES ENTROMETIDOS

Maisur (lo que hoy es Mysore), ubicado en el norte de Malabar, surgió como un poderoso Estado y un formidable oponente de los

británicos después de la decadencia de los mogoles en el siglo XVIII. Técnicamente formaba parte del *sarkar* mogol de Sira y su gobernante, Chikka Deva Wodeyar, había sido leal al emperador mogol Aurangzeb (1659-1707), cuando los ejércitos mogoles invadieron el sur de India (Habib, 1999b, p. xix).

Haidar Ali, arquitecto del poder y el prestigio de Mysore en el siglo XVIII, fue hijo de Fat'h Muhammad, empleado del *faujdar* (comandante) mogol de Sira (Habib, 1999b, p. xix). Haidar, quien nació en 1721 o 1722, entró al servicio del Estado Mysore en la década de 1740 y se convirtió en oficial de caballería alrededor de 1749. Su participación como *faujdar* de Dindigul en la Segunda Guerra Carnática (1753) —en la que la Compañía Inglesa y la Francesa pelearon por el control del sur de India— puso a Haidar al tanto de los sofisticados métodos de batalla europeos y lo acercó a los franceses. De hecho, se había dado cuenta desde la Primera Guerra Carnática (1747), cuando una pequeña fuerza francesa derrotó a la caballería mogola encabezada por Anwaruddin Khan, el *faujdar* de Arcot (quien más adelante sería el *nawab* de Carnatic). Mysore, que nominalmente se hallaba bajo Hyderabad, se alió con los franceses en las tres guerras carnáticas apoyando al candidato al que respaldaban los franceses como pretendiente al virreinato de Hyderabad, que quedó vacante por la muerte de Nizamu'l Mulk Asaf Jah en 1748. A partir de 1755-1756, Haidar comenzó a buscar la ayuda de los franceses para organizar su artillería, su arsenal y su taller (Habib, 1999b, p. xx).

Después de esto, Haidar ascendió rápidamente gracias a su poder armado y a sus habilidades diplomáticas personales. El ejército que conformó utilizó una combinación de caballería móvil de patrón mogol con una infantería bien disciplinada que blandía mosquetes. La complicada situación en el sur le otorgó la oportunidad de intervenir activamente en las luchas de la región y obtener prestigio. Haidar Ali también participó en la lucha interna entre el rajá de Mysore y su poderoso ministro, y se alió con el primero en contra del segundo,

quien había sido su patrón. Para 1760-1761 ya había usurpado el poder, y aunque mantuvo la imagen de la autoridad del rajá, al mismo tiempo buscó remplazarla obteniendo el reconocimiento como *faujdar* de Sira por parte de un aspirante al título de virrey mogol en el Decán. Consolidó su posición a través de la adquisición de Sira y de conquistas en el norte y en Malabar, y llegó a dominar un territorio mucho mayor de lo que el rajá jamás había controlado. Haidar aprovechó la debilidad de los marathas tras la Tercera Batalla de Panipat (1761) y forzó a muchos rajás locales, que hasta entonces habían pagado tributo a los marathas, a pagárselo a él.

Haidar demostró sus habilidades organizacionales en la centralización de la administración, en la que se combinaron instituciones existentes del *raj* de Mysore con elementos del gobierno mogol. En un esfuerzo para aumentar la tajada de impuesto agrario que recibía el Estado, estableció el impuesto predial directamente sobre los campesinos, asumiendo la visión mogola de que los potentados hereditarios locales como los *deshmukh* y los *palegar* no eran más que zamindares que no poseían derechos inviolables a la tierra (Habib, 1999b, p. xix). Francis Buchanan, el famoso administrador británico que el gobernador general Wellesley enviara a Mysore en 1800-1801 para recabar información sobre el territorio recién conquistado, describió cómo se medía la cosecha —el cúmulo— y se dividía equitativamente entre el gobierno o arrendador y el agricultor, porque Haidar se había deshecho de los intermediarios como los *deshmukh* y los zamindares, y comentó que la mayoría de las operaciones financieras de este último parecían ser “juiciosas y razonables”. De hecho, fue por su “justicia, sabiduría y moderación” que “nativos de todas descripciones tienen el mayor respeto” a su memoria (Buchanan, 1870, 1, p. 72. Reproducido en Habib 1999b, p. 168). Este reconocimiento de la prudencia de las medidas de Haidar (y de Tipu) se reflejaría más adelante en la introducción del Acuerdo Ryotwari (de *raiyat*, campesino), referente a los impuestos agrarios en la región.

En una maniobra relacionada para centralizar la recaudación fiscal, Haidar retomó los jagires y limitó la responsabilidad del *ja-girdar* de mantener a sus tropas, para pasar al reclutamiento de un ejército central que el Estado pagaría directamente. Esto transformó la naturaleza del ejército, que antes se constituía por contingentes de tamaños diversos según los recursos de un comandante individual, y ahora se componía de *risalas* —divisiones de un número fijo de soldados con asignaciones definidas de armas y transporte—, como los ejércitos europeos (Habib, 1999b, p. xxii). Haidar también acudió a los europeos y les pidió apoyo para fortalecer su ejército, que los franceses ofrecieron de buena gana. Haidar, quien era un astuto político, se dio cuenta de que los europeos obtenían su fuerza de la marina y se concentró en fundar una (Kumar, 1999, p. 171). Por este motivo emprendió la conquista de Malabar con el fin de controlar los astilleros de la región. Algunos reportes portugueses sugieren que para 1765 la marina de Mysore poseía 30 buques de guerra y un gran número de barcos de transporte comandados por un inglés y algunos oficiales europeos (1999, p. 172).

Haidar invadió Malabar en la primavera de 1766, logró capturar una zona que dejó a cargo de Ali Raja de Kannur, su gobernador recién nombrado, y continuó hacia el oriente. Sin embargo, los nayares de Kottayam pronto desafiaron su autoridad y a ellos se unieron otros príncipes que se negaron a reconocer la hegemonía de Mysore sobre Malabar. Haidar aplastó despiadadamente la rebelión y promulgó edictos que buscaban acotar el poder y el prestigio de los nayares. Los gobernantes de Malabar solicitaron ayuda a los británicos en Talasseri y firmaron un tratado con ellos, ante lo cual Haidar no tuvo más opción que ceder. Los marathas en el norte y el *nizam* de Hyderabad en el noreste representaban amenazas para su avance y él no quería encontrarse a otro enemigo al mismo tiempo. Dejó la cosecha de pimienta de Malabar a la base británica en Talasseri, pero esto no puso fin a las hostilidades. En marzo de 1769 los nayares y los británicos pelearon contra Haidar

Alí bajo el mando de los segundos, pero no tuvieron éxito. Haidar dictó los términos de un tratado de paz en Madrás que terminó la Primera Guerra Anglo-Mysore.

La Segunda Guerra estalló en 1778, cuando Haidar decidió aprovechar las hostilidades anglofrancesas para sus propios fines. Los ingleses y los franceses estaban en desacuerdo en India por el problema del reconocimiento de Francia a la Guerra de Independencia estadounidense. Haidar, que había sido un aliado cercano de los franceses durante más de una década, se puso de su lado en contra de los británicos. En 1775 Haidar había entrado en comunicación con los franceses en Pondicherry con la propuesta de una alianza conjunta contra los británicos, que encontró aceptación inmediata (Hasan, 1999, p. 35). Por otro lado, los rajás de Malabar permanecieron leales a los británicos, por lo cual, cuando los franceses capitularon en 1779, se les devolvieron algunas tierras que Haidar había capturado anteriormente. No obstante, Haidar logró recuperar el control sobre el sur de Malabar en 1780 y trabó negociaciones con los gobernantes que dieron lugar a otro acuerdo de corto plazo. Los británicos continuaron luchando contra Mysore, y Haidar no recibió ayuda de los franceses más allá del suministro de insumos militares cuando atacó Carnatic en julio de 1780 (1999, p. 35). Finalmente, murió en pleno ataque en 1782, lo que obligó a su hijo Tipu a correr de vuelta a Mysore desde Malabar. La Segunda Guerra Anglo-Mysore llegó a su fin en 1784 con un acuerdo de paz que favoreció a Tipu Sultan. Los rajás de Malabar, a pesar de su lealtad continua a los británicos, quedaron bajo el señorío feudal de Tipu. El rajá de Travancore tuvo que aceptar a un residente británico en su corte para 1800.

Las luchas por el comercio y el poder político entre los gobernantes indios y los mercaderes europeos, que en ocasiones se intersectaban, posibilitaron el ascenso gradual de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales como una fuerza política significativa en India, tema que abordaremos ahora.

ALBORES DE UN NUEVO IMPERIO

El último día de 1600 una cédula del monarca británico permitió la fundación de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, una sociedad comanditaria de acciones conformada por mercaderes londinenses para realizar el comercio en Oriente. Como rival de la Compañía Neerlandesa, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales gozaba de privilegios especiales. Recibió el monopolio de todo el comercio entre Inglaterra y Asia y permiso para exportar metal desde Inglaterra para financiar sus operaciones.

El comercio formal comenzó en 1613, cuando un *farman* del emperador Jahangir permitió a la compañía establecer fábricas en India. Para entonces, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales ya estaba muy bien informada sobre los datos esenciales de la “estructura del comercio en el océano Índico y del lugar de India en la red entrelazada” (Chaudhuri, 1982, p. 391). Este conocimiento impulsó al órgano gobernante de la compañía a embarcarse en una política de expansión que se reflejó no sólo en el rápido crecimiento de las fábricas en las zonas interiores de comercio, sino también en el nombramiento de sir Thomas Roe como embajador oficial de Jaime I en la corte mogola. Las relaciones con los mogoles se fortalecieron cuando Roe acudió como enviado británico residente a la corte de Jahangir en 1617. La primera fábrica inglesa se estableció en el puerto occidental de Surat después de que los mercaderes ingleses se anotaran una victoria sobre los portugueses. En casa, la Compañía estaba bajo la supervisión de su propia corte de directores y bajo la mano regulatoria del parlamento británico, mientras que su poder y su prestigio en India se desarrollaron en concordancia con una saludable relación de reciprocidad con la Corona británica. La celebración que realizó la Compañía con motivo de la restauración de la dinastía Estuardo en 1660 y su oferta de crédito a la Corona británica fue recompensada con el otorgamiento de cédulas con privilegios adicionales por parte del rey.

En 1668 Carlos II entregó a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales el asentamiento isleño de Bombay, mismo que había recibido como dote de la Corona portuguesa por su matrimonio con Catalina de Braganza, por una renta mínima de 10 libras al año. Bombay, que gozaba de una mayor autonomía que Surat y se encontraba a salvo de los ataques de los marathas, reemplazó a ésta como sede de la presidencia occidental en 1678. Anteriormente, en 1640 la Compañía había comprado Madrás, en la costa de Coromandel, a un gobernante local por una módica suma. Pronto, Madrás se convertiría en la sede de la presidencia del sur. La mayor parte de los textiles que se enviaban de India a Europa en el siglo XVII se producía en la costa sureste de Coromandel, sobre todo en la mitad sur. Ahí, la competencia por el comercio entre varios reinos pequeños facilitó a la Compañía la obtención de mayores concesiones, como la remisión total de impuestos de importación y exportación en Madrás por parte del *nawab* de Arcot (Asher y Talbot, 2006, p. 259).

Madrás y el comercio de Coromandel demostraron ser vitales para el ascenso de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en el siglo XVII, cuando llegó a igualar la fuerza de la *Verenigde Oost-Indische Compagnie* (VOC), la compañía neerlandesa. En toda Inglaterra apareció una “manía por el calicó”, que puso los textiles indios en boga y causó un aumento de 1000% en las compras y exportaciones de tejidos de algodón de India que la Compañía realizó entre la década de 1600 y la de 1680 (Chaudhuri, 1978). Los textiles también opacaron el comercio de especias, que fue lo que atrajo a los europeos a India en un inicio. Para fines de siglo, el comercio de la Compañía desde Coromandel estaba “bien fundado en dos fuertes sustanciales (St. George y St. David) y numerosas residencias en importantes puertos de salida desde Vizagapatnam en el norte hasta Cuddalore en el sur” (Arasaratnam, 1979, p. 19). La inversión y el emprendimiento, acompañados de la diplomacia y la fuerza, convirtieron los asentamientos de la Compañía en “puntos nodales”

de intercambio e interacción indobritánicos (Arasaratnam, 1979, p. 19). Además de ser el proveedor de textiles más importante para Europa, Madrás era un importante centro de comercio con el sureste asiático. Los empleados de la Compañía participaban cada vez más en el comercio en su carácter individual de comerciantes privados y con frecuencia amasaban enormes fortunas.

La reexportación de textiles indios a otros mercados en Europa y Asia era un componente vital del comercio de la Compañía y le permitía contrarrestar los argumentos de aquellos que consideraban que el aumento a gran escala de textiles indios amenazaba a los fabricantes de productos de lana en Inglaterra. Además de ser altamente rentable, la reexportación alentaba los embarques y la construcción de buques, lo que contribuyó a la fortaleza naval de Inglaterra y a su señorío sobre todos los océanos (Bagchi, 2010, p. xxiv). El monopolio de la Compañía sobre el comercio de las Indias orientales también se consideraba deseable, pues era la única forma en que ésta podía mantener costosas fábricas, así como tropas y barcos para defenderse de sus competidores. Sin embargo, se impusieron aranceles a la importación de textiles indios en Inglaterra a partir de la década de 1660, y en 1700 toda la importación de textiles indios, “excepto aquellos destinados a la reexportación, se prohibió” (2010, p. xxiv). La reexportación de textiles indios constituyó alrededor de 40% de las importaciones correspondientes a Inglaterra debido a su demanda en los mercados europeos.

El éxito de los empleados de la Compañía como comerciantes privados en la costa de Madrás contrastó con el descenso en el número de navieros hindúes en el centro y el sur de Coromandel y en el comercio con el archipiélago malayo, y con el deterioro del importante puerto de Masulipatnam (Arasaratnam, 1998, p. 266). Se mantuvo el comercio con los puertos continentales del sureste asiático desde Madrás, Palekat y otros puertos más al sur, lo que cambió la orientación anterior del comercio de exportación hacia el occidente de Asia, el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, comandado

por la clase de mercaderes indígenas (Dasgupta, 1998, p. 46). Esta nueva orientación obligó a los comerciantes de ultramar y a los navieros hindúes a trabar alianzas con los europeos, particularmente con los empleados de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, la potencia comercial europea dominante del siglo XVIII.

La Compañía “como Estado” era poco común en el Asia marítima (Dasgupta, 1998, p. 276). Su utilización mixta de privilegios, monopolio y conquista estaba completamente en contra de lo acostumbrado, pero justificaba su uso de “regulación y restricción” para poner los términos del comercio en su favor con el argumento de que era necesario para cubrir el costo de la conquista y la seguridad. Como en el caso de la VOC, se creía que la conquista era un imperativo para la seguridad de los bienes y el capital acumulados por medio del comercio, y a su vez ésta fomentó la necesidad de una mayor generación de rentas públicas, por lo que estos procesos gemelos se alimentaban mutuamente. Así, para mediados de la década de 1780 en Madrás los “empleados militares de la Compañía superaban en número a sus colegas civiles en una proporción de cuatro a uno” (Furber, 1970, p. 199).

NUEVAS PROPUESTAS: ¿La Compañía como Estado?

Cabe reflexionar brevemente sobre la naturaleza del “Estado” de la Compañía, tema que abordaremos con mayor detalle en el siguiente capítulo. Los académicos que han trabajado con el comercio de los siglos XVII y XVIII y el Océano Índico (Chaudhuri, Dasgupta, Furber, Prakash, Arasaratnam y Pearson, por ejemplo), se centraron principalmente en las intrincadas redes comerciales y los patrones y las operaciones de intercambio, con lo que dan a entender que el periodo anterior a la conquista de Bengala por parte de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales a mediados del siglo XVIII se vio dominado por el comercio, mientras que los temas de soberanía y autoridad permanecieron ausentes en gran medida. En *The Company-State: Corporate*

Sovereignty and the Early Modern Foundations of the British Empire in India, Philip J. Stern contrarrestó recientemente esta visión cambiando el enfoque del comercio al territorio. Al ubicar a la Compañía en el contexto de un mundo fluido de formaciones políticas modernas tempranas donde el “Estado” aún no se había normalizado, Stern argumenta que aquella, como corporación, desde el inicio fue un “gobierno sobre sus propios empleados y miembros” (p. 3). Además de reivindicar una jurisdicción sobre el comercio y el tráfico ingleses y por extensión, sobre los bienes, los buques y los súbditos ingleses en Asia, para inicios del siglo xvii la Compañía también se convirtió en un “propietario colonial” que dominó una red pequeña pero creciente de plantaciones en Asia y el Atlántico sur y sus poblaciones variopintas y multirraciales (p. 3). Además, la Compañía experimentó con formas municipales británicas en sus asentamientos, emitía monedas, realizaba despliegues de pompa y ceremonia y lidió con rebeliones y desafíos a su autoridad, tanto indias como europeas. Por tanto, los gobernadores y los consejos coloniales de la Compañía en su carácter de propietarios eran como “señores feudales que podían alienar tierras, procurar justicia, imponer multas y controlar poblaciones dentro de los límites de sus predios” (p. 24). El libro de Stern analiza la compañía como “un cuerpo político en sus propios términos” y plantea la visión de un “imperio” moderno temprano constituido por “una variedad de formas políticas y constitucionales sobrepuestas y en competencia”. Tales formas se aliaron y compitieron con el Estado nacional y sus reivindicaciones de un poder coherente y central (p. 6).

(Inspirado en la reseña que hace Douglas Peers del libro de Philip J. Stern, *The Company-State: Corporate Sovereignty and the Early Modern Foundations of the British Empire in India*, y que se publicó en *Reviews in History*, mayo de 2012)

Todos los académicos han retomado el hecho de que el uso de la fuerza por parte de las compañías europeas se distinguió de las prácticas comerciales en India, aunque hubo un “desacuerdo considerable” en “la historiografía angloindia” sobre “el papel de la fuerza y las fortificaciones” (Watson, 1998, p. 26). La importante obra de K. N. Chaudhuri (1978) aseveró que la fuerza fue una parte implícita del comercio europeo con Asia y que fue “rentable”

cuando la venta de protección se convirtió en una transacción económica y cuando pudo extraerse tributo de las bases territoriales bajo el control de la Compañía mediante los impuestos y las aduanas (Chaudhuri, 1978, p. 111).

El uso libre de *sipahis* (cipayos) y peones, que ayudaron a procurar el mandato de la Compañía Inglesa en los distritos textiles, le permitió a ésta tratar primero con mercaderes y después directamente con los tejedores en la región de Madrás. Los “jornaleros y el mercado de la mano de obra”, argumenta Prasanna Parthasarathi, no se veían como “sitios legítimos para el ejercicio del poder coercitivo del Estado” en la India del siglo XVIII. La Compañía solicitó al *nawab* de Arcot que confinara y forzara a regresar a los tejedores que habían huido a sus territorios durante la protesta de tejedores de Cuddalore de 1778, a lo que él respondió claramente en una carta que aprehender a los tejedores y sacarlos por la fuerza de su país era “contrario a las costumbres” y nunca se había hecho antes (citado en Parthasarathi, 2001, p. 126).

Además de hacer uso de la fuerza, la Compañía sustituyó los adelantos en efectivo que los amiles del *nawab* otorgaban a los tejedores por adelantos en materia prima, además de que mantuvo un cierto número de telares para su uso exclusivo. Si esto liberaba a un tejedor de los impuestos y los gravámenes establecidos por el gobierno del *nawab* y la provisión de materia prima mejoraba la calidad de sus productos, ello lo convertía, para todo propósito práctico, en un trabajador a sueldo de la Compañía que no tenía el poder de decidir el precio de su producto terminado. En la Compañía, los funcionarios fijaban el precio con base en el costo de la materia prima otorgada como anticipo y la mano de obra invertida en la fabricación, sobre la cual los empleados indios mantenían una estricta vigilancia en los distritos textiles (Arasaratnam, 1998, p. 277). El término despectivo *coolie*, que utilizaban los ingleses para designar a los tejedores que habían sido artesanos independientes, es representativo de su cambio de estatus.

La enorme crisis financiera de la Compañía y la casi quiebra del *nawab* de Arcot debido a las guerras con Haidar Ali y Tipu Sultan así como a la reaparición de la amenaza francesa en las décadas de 1770 y 1780 forzaron a la Compañía a abrir a la inversión competitiva aldeas de tejedores que se encontraban bajo su dominio. Ello trajo de vuelta al juego a los holandeses, los franceses y a los daneses, y causó un resurgimiento de la industria textil y el comercio en general. Además de la demanda continua de textiles indios en los mercados europeos, el reavivamiento se relacionó con sucesos ocurridos en el comercio asiático desde la década de 1760. Un salto en la demanda de té chino en Europa ocasionó una reanimación de la explotación de textiles de Coromandel al sureste asiático, cuyas ganancias se empleaban para comprar bienes que se venderían en China. Los mercaderes libres ingleses junto con algunos burgueses libres armenios, portugueses y holandeses fueron los principales actores de estas operaciones, pero enfrentaron una sana competencia de los musulmanes *chulia* (tamil). Estos últimos eran prácticamente los únicos navieros indios importantes en la costa; tenían capital, contactos con intermediarios en las aldeas textiles y excelentes conexiones con los estados islámicos de la península malaya y Sumatra. Los europeos fueron indulgentes ante este desafío, pues Coromandel y el comercio del sureste asiático constituían sólo una pequeña parte de su ciclo mercantil, que era mucho más amplio, y además se valieron de la ayuda de los *chulia* cuando hubo que establecer nuevos puestos comerciales como el que se abrió en Penang en 1786 (Arasaratnam, 1998, p. 279).

La tercera región costera proveedora de textiles era Bengala, donde predominaron los portugueses a inicios del siglo xvii. Después de establecer el control adecuado en Bengala, en 1632 los mogoles alejaron a los portugueses del importante puerto de Hughli e invitaron a otros europeos. Hughli se convirtió en un asentamiento holandés floreciente en la década de 1660 y los ingleses comenzaron a impacientarse por las restricciones de los mogoles,

por un lado, y la competencia holandesa, por el otro. Con el fin de presionar para obtener mayores privilegios comerciales del Estado mogol vigilante, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales declaró una guerra virtual contra éste en la década de 1680, mediante un bloqueo a Surat y el decomiso de buques indios frente a la costa oeste. Los mogoles respondieron atacando Bombay y forzando a los ingleses a huir de Hughli. De acuerdo con el Tratado de 1690, la Compañía tuvo que pagar una cuantiosa indemnización y dejar de emitir monedas de plata en el nombre de los monarcas británicos en Bombay, lo que habían hecho en señal de desafío. El hecho de que tornaran a Calcuta fue resultado directo de su huida de Hughli.

Calcuta, que estaba rodeada de ciénagas y pantanos, no era el lugar más salubre para vivir, pero su ubicación, más cercana a la bahía de Bengala que Hughli, la convirtió en un asentamiento práctico. La Compañía Inglesa de las Indias Orientales pronto se convirtió en arrendadora de las aldeas que rodeaban a Calcuta y construyó la estructura fortificada de Fort William. Para 1700 la Compañía ya se había establecido en Bombay, en Madrás y en Calcuta, las principales ciudades de las presidencias y centros del poder británico en la era colonial.

De hecho, fue en Bengala donde la Compañía emprendió sus “conquistas más asombrosas” (Travers, 2007, p. 3). El joven e inexperto *nawab* Siraj-ud-Daula sentó las bases en 1756. Enojado por el comportamiento arrogante de los comerciantes británicos en Calcuta, Siraj arrasó la ciudad y los forzó a huir, pero las fuerzas navales y de infantería británicas que se encontraban reunidas en Madrás para luchar contra los franceses se desviaron rápidamente a Bengala. Este ejército, al mando de Robert Clive, recapturó Calcuta. Clive, quien poseía un espíritu emprendedor, también hizo tratos con los grandes comerciantes, mercaderes y actores políticos del gobierno de Bengala, apoyo que llevó a la derrota del ejército de Siraj ud-Daula ante el de la Compañía en la batalla de Plassey en

1757. Clive nombró a un nuevo *nawab*, quien le otorgó ingresos fiscales de nuevos territorios que rodeaban a Calcuta.

La toma de Bengala por parte de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales terminó con la “configuración favorable de circunstancias en las que el comercio exterior sirvió esencialmente como un instrumento de crecimiento para la economía” (Prakash, 1998, pp. 247-248). La estructura de producción mantuvo su vitalidad y respuesta al mercado, pero las importaciones de plata por parte de compañías europeas, sobre todo la británica, se detuvieron casi por completo una vez que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales obtuvo el derecho a recaudar los tributos de Bengala en 1765. Ello se dio como consecuencia de la victoria de la Compañía sobre los ejércitos conjuntos del emperador mogol y los *nawab* de Awadh y de Bengala en la Batalla de Buxar en 1764. Las exportaciones de la Compañía desde Bengala ya no eran correspondidas, lo que contribuyó a drenar los recursos de la región; terminó con la larga tradición de “metal por bienes” del comercio indoeuropeo, y alteró radicalmente las relaciones entre la Compañía, los mercaderes, los proveedores, los artesanos y los campesinos, procesos que analizaremos más detalladamente en el próximo capítulo. Tales negociaciones ya no estaban gobernadas por las fuerzas de la oferta y la demanda, sino por los términos desiguales que la Compañía había impuesto y que efectivamente robaron a estos grupos su participación legítima en el comercio pujante (Prakash, 1998, p. 249).

¿UN SIGLO INDEPENDIENTE?

Ahora es momento de volver a la historia de Lucknow, la capital fundada por el *nawab* Asaf ud-Daula tras la muerte de su padre en 1775. Antes de ello, unamos brevemente las diferentes hebras del cuento que se ha narrado hasta ahora para unirlas a los debates en torno al siglo XVIII —sobre continuidad y cambio, sobre decadencia

y deterioro, y la entrada casi “inconsciente” de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales al vacío de poder que dejó la caída de los mogoles (Dodwell, 1929)—.

La discusión hasta ahora demuestra que ese siglo estuvo pleno de efervescencia generada por una mezcla de opuestos: la fragmentación mogola y el resurgimiento regional, así como el ascenso de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. El Estado mogol, como hemos apuntado, nunca gobernó toda India, y su grado de dominio variaba dependiendo de la región, por lo que su colapso afectó la economía y la política de las diversas regiones de diferente manera. Las zonas que se vieron más afectadas fueron los “ejes de la economía imperial difusa pero íntimamente entrelazada” —el corredor Agra-Delhi y la ruta entre Agra y Surat, que se volvió insegura por la insurrección de los jats y la afirmación de los sikhs y los marathas (Asher y Talbot, 2006, p. 276). Punjab y Gujarat también enfrentaron la peor parte del debilitamiento del comercio con Asia central y el Medio Oriente. Por otro lado, algunas partes de Rajastán prosperaron bajo las medidas que adoptara Sawai Jai Singh de Jaipur (1700-1743), igual que el Decán bajo los *peshwas*. Asimismo, Malabar, Mysore, Coromandel y Bengala desarrollaron sus propias trayectorias, aunque a través de constantes conflictos con otros Estados indios, altibajos en el comercio y negociaciones con compañías comerciales europeas y con mercaderes y banqueros hindúes y jainistas. Ciertos procesos que contribuyeron al desdibujamiento de la política y la economía permitieron la aparición de nuevos grupos de élite, sentaron las bases de un nuevo orden social y estimularon el florecimiento cultural en diversos grados. Fue la misma amalgamación de política, la economía y el poder lo que le otorgó a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales la oportunidad de establecer su dominio sobre India.

Por tanto, el siglo XVIII difícilmente puede caracterizarse por el deterioro, y tampoco puede definirse por una ruptura total o por una continuidad intacta. Sin duda, prevalecieron varias caracterís-

ticas de la entidad política y la economía anteriores, incluyendo los nuevos reinos regionales con influencia de ideas e imaginaciones mogolas (como Bengala), y la ética mogola se transformó, más que caer en decadencia, por medio “del ascenso de grupos sociales inferiores al poder político ostensible” (Bayly, 1988a, p. 9). Dichos “detentores de poder locales” persistieron hasta inicios del siglo XIX, igual que las estructuras de clanes terratenientes en el norte y las estructuras de Estado segmentarias en el sur (Cohn, 1960; Stein, 1985; Yang, 1989).

Al mismo tiempo, si bien continuaron las ideas y los sistemas mogoles, los nuevos actores políticos les asignaron nuevos significados e importancia. Además, la presencia y el poder de los europeos adquirieron tal relevancia que sus ejércitos y sus técnicas militares se convirtieron en modelos para varios gobernantes. Si esto alentó su participación activa en la política local, les otorgó grados de poder de los que no habían gozado antes. La Compañía Inglesa de las Indias Orientales no fue absorbida por el vacío que dejó el Estado mogol “sin darse cuenta” ni a regañadientes, sino que se involucró con una noción clara de la adquisición y la definición de la “soberanía”, como han indicado obras recientes (Stern, 2011). En una situación fluida en la que la creación de un nuevo orden de Estados sucesores no fue uniforme y varió en gran medida de región a región, las compañías europeas tenían “tanto incentivos como oportunidades para intervenir” (Marshall, 2005, p. 121). Es posible que los primeros gobernadores generales y los posteriores hayan tenido objetivos diferentes, como veremos en el siguiente capítulo (Marhsall, 1987), pero los vínculos cercanos entre la Compañía y la Corona británica y entre la expansión comercial de Gran Bretaña y su Imperio son demasiado evidentes para ignorarlos.

Quizá resulte útil tomar nota de la descripción que hacen Sanjay Subrahmanyam (1997, 2001) y otros académicos del periodo entre el siglo XV y el XVIII en India como “moderno temprano” para

liberarse de la dicotomía opresiva de la continuidad y el cambio, y de discusiones repetitivas de cómo el gobierno británico transformó la India “tradicional” en una India moderna. En sintonía con historiadores como Fernand Braudel, quien describe el periodo histórico del mundo entre 1500 y 1800 como “modernidad temprana” sobre la base de que las sociedades humanas compartían y se veían afectadas por procesos mundiales de cambio “de naturaleza e intensidad sin precedentes” (Braudel 1981-1984), Subrahmanyam nos insta a trascender las limitaciones de tiempo y escala. Con argumentos en favor de las “historias conectadas” del sur de Asia y el mundo, define el lapso que comprende desde “mediados del siglo xiv a mediados del xviii, con un mayor énfasis en el periodo posterior a 1450”, como “modernidad temprana” (Subrahmanyam, 1997, p. 736).

Si un sentido de “fractura” o ruptura caracteriza la idea del ser moderno, el periodo “moderno temprano” demuestra tal ruptura en el “nuevo sentido de los límites del mundo habitado”, generado a partir de los viajes extensos y de “descubrimiento”, que produjeron una “redefinición geográfica radical” (Subrahmanyam, 2001, p. 262). Esto incluyó expediciones de exploración europeas, además de culturas de viaje por rutas terrestres y el desarrollo de la literatura de viajes. El periodo moderno temprano también atestiguó conflictos estructurales intensos y de largo plazo en las relaciones entre las sociedades urbanas, aquellas basadas en la agricultura establecida y las de los grupos nómadas, mismos que plantean importantes preguntas sobre la innovación agrícola, la expansión de las fronteras agrícolas, los patrones de asentamiento, la demografía y la urbanización (2001, p. 262). Una vez más, no se trataba sólo de un choque entre la Europa moderna en expansión y las sociedades no europeas, sino de conflictos universales relacionados con los estilos de vida y el uso de recursos, que a su vez se vinculaban con los flujos comerciales globales (2001, pp. 162-163).

Además, todas estas modificaciones se vieron acompañadas por “complejos cambios en teología política” que tuvieron como re-

sultado el constructo del siglo xvi del “Imperio Universal”. En Asia central y occidental, en Irán, en el norte de India y en China se desplegaron constructos del Imperio Universal, que además estuvieron presentes en la América precolombina y en el sur y el centro de África (Subrahmanyam, 2001, p. 263). Por tanto, debe abordarse la cuestión de la coexistencia de “formas de articulación política tan aparentemente arcaicas” con la modernidad emergente representada por el avance tecnológico de Occidente. Por último, la modernidad temprana lo hace a uno reflexionar sobre por qué las nociones de humanismo y universalismo que surgen en vocabularios definidos no dan lugar a un mundo unificado, sino que terminan por intensificar la jerarquía, la dominación y la separación (2001, pp. 264-265). Tales cuestionamientos y reflexiones darán una nueva perspectiva sobre la idea de lo “moderno” que se ha ignorado hasta ahora.

John F. Richards también define los siglos xvi al xviii como “modernidad temprana”, puesto que encapsulan “la realidad de un cambio enorme y rápido en la manera en que los humanos se organizaban e interactuaban con otros seres humanos y con el mundo natural” (1997, p. 197). La modernidad temprana, diferente tanto a la “Edad Media que la precedió como a los siglos xix y xx modernos”, vio el ascenso de una “verdadera economía mundial” basada en el comercio de larga distancia, el crecimiento de Estados grandes y estables y de la población, la intensificación del uso de la tierra y la difusión de nuevas tecnologías (1997, pp. 199-204). El sur de Asia quedó marcado por todos estos procesos de alguna u otra forma. Por tanto, es importante, casi imperativo, definir los siglos xvi al xviii en el sur de Asia como “modernidad temprana”, no “India mogola”, “India medieval tardía” ni “India precolonial tardía”, pues dichos términos ven la historia de India como “exótica” y separada del resto del mundo. Esta necesaria contextualización, asevera Richards, generaría mejores entendimientos sobre el desarrollo más específico de la historia india en los tres siglos (1997, p. 198).

He discutido ampliamente la “modernidad temprana”, aunque no sólo en lo concerniente al siglo XVIII, pues nos permite reflexionar de manera diferente tanto sobre el siglo XVIII como sobre la idea de lo “moderno”. Si el siglo XVIII formó parte de un periodo largo que es la “modernidad temprana”, ¿tiene sentido analizarlo por separado como un siglo “independiente”? Su estudio como tal, como se mencionó al inicio de este capítulo, se relaciona con un debate anterior y diferente que describía al XVIII como un siglo de deterioro. Mientras que algunas obras nuevas han revisado esa imagen de declive, la formulación de Subrahmanyam sobre lo “moderno temprano” y su petición de alejarse de un enfoque excesivo en el periodo colonial “moderno” se ha retomado y aplicado al siglo XVIII de manera que sustenta la tesis de la “continuidad”.

La aportación más importante del debate sobre el siglo XVIII “al ámbito de los estudios coloniales”, afirma Seema Alavi, es que brinda un valioso correctivo a las nociones reificadas de “tradicición” y “modernidad” (2002, p. 39). Al mostrar que el poder colonial se mediaba gracias a un proceso continuo de negociación con las estructuras y las nociones de gobernanza, autoridad y códigos normativos precoloniales, aunque fuera a través de un proceso pleno de tensión, los estudios sobre el siglo XVIII han ayudado a “colapsar” las categorías esencializadas de lo “colonial”/moderno y lo “indígena”/tradicional (2002, p. 40).

Además del hecho de que tales “nociones reificadas” se han cuestionado en “el ámbito de los estudios coloniales” (Ray, 1975, p. 3, es uno de los primeros ejemplos), el argumento de que el siglo XVIII “moderno temprano” fue un periodo de vigorosa actividad comercial y económica y de dinamismo político suele apuntalar el argumento de que el dominio colonial indio no ocasionó una ruptura seria. Más bien, se afirma que las condiciones indias moldearon y templaron las transformaciones coloniales, y que muchas políticas del Estado colonial se basaron en las anteriores (Bayly, 1983; Stein, 1985, por ejemplo). El trabajo de Prasannan Partha-

sarathi sobre el sur de India refuta que haya habido una continuidad económica entre el periodo precolonial y el colonial, pero afirma que el colonialismo tuvo raíces indígenas (2001, p. 6). Por tanto, la descripción del siglo XVIII como “moderno temprano” en este sentido calificado no nos ayuda a sustituir los términos del debate inicial sobre la naturaleza del siglo XVIII, pues seguimos atascados con el cuestionamiento de si éste se distinguió por la “revolución” o por la “evolución” (Marshall, 2003). Podría decirse que el siglo XVIII fue un periodo de grandes transformaciones, y quizá sería útil prestar atención a obras que han indicado que fue sólo en el siglo XVIII cuando se sintió el “impacto total” del comercio europeo en la economía nacional (Chaudhuri, 1982; Dasgupta, 1979) o que las condiciones cambiantes del siglo XVIII fueron, en gran medida, el resultado del “papel cada vez más beligerante” que desempeñaron los europeos en algunas partes del continente (Marshall, 2005, p. 121).

Volviendo al espíritu del argumento de Subrahmanyam, podría emplearse lo “moderno temprano” para subrayar el aspecto más fascinante del siglo XVIII, es decir, sus mezclas poco probables y la convivencia de sus contradicciones. Tales embrollos permitieron la persistencia de sistemas mogoles en regiones que afirmaban su autonomía y la resolución de la rivalidad anglofrancesa en batallas que libraron gobernantes indios en competencia. Ya en 1962 Bernard Cohn nos había instado a trascender el “sórdido registro” de la anarquía, la confusión, el egoísmo y la traición, y a ver cómo “funcionó en realidad el sistema político del periodo” —si hubo estructuras duraderas de relaciones políticas, si las partes del sistema social involucrado estaban conectadas y si hubo principios comunes que guiaran la organización y la utilización del poder y la autoridad en la sociedad de la época (1962, p. 312)—. Con la consideración debida a la advertencia, también es necesario abordar los enredos de la época, que produjeron encantadoras combinaciones transpaís y transcomunidad. Mercaderes y banqueros hindúes y musulmanes indios se aliaron con los comerciantes europeos, al

tiempo que europeos influyentes de diferentes países hicieron fortuna al servicio de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales y los príncipes indios, y adoptaron el estilo de vida de los gobernantes musulmanes indios. Se trató de un siglo en el que complejos cambios en las sociedades regionales y el ascenso de la Compañía contribuyeron a cristalizar un “orden de castas” (Bayly, 1999, pp. 4 y 26). Lucknow, la emblemática capital del siglo XVIII, ofrece estupendas ilustraciones de las combinaciones transpaís y transcomunidad.

LUCKNOW, UNA VEZ MÁS

El joven príncipe Asaf ud-Daula era un hazmerreír como gobernante. Sucumbió ante la presión de la Compañía poco después de convertirse en *nawab* y firmó un “devastador” tratado que lo forzó a ceder territorios, y con ello casi la mitad de su ingreso, para el mantenimiento de las tropas de la Compañía. Esto alienó a su poderosa madre y a la mayor parte de la nobleza de Awadh, de quienes ya se había alejado por mudarse de Faizabad a Lucknow. Las tendencias del gobierno de Asaf, que duró 22 años, se establecieron en los primeros meses. Durante las siguientes dos décadas, Awadh estaría dividido por el antagonismo entre la facción de su madre en Faizabad y la corte de Lucknow, y “paralizado por la presión de la Compañía sobre sus fronteras, sus tesorerías y su política” (Jasanoff, 2005, p. 53). Empero, esto no impidió que Asaf hiciera realidad su sueño de convertir a Lucknow en la capital cultural de India.

El modelo a seguir de Asaf fue el gran emperador Akbar, quien había abandonado Delhi para partir a Agra y a Fatehpur Sikri, donde reunió a los mayores talentos en las artes, las ciencias, la filosofía y las letras. Tras el impresionante programa de construcción, mecenazgo y entretenimiento para la corte de Asaf, Lucknow

quedó salpicada de construcciones monumentales como el Bara Imambara, la celebrada academia religiosa chiíta y festivales que alentaban las artes y las letras de la India mogola, además de que “recibió a una cuantiosa nómina de europeos”, hombres que influían en todo, desde los alimentos que se servían a la mesa del *nawab* hasta el diseño de sus numerosos palacios (Jasanoff, 2005, p. 55). El *nawab* adquirió fama por su generosidad y por ser uno de los principales patronos del arte asiático y europeo, y notoriedad por su extravagancia. Lucknow se convirtió en un crisol que deificaba la categorización.

La ciudad cautivaba. Así fue que Antoine Polier, el arquitecto suizo de Fort William (Calcuta), afectado por las nuevas y estrictas medidas de la Compañía contra la promoción de europeos no ingleses, cruzó la frontera occidental de Bengala, que se encontraba bajo el control de la Compañía, y entró a Awadh a inicios de la década de 1770. Polier hizo de Lucknow su hogar durante 15 años, amasó una fortuna, y reunió a un círculo de distinguidos amigos indios y europeos. “Polier fue uno de muchos que descubrieron en Lucknow el medio y la oportunidad para cobrar y cruzar fronteras” (Jasanoff, 2005, p. 47).

Polier vivía bien y ricamente. Construyó una enorme mansión que nombró Polierganj; reunió una espectacular colección de manuscritos y pinturas de dioses hindúes sobre cuya historia “se informó”, y pasaba su tiempo en compañía de expatriados europeos, al estilo de otros orientalistas. Al mismo tiempo, se casó con dos mujeres indias musulmanas, vivía en Lucknow (hablaba persa) y descansaba en casa vistiendo batones mogoles, fumando su pipa de agua y gozando de las actuaciones de bailarines y músicos indios. El emperador Shah Alam le otorgó un *jagir* cerca de Aligarh y le dio el nombre de *Arsalan-i-Jang* (León de Batalla).

El mejor amigo de Polier era Claude Martin, un oficial de origen francés que se consideraba a sí mismo como británico pero que no logró entrar en la jerarquía de la Compañía. Martin arribó

a Lucknow en 1776 para asumir el puesto de superintendente del arsenal del *nawab*. Gracias a su “talento natural para los negocios y su inagotable energía para ejercerlo” (Jasanoff, 2005, p. 73), acumuló una cuantiosa fortuna durante los 25 años que permaneció en Lucknow.

Para 1800, Martin quizás era el europeo más rico de India. Invirtió su fortuna en tierras, casas e influencia política, pero igual que su amigo Polier, era un ávido coleccionista no sólo de manuscritos, sino también de objetos de todo tipo. A través de sus amigos de Lucknow que habían vuelto a Europa, y mediante cartas y constante tráfico ultramarino de objetos, Martin se unió a una hermandad de coleccionistas de élite desde su base en Lucknow. A diferencia de su amigo Polier, quien siguió el camino de los nobles mogoles, Martin tomó como modelo a seguir a los nobles ingleses, pero hizo de India su hogar.

Asaf ud-Daula igualó la pasión por las colecciones de Martin. Llenó su armería con elaboradas armas, colmó de piedras rutilantes su almacén de joyas y atestó su biblioteca de montones de pinturas en miniatura y manuscritos iluminados de la época mogola. Quizás el *nawab* competía con Claude Martin, “un rey que se acuñó a sí mismo” (Jasanoff, 2005, p. 79), o quizá su exhibición pretendía compensar su falta de poder. Juntos, Asaf ud-Daula y Claude Martin representaban lo corrupto y lo positivo de Lucknow. El exterior excéntrico de Lucknow resguardaba un asombroso cosmopolitismo. Polier, Asaf y Martin, todos ellos desplazados que se rehicieron en un estilo extravagante, no eran los representantes típicos de su propia cultura. Eran los mejores ejemplares de un mundo en el que un entorno indio estaba infundido con influencias europeas y los europeos absorbían las indias; un momento en el que el imperio y la nación se estaban formando en el “crisol de una historia global que aún no podía ocultar su contradicción” (Dirks, 2006, p. 336).

Esto cambiaría a finales de siglo, cuando Claude Martin exhalara su último aliento. Su muerte en 1800 acaeció en un umbral. Marcó

el fin de una era en la que las fronteras socioculturales y políticas permeables entre británicos, europeos e indios darían lugar a fronteras definidas más claramente y harían imposible a aquellos como Polier y Martin permanecer suspendidos entre ellas. El legado de Martin pervive en las tres escuelas secundarias La Martinière a las que dejó donaciones en su testamento, que se encontraban en las ciudades de Lucknow, Calcuta y Lyon. A los alumnos de La Martinière en Lucknow y Calcuta se les enseñaba inglés y persa, sus maestros eran mulás y sacerdotes católicos, y alzaban una copa a la memoria de Martin en su aniversario luctuoso. Las escuelas son un recordatorio de que no todas las fusiones se desdibujaron en el siglo XIX, a pesar de que el mundo de las herencias mixtas había llegado a su fin.

2. LA APARICIÓN DEL RAJ DE LA COMPAÑÍA

Entre 1757 y 1807, los 50 años posteriores a Plassey, Gran Bretaña obtuvo un imperio territorial en India administrado por una organización comercial, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. La impresionante expansión de la Compañía y su involucramiento con el “negocio del imperio” generaron considerables incertidumbres en Gran Bretaña en relación con su naturaleza y la función que desempeñaría tanto ahí como en Asia (Bowen, 2006, p. 7). Según sugiere el trabajo de Stern, la Compañía reivindicó su soberanía en diversas ocasiones desde finales del siglo xvii, pero dependía en gran medida de las autoridades de su país de origen para obtener recursos, mano de obra y legitimidad. Como potencia marítima, también necesitaba el apoyo constante del almirantazgo británico para garantizar la seguridad de las rutas marítimas a sus fábricas en India y en el sureste asiático (Stern, 2011). Si bien esto hizo que las primeras etapas de la “construcción del imperio” en India parecieran una “actuación para las autoridades de casa” (Travers, 2007, p. 32), incluso con toda esta confusión e incertidumbre, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales contribuyó al “cambio histórico” en los poderes del mundo (Bayly, 1988).

Este cambio fue el resultado de las vigorosas intervenciones causadas por la militarización de los Estados-nación europeos en los imperios agrarios de Asia, que a su vez llevaron a la fundación de

regímenes coloniales (Bayly, 1988). Los vínculos cercanos de la Compañía con la Corona británica eran demasiado evidentes, y sus reclamos de autonomía la colocaron en competencia con el ambicioso parlamento británico tras la Revolución Gloriosa de 1688. El presente capítulo da seguimiento a los procesos diversos, múltiples y contradictorios mediante los cuales el gobierno colonial se arraigó en India; a las causas y las consecuencias de la batalla de Plassey, y a las políticas de tres importantes gobernadores generales que dieron un cimiento firme al dominio de la Compañía.

LA PRIMERA “REVOLUCIÓN”

La “revolución” a la que nos referimos en el primer capítulo llegó temprano a Bengala (Travers, 2007, p. 31). Para 1756, Calcuta se había convertido en el puerto mercantil indio más importante de la Compañía y en una “presidencia” que contaba con un gobernador, un consejo y un extenso complejo de fortificaciones (Fort William). El poder del gobernador y del consejo se derivaban tanto de las *farman* otorgadas por los emperadores mogoles como de una serie de cédulas reales británicas. Dichas cédulas habían autorizado que la Compañía fundara cortes en materia civil y penal, las cuales operaban según las leyes inglesas en sus asentamientos en India, y establecieron una línea de apelaciones al consejo privado inglés. Además, los directores de la Compañía, que se encontraban en Leadenhall Street, enviaban constantemente instrucciones detalladas a sus agentes en India, pues mantenían un sistema sumamente desarrollado de archivonomía y contabilidad burocráticos que dio cohesión a las operaciones de gran alcance de la organización. Para 1761, la corte de directores de la Compañía estaba convencida de que era necesario otorgar a Bengala “prioridad sobre todos sus demás compromisos en India” (Marshall, 2005, p. 241), debido a la creciente importancia de Calcuta como la ciudad colonial más

relevante y al lento establecimiento de una estructura administrativa radicada ahí

Las compras de la Compañía en India recibían el nombre de “inversión” (Sinha, 1965, p. 6). La inversión o el comercio público de la Compañía se refería a los bienes comprados con “dinero contante” y a través de un contrato celebrado con mercaderes *dadni* (intermediarios). Durante el tiempo en el que se utilizó este sistema, con frecuencia se obligaba a las comunidades de tejedores indios a trabajar para la Compañía bajo cierto grado de coerción (Marshall, 2005, p. 243). El sistema *dadni* representó una proporción considerable de la inversión de la Compañía (Sinha, 1965, pp. 6-7) hasta 1753, tras lo cual se abandonó. Después de 1753, los mercaderes *dadni* fueron remplazados por los gomastas, agentes indios asalariados de la Compañía que realizaban sus compras bajo supervisión directa de los servidores europeos de la misma.

En 1717 la *farman* del emperador Farukshiyar exentó a la mercancía de la Compañía del pago de derechos aduaneros a cambio de un pago anual de 3 000 rupias. Con la portación de un *dastak* (pase/permiso escrito a mano), los bienes de ésta podían pasar sin inspección a través de la estación de peaje o *chowki* (Sinha, 1965, p. 75). Los empleados de la Compañía discretamente extendieron este privilegio a sus propias operaciones de comercio privado, que creció considerablemente tras el abandono del sistema *dadni*. Cabe destacar que la Compañía pagaba salarios terriblemente bajos a sus empleados en India, pero, a manera de compensación, reconocía su derecho a entablar comercio privado con bienes que no afectaran su monopolio. En un inicio las operaciones privadas de los empleados no dañaron a la Compañía; la “principal víctima” fue el gobierno de los *nawab*, que dejó de percibir derechos aduanales, además de los comerciantes indios rivales, que enfrentaron una competencia desigual (Sinha, 1965, p. 8). La *farman* del emperador y las cédulas reales de Inglaterra habían logrado que el importante asentamiento de Calcuta fuera casi independiente de la jurisdicción del *nawab*.

Como fuente del pujante comercio asiático, Bengala no sólo fue importante para los británicos, sino también para los holandeses y los franceses. El delta del bajo Bengala, zona productora de arroz, rendía altos ingresos y proveía el grano a otras regiones de India, amén de que el desarrollado sistema de transporte de agua en toda la provincia facilitó mucho el comercio de productos agrícolas. Para mediados del siglo XVIII, Bengala gozaba de una posición dominante en la producción textil india. Se exportaban tejidos de seda y algodón por vía marítima a Europa y al Medio Oriente, y por vía terrestre a Asia Central. Además, Bengala proveía la mayor parte del salitre necesario para la producción de pólvora en Europa (Marshall, 2005, p. 148).

Por tanto, no sorprende que británicos, holandeses y franceses tuvieran asentamientos en Bengala, en Calcuta, en Chinsurah y en Chandernagore, respectivamente, todos en la ribera del río Hoo-gly, el brazo más navegable del delta del Ganges. En un esfuerzo por acceder a textiles y otros productos, los europeos se expandieron hacia el interior como no lo habían hecho en el sur (Carnatic), donde se mantuvieron cerca de la costa. Había estaciones comerciales hasta Dacca (hoy Bangladesh) en el este, y hasta Patna (en Bihar) en el oeste. La penetración europea en la economía de Bengala, particularmente por parte de los británicos, también tuvo una escala mucho mayor que en el sur.

Por otro lado, en contraste con el sur, que carecía de un Estado sucesor estable, Bengala tenía un Estado fuerte con una administración centralizada y una burocracia calificada, así como un sistema establecido de tributación y recaudación fiscal y amplias redes de banca, de crédito y de comercio. Si bien todo ello hizo a Bengala atractiva a los ojos de los comerciantes europeos, también redujo las probabilidades de que los poderosos *nawab* toleraran sus técnicas de comercio y sus intentos de extender los privilegios por medio de la coerción. Las guerras anglofrancesas en el Carnatic y en la costa de Coromandel entre 1744 y 1748, que siguieron el patrón de las hostilidades entre ambas naciones en Europa —la

Guerra de Sucesión austriaca— representaron una contravención directa a la prohibición del *nawab* de Carnatic de hostilidades dentro de sus territorios cuando los franceses atacaron el asentamiento británico de Madrás. No obstante, en Bengala tanto franceses como ingleses consideraron prudente acatar la orden del *nawab* y mantener la neutralidad en el Ganges (Marshall, 2005, p. 149).

Estas decisiones conscientes no eliminaron por completo la tensión. “Las prácticas comerciales de la Compañía” tuvieron como consecuencia una guerra porque había “una incompatibilidad creciente entre los patrones de inversión de los empleados de la Compañía” y los “vínculos comerciales permisibles bajo el escrutinio de los *nawab*” (Sen, 1998, p. 74).

Impulsada por la lógica y los imperativos de la Revolución Industrial en Gran Bretaña, la Compañía hacía mucho énfasis en el comercio y la manufactura y alentaba el consumo, lo que hizo de los mercados los puntos focales del acceso individual a los recursos (Gadgil y Guha, 1993, p. 116). La lógica mercantilista individual de los funcionarios de la Compañía no logró captar los significados sutiles e intrincados del intercambio de regalos y patrocinio en el que se basaron las relaciones durante el gobierno mogol. Los funcionarios de la Compañía interpretaron erróneamente tales prácticas como sobornos y abusos en los que había que incurrir para poder llevar a cabo las operaciones comerciales en India. Por su parte, los esfuerzos de la Compañía por fortificarse y usar armas para defender sus posesiones territoriales contravenían ostensiblemente las normas y los límites que distinguían al gobernante del mercader, lo que había causado gran preocupación al *nawab* Alivardi Khan. Éste nunca había atacado a los ingleses por considerarlos “una colmena de abejas” (Sinha, 1965, p. 76) a la que era mejor dejar en paz, pero lo inquietaban la riqueza que se estaba acumulando fuera de su alcance en Calcuta y el gran volumen de operaciones comerciales que se realizaban sin respetar sus regulaciones y costumbres (Marshall, 1987, p. 80). Se cree que Alivardi también preguntó a

los ingleses: “Ustedes son mercaderes, ¿qué necesidad tienen de una fortaleza?” (Sen, 1998, p. 74).

El predecesor de Alivardi, el astuto Murshid Quli, había insistido en que sus oficiales analizaran si los bienes que manejaban los mercaderes ingleses eran importaciones de la Compañía o productos que los empleados de la misma exportarían en operaciones privadas (Sinha, 1965, p. 75). Esta vigilancia había evitado que el comercio privado en el interior se extendiera a los empleados de la Compañía, pero ellos lo ampliaron al ámbito marítimo, que también formaba parte del comercio nacional. Éste incluía el comercio en el interior, el comercio costero y el que se realizaba entre puertos en India y otros asiáticos. El sucesor de Murshid Quli, Shuja-ud-din, también se había alarmado por la rápida expansión del comercio marítimo de Calcuta debido al uso y el abuso de las exenciones de las que gozaba la Compañía, que lo apaciguaba pagándole grandes sumas de dinero cada cierto tiempo.

La situación se salió de control con el nieto y sucesor nominado de Alivardi, Siraj-ud-Daula. La Compañía no acudió a su ceremonia de ascenso al trono en 1756 ni a rendirle honores en la corte para comprometerle su comercio. Por su parte, el joven *nawab* no parece haber tomado medidas adecuadas para consolidar su posición, que ganó tras una batalla con Shaukat Jang, *faujdar* del distrito autónomo de Purnea, quien era un poderoso contendiente (Marshall, 1987, p. 75). Al asumir el poder, Siraj remodeló la administración civil y militar y reemplazó a funcionarios anteriores con hombres de su elección. Ello generó gran desaprobación entre “nobles y comandantes, los principales oficiales del ejército, los ministros de la vieja corte, los secretarios y los redactores del Durbar” (Ghulam Husain citado por Marshall, 1987, p. 75). Mir Jafar, el distinguido general del ejército de Alivardi, y Rai Durlabh, un administrador hindú de primer rango, se encontraban entre aquellos descontentos, y pronto se les unieron importantes mercaderes y banqueros, incluyendo a los *jagat seths* y los gran-

des zamindares de Bengala occidental. Los ingleses, que se habían vuelto expertos en interferir con la política local, aprovecharon esta desafección para entablar tratos, particularmente después de que el *nawab* tomara por asalto Calcuta en 1756.

La invasión del *nawab* a Calcuta fue una medida de castigo, pues quería exhibir su poder soberano sobre una Compañía europea que no le había mostrado el debido respeto. El ataque tomó a los ingleses por sorpresa y demostró la vulnerabilidad de sus asentamientos. Aunque los empleados de la organización no entendieron del todo el acto del *nawab*, se dieron cuenta de que su objetivo no era sólo exigir dinero, que tanto holandeses como franceses le habían ofrecido cuando subió al trono y los ingleses no, y tenían razón: lo que el *nawab* quería era obediencia.

Desde el punto de vista del *nawab*, argumenta Sen, los ingleses tenían permitido vivir bajo su gobierno como mercaderes, comerciar sin someterse a requisitos de aduanas, y proteger y arbitrar a los indios que eran sus empleados, pero no tenían derecho a interferir con la administración del reino. Por otro lado, para los funcionarios civiles y militares de la Compañía, la regulación y los derechos impuestos por el *nawab* representaban un obstáculo para el libre movimiento del comercio. En su opinión, el Moro (como se referían al *nawab*) se equivocaba al creer que la Compañía seguiría sus operaciones pagando los derechos de aduana que exigía. Por tanto, la “larga cuenta *dastak*” (relacionada con el comercio que realizaban la Compañía y sus empleados en su carácter de comerciantes privados sin pagar derechos aduanales al *nawab*) que Siraj tuvo “que liquidar con los ingleses” fue un punto álgido crucial (Sinha, 1965, p. 9). Además, las fortificaciones en Calcuta se erguían como un recordatorio directo para el *nawab* de que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales —igual que muchos otros grupos de mercaderes— no estaba dispuesta a operar cumpliendo las reglas de su jurisdicción.

Así, la confrontación fue mucho más por un tema de ideología que por el derecho de comerciar la “mercancía de honor” —sal,

nuez de areca y tabaco—, “objetos dotados de un valor distintivo y signos de la autoridad sustantiva del gobernante” (Sen, 1998, p. 82). Ésta fue el resultado de “una prolongada controversia por hábitos, términos y significados de los bienes, los mercados y las personas que constituían un vínculo vital entre la autoridad, el patronazgo y la cultura material en la Bengala premoderna” (Sen, 1998, p. 88). El *nawab* se reservaba el derecho a comerciar con sal, nuez de areca y tabaco, siguiendo la práctica mogola de otorgarlo a uno de sus favoritos o al mejor postor. Aunque los contrabandistas afectaban el monopolio, se reconocía el derecho exclusivo del *nawab* a otorgar tales contratos. Como vimos en el capítulo anterior, las compañías europeas habían desafiado las normas de comercio indias estableciendo monopolios, construyendo fortificaciones y usando las armas con la justificación aparente de hacer su comercio “seguro”. En Bengala la Compañía Inglesa de las Indias Orientales no sólo cuestionó y evadió el pago de los derechos aduanales impuestos por el *nawab*, sino que además sus empleados cuestionaron el monopolio que éste conservaba sobre la sal desde inicios del siglo XVIII.

El ataque de Siraj-ud-Daula a Calcuta ofreció a los ingleses una oportunidad para terminar con su “neutralidad” obligada y entrar en una contienda directa con el *nawab*. El Almirante Watson y Robert Clive llegaron a Hooghly desde Madrás encabezando las fuerzas navales y de infantería en 1756 y recapturaron Calcuta rápidamente. Así, el *nawab* se vio obligado a firmar un tratado que devolvió a la Compañía sus asentamientos y sus privilegios. Pronto los ingleses eliminaron a los franceses de Chandernagore y Clive inició negociaciones clandestinas con los “enemigos” de Siraj-ud-daula: importantes aristócratas, banqueros, mercaderes, comerciantes y comandantes militares en Bengala. De hecho, Clive superó a los franceses en su juego de desgaste, de intrigas locales y de poner a una parte contra la otra con el fin de adquirir mayor fuerza y prominencia. Además, la superioridad naval de los británicos

y su acceso a mayores recursos capitales les permitió repeler el desafío francés y consolidar su posición, primero, sobre el *nawab* de Arcot, y más adelante, sobre los *nawab* de Bengala (Bayly, 1988, p. 45).

Quedó de manifiesto que las negociaciones de Clive con los rivales de Siraj-ud-daula fueron vitales y valiosas en la Batalla de Plassey. Las fuerzas de la Compañía derrotaron fácilmente al ejército del *nawab*, que se debilitó significativamente porque Mir Jafar retiró una nutrida fuerza en un momento estratégico. Siraj murió en la batalla y la Compañía, que resultó victoriosa, nombró a Mir Jafar como el nuevo *nawab* de Bengala. Mir Jafar se vio obligado a “comprometerse a realizar grandes pagos a manera de indemnizaciones y recompensas a los vencedores, que ascendieron a tres millones de libras esterlinas”, como dijo Clive, y a conceder a la Compañía cierto territorio alrededor de Calcuta (Marshall, 2005, p. 150).

MERCADERES, COMERCIO Y UN GOBIERNO DUAL

La posición de los *nawab* de Bengala se debilitó seriamente después de que Plassey le brindara a la Compañía una oportunidad de presionar para obtener mayores privilegios en sus tratados con aquéllos. De esta manera, la organización obtuvo acceso a derechos locales, aumentó la renta pública territorial y extendió el comercio libre de derechos al interior de Bengala. El comercio en el interior se volvió parte del “premio de Plassey” (Sinha, 1965, p. 78). Asimismo, la Compañía obtuvo el control de 24 *parganas* como pago de la “deuda” que Mir Jafar había acumulado debido a las promesas que había hecho y a la obligación forzada de mantener al ejército de la Compañía. Así, ésta comenzó sus primeros experimentos de recaudación fiscal.

Robert Clive, quien fuera gobernador de la Compañía después de Plassey, se dio a la tarea de hacer fortuna fácilmente por medio de

regalos en lugar de esperar los lentos retornos del comercio, y pronto otros siguieron su ejemplo. El periodo cumbre de otorgamiento de regalos a los ingleses en puestos de poder se extendió de 1757 a 1766, cuando la corte de directores de la Compañía lo prohibió. El comercio interior exento de impuestos continuó y causó más daño que la recepción de regalos, puesto que la supremacía inglesa en el comercio evitó que los comerciantes locales y algunos europeos entraran a Bengala. Los empleados de la Compañía, incluso en su carácter individual de comerciantes privados, comenzaron a operar libremente con sal, nuez de areca y tabaco, productos que hasta entonces habían estado prohibidos para todos los europeos (Sinha, 1965, p. 78). La “enorme invasión del comercio privado en Bengala por parte de la empresa privada británica” (Marshall, 1987, p. 102) generó confusión en torno a la división entre los intereses públicos y los privados de la Compañía y desató el denominado “saqueo posPlassey” (1987, p. 102).

La corte de directores ordenó al gobernador general y al Consejo de Bengala que crearan un “plan adecuado y equitativo para el comercio en el interior” (Marshall, 1987, p. 82). Clive y su comité selecto decidieron establecer una sociedad exclusiva compuesta por empleados de alto nivel de la Compañía con un control total y el monopolio del procesamiento de la sal, el tabaco y la nuez de areca (1987, p. 82). La sociedad también se reservó el derecho a celebrar contratos. La corrupción proliferó y el mercado se saturó. En 1772 el gobierno abolió la sociedad exclusiva y asumió el control total sobre la sal. Los mercaderes “nativos” volvieron a recibir autorización para obtener contratos pagando un derecho de 30 por ciento.

No obstante, los empleados de la Compañía siguieron amasando fortunas con contratos lucrativos y colusorios que les permitieron tener ganancias en el ámbito privado a expensas tanto de la Compañía como del productor primario (campesino o tejedor), además de que el *gomasta* interceptaba una cantidad considerable. Los directores se indignaron tanto que interpusieron una demanda

en el Tribunal de Justicia contra algunos de sus empleados, que volvieron a Inglaterra por celebrar contratos fraudulentos.

En 1760 Mir Kasim reemplazó a Mir Jafar, “quien encabezó una administración distraída e indolente” y “atendía muy poco el negocio” (Sinha, 1968, pp. 23–24). Mir Kasim se vio forzado a ceder a la Compañía tres distritos ricos: Burdwan, Midnapore y Chittagong, a cambio de la recompensa, y trató de recuperar cierta autonomía de manos de ésta y de defender el comercio interior de Bengala contra los excesos de sus empleados y de sus *gomastas*, que tenían emprendimientos privados. Afirmó encolerizado que “en todas las parganas, en todas las aldeas y las fábricas compran y venden sal, nuez de areca, *ghee*, arroz, paja, bambú, pescado, yute, jengibre, tabaco, opio y muchas otras cosas”. “Quitán por la fuerza bienes y mercaderías a los *ryot* y a los mercaderes por una cuarta parte de su valor y obligan a los *ryot* a pagar cinco rupias por productos que no valen más que una.” “Exponen mi gobierno al vilipendio y me causan el mayor detrimento” (citado en Sinha, 1965, p. 79).

Mir Kasim también se quejó porque la Compañía estableció importantes mercados sin su permiso y ejerció una influencia sin precedentes sobre los mercaderes que le eran leales. La Compañía no estaba dispuesta a tolerar este alarde de autonomía, de manera que lo expulsó en 1763 y volvió a nombrar a Mir Jafar. Mir Kasim formó un frente común con Shuja-ud-Daula —el *nawab* de Awadh y visir del imperio mogol— y con el emperador mogol Shah Alam II, pero sus fuerzas conjuntas quedaron derrotadas por el recién fortalecido ejército de Bengala en la Batalla de Buxar de 1764. Este suceso dio inicio a la Segunda Revolución, como se le llamó a la captura de Bengala por parte de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que alteró significativamente las circunstancias que habían hecho del comercio exterior un instrumento de crecimiento para la economía. La importación de plata se detuvo casi completamente tras el nombramiento de *diwani* y las exportaciones

de Bengala dejaron de ser “correspondidas”, lo que generó un sangrado grave de recursos.

La Compañía se convirtió en la potencia militar dominante en el este de India, pero el costo financiero de ganar la reñida batalla fue muy alto para ella. Los gastos en el rubro militar en 1764–1765 excedieron por mucho lo que la Compañía estaba obteniendo de los distritos recién adquiridos (Marshall, 2005, p. 153). Por tanto, necesitaba aumentar sus recursos para afrontar los gastos extra adquiriendo otras asignaciones en la renta pública del país y mayores privilegios comerciales. La organización aseguró esas “otras asignaciones” el siguiente año, cuando Clive negoció un tratado con el emperador mogol capturado, quien se encontraba bajo protección británica en Allahabad. Nos referimos al Tratado de Allahabad, que se firmó el 12 de agosto de 1765 y en virtud del cual el emperador mogol nombró a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales como su *diwan* para las provincias de Bengala, Bihar y Orissa. El tratado transfirió el resto de los tributos de Bengala a la Compañía (Marshall, 2005, p. 153). El nombramiento de *diwani* en 1765 convirtió a la Compañía en el *diwan* de Bengala: “el receptor general de las rentas imperiales en la Provincia” (Dow, 1772, 3, p. xlvi) a cambio de un tributo anual de 2 600 000 rupias. Además, hubo un marcado aumento en las exportaciones que la Compañía realizaba desde Bengala, del equivalente de unas 400 000 libras esterlinas al año a bastante más de un millón a finales de la década de 1770 (Marshall, 2005, p. 242). El *nawab* de Bengala mantuvo el puesto de *nazim*, que conllevaba la responsabilidad formal de la defensa, el orden público y la procuración de justicia.

Mir Jafar falleció en 1765 y lo sucedió su hijo mayor Shuja-ud-daula, otro *nawab* “títere”. La fuerza de su ejército se redujo severamente y además recibió la orden de pagar un oneroso tributo. La corte de directores de la Compañía otorgó a Robert Clive facultades extraordinarias para expandir los ejércitos de la organización y para imponer un control militar y político sobre

el *nawab*. Asimismo, se le permitió trabajar con independencia del consejo en Fort William, con un comité selecto de partidarios elegidos cuidadosamente. Clive se encargó de la administración fiscal y delegó la tarea de la administración propiamente dicha a un *naib* (lugarteniente), Muhammad Reza Khan, quien fungió nominalmente bajo el *nawab* pero en realidad fue nombrado por los británicos.

Por tanto, en la superficie el “gobierno dual” de Clive parecía un retorno a la antigua práctica mogola de marcar una distinción entre las funciones del *diwani* y las del *nizamat*, misma que Murshid Quli Khan había eliminado. Sin embargo, en realidad los *nawab* que vinieron después de Plassey ya eran incapaces de funcionar con autonomía. La independencia del *nizamat* era “una ficción que la Compañía mantenía por su propia conveniencia” (Marshall, 1987, p. 93). Además, dada la falta de experiencia de los empleados de la Compañía, incluso en el ámbito de la administración del impuesto agrario ésta tuvo que depender de nuevos diwanes indios en los distritos que remplazaron a los *qanungo*. Desde luego, estos diwanes no tenían la experiencia adecuada, y los *qanungo*, que se reinstauraron parcialmente en 1774, perdieron su puesto y su sentido de responsabilidad. De este modo, mientras que la administración fiscal en Bengala se “desquició” (Sinha, 1968, pp. 45-46), la soberanía de la Compañía permaneció “enmascarada”, como expresó Clive ante el consejo de Bengala en 1765 (Stokes, 1959, p. 1).

Esta dependencia de la capacidad agentiva india cuadró bien con el ambiente del siglo XVIII, en el que un puñado de ingleses, que no tenían esposas inglesas ni un código moral o religioso estricto, asumieron los modos de vivir indios (Stokes, 1959, p. 2) e incluso llegaron a adoptar el estilo de vida de un *nawab* cuando les fue posible. Por otro lado, los *nawab* quedaron reducidos a la condición de empleados de la Compañía con una asignación fija para costas judiciales y otros deberes que se les encargaron teóricamente (Stokes, 1959, p. 90).

La soberanía virtual de la Compañía no puso fin a las tensiones que reinaban entre ella y los *nawab* por el control del intercambio y el comercio. Como se indicó anteriormente, se trataba de un conflicto ideológico. Aunque la Compañía tenía el monopolio del intercambio comercial en India, sus empleados se valían de la ideología liberal del “libre comercio” en su lucha por transformar “las ideologías de conquista en lenguajes de dominio” (Travers, 2007, p. 98). Por supuesto, el uso del “libre comercio” era paradójico para una Compañía que disfrutaba del monopolio. Lo que esta organización deseaba era una zona de comercio “libre” de todos los impuestos y derechos anteriores que cobraban los *nawab* y varios de sus funcionarios. Por medio de la fuerza de las armas y la vigilancia policial, la Compañía logró que su departamento de aduanas fuera el único legal. Un territorio económico unificado bajo una “gestión” europea eficiente con derechos estandarizados y exclusivos sobre todos los bienes y códigos rectores comunes surgió en lugar de las políticas de los *nawab*, a las que se describía como “déspotas”, divergentes y “opresivas” (Sen, 1998, pp. 89-119).

La necesidad de “defender” y expandir su territorio llevó a costosas guerras y conflictos constantes, así como a un enorme aumento en el personal de la Compañía, todo lo cual hizo mella en los impuestos que se cobraban en Bengala. El gobierno dual de Clive se vio sometido a un riguroso escrutinio, pero lo que se censuró no fueron las guerras y el aumento en el número de funcionarios, sino los “modales asiáticos” y la “corrupción” de los vicegobernadores indios (Travers, 2007, p. 76). Esto se debió a que pocos se dieron cuenta de que las ganancias acumuladas desde que la Compañía asumió el papel de recaudador de impuestos se vieron contrarrestadas por “la multiplicación del número de empleados de la Compañía que no tenían interés alguno en aumentar las ganancias de ésta a expensas de las propias” (Furber, 1970a, p. 18; 1970b, p. 416).

Al mismo tiempo, la búsqueda individual de lucro sin límites y las quejas de los comerciantes británicos sobre los poderes “despóticos”

de los gobernadores de la Compañía causaron inquietud entre sus directores. El parlamento británico, que había comenzado a vigilar la autonomía creciente de la Compañía desde finales del siglo xvii, aprovechó tales quejas para ejercer un mayor control sobre los asentamientos indios. Efectivamente, desde finales de la década de 1690 un amplio grupo de personas e intereses opuestos a la Compañía había llegado a formar una nueva Compañía sancionada por una ley del parlamento, y ambas se fusionaron en 1709.

Las demandas del esfuerzo bélico contra Francia en Europa (y en India) desde la década de 1750 habían obligado a la Compañía a compartir información con el parlamento británico y con los ministros que dirigían el emprendimiento. La organización tenía que presentar estados financieros semestrales y reportes a diversos comités que se habían creado para analizar sus asuntos (Bowen, 2006, pp. 163-164). Fue apenas entonces que los empleados de la Compañía recibieron ayuda activa en su nueva función como recaudadores de impuestos.

La noticia de la concesión del puesto de *diwani* generó un debate en Gran Bretaña sobre si la tributación de Bengala, que se creía que superaba los 2 millones de libras, pertenecía enteramente a la Compañía, o bien una parte le correspondía al “público británico” (Marshall, 2005, p. 208). En 1767 la Compañía se vio obligada a realizar un pago de 400 000 libras al Estado británico a cambio del control total sobre su nuevo territorio y recaudación (2005, p. 210). Los directores de la Compañía en Londres tenían plena conciencia de la gran ventaja que implicaba recaudar ingresos locales a partir de la tributación: los liberaba de la enorme carga de exportar plata a India.

Harry Verelst, quien sucedió a Clive como gobernador, redactó instrucciones detalladas a los supervisores europeos de los distritos de recaudación para que eliminaran a los “intermediarios” que había entre el campesino y el gobierno. Los zamindares —“codiciosos arrendadores”— se convirtieron en una categoría crucial

de análisis y objeto de reforma, mientras que los campesinos recibieron atención como “objetos” oprimidos por la colusión de rapaces terratenientes y corruptos recaudadores fiscales. Se pidió a los supervisores que penetraran esas redes de colusión para obtener un conocimiento “auténtico” del “valor real” de la tierra en sus distritos, y que generaran nuevos tabuladores de renta (Travers, 2007, p. 76).

Como menciona Sinha, “durante el periodo comprendido entre 1759 y 1767, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales como *zamindar* desconfiaba de los zamindares” (1968, p. 25). Hablaremos sobre los efectos de tal desconfianza en una sección posterior relativa al Acuerdo Permanente. Los empleados de la Compañía, como los zamindares primero de las 24 *parganas* y luego de Burdwan, Midnapore y Chittagong, intentaron tanto administrar los impuestos directamente como tercerizar esta tarea, sin mucho éxito. De hecho, tales experimentos y el impulso de la Compañía por recaudar un mayor ingreso dejó en la ruina a muchos viejos agricultores a gran escala (Sinha, 1968, p. 27). A pesar de ello, el mercantilismo, además de la tendencia duradera en la opinión británica que veía al gobierno de los *nawab* como un sistema de saqueo apenas regulado, justificó una mayor intervención por parte de los supervisores y una mayor demanda de impuesto agrario.

De hecho, “de forma espectacular después de 1765” el nuevo papel de la Compañía como recaudadora de impuestos se priorizó sobre su función comercial y sus transacciones llegaron a verse como poco más que el medio para transferir a Gran Bretaña excedentes de impuestos a manera de “tributo” (Marshall, 2005, p. 243). El “tributo” se obtenía de la agricultura y la manufactura de Bengala, que tenían un alto nivel de desarrollo, mediante la aplicación de impuestos sobre los productos de la tierra y de aranceles al comercio. La Compañía, gracias a la fuerza de sus armas y a una rigurosa red de retenes y de puestos de avanzada controlados por el Estado, estableció y defendió su régimen de “libre comercio” y aseguró una recaudación tersa.

Sin embargo, al mismo tiempo los funcionarios de la organización estaban conscientes de los devastadores efectos de su régimen sobre la economía de Bengala. El cese de las importaciones de metal no amonedado (plata) desde Inglaterra después de Plassey y la demanda de rupias de Bengala por parte de los directores para patrocinar la inversión de la Compañía en China provocó un caos. La sequía y el fracaso de las cosechas en 1768 y en 1769 produjeron una situación extrema que se exacerbó por la negligencia de la administración de la Compañía para tomar medidas a tiempo a fin de evitar tragedias. La Compañía y sus empleados continuaron con su política de maximización de utilidades por medio del comercio y la recaudación fiscal, y no se detuvo la exportación de cultivos desde Bengala a otras partes de India. Además, una hambruna catastrófica azotó a Bengala a finales de 1769 e inicios de 1770. Los funcionarios locales que otrora sentían gran autoconfianza ahora culpaban a las “excesivas demandas fiscales” y echaban una “nostálgica mirada retrospectiva a la estabilidad y la prosperidad imaginadas de eras anteriores” (Travers, 2007, p. 98).

La economía doméstica de Bengala en la primera mitad del siglo XVIII, que estaba centrada fundamentalmente en la manufactura textil, fue saludable y próspera. La toma del control por parte de la Compañía y la apertura de la economía a las exportaciones redujeron drásticamente el bienestar económico local y aumentaron a gran escala los ingresos de la Compañía. La hambruna, que fue la primera de ese tipo en un siglo y medio, fue un “sobrecogedor espectro en el umbral del dominio británico en Bengala” (Sinha, 1968, p. 48) e impulsó a los funcionarios de la Compañía a volver al aura de legitimidad mogola y a conceder cierta coherencia y estabilidad a su caótico gobierno territorial.

La hambruna permitió al parlamento británico afirmar una mayor autoridad sobre la Compañía. Se realizaron varias investigaciones de los asuntos de la organización durante la administración de lord North y en 1773 el parlamento aprobó la Ley Reguladora, cuyo

fin era establecer ciertas disposiciones para una mejor gestión de los asuntos de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales tanto en India como en Europa (Horn y Ransome, 1957, p. 811). Se ordenó a la corte de directores de la Compañía que sometiera todas las comunicaciones sobre los asuntos civiles, militares y fiscales en India a revisión por parte del gobierno británico. Como término medio, la ley afirmaba que la soberanía máxima sobre los territorios en Oriente correspondía a la Corona británica, pero permitía que la Compañía actuara como el poder soberano en nombre del Estado, siempre y cuando se mantuviera bajo un cierto nivel de “regulación” (Marshall, 2005, p. 197). Dicha ley regularizó la administración ejecutiva y judicial de la Compañía y de India (Horn y Ransome, 1957, p. 812).

ESCALONES

Warren Hastings ascendió al puesto de gobernador de Bengala en 1772, en una época en que la región aún sufría por los efectos de la hambruna. Con base en su Ley Reguladora de 1773, lord North se convirtió en gobernador general de India “con poderes de supervisión poco claros sobre los otros gobernadores de la Compañía en Madrás y en Bombay” (Furber, 1970a, p. 19). Se confió a Hastings la tarea de devolver el orden al caos que causó la intervención de la Compañía en Bengala. Con las otras presidencias subordinadas a la nueva capital, Calcuta, Hastings lanzó vigorosas medidas de manejo de crisis y para reformar el gobierno de Bengala, con el fin de moldear un “confuso montón de materiales” para tornarlo en una “constitución normal” e infundir una nueva vida a la entidad política moribunda de esa región (Travers, 2007, p. 104).

Hastings se sentía asolado por la incertidumbre, por la resistencia dentro de su propio Consejo, por las restricciones y las órdenes contradictorias de los directores en Inglaterra y por la crisis

de legitimidad en torno a la Compañía en Gran Bretaña. Aun así, sus medidas sentaron las bases del Imperio británico en India. Su gobierno representó “una incómoda mezcla de contabilidad administrativa economizadora, intentos por ampliar los poderes coercitivos del Estado central y grandes gestos diseñados para legitimar el gobierno de la Compañía como guardián de una constitución anciana” (Travers, 2007, pp. 100-101). Resulta interesante que este ímpetu legitimador del gobierno de la Compañía en India como sucesora de los mogoles también se basara en su creencia de que los poderes soberanos que los empleados de la organización ejercían en Bengala emanaban de la “nación británica”, y no de la Compañía en Londres (Hastings citado en Marshall, 2005, p. 242). Esta creencia doble, y quizás encontrada, fue crítica cuando Hastings dio forma a sus medidas administrativas, como veremos pronto.

Hastings era un empleado veterano de la Compañía que tenía experiencia en administración y sirvió en Bengala entre 1750 y 1764. Además, era un aliado cercano del principal rival de Clive en el parlamento británico. Cuando llegó a Bengala desde Madrás en 1772, Hastings dedicó tiempo y esfuerzo a analizar en profundidad las numerosas órdenes que habían enviado los directores y los registros que producía la burocracia creciente de la Compañía, lo cual sirvió como base para las reformas políticas que introdujo entre 1772 y 1774.

Frente a la tarea dual y complicada de reducir los gastos y mejorar los flujos de ingreso de la Compañía, Hastings amplió el control directo sobre los territorios *diwani* y reemplazó al vicegobernador indio y a sus funcionarios, los amiles y los faujdares, con supervisores europeos. En ese momento, los supervisores recibieron el título de recaudadores. Los consejos de control de impuestos que se establecieron en Murshidabad y en Patna asumieron la mayor parte de la autoridad de los ministros del *nawab*. La sustitución de los funcionarios indios se complementó con una segunda medida para

mejorar la administración fiscal: la creación de intereses de largo plazo en la recaudación. La práctica del *nawab* de hacer tratos con los principales contribuyentes cada año en la ceremonia *Punyab* que se llevaba a cabo en Murshidabad se consideró “profundamente defectuosa”, puesto que las renovaciones anuales no brindaban incentivos para el desarrollo a largo plazo (Marshall, 1987, p. 119).

En 1772 Hastings introdujo un sistema mediante el que se otorgaban contratos de cultivo a los “agricultores” con una duración de cinco años, esperando que ello generara interés en mejorar la tierra y que asegurara el pago puntual del impuesto a la Compañía. Además de la gran incertidumbre que había sobre quiénes deberían ser “agricultores” —dada la sospecha de los zamindares, que de hecho lograron hacer ofertas realistas—, el esquema no cumplió ninguno de sus propósitos. Muchos de los “agricultores” no podían pagar el impuesto estipulado a tiempo y extorsionaban a los campesinos en su intento por recaudar impuestos. Las noticias sobre el fracaso de este sistema llegaron a oídos del parlamento británico y generaron serios debates que con el tiempo llevaron a que la Compañía otorgara la seguridad total de la tenencia a los zamindares, como veremos pronto.

El problema de la recaudación del impuesto agrario siguió aquejando a Hastings, quien no se sentía seguro de los supervisores inexpertos que, a su parecer, eran “inadecuados” para la gran responsabilidad que implicaba su puesto. Los funcionarios de alto nivel de la Compañía también estuvieron de acuerdo en que la cobranza, que se mantuvo de manera “violenta” según los estándares previos, “incluso después de la hambruna”, causaba choques frecuentes entre el ejército de la Compañía y grupos armados de mendigos religiosos —*gosain*, *faqir* y *sanyasi*— en las fronteras norte de Bengala (Travers, 2007, p. 104). Debemos recordar que dichos grupos combinaban mendicación, soldadesca y comercio mercenario (Cohn, 1964; Sen, 1998; Lorenzen, 1978).

La cobranza fiscal violenta no fue la única fuente de fricción. Los esfuerzos constantes de la Compañía por afectar el poder de

los potentados locales disolviendo sus ejércitos, su creación forzada de una zona de “libre comercio” y el riguroso control que ejercían sobre la tierra, los recursos hídricos y los mercados causaron que estos grupos pasaran graves penurias. Mientras que la dispersión de los ejércitos de los jefes locales les cerró una posibilidad de empleo, el control de la Compañía sobre los mercados y la estricta cobranza de derechos sobre la mercancía los hizo perder como comerciantes. Además, la Compañía abandonó la antigua práctica de cobrar derechos sobre el volumen de bienes destinados al comercio e introdujo derechos diferentes para cada artículo. Todo esto transformó a los mendigos mercenarios en vagabundos; de ser un grupo tolerado pasaron a ser bandidos a quienes se despreciaba, se marginaba y se penalizaba (Ghosh, 2009). El primer gran estallido contra las políticas explotadoras de la Compañía se expresó en lo que ha llegado a conocerse como la rebelión de Rangpur (1793).

El sentido de urgencia de Hastings por las reformas tenía que ver con la angustia que le causaba un “cuerpo de mercaderes” que deambulaba por territorios asiáticos desconocidos. Él acordó con sus predecesores que la constitución de la Compañía se derivaba de cartas planeadas para “la jurisdicción de los asentamientos comerciales” y no para el gobierno de un “gran reino” (Travers, 2007, p. 104). Además, hasta el final del siglo XVIII, cuando el dominio de las compañías Inglesa y Neerlandesa sobre grandes poblaciones aún no era evidente, nadie hablaba aún de “la carga del hombre blanco” (Hutchins, 1967; Nandy, 1983). Más bien, se tenía el temor de que los hombres de la Compañía fueran cómplices del despotismo asiático. La supervisión cercana del parlamento y varias medidas que Hastings y Cornwallis adoptaron tenían como objetivo contener esta complicidad.

El esquema de reforma de Hastings demostró un deseo tanto de reconstruir la administración territorial como de controlar el servicio de la Compañía. Hastings, quien había servido en Bengala durante el gobierno de Alivardi Khan y era un estudioso de la lengua

persa, no compartía el estereotipo del *nawab* degenerado, y de hecho se contaba entre los pocos defensores de la independencia de éste. Además, él también creía que en su apogeo el imperio mogol había tenido un sistema de gobierno centralizado y regulado. Esto explica el hecho de que en repetidas ocasiones hiciera alusión a “la constitución original del gobierno mogol” o a “las normas legales del gobierno mogol”, aunque su propia idea de tal constitución y tales leyes fuera extremadamente vaga y confusa (Travers, 2007, pp. 106-107).

Hastings quedó atrapado en el estira y afloja de conceptos en conflicto: la apertura al entendimiento de todas las culturas se vio socavada por un sentido persistente del barbarismo de los asiáticos y el “despotismo” oriental que Alexander Dow discute con gran elocuencia en *History of Hindoostan* [Historia del Indostán], que se publicó en 1770 (Metcalf, 1995, pp. 7-10). Por tanto, la idea de una constitución orgánica y preexistente se vio acompañada de la necesidad de extirpar los elementos más repugnantes de las costumbres “indias”. Hastings invocaba la constitución mogola para vincular la “soberanía advenediza” de la Compañía a cierta idea de estabilidad y longevidad (Travers, 2007, p. 107). Estas visiones encontradas impregnaron sus reformas y sus medidas de significados particulares y efectos variados. Quizá no sorprenda que las medidas de Hastings ocasionaran graves críticas en el seno del parlamento británico y con el tiempo llevaran a su acusación y juicio tras su retorno a Inglaterra en 1785.

GOBERNANZA ORIENTALISTA

Las “Disposiciones propuestas para el gobierno de Bengala” que redactó Hastings (1772) declaraban que la Compañía era el “magistrado civil” de Bengala, la encargada de llevar la administración desde Calcuta bajo la dirección del presidente y el consejo. Asimismo,

buscó confinar a todos los europeos a Calcuta y confiar a los indios la administración de los distritos, lo cual mantendría a los primeros bajo la jurisdicción de la corte inglesa y protegería a los afables bengalíes de la fiereza de las maneras europeas.

Cabe recordar que la Compañía había recibido autorización para ejercer facultades judiciales en India un siglo antes, en la Cédula de Carlos II de 1662. La Cédula de Jorge I en 1726 le había dado permiso de establecer tribunales municipales (cortes del Rey de Inglaterra) en Calcuta, Bombay y Madrás, pero no mencionaba nada relativo a la jurisdicción de la Compañía sobre los nativos. El Plan Judicial de Warren Hastings por primera vez sometió a los indios a la jurisdicción de la Compañía mediante su disposición de establecer cortes de lo civil y de lo penal en cada distrito, es decir, cortes *mofussil* (Agnes, 1999, p. 42).

La Ley Reguladora de 1773 convirtió al tribunal municipal de Calcuta en la Suprema Corte en 1774. En 1781 se le otorgó a ésta jurisdicción expresa sobre los nativos. Aunque el propósito declarado de Hastings al separar las leyes para los europeos y para los nativos era proteger a los afables bengalíes, para el magistrado William Jones el principal objeto de la Suprema Corte era proteger y gobernar a los súbditos británicos residentes en India (Sen, 2010, p. 148). Él creía que los nativos de las provincias “tenían sus propios prejuicios, tanto civiles como religiosos, y padecieron para disfrutar sus propias costumbres sin que los molesten”. Además, esto correspondía con la recaudación fiscal regular (Jones citado en Sen, 2010, p. 148). La creencia de Hastings de que los nativos tenían un cuerpo fijo de leyes y códigos establecido por “legisladores” se ejecutó como norma porque permitía la protección de los ingleses en India y una recaudación de impuestos ininterrumpida y tersa. Este objetivo doble terminó por definir a los “nativos” como pueblos que querían “disfrutar de sus costumbres sin molestias” (Sen, 2010).

Las disposiciones que propuso Hastings afirmaban claramente que “los habitantes mahometanos y los *Gentoos* [gentiles o hindúes]

se someterán únicamente a sus propias leyes”, y que los habitantes nativos de Calcuta se someterían a las cortes inglesas sólo en sus tratos con los europeos, pero no para los que realizaran entre ellos (Hastings citado en Travers, 2007, p. 105). Su Plan Judicial de 1772 aclaró que “en todas las demandas sobre herencia, matrimonio, casta y otros usos o instituciones religiosas, se cumplirán invariablemente las leyes del Corán para los mahometanos y con las leyes de los *Shaster* [shastras] en el caso de los *Gentoos*” (Acharya, 1914, p. 153, citado en Rocher, 1994, p. 220). Intentemos desenmarañar las implicaciones de la afirmación de Hastings.

La primera decisión de que los indios mismos administraran a los indios y no las leyes comunes fue un principio básico del gobierno orientalista. Este ideal, apuntalado en una creencia tanto en la división fundamental entre Oriente y Occidente como en la existencia de distintos códigos para grupos diferentes, sostenía que era injusto privar a la gente de la protección de sus “propias leyes” para someterla a otras que ignoraba.

La segunda decisión, que tuvo consecuencias mucho mayores, fue que las leyes “nativas” se aplicaran a lo que se percibía como usos e instituciones “religiosas”. Esto correspondía a los súbditos que se encontraban bajo la jurisdicción de las cortes eclesiásticas y episcopales en Gran Bretaña. Resulta interesante que la herencia y el matrimonio se agruparan con la “casta y otros usos o instituciones religiosas” y se dejaran a la jurisdicción de los *gentoos* y los “mahometanos” (Morley, 1976). Cabe destacar que éste fue el génesis de las leyes personales para las comunidades religiosas, cuyas trascendentes repercusiones siguen sintiéndose en India hoy en día. La decisión de “ceder la jurisdicción de los asuntos familiares y religiosos a las autoridades privadas” tenía como objetivo “obtener el consentimiento de los nativos para el gobierno extranjero”. Se esperaba que la autonomía en el ámbito “privado” compensara la pérdida de gobernanza en el público. El hecho de que “[p]rocurarse el afecto de los nativos” con el fin de asegurar la “estabilidad de

las adquisiciones” de la Compañía ciertamente formaba parte de la ideología de Hastings se afirmó claramente en el prefacio de Halhead de *A Code of Gentoos Laws* [Un código de leyes hindúes] (citado en Marshall, 1970, p. 142).

La suposición, posiblemente bien intencionada pero extremadamente arbitraria, de que era posible reducir las múltiples tradiciones culturales y religiosas de India a las categorías de “hindú” y “musulmán” y de que los indios se definían por su pertenencia a comunidades hindúes o musulmanas significaba que una infinidad de órdenes sectarios sin contornos nítidos se categorizaban como hindúes o como musulmanes. Además, el gobierno de la Compañía emprendió el peligroso camino de decidir no sólo cuál era la ley hindú y cuál la musulmana, sino también qué era religioso y qué era laico.

La vinculación sin fundamento de diferentes grupos bajo la etiqueta de “hindú” no sólo causó confusión, sino que la clasificación como hindúes de la mayoría de quienes no eran musulmanes hizo que la mayoría hindú pareciera “aún más abrumadora de lo que era, y éste era precisamente el grupo al que Hastings buscaba dar derechos políticos” (Rocher, 1994, p. 222). De hecho, como señala Rocher, la decisión más importante, aunque no explícita, del Plan Judicial era “descontinuar el monopolio oficial del que la ley musulmana había gozado en las cortes civiles bajo el régimen que los británicos estaban desplazando” (1994, p. 222). Por tanto, el sencillo propósito declarado del Plan Judicial, defender las normas locales, distorsionó su impacto mucho más radical.

Sin embargo, sería apresurado deducir de la afirmación de Rocher que la ley musulmana prevalecía en los asuntos civiles antes del gobierno británico. La ley civil no sólo se procuraba en las cortes, sino también en foros públicos no oficiales donde se aplicaban normas de derecho consuetudinario, adaptaciones del *smriti* y mandatos coránicos según el contexto. El limitado conocimiento de los funcionarios de la Compañía sobre las normas y costumbres

locales los hacía depender mucho de los *pandits* hindúes y los *qazi* musulmanes, lo que causó la brahmanización y la islamización de las leyes (Agnes, 1999, p. 44).

La otra consecuencia de la falta de conocimiento local relacionado directamente con la visión de Hastings era que la fuente de la ley eran los libros y no las costumbres locales. Con ello comenzó la caza perpetua de textos “originales” para devolver a los nativos sus propias leyes y costumbres, pues éstos se habían corrompido por las prácticas posteriores. Si bien esto ocasionó un “renacimiento de la literatura dharmashástrica”, también intensificó la dependencia de *pandits* brahmanes, que se sostuvo por la noción equivocada de que todos los brahmanes eran sacerdotes y que inspiraban una autoridad “natural” para la ley eclesiástica (Rocher, 1994, p. 221). Además, la creencia en “textos originales” como elementos representativos de una realidad india perdurable causó una devaluación de la experiencia histórica de India (Metcalf, 1995, p. 13).

La ausencia de textos jurídicos llevó a Hastings al siguiente paso: codificarlos. En 1776 convocó a un panel de académicos estudiosos de sánscrito (*pandits*) a compilar un código de leyes *gentoo*. El proceso fue prolongado y laborioso. Los *pandits* tenían que identificar decisiones legales sobre diversos temas en diferentes textos en sánscrito. Nathaniel Brassey Halhed los tradujo al persa y del persa al inglés y se publicaron en 1773 con el título *A Code of Gentoo Laws* [Un código de leyes hindúes]. La importancia del código y la creencia inherente en los brahmanes como la fuente de la ley hindú encontró una expresión vívida en el prefacio de Halhed. La compilación, afirmó, “era la única obra de su tipo, en la que se hacen públicos los *principios genuinos* de la jurisprudencia *gentoo* con la sanción de sus *pandits* (o *abogados*) *más respetables*”. El libro también ofreció “una completa refutación de la creencia, demasiado común en Europa, de que los hindúes no cuentan con leyes escritas” (citado en Marshall, 1970, p. 142; las cursivas son mías).

La pluma de Halhed fue sólo “un instrumento pasivo gracias al cual los brahmanes mismos presentaron al mundo las leyes de esta singular nación”. El “profesor de las ordenanzas”, añadió Halhed, aún hablaba la lengua original en la que se compusieron las ordenanzas, que era completamente desconocida para la mayoría del pueblo. “Los profesores” no sólo contaban con grandes dotaciones y donaciones caritativas “en todos los lugares del Indostán”, sino que también inspiraban un respeto personal entre la gente, que resultaba “muy cercano a la idolatría” (Marshall, 1970, p. 142).

El problema que plagó al arduo proceso de producción del código alentó a los académicos orientalistas a aprender las lenguas indias, sobre todo el sánscrito y el persa. El logro máximo fue la fundación de la Sociedad Asiática de Bengala bajo el liderazgo de William Jones en 1784. En consonancia con el mismo esfuerzo, se estableció la Madrasa de Calcuta para alentar el estudio de las escrituras persas. Hacia la década de 1790 William Jones conocía el sánscrito tanto como para retomar con confianza leyes hindúes de textos antiguos en esa lengua por sí mismo y no estar “a merced de nuestros *pandits*, quienes distribuyen la ley hindú a placer” (Mukherjee, 1987, p. 118). La obra *A Digest of Hindu Law on Contract and Succession* [Compendio de derecho hindú sobre contratos y sucesiones], de Jones, que Henry Thomas Colebrooke tradujo al inglés en 1796, y el código de Halhed se volvieron los dos títulos dominantes sobre derecho hindú. El gobierno de la Compañía corrió con todos los gastos por la compilación y la publicación de dichos textos. El génesis de estos textos da testimonio de la forma en que “los padres del orientalismo en India fomentaron la centralización colonial subordinando a los intelectuales indios a la autoridad epistemológica inglesa” (Ludden, 1994, p. 253).

La “ley hindú” que emanó del código y del compendio fue una construcción basada en la apropiación de ramas selectivas de la tradición prescriptiva, normativa y moralista de los *Dharmasastras*, en particular la *smriti* [tradición literaria “revelada”]. Además, el signi-

ficado del texto original en sánscrito, el *Vivadarnavasetu*, “un puente sobre el océano de las disputas”, se transformó completamente en la versión inglesa como *A Code of Gentoo Laws*; así, el uso de términos como código, ley y compendio, tomados de la terminología jurídica inglesa, le otorgaron a los textos ingleses significados que no se relacionan con los originales (Bhattacharya-Panda, 2008).

Al mismo tiempo, es importante recordar que el poco aprecio de Hastings por las costumbres locales no era común en toda India. Las Disposiciones de la presidencia de Bombay, particularmente el documento que se redactó bajo John Duncan en 1799, aplicó la distinción inglesa entre el derecho del rey y el derecho consuetudinario, y dio a la costumbre el reconocimiento que merecía como fuente importante de derecho (Agnes, 1999, p. 45). Monstuart Elphinstone, anteriormente como comisionado del Decán (1818-1819) y después como gobernador de la presidencia de Bombay (1819-1827), también consideraba que la creencia de Hastings en la categorización romana de derecho canónico y derecho civil no podía aplicarse a India. Elphinstone presidió la reorganización de la administración jurídica y judicial, así como la codificación del “derecho consuetudinario” de los nativos, que tuvo como resultado la redacción del Código Regulatorio en 1827. A pesar de la disyunción en los puntos de vista, el objetivo y el propósito de los códigos de Hastings y Elphinstone eran los mismos: un deseo de conservar para los nativos su forma de gobernar y una “renuencia a permitir que los nativos manejen sus propios asuntos” (Agnes, 1999, pp. 45-46). Ambos se basaron en la necesidad de hacer que la procuración de justicia fuera certera y definitiva.

EL ORDEN PÚBLICO

La búsqueda de leyes para gobernar a los “hindúes” y a los “musulmanes” se conjugó con esfuerzos para establecer la gobernanza

colonial sobre una base sólida. Como hemos notado, la recaudación fiscal se puso bajo supervisión directa de los funcionarios de la Compañía. En cada distrito se nombraron cobradores cuya función primaria era la recaudación de impuestos, como sugiere la designación. El Plan Judicial los convirtió en supervisores de las cortes de distrito en materia civil. De acuerdo con este plan, cada distrito tendría una *diwani adalat* (corte civil) y una *faujdari/nizamat adalat* (corte penal). Los cobradores de distrito europeos presidirían las cortes civiles con asistencia de los *pandits* y los *maulavis* para la interpretación del “derecho indígena”. El presidente (gobernador) y dos miembros de su consejo se encargarían de la Corte de Apelaciones —*Sadar Diwani Adalat*— en Calcuta.

Cada distrito tenía una corte civil presidida por el cobrador europeo. La principal corte civil, la Corte de Apelaciones (*Sadar Diwani Adalat*), se encontraba en Calcuta bajo la jurisdicción del gobernador y dos miembros de su consejo. La procuración de la justicia penal quedó teóricamente en manos de Muhammad Reza Khan, mientras que la *Sadar Nizamat Adalat* se había trasladado a Murshidabad. Además, cada distrito tenía una corte de lo penal, *faujdari adalat*, donde los *qazis* y los *muftis* administraban la justicia. Reza Khan también supervisaba la administración de la policía; los *faujdars* y los *kotwals* mantenían el orden público en los distritos y poblados rurales, y los zamindares se encargaban de la misma tarea en las aldeas con vigilantes locales.

Cuando este sistema fracasó y hubo un enorme aumento en el número de delitos después de la hambruna de Bengala en 1770, la administración policial y la justicia penal quedaron bajo la supervisión directa del gobierno de la Compañía. La *Sadar Nizamat Adalat* se trasladó de Murshidabad a Calcuta a cargo del gobernador y de dos miembros de su consejo.

La Ley Reguladora de 1773, así como los esfuerzos del Parlamento británico por “regular” los excesos de los empleados de la Compañía en India, remplazaron a la Corte de Apelaciones con la Suprema

Corte en Calcuta. Dicha corte velaba por la procuración de la ley inglesa con independencia del gobernador general y del consejo. Aunque las ideas de Jones eran muy similares a las de Hastings, este último protestó contra la imposición de las leyes inglesas, aferrándose firmemente a su idea de que “el pueblo de este país no requiere que le ayudemos proporcionándole normas de conducta” (Gleig, 1841, 1, p. 401). Pronto, la Suprema Corte fue remplazada por el *Sadar Diwani Adalat*, y Hastings y sir Elijah Impey, el magistrado presidente del Tribunal Superior de Calcuta, establecieron seis cortes provinciales y más adelante 18 cortes *mofussil* en lugar de las cortes de distrito (Morley, 1858).

Los cobradores de distrito dejaron de fungir como supervisores de las cortes de distrito y provinciales conforme la presión creciente de la administración fiscal absorbió la mayor parte de su tiempo. Asimismo, hubo una deferencia parcial al principio Whig de que las funciones ejecutivas y judiciales debían mantenerse por separado. Los funcionarios certificados de la Compañía, a quienes con el tiempo llegó a denominarse jueces, quedaron a cargo de las cortes civiles. Elijah Impey se hizo cargo del *Sadar Diwani Adalat* reestructurado. El derecho se convirtió en una profesión especializada que solamente practicarían abogados entrenados (europeos). La adjudicación de la ley se volvió constante y sistemática recurriendo al código de leyes hindúes y a un código de leyes musulmanas que se compiló para 1778. La administración judicial se centralizó y se redujo a un sistema (Misra, 1959, citado en Bandyopadhyay, 2004, p. 99).

Resulta interesante que el *Code of Gentoo Laws*, producido por una definición política de lo “hindú” y la creencia de que los *Dharmastras* eran la única fuente de derecho hindú, se haya utilizado no sólo como una herramienta de procuración de justicia, sino también como “un anuncio de la cultura india” en Gran Bretaña. Ahí, el público objetivo no eran los gobernantes ni los gobernados en India, sino los directores de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales y el público británico en general (Rocher, 1994, p. 241). Los

libros sobre India comenzaron a multiplicarse a partir de la década de 1760, conforme creció el interés por el subcontinente entre el público británico (Marshall, 1970, p. 2). Un análisis de los periódicos londinenses de 1772 concluyó que “India se había vuelto parte de la dieta noticiosa diaria de aquellos que tenían acceso a la prensa” (citado en Marshall, 2005, p. 199). La administración civil se apuntaló con la fuerza de las armas, el sostén del gobierno de la Compañía. Ya hemos visto cómo ésta construyó fortificaciones desde un inicio y utilizó a las fuerzas armadas para mantener primero el monopolio comercial y luego una gobernanza efectiva. Además, el ejército se empleaba normalmente para la recaudación rigurosa de impuestos, que dio lugar a lo que se ha llamado “fiscalismo militar” (Peers, 1995). De hecho, se ha argumentado que el dominio político de la Compañía en el norte de India se debió a la superioridad de su poder militar. Fue el ejército el que proporcionó estabilidad social y política a la Compañía en los primeros 80 años de su gobierno, acercándola a los nativos indios (Alavi, 1998, p. 3).

La Compañía adquirió conciencia de la necesidad de contar con un ejército permanente en 1747, cuando tuvo que esperar la llegada de la flota británica con refuerzos durante las guerras que libró contra los franceses en el sur. Poco después de Plassey, Clive inició el emprendimiento reclutando soldados indios —*sipahis* (una palabra persa que se corrompió a la forma *sepoys* [cipayos], en inglés)— quienes vestían a la manera del ejército británico y se comprometían al comando de un oficial de ese país. Siguiendo el patrón de reclutamiento del ejército de Gran Bretaña, donde un soldado de Irlanda o de Escocia era muy apreciado, los funcionarios de la Compañía en India buscaban soldados entre las clases agrícolas (Alavi, 1998, pp. 35-37). Pero desde una etapa muy temprana también se formaron una opinión sobre las razas “marciales”, y preferían a la gente “con una mejor constitución” de las zonas productoras de trigo que a los de “corta estatura” oriundos de las áreas productoras de arroz (1998, p. 37). Analizaremos el efecto

trascendente de esta opinión en la construcción de las razas “marciales” en el capítulo 4. Cabe destacar que el empleo de soldado se volvió permanente. Terminó la opción de empleo disponible para la milicia en el fluido mercado laboral militar, en el que podían trabajar como soldados jurando lealtad al líder de una banda y volverse agricultores en la temporada agrícola (Alavi, 1993; Gommans y Kolff, 2001). En el ejército británico, los *sipahis* entraron a formar parte de las nóminas, tenían rangos fijos y se les prohibía tomar o dejar empleos temporales.

Hastings le dio un giro adicional a esta política de reclutamiento. Debido a que no confiaba en los soldados que habían servido al *nawab*, y de acuerdo con su propia noción sobre mantener las funciones de casta indias en las instituciones civiles y militares, buscó guerreros y campesinos de casta alta allende las fronteras occidentales de Bengala (Alavi, 1998, p. 39). La política de Hastings fue bien recibida principalmente por zamindares *rajput* y brahmanes en Benarés, y por poblaciones campesinas en Bihar y lo que hoy es Uttar Pradesh, particularmente porque el servicio en el ejército implicaba la posibilidad de un pago constante y una pensión. Por otro lado, el gobierno de la Compañía obtuvo legitimidad política gracias a estos “matices de casta alta” del ejército (1998, p. 45). Atento a sensibilidades religiosas y de casta, el ejército celebró festivales “religiosos” y respetó las normas relativas a la casta en los cuarteles. Al mismo tiempo, el éxito que tuvo la Compañía en el reclutamiento de hindúes apelando a sus sensibilidades religiosas pronto tendría consecuencias socioeconómicas y políticas divergentes.

El ejército ganó fuerza muy rápidamente. En un inicio debió luchar contra los franceses y superar las maniobras del *nawab* de Bengala. Sin embargo, pronto se desplegó para conquistar nuevos territorios, para defender a Bengala del ataque de enemigos reales o imaginarios, para lidiar con rebeliones campesinas contra demandas fiscales severas, para recabar información sobre la sociedad y la economía indias y para trabar alianzas con las élites locales.

Todo ello convirtió al indio en uno de los ejércitos permanentes de estilo europeo más grandes del mundo, y en un pilar fundamental del gobierno colonial en el subcontinente. En 1789 contaba con 100 000 miembros y para finales del siglo creció a 150 000, con unidades de caballería e infantería. Mientras la administración de la Compañía en Bombay y en Madrás intervenía activamente en la política local y buscaba superar a sus oponentes desde la década de 1789, Bengala proporcionó tropas y recursos financieros a estos gobiernos. Resulta interesante que Hastings haya aprovechado la oportunidad para deshacer la Ley Reguladora de 1773 y promulgar una serie de reformas que centralizaron la administración.

Además de salvaguardar y ampliar los territorios de la Compañía, el ejército desempeñó la función crucial de reunir y generar conocimiento sobre “las costumbres y prácticas religiosas indias”, así como la de dominar la geografía del país. El conocimiento que así se recabó, vinculado en un inicio a la necesidad de reclutamiento, se volvió fundamental para la gobernanza de la Compañía en el norte de India. Esto nutrió y complementó el desarrollo académico que produjo la gran creación institucional de Hastings, la Sociedad Asiática de Bengala, y el trabajo de James Rennell, agrimensor general de Bengala a partir de 1764. Para cuando partió de India en 1777, Rennell “literalmente puso a India en el mapa con su muy completo *Map of Hindoostan*” [Mapa del Indostán] (Ludden, 1994, p. 254). Este cuerpo de conocimiento que se produjo de acuerdo con las necesidades del gobierno colonial, pero no completamente en conjunción con las mismas, representó grandes avances en el esquema colonial de clasificar a India para gobernar, y sentó las bases del vasto archivo colonial.

¿UN ACUERDO “PERMANENTE”?

Los académicos en general concuerdan en que hubo un marcado cambio en la administración de la Compañía entre Hastings

y Cornwallis. Para Furber, hubo un cambio “del imperialismo no regulado al regulado” (Furber, 1970, p. 227). Furber argumenta que si bien en los últimos años del gobierno de Hastings los europeos intentaron llevar su riqueza a casa como pudieron, en los últimos años del gobierno de Cornwallis el intento fue mucho más ordenado. Esto se debió a que la integridad personal de Cornwallis y sus ataques vigorosos y efectivos a la corrupción en los servicios de la Compañía les aseguraron tanto a los directores en Inglaterra como a todos sus acreedores que podría continuar con su gobierno y realizar los pagos de los intereses.

Lord Cornwallis, el primer gobernador general que no se encontraba al servicio de la Compañía en un momento en el que Inglaterra se vio confrontada por las presiones de las guerras americana y francesa (1780-1783), fue enviado a India en 1786 con instrucciones claras de “reformular la administración de Bengala y también de hacer que las fronteras externas de la India británica fueran seguras” (Bayly, 1988, p. 65). El nombramiento de Cornwallis se dio después de la aprobación de la Ley de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en 1784 (conocida como la Ley de India de Pitt) por parte del Parlamento británico para abordar las deficiencias de la Ley Reguladora y también para ejercer un mayor control sobre los asuntos de la Compañía. La ley estableció una junta de control para “supervisar, dirigir y controlar” el gobierno de las posesiones de la Compañía. El organismo de gobierno de la junta estaría conformado por seis miembros, dos de los cuales debían ser miembros del gabinete británico, y el resto pertenecientes al consejo privado. El presidente de la junta de control también se convirtió en ministro de los asuntos de la Compañía y llegó a supervisar a un gobierno conjunto de la Compañía y la Corona en el que esta última tenía la máxima autoridad (Keay, 2010, pp. 391-392).

Cornwallis, un político *whig* declarado, “anglicó” la administración impulsado por la creencia de que los principios “orientalistas” de gobierno eran los principales culpables (Stoke, 1959, p. 4). Así, el

“cambio” se dio más bien en la ideología que gobernaba el desarrollo del Estado colonial: se pasó de la búsqueda de la restauración de una constitución india anterior a la absorción al Estado imperial británico (Travers, 2007, p. 207).

Para sus propias operaciones comerciales, la Compañía tenía que depender de casas de comisión en Calcuta, dado que las ganancias de los impuestos apenas pagaban la compra de bienes en India que se exportarían a Europa. Conforme la estructura de la deuda del gobierno de Bengala aumentó en complejidad año con año, también creció la presión sobre el gobierno de la Compañía para mejorar la gestión de recursos mediante una administración eficiente. La Compañía quedó atrapada en un círculo vicioso. La necesidad de un mayor ingreso y de recursos para hacerse cargo del costo de sus operaciones comerciales y de su administración la empujó hacia la expansión territorial. A su vez, la conquista aumentó los gastos del ejército y de una burocracia que creció a la par de la extensión de los territorios de la Compañía. Ello requirió un mayor compromiso financiero, que la Compañía buscó cumplir aumentando su demanda de impuesto agrario, el tributo que se cobraba a los gobernantes indios y una mayor recaudación interna a partir de las aduanas y derechos en el comercio.

El debate sobre la administración fiscal surgió con gran vigor bajo Cornwallis y se volvió a discutir el tema de la seguridad de la tenencia de los cobradores de impuestos. Philip Francis, consejero de ingresos (y miembro del consejo de Calcuta) en tiempo de Hastings, había argumentado que los zamindares de Bengala no sólo poseían ciertos derechos relativos a la tributación que se habían vuelto hereditarios, sino que también eran dueños de las tierras sobre las cuales cobraban impuestos. Este argumento, que era válido hasta cierto punto (si recordamos la tendencia que estableció Murshid Quli Khan), no había convencido mucho a Hastings. Por otro lado, Cornwallis creía firmemente que la clave para la reanimación de la agricultura de Bengala, que iba en decadencia y ponía en

peligro el comercio de la Compañía, se encontraba en la creación de una aristocracia terrateniente hereditaria y en “la seguridad de los derechos de propiedad” (Marshall, 1987, p. 122). Esto lo hizo abrirse a los puntos de vista de Philip Francis. Además, la opinión pública británica también tenía una disposición favorable hacia la “clara simplicidad” de las ideas de Francis (1987, p. 122).

Edmund Burke, renombrado pensador político, gran crítico del gobierno de la Compañía bajo Hastings y figura principal detrás de la acusación a Hastings y su juicio, había dado particular publicidad a tales ideas en reportes que redactó un Comité Selecto de la Cámara de los Comunes en 1782 y 1783. Por tanto, la Ley de India de Pitt ordenó a la Compañía “investigar las supuestas quejas de los terratenientes y, si estaban fundadas en la verdad, a proporcionarles reparación y establecer reglas permanentes para la fijación y la recaudación de impuestos” (Sinha, 1968, p. 147). Asimismo, establecía que la procuración de justicia debía fundarse en antiguas leyes y tradiciones indígenas. En 1786 los directores de la Compañía también habían ordenado a sus empleados en Bengala que formularan un acuerdo de obtención de ingresos que habría de considerarse “permanente e inalterable” y que se celebraría “en todo caso factible con los zamindares” (Marshall, 1987, p. 122). Más adelante, los administradores británicos intentarían lidiar directamente con los campesinos en otras partes de India, pero a finales del siglo XVIII carecían de la experiencia necesaria para hacerlo.

Cornwallis arribó a Bengala en septiembre de 1786. Se realizaron investigaciones de hacienda entre 1787 y 1789 y entre septiembre de 1789 y febrero de 1790 se aprobaron las Disposiciones para el Acuerdo Decenal de Bengala, Bihar y Orissa (Midnapore) (Sinha, 1968, p. 147). La disposición indicaba que el acuerdo con duración de 10 años se volvería permanente después de dicho plazo si la corte de directores lo aprobaba, lo cual generó controversia. John Shore, el principal experto en impuestos al servicio de la Compañía, consideraba que esta parte de la normativa debía eliminarse.

En esta etapa, Cornwallis intervino para argumentar fuertemente en favor de los beneficios de un acuerdo permanente, tanto para los zamindares como para la Compañía (1968, p. 148).

El Acuerdo Permanente de Bengala se promulgó en 1793 y duraría, al menos de nombre, hasta 1947. Se trató de un intento abierto por aplicar la filosofía inglesa *whig* de reducir al mínimo el ejercicio del poder político, que se creía esencialmente corruptor e inevitablemente abusado, controlando al Ejecutivo (Stokes, 1959, p. 5). El acuerdo se basaba en principios sencillos. La demanda de ingresos de la Compañía se fijaba permanentemente y se reconocía al *zamindar* como el dueño absoluto de la tierra que generaba impuestos. Siempre y cuando pagara el monto estipulado de forma puntual, el *zamindar* tenía el derecho de vender, hipotecar o transferir la tierra, así como de dejarla a sus herederos, pero la falta de pago tenía como resultado su confiscación y venta por subasta.

La disposición del gobierno de Bengala no mostraba ambigüedad alguna: “La venta de la totalidad de las tierras del moroso, o de una porción suficiente para resarcir la deuda, se realizará invariablemente y con toda seguridad” (Bengal Regulations, 1793, 1, p. vii, citado en Islam, 1979, p. 33). La penalización al *zamindar* por falta de pago a través de la confiscación y venta de tierras era una práctica totalmente nueva. Anteriormente, la Compañía había seguido la práctica mogola de aprehender al *zamindar* moroso (Chaudhuri, 1983, p. 93). Esta rigurosa regla para recaudar el impuesto del *zamindar* antes de la puesta de sol exactamente en la fecha acordada dio lugar a terribles historias sobre la “ley del atardecer”.

La Corte de Directores de la Compañía estuvo de acuerdo con Cornwallis en que una demanda fija de recaudación por parte del gobierno era *el primer paso* hacia la simplificación y la regulación de la demanda de los terratenientes sobre los arrendatarios (Sinha, 1968, p. 151). Se esperaba que el acuerdo fiscal a perpetuidad eliminara la “capacidad agentiva de los nativos”, y por tanto la “tiranía

asiática” (Minuta de Cornwallis, citada en Bayly, 1988, p. 66), y sometiera la recaudación a la supervisión de un cuadro disciplinado de cobradores europeos. A su vez, esto quitaría toda facultad judicial y discrecional a los cobradores y a las Juntas de Hacienda, confinaría su función a “la mera recaudación de derechos públicos”, como se mencionó en el Despacho a la Corte de Directores del 6 de marzo de 1793, y efectivamente pondría distancia entre la rama ejecutiva y la judicial. Liberado de la necesidad de monitorear y evaluar la demanda de ingresos constantemente, el gobierno podría dedicar tiempo a reformar la constitución del gobierno interno, a generar leyes adecuadas y a procurarlas debidamente (Sinha, 1968, p. 149). Además, con la unión de los derechos separados de recaudar el ingreso del Estado (y obtener utilidades) y de tener tierras como propietario al nivel de la aldea, el acuerdo lograría cerrar las diferentes avenidas de ingreso y explotación abiertas a los cobradores y a los terratenientes.

EL IMPACTO DE LA IDEOLOGÍA

El Acuerdo Permanente gozó del apoyo de una amplia gama de funcionarios de la Compañía y observadores europeos de diferentes inclinaciones personales e intelectuales —Alexander Dow, Thomas Law, Henri Patullo y Philip Francis, por ejemplo—, dado que todos pertenecían al ambiente ideológico compartido de fines del siglo XVIII, permeado por corrientes de pensamiento fisiocráticas y utilitarias (Guha, 1982).

Los fisiócratas en Francia, profundamente influidos por la transformación y el éxito de la agricultura inglesa después del Cercamiento (un proceso mediante el cual la tierra común, sobre la cual la gente pobre tenía derechos de poda o pastoreo, se expropió, se cercó y se transfirió a propietarios privados), dieron primacía a la tierra como fuente de toda riqueza. “La filosofía social en la que

esta doctrina se basaba implícitamente consistía en poner la propiedad privada por encima de todo lo demás, especialmente la propiedad de la tierra” (Guha, 1982, p. 97). Esto se vinculaba a la noción del caballero-emprendedor como el terrateniente “mejorador”, quien, desde la perspectiva de Francis, era la clave de la prosperidad de Inglaterra.

Los utilitarios llevaron un paso más allá la idea de la propiedad privada en la tierra como fuente de riqueza y la hicieron florecer. Con la influencia de su fundador, Jeremy Bentham, los utilitarios sostenían que “la felicidad, y no la libertad, era el fin del gobierno, y la felicidad se promovía únicamente por la protección del individuo en su persona y en su propiedad” (Stokes, 1989, p. 65). Los fisiócratas y los utilitarios concordaban en que la propiedad privada garantizaba la seguridad personal del dueño, por lo cual fomentaba la autosuperación, lo que a su vez llevaba a un mejoramiento de las normas sociales y económicas del imperio en general. Además, la propiedad territorial era un elemento clave en la concepción *whig* de la sociedad política, “un instrumento que incidía en la reconciliación de la libertad con el orden” (1989, p. 5).

Cornwallis, en su debate con John Shore antes de la introducción del Acuerdo, había apuntado a la existencia de vastas extensiones de “jungla” en el territorio de la Compañía, y afirmó que una tenencia ventajosa induciría a los zamindares diligentes a despejar terrenos yermos y aumentar el valor de la propiedad territorial. Esto protegería el ingreso del gobierno de los contrapesos. Como afirma Sinha, “Cornwallis visualizaba a los banianos (comerciantes) de Calcuta, con sus hábitos serios y formales, desplazando a los antiguos terratenientes despreocupados” (1968, p. 148). La Minuta de Cornwallis fue sincera en este sentido. “Conviene a los intereses del Estado que la propiedad territorial quede en manos de la clase de personas más frugal y ahorrativa, que mejorará sus tierras [...] Y por tanto promoverá la prosperidad general del país” (Minuta del Gobernador General, 1789, p. 512). Al parecer, Cornwallis actuó con

base en una “suposición implícita de una tendencia decadente en la agricultura en Bengala en el pasado reciente, y consideró que la fijación permanente del impuesto agrario era el mejor mecanismo para su revitalización” (Chaudhuri, 1983, p. 88). Al garantizar la seguridad de la renta pública, una agricultura revitalizada también contribuiría a la prosperidad del comercio, la necesidad vital del momento.

Esta base ideológica del Acuerdo Permanente de ninguna manera socavó su propósito práctico de una tercerización efectiva y óptima de la recaudación. De hecho, a tono con la importancia que se daba a la tierra, la definición de una tenencia llamada *zamindari* que alentaría la propiedad efectiva de la tierra a cambio del pago de un derecho recibió mucha más atención que los derechos de los zamindares o de los propietarios de tierras (Marshall, 1987, p. 123). Cada centímetro de tierra en Bengala, en Bihar y en Orissa se volvió parte de un *zamindari* y el monto del derecho se fijó en 26 800 000 rupias de la Compañía (aproximadamente tres millones de libras), con base en la norma del año 1789-1790, la valuación de impuestos más elevada hasta ese momento.

Philip Francis, el afamado “padre” del Acuerdo, argumentó que la demanda fiscal era demasiado alta y debía disminuir (Travers, 2007, p. 177). Francis creía que el gobierno debía seguir estrictamente una política de no intervención en relación con los *ryots* y limitar su demanda de ingresos únicamente a sus necesidades, en lugar de buscar maximizarla. El Acuerdo Permanente que implementó Cornwallis difirió del que propuso Philip Francis en este importante aspecto (Sinha, 1968, pp. 152-153).

Además, dicho acuerdo no implicó un “congelamiento total del impuesto agrario, y la Compañía podía obtener aumentos de tanto en tanto” (Chaudhuri, 1983, p. 89). Las fincas de los zamindares morosos, que permanecieron con el gobierno a falta de postores, así como enormes páramos que no se incluyeron en los predios de los zamindares en el momento del acuerdo, generaron grandes utilidades para la

Compañía con el crecimiento del cultivo y el aumento de los precios. La mayor ganancia para la Compañía provino del restablecimiento de las “tierras libres de renta”, que los gobiernos anteriores habían exentado del pago de tributo para que el ingreso proveniente de ellas pudiera gastarse en el mantenimiento de templos, mezquitas e instituciones educativas. En Patna, como indica Chaudhuri citando [*Final Report on the Survey and Settlement of the District of Patna, 1907-1912*, Reporte final sobre el levantamiento y el acuerdo del distrito de Patna, 1907-1912], el aumento en la recaudación gracias a dicha acción ascendió a 48% entre 1790 y 1870.

Podría decirse que la elevada demanda de ingreso público y el rigor extremo en su recaudación afectaron gravemente a los viejos zamindares. Es importante recordar que desde tiempos de los mogoles, los zamindares habían sido propietarios de tierras y se habían encargado del mantenimiento de obras de irrigación y rebalses y la supervisión de la distribución del agua, pero sin participar activamente en la organización del cultivo. El tenedor de una extensión considerable que arrendaba su tierra a aparceros tenía un mayor control sobre la tierra y la mano de obra que el *zamindar*. Además, el *zamindar* no tenía autoridad sobre toda la producción agrícola, pues antes de que pudiera cobrar su cuota se separaba una parte para pagar a los funcionarios, cuyos servicios la comunidad de la aldea consideraba esenciales. Las condiciones de tenencia de la tierra de diferentes grupos y castas de campesinos con frecuencia también se decidían independientemente de la posición del *zamindar* en la sociedad aldeana (Chaudhuri, 1984, pp. 107-108). Todo esto no afectó seriamente al *zamindar*, pues sus fuentes de poder excedían por mucho a aquellas conferidas por el derecho a cobrar tributo. Éstas se basaban en la naturaleza hereditaria del *zamindari*, en los vínculos de casta y parentesco del *zamindar* y en su función en la administración local y el mantenimiento del orden público. Al mismo tiempo, la exacción de una parte sustancial del excedente del campesino sostenía el poder del *zamindar* y se

basaba en el aumento ocasional de las tarifas de renta y en varios gravámenes ilegales o extralegales.

Desde el inicio, la política de impuesto agrario del gobierno de la Compañía había sido perjudicial para los zamindares. El gobierno, “deseoso de maximizar su ingreso y convencido de que los viejos zamindares buscarían frustrar este objetivo”, nombró a extraños (Chaudhuri, 1984, p. 109). La hambruna de 1769-1770 causó un menoscabo importante a los recursos de los zamindares, que se exacerbó debido a la perfidia de los *amlahs* de la Compañía. En ciertas partes de Bengala, como Rangpur, Malda y Dinajpur, los zamindares enfrentaban la competencia directa de los establecimientos comerciales de la Compañía que estaban a cargo de la producción de algodón y seda. Por su parte, los tejedores y productores de seda, como agricultores de medio tiempo, estaban sometidos a la autoridad del *zamindar*. La presencia de residentes comerciales representaba una fuente de autoridad alterna para los campesinos. Los tejedores y los productores de seda buscaron la protección del Residente Comercial contra la exigencia del *zamindar* de un aumento en la renta y la recibieron rápidamente.

La severidad de la ley de ventas que se introdujo con el Acuerdo Permanente explica el hecho de que se haya vendido entre 30 y 50% de toda la propiedad territorial de Bengala (Sinha, 1968, p. 177). Los viejos zamindares de Bengala, sobre todo los grandes de Rajshahi, Dinajpur, Nadia, Bishnupur y Birbhum, fueron los que más sufrieron, porque no lograron adaptarse a la nueva rigidez y al ritmo de la recaudación fiscal, y porque el gobierno poseía un conocimiento absoluto de sus recursos. Sus tierras fueron adquiridas por sus propios funcionarios despiadados, particularmente brahmanes y kayasthas de la casta de escribanos o por zamindares vecinos y banianos (comerciantes) que trabajaban para los británicos, como había previsto Cornwallis.

Algunas grandes casas zamindares, como la Burdwan Raj, sobrevivieron gracias a la introducción de un complicado proceso de

subinfeudación que hizo aún más compleja la estructura agraria, de por sí confusa (Chaudhuri, 1975). De hecho, un gran número de subtenencias, que permitían a los antiguos zamindares mantener un control sobre la propiedad una vez vendida según la ley de venta, se convirtió en una característica del sistema agrario de Bengala tras el Acuerdo Permanente (Sinha, 1968, p. 178). Los dueños de “*zamindaris* retrasados y menos conocidos” en Bengala del este corrieron con mejor suerte porque sus recursos no se conocían con precisión (Sinha, 1968, p. 153). Alrededor de 51.6% de los antiguos propietarios en Orissa se eliminaron entre 1804 y 1818, aunque el sistema para fijar el impuesto de manera permanente no fue el único que se siguió en la región (Chaudhuri, 1983, p. 109). Los zamindares de Bihar sufrieron mucho menos como clase, y los grandes como el Darbhanga Raj y el Hutwa Raj en Saran y Champaran prosperaron, así como sus contrapartes en Burdwan.

En general, el sistema *zamindari* revivió a pesar de los cambios en la estructura debido a que la Compañía les otorgó poderes extraordinarios a los zamindares para mejorar la agricultura. Junto a una nueva clase social surgió un comercio terrestre, que hasta entonces existía en Bengala. Las obras tempranas de Rajat y Ratnalekha Ray (Ray y Ray, 1973; 1975) habían argumentado que los jotedares (conocidos en diversas formas como *abadkar*, *grantidar* o *hawaladar*) se beneficiaron mucho del Acuerdo Permanente y surgieron como una “clase terrateniente aldeana dominante”, gracias a que reclamaban y compraban tierras, y recaudaban el tributo de manera eficiente. Los zamindares dependían de ellos para la complicada labor de reclamación de tierras, y por tanto les otorgaban montos de renta muy liberales (Chaudhuri, 1984, p. 118). Los jotedares distribuyeron sus extensos terrenos para que los cultivaran aparceros e inquilinos sin plazo fijo, y además poseían los recursos económicos para controlar la fuerza laboral a través de préstamos de dinero. Los aparceros no tenían más opción que cultivar “por la mitad de la participación con préstamos de granos que adelantaban los jotedares” (Ray y Ray, 1975).

Sin desafiar directamente este argumento, B. B. Chaudhuri ha demostrado que el éxito de los jotedares variaba mucho entre regiones dependiendo de la estructura agraria y las relaciones de tierra existentes, la extensión de la tierra disponible para reclamación, el grado de participación de los jotedares como prestamistas (que les otorgaba un mayor control sobre los campesinos), y su relación con el *zamindar* (Chaudhuri, 1984, pp. 118-119). Los zamindares constantemente afirmaban su “derecho a redefinir sus relaciones con el *jotedar*” donde “no habían cedido explícitamente sus derechos” (1984, p. 128). Chaudhuri argumenta que se había exagerado el nivel de ganancias de los jotedares (1984, p. 128). Este punto de vista ha gozado de aceptación entre académicos que han analizado periodos posteriores de la historia de Bengala, pero reconocido que la posición de los jotedares que surgieron del Acuerdo Permanente no era tan prominente ni negativa (Bose, 1986; Chatterjee, 1984, por ejemplo). El trabajo posterior de Ratnalekha Ray, que se publicó de manera póstuma (1987), indicó que quizás el énfasis que anteriormente le había dado al éxito del *jotedar* estaba un tanto mal colocado, lo cual Rajat Ray apuntaló en un ensayo de reseña en *The Indian Economic and Social History Review* (1988).

Los campesinos (*ryots*) fueron las víctimas más afectadas por este nuevo acuerdo. Los zamindares, que hasta ahora sólo habían tenido derecho a recaudar impuestos, se convirtieron en terratenientes enormemente poderosos, mientras que los campesinos se convirtieron en meros arrendatarios y en muchos casos perdieron sus derechos de ocupación tradicionales. Esto se debe a que las ideas de Cornwallis, como quizá las de Dundas y su Junta de Control, se basaban en una interpretación equívoca: que la propiedad en la tierra debe otorgarse “a cierta clase de habitantes del Indostán, soberanos o súbditos”, como sucedía en los Estados europeos (Sinha, 1968, p. 150). La celeridad hizo que el gobierno reconociera a los zamindares como propietarios de la tierra (Colebrook,

1804, p. 44). Es verdad que, aun cuando ya se habían establecido los principios del acuerdo, se había debatido si el gobierno debía reservarse poder alguno para regular las relaciones entre los zamindares y sus “arrendatarios”. Mientras que John Shore había estado en favor de corregir los errores y realizar modificaciones al término de un plazo de 10 años, Cornwallis había insistido en que cualquier cosa inferior a una “permanencia inalterable” socavaría la autoconfianza y contravendría el propósito central del acuerdo, es decir, la mejoría con base en la seguridad (Marshall, 1987, p. 124). El punto de vista de Cornwallis había prevalecido, aunque, reconociendo la necesidad de proteger a los *ryots*, se promulgó una normativa que establecía que las “rentas” que estos últimos pagaban a los zamindares debían fijarse y registrarse formalmente en documentos llamados *pattas*, lo que permitía a un *ryot* objetar a las demandas no autorizadas. Una vez más, Cornwallis se equivocó al asumir que los zamindares otorgarían *pattas* fácilmente a los *ryots* (Sinha, 1968, p. 149).

Tras la entrada en vigor del Acuerdo Permanente, se ignoraron las *pattas* y se obligó a los *ryots* a asumir la carga de la alta demanda fiscal. Mientras que, anteriormente, un funcionario del gobierno mogol podía negociar entre el *zamindar* o el *taluqdar* y el campesino para reducir la renta en épocas de escasez, a lo cual se había referido Reza Khan, bajo el Acuerdo Permanente el *zamindar* como “amo de la tierra” se reservaba el derecho a tomar el control de las tierras y volver a alquilarlas si los campesinos no realizaban sus pagos. Aunque no contamos con datos suficientes sobre las tasas que se imponían a los campesinos antes del gobierno de la Compañía, los reportes contemporáneos de finales del siglo XVIII e inicios del XIX demuestran de manera concluyente que las cuotas de renta eran excesivas en Bengala y en Bihar para 1793, y en Orissa para la década de 1810, y que la situación permaneció igual durante mucho tiempo.

Rammohan Roy también menciona las rentas elevadas en *Exposition of the Judicial System of India* [Exposición del sistema

judicial de India]. En esta exposición, el *zamindar* y reformador social afirmó que el monto de la valuación fija sobre las tierras “era tan alto como la valuación más elevada que se había realizado y en muchos casos más de lo que se había obtenido por los esfuerzos de gobierno alguno, ya fuera mahometano o británico” (Roy citado en Sinha, 1968, p. 153). Sinha evalúa con pericia el propósito y los efectos del acuerdo: se moldeó por una filosofía simplificada —la fisiocracia en práctica, el furor por el orden y la simetría y los intereses del poder gobernante—. Sin embargo, los autores del acuerdo parecen no haber estado conscientes de que “las relaciones complejas se destruyen con soluciones simples” (1968, p. 152).

Un estudio reciente ha llamado la atención sobre otro aspecto importante del Acuerdo Permanente que no se ha analizado con seriedad. Hemos notado la importancia que la Compañía otorgaba a la reclamación de páramos que no formaban parte de los predios de *zamindaris* para aumentar el ingreso público. Apuntando a la discusión recurrente de “desperdicio” entre los funcionarios de la Compañía en relación con el Acuerdo Permanente, Vinay Gidwani ha sostenido que lo que se estaba considerando no era el desperdicio ni los páramos, sino la gente que vivía en ellos. Se pensaba que las tierras eran un despilfarro horizontal porque los “nativos” eran indolentes. Por tanto, el impulso hacia la “recuperación” del desecho permitió a los funcionarios coloniales no sólo aumentar gradualmente los montos de ingreso que podían obtener con la adquisición y la distribución de los páramos, sino también, lo que era más importante, expresar un binario jerárquico entre los gobernados inútiles y desperdiciados y el gobernante adecuado y civilizado. Lo anterior representó las bases tempranas de la justificación del gobierno colonial (Gidwani, 1992, pp. 39-46).

Otras medidas que adoptó Cornwallis también demostraron su fe inquebrantable en la teoría *whig*, que veía en la procuración de justicia la principal función del gobierno. Cornwallis reformó el servicio civil de la Compañía para convertirlo en el principal jugador

de la administración. En un esfuerzo por asegurar la honestidad en el servicio público, aumentó significativamente los salarios de los funcionarios (Sinha, 1968, pp. 187-188). La participación de los indios se redujo al nivel de “agencia menor”.

El *Bengal Code of Regulations* [Código de disposiciones de Bengala] de 1793 buscó dar una forma concreta al Estado de derecho inglés. La recaudación se puso a cargo de la Junta de Hacienda de Calcuta y de los cobradores de los distritos. Un funcionario certificado europeo fungía como juez y magistrado en cada distrito. Se eliminó la institución del *nizamat* que permanecía en Murshidabad, Muhammad Reza Khan se pensionó y el *Sadar Nizamat Adalat* se reconstituyó y se estableció en Calcuta bajo la jurisdicción directa del gobernador general y del Consejo. Se fundaron “cortes de circuito” con jueces británicos que debían reunirse con magistrados de distrito y consultarlos en sus viajes por Bengala. Los *qazis* y los *muftis* ahora sólo tenían la labor de ofrecer opiniones jurídicas por escrito, y las cortes en materia penal realizaron modificaciones sistemáticas al patrón existente de derecho penal musulmán (Travers, 2007, p. 235). Los diwanes y amiles provinciales desaparecieron, así como los *sadar qanungos* y los *naiib qanungos* (Sinha, 1968, p. 189). Al mismo tiempo, los litigios aumentaron y la falta de conocimiento de la lengua local por parte de los jueces europeos los hizo depender de funcionarios nativos mal pagados que carecían de responsabilidad alguna en la procuración de justicia. Los asuntos se acumularon y la falsedad en declaraciones se difundió de manera significativa (1968, p. 193).

Con la desaparición del *nizamat*, las tareas policiales se hicieron responsabilidad de la Compañía y el magistrado de distrito se convirtió en superintendente de la policía. Los distritos se subdividieron en *thanas*, cada uno con un *darogah* indio y un agrupamiento de guardias de policía. Se retiró todo deber policial a los zamindares y se les ordenó disolver sus fuerzas. Anteriormente, las instituciones de la milicia local y los guardianes de las aldeas que no se

habían abolido quedaron bajo el control directo de la policía de la Compañía (Marshall, 1987, p. 130). El orden público se convirtió en un dominio exclusivo de la Compañía, pero esto no puso fin a la corrupción. En la literatura bengalí, como *Mrityunjay Darogar Ikrarnama*, se hicieron comentarios mordaces y agudos sobre las malas prácticas que prevalecían en diferentes ramas de la administración. Consciente del hecho de que el Acuerdo Permanente había hecho que el ingreso de la Compañía fuera “inelástico”, Cornwallis buscó compensación en otro lugar. Se prohibió a los zamindares cobrar derechos sobre bienes que pasaban por su territorio y se ordenó abandonar las *chowkis* de los zamindares, que se encontraban a la vera de los ríos. Cornwallis intentó establecer un sistema de tributación regular sobre el comercio interno del país y esperaba que, con el aumento gradual de la riqueza y el comercio, la tributación sobre el comercio aumentara de manera considerable el ingreso del gobierno. Sin embargo, su plan de convertir la tributación sobre el comercio en una reserva total del gobierno entró en vigor apenas en 1801 (Sinha, 1968, pp. 194-195).

Para cuando dejó India, Cornwallis había fundado la estructura institucional de la visión de los *whigs*. Los empleados de la Compañía recibían salarios fijos y elevados y no tenían permitido participar en operaciones comerciales privadas; el cobrador de distrito sólo tenía derecho a cobrar las cuotas públicas y sería enjuiciado por cualquier cobro indebido, y el juez de distrito tenía autoridad magisterial y control de la policía para la procuración imparcial de la justicia. El miedo a la complicidad británica en el despotismo oriental llegó a su fin (Metcalf, 1995, p. 23).

CONQUISTA Y CONSOLIDACIÓN

Los contornos del Estado de la Compañía que se dibujaron con las diversas medidas de Hastings y Cornwallis se afinaron y adornaron

gracias a Richard Wellesley (1798–1805). Impulsado por el patriotismo que se robusteció debido a ciertos sucesos en Europa y en las colonias —la lucha mundial por el imperio contra la Francia Napoleónica y la pérdida de Estados Unidos a la par de la conquista de India—, Wellesley deliberadamente se dispuso a someter a todo el subcontinente indio al poder británico. El “despotismo militar” de la Compañía en India estaba en perfecta sintonía con el nuevo sentido de “britanidad” en Gran Bretaña, que ahora se expresaba no como una comunidad extendida compartida con los colonizadores estadounidenses, sino por medio de una “cualidad esencial de diferencia” con los colonizados (Metcalf, 1995, p. 4). Los nuevos héroes de esta “britanidad” ya no eran almirantes sino generales como Richard Wellesley, hermano de Arthur Wellesley, el duque de Wellington, quien comandaba un ejército de mercenarios compuesto de súbditos conquistados, y cuyo mayor logro fue haber derrotado a Napoleón en la batalla de Waterloo.

La guerra también “estimuló toda la base fiscal y política de la sociedad británica”, y la reacción de los mercaderes y la clase acomodada se “reflejó de manera distante en la gubernatura general de lord Wellesley”, cuando la Compañía emprendió una “ofensiva general” contra el gobierno oriental en India (Bayly, 1988, p. 5). Se observó el cambio correspondiente en la naturaleza de la Compañía, que originalmente se había fundado para acumular ganancias del comercio oceánico, y luego tornó a la conquista y la adquisición de territorios más nuevos para sostenerse del impuesto agrario. La “seguridad política” de Bengala, interpretada como la subyugación de poderosos gobernantes indios, se convirtió en la prioridad de soldados que se volvieron políticos en el gobierno de la Compañía.

Wellesley llegó a India decidido a someter a los gobernantes indios —Tipu Sultan, Daulat Rao Scindia y el Nizam de Hyderabad— que habían reclutado a “un número notable de franceses bajo su servicio” (Sardesai, 1948, pp. 350-351). Para alcanzar esos objetivos, abandonó la política de no intervención que había

seguido su predecesor John Shore, y le dio nuevo significado y fuerza a la política de Clive de una Alianza Subsidiaria. Esto le valió “el alcance más amplio para intervención en los asuntos de los jefes indios” (1948, p. 352). Bajo esta alianza, un príncipe indio amigo disfrutaba de la protección de los británicos y el apoyo de sus tropas contra los enemigos que tuviera, externos e internos, si acordaba proporcionar un “subsidio” para el mantenimiento de las tropas de la Compañía y si aceptaba a un residente británico en su corte. Asimismo, perdía el derecho a forjar alianzas diplomáticas con otros poderes sin el conocimiento del residente, de manera que la Compañía obtenía el derecho tanto a utilizar neutralmente el territorio del gobernante indio contra sus propios enemigos, como a evitar una alianza de gobernantes indios en su contra. Los *nawab* de Awadh y Arcot y el Nizam de Hyderabad, ya enfermo, formaron parte de la alianza en una etapa temprana; Wellesley aumentó la demanda de subsidio de los aliados indios y posteriormente forzó a los jefes marathas a entrar al sistema.

LA DOMA DEL DÉSPOTA DE ORIENTE TIPU SULTAN

El ejército de Bengala, que creció de 115 000 a 155 000 efectivos con Wellesley, se empleó por primera vez contra Tipu Sultan de Mysore —un enemigo imponente— a quien los británicos habían calificado como “déspota oriental”. Hagamos una breve desviación para anotar los logros de Tipu, un personaje que generó gran interés entre sus contemporáneos y sigue recibiendo diferentes evaluaciones por parte de académicos recientes (Habib, 1999, por ejemplo). Se ha aclamado a Tipu, el último gobernante independiente de Mysore, como “un elemento alternativo en la cultura política del sur de Asia a finales del siglo xviii” (De, 1999, p. 3). Plebeyo de origen y “más *ghazi* que el soldado de gabinete feudal promedio”, Tipu se toma como un “retroceso al Sultán del Decán premogol” que buscó

aceptación de sus aspiraciones imperiales entre sus pares de Asia occidental y Europa continental, con el fin de desafiar efectivamente la reivindicación británica de supremacía en el sur de India (1999, p. 3).

En el capítulo anterior discutimos las hábiles medidas de Haidar Ali para mejorar el ejército y la economía de Mysore; Tipu las retomó y las mejoró. Tras conducir la segunda Guerra Anglo-Mysore a un exitoso *impasse* en 1784 (Hasan, 1999), volcó su atención al ejército y tomó medidas para construir una marina. Sin embargo, sufrió un ligero revés a manos del ejército de la Compañía en la tercera Guerra Anglo-Mysore en 1792, que lo convenció aún más de la necesidad de contar con una marina fuerte. En 1796 Tipu emitió una *hukmnamah* (ordenanza) que estableció el reglamento para el programa naval (Husain, 1999, p. 174).

El programa consideraba una fuerza naval de 40 barcos que se construirían a gran velocidad y se pondrían a cargo de 11 *mir yam* o lores de almirantazgo, con sede en Seringapatnam. Los barcos se distribuirían en tres divisiones o *kachehris* —el *kachehri* de Jamalabad o Mangalore, el *kachehri* de Wajidabad o Bascoraje y el *kachehri* de Majidabad o Sadasheogarh (Husain, 1999, pp. 174-175)—. La madera para los barcos habría de conseguirse en los bosques estatales, enviarse flotando río abajo a los muelles respectivos y curarse adecuadamente antes de utilizarse. La *hukmnamah* también contenía instrucciones detalladas sobre los tipos de barcos que se construirían y los funcionarios y empleados que habrían de trabajar en el establecimiento en tierra de las *kachehris* —prueba clara de la eficiencia de Tipu como administrador (Husain, 1999, pp. 175-176)—. El interés de Tipu en las municiones en general se reveló en el mosquete que presentó a las autoridades francesas en Pondicherry en 1786. El gobernador francés Cossigny consideraba que el mosquete, que se había producido en la armería de Nagar, era igual en calidad a “cualquiera producido en Europa” (Sridharan, 1999, p. 146). Asimismo, los funcionarios franceses quedaron impresionados por las monedas que acuñó Tipu.

Como un gobernante interesado tanto en el poder del Estado como en su capacidad comercial (De, 1999, p. 3), Tipu intentó revivir el comercio dentro de su reino y forjar vínculos comerciales con otras partes de India y de Asia occidental después de la tercera Guerra de Mysore, en la que perdió casi la mitad de sus territorios. En línea con las compañías europeas de las Indias Orientales, Tipu intentó construir una “compañía del sector público” con finanzas del tesoro estatal (Khan, 1999, p. 149). Ahí también una *hukmnamah* brindó instrucciones detalladas para el funcionamiento de la Compañía donde el Sultán ejercería un control personal. Deseaba alentar la exportación de mercancía y la importación de tesoro, y buscó respaldar el comercio invirtiendo en la construcción de barcos y creando una marina mercante (Khan, 1999, p. 149). Envío cartas personales a varios mercaderes extranjeros importantes y los invitó a ir a Mysore. Diplomáticamente, Tipu buscó relaciones amistosas no sólo con los franceses, sino también con el *nizam* de Hyderabad y el jefe maratha Mahadji Scindia.

En el ámbito de la agricultura y la administración agraria, Tipu llegó mucho más lejos que su padre. Se basó en su experiencia administrando *jagires* durante 15 años en Dharampuri para realizar serias modificaciones a la tenencia y la gestión de la tierra después de asumir el poder (Sheik Ali, 1999, p. 161). Estableció reglas para la distribución de la tierra cultivable entre los *ryots* antiguos y los nuevos, y dio preferencia a la propiedad hereditaria de la tenencia de la tierra y a la renta fija. Bajo la propiedad hereditaria, un campesino y sus herederos gozaban del derecho al cultivo a cambio del pago regular de la renta acostumbrada del distrito. Ésta variaba de acuerdo con la producción, pero el Estado insistía en que la tierra debía cultivarse continuamente, sin barbecharla. En el otro sistema de renta fija un terrateniente era dueño de la tierra y cobraba renta a sus arrendatarios para, a su vez, pagar un monto fijo de renta al Estado. El derecho de sucesión del hijo del terrateniente se reconocía con la condición de que siguiera pagando la renta fija (Sheik Ali, 1999, p. 162).

En el primer sistema, en el que las rentas se establecían de acuerdo con la producción, se medía la extensión de las tierras cada año. Tipu abolió el sistema de tercerización del cultivo de las tierras. El Estado asumió la responsabilidad de recaudar la renta directamente de los campesinos y además la cobraba en efectivo. Las rentas se valuaban según la categoría de tierra cultivada, a saber: húmeda o seca, así como por la fertilidad del suelo. Normalmente, un agricultor cultivaba tierras tanto húmedas como secas y pagaba, en promedio, alrededor de 40% de su ingreso al Estado (Sheik Ali, 1999, p. 163). La labranza de los cultivos secos —que se siembran en junio y se cosechan en enero— era la opción más extensa y más segura. Se cosechaban casi 25 variedades de granos secos, entre ellos *ragi*, *jari*, *bajra*, legumbres secas, frijol verde, garbanzo y frijol mungo. Los principales cultivos húmedos eran el arroz y la caña de azúcar, que se localizaban cerca del río Kaveri o de represas. Tipu desalentó la producción de más de un cultivo en la misma tierra para no afectar su fertilidad. También había cultivos comerciales, tales como la nuez de areca, la pimienta, el cardamomo, el tabaco y la madera de sándalo, que representaban una buena fuente de ingreso para el Estado.

Tipu asistía a la reparación rutinaria de los tanques y alentaba el cultivo de los páramos cobrando rentas muy bajas por ellos. Las rentas eran “justas y moderadas” y los funcionarios de Estado tenían “instrucciones estrictas de no hostigar a los *ryots*” (Sheik Ali, 1999, p. 163). En su conjunto, las reformas de Tipu hicieron casi imposible que los cobradores de impuestos explotaran a los campesinos o le robaran la renta al Estado, como era la costumbre en épocas previas. Quizá ésta sea la razón, como comenta Sheik Ali, por la que aún sus “enemigos acérrimos” tuvieron que reconocer que el campo de Tipu era el mejor cultivado, y su población, la más próspera en India (1999, p. 164).

Lo que resulta más significativo, las medidas de Tipu sentaron las bases para el Acuerdo Ryotwari (acuerdo de renta con los

ryots/campesinos), que la Compañía introduciría en la región más adelante. El capitán Alexander Read lo introdujo en los distritos de Baramahal que Tipu Sultan rindió tras su derrota en 1792 y lo extendió a Coimbatore, al Carnatic y a los distritos cedidos (Mukherjee, 1962). Las reformas fiscales de Tipu facilitaron que Read introdujera el Acuerdo Ryotwari en las áreas que la Compañía obligó a Tipu a ceder.

Cuando Wellesley retomó las hostilidades contra él en 1799, el territorio de Tipu estaba rodeado por territorios de la Compañía, que comprendían las áreas costeras más productivas. Además, el gobierno de ésta, ahora armado con un sistema cohesivo de inteligencia, estaba mejor preparado para anticipar alianzas y resistencias armadas por parte de los gobernantes indios. El desarrollo de la inteligencia había iniciado desde la época de Cornwallis, quien también había intentado detener los canales de información bilaterales y multilaterales entre las potencias indias (Bayly, 1999, p. 58). Además, Tipu no recibió ayuda alguna de la Francia revolucionaria ni la napoleónica, aunque la razón que Wellesley dio para marchar contra él fue que, como aliado de los franceses, Tipu alentaría a Napoleón a invadir India. Tipu murió valerosamente en batalla en la cuarta Guerra de Mysore, en las puertas de su capital, Serinapatnam, en 1799. Su muerte causó júbilo en Gran Bretaña. El fallecimiento de Tipu acaeció antes de que se llevaran a la práctica sus órdenes de construir una marina. No se puede más que reflexionar qué habría sucedido si hubiera logrado su cometido de crearla.

LOS JEFES MARATHAS

El siguiente movimiento de Wellesley fue contra los marathas, las cuatro familias dominantes de jefes marathas —los Scindia, los Holkar, los Gaekwad y los Bhosle—, con sus respectivos baluartes

en Gwalior, Indore, Baroda y Nagpur. Estos jefes funcionaban en términos generales como una “confederación” que administraba la tributación y el ingreso público, pero también estaban divididos por hostilidades mutuas, particularmente Daulat Rao Scindia y Yaswant Rao Holkar (Sen, 1928). Los *peshwas*, cuya influencia se redujo considerablemente tras la muerte del cuarto *peshwa*, Madhav Rao I, habían dejado de ser un rival para los británicos. De hecho, el quinto día después de tomar el poder Wellesley le informó al Peshwa Bajji Rao II que había asumido el cargo y le transmitió la necesidad de continuar relaciones amistosas con el poder británico, “casi insinuando una amenaza ante la falta de cumplimiento” (Sardesai, 1948, p. 352). El joven *peshwa* resistió durante un tiempo, negándose a comprometer su independencia por completo. Wellesley entendió y esperó, aguardando el momento oportuno para vencer al *peshwa*.

Tras la derrota de los ejércitos combinados del *nawab* de Bengala, el visir de Awadh y el emperador mogol a manos de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en la Batalla de Buxar (1764), en 1771 el predecesor de Daulat Rao, Mahadji Scindia, reinstauró a Shah Alam II en su trono de Delhi, lo que causó que Warren Hastings enviara a un ejército para capturar Gwalior. La llamada primera Guerra Anglomaratha había terminado con el Tratado de Salbei en 1781, cuando Mahadji Scindia se vio obligado a aceptar los términos que estableció la Compañía.

Wellesley tuvo la oportunidad de intervenir cerca del cambio de siglo gracias a los movimientos de Yaswant Rao Holkar contra su archienemigo Mahadji Scindia, lo que con el paso del tiempo lo llevó a una guerra con el *peshwa*, amigo de Scindia, después de que éste no respetara los mensajes de negociación que envió Holkar en reiteradas ocasiones. El ejército de Scindia sufrió duras pérdidas en la batalla del 25 de octubre de 1802, por lo que el *peshwa* huyó de Poona y se refugió en el puesto maratha Vasai (Bassein), prácticamente bajo protección británica (Sardesai, 1948, p. 379). También le escribió a Jonathan

Duncan, el gobernador británico de Bombay, para pedirle ayuda. Por último, en diciembre el *peshwa* se sometió completamente al cuidado de los británicos. Wellesley aprovechó esta oportunidad para obligarlo a firmar el humillante Tratado de Bassein el 31 de diciembre de 1802.

Sus principales cláusulas obligaban al *peshwa* y a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales a respetar a los amigos y a los enemigos de la otra parte como tales, lo que significaba que el *peshwa* no podría trabar relaciones directamente con el *nizam* ni con Gaekwad sin consultar a los británicos. Lo que es más importante, Baji Rao tuvo que ceder distritos que tenían un rendimiento de 2 600 000 rupias a través del subsidio para la fuerza de la Compañía que se estacionó de forma permanente en su territorio. Acordó, sin más opción, que ayudaría a la Compañía cuando ésta lo necesitara, y que no emplearía a ningún europeo hostil con los británicos ni entablaría relaciones diplomáticas con otros Estados indios sin el conocimiento de la Compañía (Sardesai, 1948, p. 384).

Algunos incluso han considerado que el Tratado de Bassein fue la causa de la segunda Guerra Anglomaratha. Se dice que la noticia del tratado “consternó a Holkar y a otros líderes marathas, que organizaron una conferencia para abordar la amenaza británica” (1948, pp. 384-385). Al mismo tiempo, es cierto que las intrigas y los celos mutuos de los jefes marathas evitaron que formaran una coalición consolidada, mientras que algunos como Gaekwad no pudieron unirse porque ya se habían convertido en aliados subsidiarios. Por otro lado, Wellesley estaba decidido a deshacerse del poder maratha, particularmente de Scindia, por lo que era lógico que hubiera un enfrentamiento. Wellesley aprovechó al máximo la oportunidad, pues él y su hermano Arthur Wellesley, junto con lord Lake, organizaron un conjunto de campañas coordinadas amplio e incluyente, con las que se desplegó a 60 000 hombres entrenados en frentes muy distintos (Gordon, 1993, p. 175).

Para empezar, Holkar, quien apoyaba a un *peshwa* rival en Poo-na, quedó neutralizado y Baji Rao recobró su posición. El hermano

de Wellesley, el coronel Arthur Wellesley, marchó encabezando un gran ejército desde el Decán para someter a Holkar. Esto desencadenó la tercera Guerra Anglomaratha en la que el principal objetivo de Wellesley era Raghuji Bhosle de Nagpur, quien había invadido los territorios del *nizam* de Hyderabad, un aliado subsidiario de la Compañía. Los ejércitos marathas sufrieron derrotas en Assaye y Argaon, y se capturaron los fuertes de Ahmadnagar, Burhanpur y Gawilgarh. Raghuji firmó el Tratado de Deogaon y acordó reducir sus territorios, transferir grandes partes de su tierra a la Compañía y no cometer actos de agresión en contra de ésta ni de sus comerciantes.

La Compañía consolidó su victoria enviando otra fuerza desde Bengala al mando de lord Lake, quien derrotó a los ejércitos conjuntos de Scindia y Holkar y capturó Delhi en 1803. La campaña contra los marathas se celebró como un gran logro táctico cuyos principales factores de éxito fueron el despliegue rápido del ejército a través de una gran distancia y el abasto constante de alimentos y municiones. El suministro se mantuvo gracias a los mercaderes indios que proveyeron bueyes y las carretas, así como dinero y alimentos. Además, soldados de a pie indios pelearon en el ejército de la Compañía al mando de los generales británicos. Así, aunque este triunfo fue crucial para la expansión del poder de la Compañía en India, en realidad fue un éxito de estos mercaderes y mercenarios indios (Bates, 2007, p. 39).

Las estrictas demandas de la Compañía empujaron a los gobernantes indios cada vez más hacia los brazos de los banqueros y los mercaderes indios e indujeron actos de rebeldía ocasionales. Una acción de este tipo, por parte del *nawab* Wazir Ali de Awadh en 1798, generó una mayor intervención por parte de los británicos y causó que Wellesley posteriormente anexara la mitad de Awadh como sustituto del subsidio. La pérdida de tierras fértiles exacerbó el estado de bancarrota del *nawab* y lo hizo depender de los taluqdares, quienes consolidaron audazmente su poder en el campo. Con el tiempo, esto causaría que los *nawab* de Awadh se abstuvie-

ran de participar de los asuntos de Estado y se retiraran a sus cortes como mecenas de la música, la danza y las artes.

LA ADMINISTRACIÓN DE WELLESLEY

El abierto imperialismo de Wellesley había logrado que la Compañía fuera el amo de India para el momento de su partida. Al mismo tiempo, la enorme expansión del aparato militar trajo consigo cambios significativos en las políticas del gobierno de la Compañía. En los seis años de la administración de Wellesley (1798/1799-1803/1804), el ejército representó 42.5% del gasto total de la Compañía. Como se mencionó anteriormente, se confió al ejército la tarea de recabar y confrontar información sobre las familias gobernantes indias y de evaluar sus recursos comerciales y sus capacidades militares. El establecimiento del Fort William College y de una Secretaría Persa bajo Wellesley demostró que el principal interés de la Compañía ya no era comercial.

El Fort William College, que se fundó en contra de la oposición de la Corte de Directores, tenía el propósito de fomentar la enseñanza de lenguas orientales e infundir una nueva energía a los servidores públicos enseñándoles a administrar sin depender de intermediarios indios. Como se mencionó en la Minuta de Consejo en Fort William, el Fort William College también se había diseñado para “liberar a los jóvenes servidores públicos de la ‘indolencia, la disipación y la indulgencia licenciosa habituales’ que eran una ‘consecuencia natural’ de vivir cerca de la ‘peculiar inmoralidad de la gente de India’” (citado en Bayly, 1988, p. 83). Los jóvenes funcionarios también se distanciaron del carácter comercial de la Compañía —se descartaron las antiguas designaciones de escritores, agentes y mercaderes, y se prohibió estrictamente el comercio privado—. Las apuestas y la embriaguez, así como el concubinato abierto con mujeres indias, se censuraban.

Por otro lado, la Secretaría Persa se diseñó para obtener un mejor conocimiento de los asuntos indios. Además, continuando con la tendencia de restringir la interferencia administrativa separando la rama ejecutiva de la judicial, Wellesley hizo que el *Sadar Diwani* y el *Nizam Adalat* fueran independientes de la supervisión del gobernador general y del Consejo. Asimismo, aplicó enérgicamente la normativa de la Compañía que codificara Cornwallis al poblar los territorios recién anexados (Bayly, 1988, p. 83). La “anglificación” de la burocracia y la rama judicial estaban terminadas.

Cabe recordar que el Parlamento británico y la Corte de Directores de la Compañía no siempre estuvieron de acuerdo con las medidas imperialistas de Wellesley. De hecho, los directores estaban preocupados por el gasto militar en ascenso y el daño al comercio que había causado la guerra constante. Sin embargo, dado que Londres estaba a una distancia de seis meses de Calcuta, la comunicación entre ambas ciudades tardaba casi un año. Wellesley, quien no sentía más que desprecio por la “mentalidad estrecha y orientada a la contabilidad” de la Corte de Directores (Stokes, 1989, p. 10), actuó rápidamente e hizo realidad sus emprendimientos antes de que pudieran alcanzarlo las órdenes de restricción. Además, “logró mucho a través del patronazgo y la reorganización en Calcuta” (Bayly, 1988, p. 82).

NUEVAS MEDIDAS

El dominio de la Compañía sobre el subcontinente se fortaleció aún más con la introducción de los nuevos acuerdos fiscales en los distritos cedidos y en los conquistados. El sistema de ingresos públicos que adoptaron Read y Thomas Munro en los territorios que le quitaron a Tipu consistió en simples adaptaciones que aquéllos hicieron de los sultanes, “diseñados con el fin de generar dinero para pagar a los ejércitos” (Bayly, 1988, p. 86). En 1801 funcionarios de

la Compañía introdujeron un Acuerdo Permanente en los distritos de Madrás y confirmaron a los *poligars* (*paliagars*) en posesión de su tierra como zamindares (Ludden, 1985, p. 104). Cuando no se encontraron poligares, se agruparon varias aldeas en fincas y se vendieron al mejor postor (Bandyopadhyay, 2004, p. 87). Conforme se iban haciendo evidentes los problemas del Acuerdo Permanente, las críticas al mismo adquirieron prominencia en los círculos oficiales británicos. Efectivamente, se había modificado la “permanencia” del acuerdo, sobre todo en lo relativo a su aplicación en Orissa y en Assam. Ahí los acuerdos se habían celebrado con terratenientes, pero la Compañía se reservaba el derecho de revisar y elevar la renta periódicamente.

En 1820 los principios de política que creó Thomas Munro, quien se convirtió en gobernador de la presidencia de Madrás ese día, adquirieron supremacía oficial. El cambio en la política oficial se debió en parte a la influencia de las ideas de la Ilustración Escocesa —que daba primacía a la agricultura y al pequeño propietario agricultor, no al *zamindar*— sobre funcionarios como Munro y Mountstuart Elphinstone, y en parte a la importancia que se había otorgado recientemente a la teoría de la renta de David Ricardo. De acuerdo con esta teoría, al Estado le correspondía legítimamente una porción de la renta, que era el excedente que se obtenía de la tierra después de deducir el costo de la mano de obra y de la producción. Un acuerdo permanente de demanda de ingresos públicos privó al Estado de dicho excedente porque los intermediarios no productivos, los zamindares, recibieron el beneficio del mismo simplemente por ser propietarios de la tierra. Munro quiso reservar al Estado el derecho de aumentar los impuestos para obtener ganancias del crecimiento de la agricultura y para subsistir en situaciones de emergencia (Stokes, 1959, p. 83). Desde luego, el motivo más importante para cambiar era la enorme crisis financiera de la presidencia de Madrás, que se había exacerbado por la guerra y que impulsó a la Compañía a buscar nuevas fuentes de ingresos.

El sistema *ryotwari* que tomó forma en la presidencia de Madrás estaba gobernado por el mismo impulso que había dictado el Acuerdo Permanente: definir claramente los derechos entre terrateniente y arrendatario, así como entre lo público y lo privado, para que el Estado pudiera fijar su demanda de ingresos y otorgar “derechos” legales a los súbditos sobre su propiedad “privada”, es decir, el producto remanente de la tierra. Ludden argumenta que, dado que las políticas fueron formuladas por ingleses que definieron los significados que compartían en Londres, Calcuta y Madrás, “el léxico oficial del discurso colonial y el lenguaje oficial de la gobernanza angloindia que codificaba las políticas” introdujeron dos conceptos centrales que eran “absolutamente ajenos” para los campesinos tamiles-*zamindar* y *ryot* (Ludden, 1985, p. 104). El sistema *ryotwari* definía al Estado mismo como el *zamindar* supremo y concedía al *ryot* derechos de propiedad individuales en la tierra a cambio de un pago en efectivo anual o valuaciones de impuestos al gobierno (1985, p. 104). El monto que cada aldea debía pagar era fijo, así como la renta o el impuesto correspondientes a cada *ryot*. Los *ryots* recibieron *pattas*, recibos anuales que constituían el título de propiedad de la tierra. El Estado mantuvo su pretensión sobre los páramos.

Munro propugnaba que las rentas se mantuvieran adecuadamente bajas y permanecieran fijas durante 30 años, medida que protegería a los campesinos-agricultores de exacciones crecientes y arbitrarias por parte de los “intermediarios” que tanto daño habían causado a los derechos de propiedad de los campesinos. Este sistema, que debía ser atractivo y equitativo, sólo podía funcionar si se efectuaba un levantamiento justo y detallado que tomara en cuenta la calidad del suelo, el área del campo y su producción promedio. Esta “investigación casi inquisitoria” sobre los asuntos privados de la gente confirió a los funcionarios ejecutivos un poder casi exclusivo para decidir cuáles eran los derechos públicos y cuáles, los privados (Stokes, 1959, pp. 83-84).

Aunque para Munro el término *ryot* designaba a todos los campesinos, era prácticamente imposible que los oficiales de distrito trabajaran de manera efectiva sin reconocer distinciones entre el campesinado, como aquellas entre los agricultores de zonas húmedas y de zonas secas, o entre las familias de mayor o menor prominencia en la comunidad aldeana, o entre diferentes identidades de casta y “relaciones tradicionales de desigualdad” (Ludden, 1985, pp. 104-105). Los zamindares siguieron siendo pequeños reyes para sus súbditos, y mantuvieron el título de rajás y la autoridad ritual y de casta acostumbrada en sus dominios. Se reconocieron los privilegios de casta de los brahmanes, así como las rentas especiales de los *mirasidar*. Por tanto, el impulso del Estado colonial hacia una centralización progresiva continuó a pesar de confusiones y mediante negociaciones a través de fronteras culturales en las que los funcionarios nativos fueron decisivos. Los hombres que tradujeron los términos de la política *ryotwari* de Munro al tamil e interpretaron las realidades rústicas para los funcionarios ingleses estaban bien calificados para la tarea (Ludden, 1985, pp. 106-107). Estaban interesados en la estabilidad del nuevo régimen y el avance de su propio poder en el mismo.

De hecho, el levantamiento y la codificación detallados que implicó el sistema *ryotwari* permitieron que los *mirasidar* de “buenas castas agricultoras”, como los vellala, adquirieran una prominencia especial en virtud de su colaboración activa en el proceso. Fortalecieron su posición en la jerarquía de la aldea y monopolizaron empleos en posiciones subordinadas de la administración fiscal. Pronto también asumieron tareas policiales, con lo que acumularon gran poder e influencia a nivel local. Por tanto, este sistema no eliminó a los “intermediarios”, sino que terminó por otorgarles grandes poderes, lo cual inexorablemente generó coerción y corrupción.

Además, el enorme levantamiento agrario requerido para que el sistema funcionara adecuadamente con frecuencia no se llevaba a cabo y la demanda de ingreso público y las rentas se fijaban arbitra-

riamente sobre la base de los recuentos de la aldea. Tales recuentos con frecuencia no incluían detalles sobre la calidad de las parcelas individuales que tenían los campesinos, por lo que se les imponían cargas demasiado altas que los empobrecían poco a poco. A pesar de tales problemas, el sistema *ryotwari* se extendió a Gujarat y a una gran parte de la presidencia de Bombay tras la derrota de los marathas en 1818 por parte del discípulo de Munro, Mountstuart Elphinstone. Los mismos problemas permanecieron, aunque en la década de 1830 se hicieron intentos por reducir la demanda fiscal a un nivel que pudiera satisfacerse.

La introducción de los acuerdos de ingresos públicos se complementó con un proceso casi desapercibido que se haría más pronunciado en el siglo XIX y tendría consecuencias significativas sobre la forma en que se administró India y se trazó su mapa espacial. Conforme las áreas agrícolas establecidas fueron asignándose al ámbito de los acuerdos de ingresos del Estado de la Compañía, primero se demarcaron los bosques como áreas que constituían una “obstrucción a la agricultura” y se trataron con descuido o se destruyeron, y después adquirieron prominencia como “un campo de gestión definido bajo el gobierno colonial” (Sivaramakrishnan, 1999, p. 76). Exploraremos este tema en el siguiente capítulo.

En resumen, para finales del siglo XVIII la Compañía había adquirido una forma definitiva a través de medidas contradictorias pero confiadas que adoptaron sus gobernadores generales y los funcionarios locales. Había cortado firmemente el vínculo entre el comercio indio y el poder político (Bose y Jalal, 1998, p. 65) y socavado efectivamente el sistema estatal del siglo XVIII. Los cambios claros en la ideología de gobernanza en las décadas de 1780 y 1790 significaron que el desarrollo del Estado colonial rompió decididamente con la “tiranía asiática”, declarando que era una “agencia purificada de virtud imperial” (Travers, 2007, p. 207).

Desde luego, el proceso fue intrincado y tortuoso y se moldeó tanto por las transformaciones en la ideología política de Gran

Bretaña y la fortuna fluctuante de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales como por los modos múltiples y cambiantes en los que procedió la expansión colonial en India. Además, la construcción del Estado se vio afectada por “agendas rivales del uso del poder, estrategias rivales para mantener el control y dudas sobre la legitimidad del emprendimiento” (Cooper y Stoler, 1989, p. 609). No obstante, para cuando Wellesley partió de India, una gran parte del subcontinente había quedado bajo el dominio de la Compañía, los gobiernos de las tres presidencias se habían consolidado y ya estaban instaurados los principales pilares del Estado colonial: el ejército, la burocracia y el Poder Judicial. El desarrollo de Estado y la producción de conocimiento se habían unido para fortalecer la construcción del “Estado colonial”. Con la derrota final de los marathas en 1818, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se convertiría en el gobernante incontrvertido de India. La mesa estaba puesta para una intervención más vital en la sociedad india, historia que abordaremos a continuación.

NUEVAS PROPUESTAS:

Los *dhangar*

Para finales del siglo XVIII, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales enfrentaba un problema en los territorios que estaban a su mando: grupos de personas que habían gozado de una virtual independencia en el periodo de los mogoles ahora representaban una seria amenaza para el sistema de recaudación de ingresos de la Compañía. Estos grupos, cuyo nombre genérico era “pueblos de las colinas”, en realidad se componían de diversos grupos: santales, paharias y bhumijis, por mencionar sólo algunos. Generaban miedos y angustias en el gobierno de los estados norteños y centrales de India, sus frecuentes ataques en las llanuras amenazaban los cálculos de ingreso coloniales. Era claro que había que hacer algo, pero el esfuerzo bélico contra los “pueblos de las colinas” no era barato y el éxito del Estado de la Compañía no duró más que unas cuantas semanas. Los jefes de estos pueblos dejaron de pagar tributo y continuaron sus invasiones.

La “pacificación” de estos grupos fue un proceso que duró varios años y recibió apoyo de dos instituciones principales: un ejército colonial altamente disciplinado, capaz de suprimir cualquier revuelta y rebelión en las colinas, y un extenso sistema de tenencia de la tierra que despojó a muchos aldeanos, agricultores e incluso jefes de las colinas. Esto produjo un mercado de tierra creciente y un negocio floreciente de préstamos de dinero con el que muchos aldeanos adquirieron enormes deudas. Pronto, muchos pueblos de las colinas se encontraron sin tierra y sin trabajo. Al borde de la hambruna, muchos de ellos aceptaban cualquier empleo con tal de sobrevivir: “la ‘pacificación’ que así apareció llevó a la creación de una enorme población que tuvo que irse de la región en busca de sustento” (Ghosh, 1999, p. 13). Pronto, las imágenes de esta gente cambiaron, de asaltantes salvajes y fieros a personas “trabajadoras” y dóciles que trabajaban en las plantaciones en condiciones cercanas a la esclavitud.

Como veremos en el Capítulo 4, el desarrollo de huertos de té (plantaciones) en Assam acompañaron a la creación de este nuevo trabajo asalariado. Los “coolies”, como llegó a llamarse estas personas, alimentaban la imaginación colonial de un flujo incesante de gente cuya principal actividad era el trabajo en las plantaciones. En todo el imperio se veía a los *coolies* como una gran opción en caso de escasez de mano de obra en los campos. Para 1837, “dhangar” (*coolies*) se había convertido en un nombre genérico del vocabulario colonial. “En Mauricio, en Guayana Británica, en Trinidad, en las casas de comisión de Londres e incluso en Australia”, escribe Kaushik Ghosh, “toda la histeria por la pérdida de ganancias” debido a la emancipación de los esclavos, o por la escasez de mano de obra en comparación con la vastedad de la tierra, llegó a tratarse con “sueños de dhangares que llegaban por millares en barco desde India”. Y “estos sueños se movían rápido” dentro de la “plantocracia mundial” (Ghosh, 1999, p. 19).

El sistema de “coolies” fue violento no sólo porque arrancó de su tierra a un gran número de personas, sino que el sistema de reclutamiento era muy similar a la esclavitud. En palabras de Ranajit Das Gupta, una clase de contratistas con licencia, muchos de ellos europeos, y con sede en Calcuta, realizaban el reclutamiento. Cientos de reclutadores profesionales (*arkattis*), aldeanos, hombres y mujeres del lugar trabajaban bajo los contratistas. El contratista y sus hombres, preocupados únicamente por reunir la mayor cantidad de personas posible, recurrían a toda clase de engaños y trucos,

prácticas de intimidación, actos de violencia e incluso al secuestro de mujeres casadas y de niños para reclutar *coolies*. Todo el sistema de mano de obra de largo plazo, “la captura de *coolies*, su traslado a las plantaciones de té..., la venta de reclutas a precio de mercado y la caza de *coolies* que habían escapado” se asemejaba a la “trata de esclavos en África y al comercio mundial de esclavos” (Das Gupta, 1981, p. 1784)

En la imaginación colonial, los *dhangar* eran notables por su “increíble idoneidad” para el trabajo en las plantaciones. Los dueños de las plantaciones creían que los *coolies* exigían poco espacio para dormir y una cantidad de alimentos exigua. Incluso durante el trayecto de los puertos de India a varios destinos en las colonias británicas, se hacinaba a los *coolies* en un espacio muy confinado, prácticamente sin comida y sin supervisión médica. La tasa de mortandad en ocasiones llegaba al cincuenta por ciento (Ghosh, 1999, p. 22).

Las condiciones no mejoraban en absoluto en las plantaciones. Los *coolies* de té, que trabajaban hasta quedar exhaustos, que recibían raciones mínimas de alimentos, viviendas deficientes y severas torturas, con frecuencia trataban de huir de las plantaciones. Los dueños pagaban pequeñas recompensas en efectivo a miembros de tribus asamesas locales, cuyas aldeas punteaban el paisaje fuera de las plantaciones, por cazar a los desertores y llevarlos de vuelta. La recompensa se deducía del salario del *coolie*, quien “además recibía inclementes azotes” (Ghosh, 1999, p. 44).

Referencias

- Das Gupta, Ranajit (1981). Structure of the Labour Market in Colonial India. *Economic and Political Weekly*, 16 (44/46), Special Number (Nov.), pp. 1781-1806.
- Ghosh, Kaushik (1999). A Market for Aboriginality: Primitivism and Race Classification in the Indentured Labour Market of Colonial India. En Gautam Bhadra, Gyan Prakash, Susie Tharu (eds.), *Subaltern Studies X: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 2003, p. 848.

3. UN SIGLO INAUGURAL

Lord Wellesley recibió la orden de retirarse de India en 1805. Para el momento en que se fue, había ocasionado una revolución política adquiriendo para la Compañía posesiones territoriales tan extensas y costosas que “asombró la imaginación de sus contemporáneos” (Phillips, 1961, p. 103). El aristócrata también había generado una “revolución cultural” mediante la fundación del Fort William College, la “Oxford del oriente”, en 1800. El College quería transformar a los “empleados ineptos y egoístas de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en servidores eficientes y devotos del imperio británico en India” (Kopf, 1969, pp. 46-47). Entre 1801 y 1805 el College evolucionó hasta convertirse en una institución que no sólo capacitaba a empleados públicos, sino que también auspiciaba investigaciones lingüísticas y literarias y estudios académicos orientalistas en general. Además, dio un nuevo aliento a la Sociedad Asiática —que se desorganizó tras la muerte de William Jones (en 1794)— revitalizando su estructura, promoviendo sus proyectos académicos y, lo que era más importante, produciendo una nueva generación de académicos en potencia entre los empleados públicos dispuestos a llevar a cabo la labor de la sociedad.

Asimismo, la Universidad interactuó de cerca con la Misión de Serampore. Los misioneros bautistas eran los únicos que habían logrado evadir la prohibición de la Compañía a la entrada de misioneros, refugiándose en el enclave danés de Serampore (Srirampur).

A pesar de que la administración de la Compañía sospechaba que realizaban actividades religiosas, la experiencia de los misioneros como impresores y editores ayudó enormemente al College (Hatcher, 1996, p. 49). La colaboración de académicos, funcionarios y misioneros, como William Carey y Joshua Marshman, dio lugar a un extenso estudio de las lenguas indias, a la producción de diccionarios, a la traducción de manuscritos y clásicos indios y a análisis profundos de la cultura popular hindú en Bengala, lo que fue muy importante.

Henry T. Colebrook, un renombrado académico orientalista y sucesor de William Jones, a quien se nombró profesor de sánscrito en Fort William en 1800, emprendió un serio estudio de los *Vedas*. Aunque no llevó a cabo la ardua tarea de traducirlos, su ensayo sobre estos textos los colocó en un orden cronológico anterior a los *Puranas* y esbozó la existencia de una tradición monoteísta, “la unidad de la divinidad”, en la India antigua (Kopf, 1969, p. 41). El *Edinburgh Review* consideró al ensayo, que se leyó en la Sociedad Asiática el 4 de julio de 1804 y se publicó en el octavo volumen de *Asiatick Researches* [Investigaciones asiáticas] como “el desiderátum más importante de la literatura india”, puesto que abrió una nueva línea de investigación para los estudiantes de indología (Kejariwal, 1988, p. 98). Este ensayo también puso fin a la controversia que había entre los académicos occidentales sobre la existencia y la autenticidad de los *Vedas* y su continuidad.

Unos 50 años más tarde, en 1859 *The Calcutta Review* alabó el ensayo de Colebrook como “un análisis magistral” y “la aportación más valiosa que se ha hecho a la literatura india hasta el momento” (1859, p. 401). Además del impacto que el ensayo tuvo entre los indólogos, algunos intelectuales indios, como Rammohan Roy, retomaron la idea de una divinidad única, aspecto que analizaremos más adelante. Por ahora, cabe recordar que Colebrook y los otros profesores del College contribuyeron a la aparición de una nueva generación de administradores que a la vez eran académicos.

Estos hombres generarían importantes cambios en la sociedad india al aplicar su “conocimiento” del país a la administración pública e implementarlo en sus políticas.

Así, desde finales del siglo XVIII India se volvió cada vez más un objeto de conocimiento británico, y el imperio en India se volvió más una “bendición” que una “vergüenza” para los británicos. Como se indicó en el capítulo anterior, a partir de la década de 1760 comenzaron a publicarse numerosos libros sobre India en Gran Bretaña, y los periódicos británicos llegaron a ocuparse del subcontinente de manera constante. Dado que desde el cambio de siglo se hizo evidente la naturaleza imperial del gobierno de la Compañía, la necesidad de legitimarlo se volvió urgente. Esto se logró mediante la misión civilizadora (civilizacional) que una combinación de diferentes actores hizo contundente. Según la afirmación provocadora de Ashis Nandy, “el colonialismo sin una misión civilizacional no es colonialismo” (1983, p. 11).

Antes de pasar a un análisis de esta misión civilizadora, un estudio de las diferentes tendencias del orientalismo actuales en esa época brindará un mejor entendimiento del impacto de las tendencias sobre los intelectuales indios (Hatcher, 1996, p. 46) y evitará el uso simplista del orientalismo como un monolito que había construido conocimiento únicamente en pos del poder (Said, 1978). El orientalismo de Warren Hastings y de William Jones surgió de un cosmopolitismo que instaba a amar y a respetar a las otras culturas. William Jones en particular deseaba aprender más sobre el hombre y la naturaleza, en lo que “ejecuta uno” y “produce el otro”. Él consideraba que la historia, la ciencia y el arte eran las tres principales ramas del conocimiento (Jones, 1807, p. 6). A Jones le interesaban las lenguas en tanto que revelaban la naturaleza conectada de las naciones y las razas (Trautmann, 2006, p. 15). Como afirmó en su discurso inaugural en la Sociedad Asiática de Calcuta, “el sánscrito” tenía “una maravillosa estructura más perfecta que el griego, más copiosa que el latín y más exquisitamente refinada que cualquiera

de ellos”. Al mismo tiempo, tenía una afinidad tan fuerte con el griego y el latín en las raíces de los verbos y en las formas de la gramática que ningún filólogo podía analizar las tres lenguas “sin creer que habían surgido de una fuente común” (Jones, 1807, p. 7).

Es paradójico, escribe Thomas Trautmann, que alguien “tan dotado para las lenguas” las viera como sólo uno de muchos medios para “desentrañar las relaciones etnológicas”. Para Jones, las relaciones entre las lenguas catalogaban las relaciones entre las naciones (Trautmann, 2006, p. 15). En una representación de las tensiones que los académicos europeos enfrentaron al final del siglo XVIII en su encuentro con India, Jones reconstruyó una cronología de ésta que concordaba bien con la historia mosaica, pues indicó la fundación del Imperio indio a unos 3 800 años de su época, es decir, dentro de los confines del recuento bíblico y los parámetros del diluvio universal, que Jones calcula ocurrió en 2350 a. C. (Bryant, 2001, p. 15). El hecho de que Jones llegara a un punto medio con la narrativa bíblica hizo que el nuevo orientalismo fuera seguro para los anglicanos. Demostró que la literatura en sánscrito “no era enemiga sino aliada” de la Biblia, pues proveía una “corroboración independiente de la versión de la historia de la Biblia” (Trautmann, 1997, p. 74). Esto sentó las bases para la idea de que los arios habían llegado a India desde fuera, cuyas trascendentes consecuencias analizaremos en el siguiente capítulo.

El interés de evangélicos como William Carey en promover las lenguas vernáculas se orientó principalmente hacia poner la Biblia a disposición de los indios, pero sólo después de que estuvieran preparados moralmente para recibirla. Por otro lado, el orientalismo oficial de inicios del siglo XIX y el de académicos como H. H. Wilson y Colebrook fueron respetuosos únicamente con los misterios de la antigua civilización de los hindúes, no con el periodo posterior, y para ellos la necesidad más imperiosa era “mejorar”.

Colebrook y muchos otros de su época habían absorbido el sentido de la historia que propuso Voltaire: la historia no era sólo

una crónica de sucesos políticos sino un registro del crecimiento de las civilizaciones. En sintonía con esta idea, Asia, la cuna de las civilizaciones antiguas, parecía estar en decadencia mientras que Occidente daba grandes pasos hacia adelante (Kopf, 1969, pp. 38-39). En paralelo y en conjunto con la gran narrativa histórica de Europa —como la planteada por Gibbon, por ejemplo— de una civilización clásica, una prolongada era de barbarismo y religión y un albor reciente de iluminación causado por la razón y el comercio, la India británica construyó su propia variante de la narrativa histórica de la ilustración. En este caso, la civilización hindú clásica, una época oscura de “barbarismo y religión” bajo la tiranía musulmana y una era moderna de iluminación colonial llegaron a constituir los diferentes periodos de la historia.

El nacionalismo y una corriente de evangelismo protestante también instaron a la Compañía a hacer su administración más “británica”: honesta y confiable (Bayly, 1988). Los directores de la Compañía establecieron el Haileybury College en Oxford como rival de Fort William, con el fin de adiestrar a los empleados de la organización para que fueran burócratas dignos. Este College aseguraría que los clérigos de Cambridge adoctrinaran “bien” a los “muchachos”, los futuros empleados de la Compañía, antes de que se les enviara a India y quedaran bajo la influencia de académicos orientalistas en Fort William (Kopf, 1969, p. 135). En el capítulo pasado vimos que la antigua división de escritores, agentes y mercaderes se reemplazó con una jerarquía bien definida y coherente en la administración de la Compañía; sus empleados estaban mejor pagados y se les prohibía totalmente realizar operaciones comerciales privadas y adoptar “prácticas nativas”. Asimismo, se les prohibía que tomaran a mujeres indias como esposas o como amantes. En una maniobra común a todas las potencias coloniales, se instauraron políticas de exclusión para marcar identidades y desarrollar categorías. La raza y el género se volvieron cruciales en la construcción de las identidades contingentes de los

colonizadores y de los colonizados (Ghosh, 2006; Stoler, 2002, pp. 42-43). Todo ello estableció un marcado contraste entre el siglo XIX y el anterior en términos de principios y creencias (Bates, 2007, p. 44).

FUERZAS DE CAMBIO: LIBRECAMBISTAS, EVANGÉLICOS, UTILITARIOS

La Ley de la Cédula de 1813 marcó un momento decisivo en la historia de la economía india. Abolió el monopolio que tenía la Compañía Inglesa de las Indias Orientales sobre el comercio de India, que había gobernado la naturaleza del intercambio indobritánico durante 200 años, y permitió la entrada al subcontinente de mercaderes privados británicos, los librecambistas (Majumdar, 1970, p. 1077). El éxito de la Revolución Industrial modificó drásticamente las condiciones en Gran Bretaña, pues en lugar de comprar productos terminados, ahora requería mercados para sus bienes fabricados a gran escala y proveedores cautivos de materia prima para sus operaciones de manufactura. La oposición al monopolio de la Compañía sobre el comercio con India había estado aumentando desde inicios del siglo XIX. Siguiendo el ritmo del cambio en las condiciones, el gobierno de la Compañía en India ahora tenía que actuar como un cómplice, como un instrumento para asegurar “las condiciones necesarias de orden público” con el fin de que el vasto mercado indio quedara cautivo a los productos británicos (Stokes, 1989, p. xiii). Como señala K. N. Chaudhuri, entre 1814 y 1858 el valor y el volumen de las exportaciones y las importaciones indias se cuadruplicaron, pero la composición de los bienes de consumo y la dirección del comercio también cambiaron de manera radical (Chaudhuri, 1971, p. 1).

Todo ello afectó de manera importante a la economía interna de India. La conexión política de India con Gran Bretaña la convirtió en un “país productor primario cuya economía se controlaba y se

dirigía desde el exterior” (*Minutes of Evidence Taken Before the Select Committee of the House of Lords Appointed to Consider the Petition of the East India Company for Relief 1840*, Parliamentary Papers, 1840, citado en Chaudhuri, 1971, p. 2). Mientras que India quedó inundada de productos manufacturados británicos, altos aranceles protectores evitaron la entrada de fabricantes indios al mercado británico (Chaudhuri, 1971, p. 3). La antigua industria del algodón del subcontinente prácticamente desapareció porque no pudo enfrentar el brutal impacto de la Revolución Industrial. India adquirió una dependencia crítica de la producción de materias primas y sus principales productores quedaron a merced de los caprichos de las fuerzas económicas internacionales. El capitalismo comercial de la Compañía sucumbió a la fuerza incontenible del capitalismo industrial que representaron Lancashire y Sheffield, y la economía agraria de India se “orientó hacia la economía industrial de Gran Bretaña” (Majumdar, 1970, p. 1077).

Desde luego, la Compañía no perdió su interés comercial en India a pesar de su transformación gradual en un gobernante colonial. El ingreso anual de 3 millones de libras que obtuvo de la concesión de *diwani* en 1765 se elevó a 22 millones de libras para cuando se dio la derrota final de los marathas en 1818. Sin embargo, las costosas guerras y una burocracia creciente forzaron a la Compañía a hacer efectiva su inversión: sus compras en India. De hecho, la expansión en India había obligado a la Compañía a adquirir deudas. Dado que la Corte de Directores mandaba muy poco dinero para este esfuerzo, los gobiernos en India contrajeron una deuda sujeta a remisión, es decir, permitieron que sus acreedores exigieran el capital y el interés en Londres. Las guerras napoleónicas y el estancamiento comercial general hicieron que efectuar tales remesas a través de los canales comerciales adecuados fuera cada vez más difícil, por lo que la Compañía tuvo que depender de casas de comisión para remitir la deuda a través de cargos a cuentas de deuda. A partir de 1806 los acreedores de la Compañía comenzaron

a inundar a la Corte de Directores con esas cuentas y las forzaron a pedir préstamos al Parlamento británico para mantener su crédito. Así, para 1813 la Compañía había perdido todo su poder de negociación para contrarrestar la presión de las casas de comisión, que exigían el libre movimiento de capital entre Inglaterra e India; de los mercaderes privados británicos, que exigían la importación de materias primas baratas y la exportación de la producción agrícola excedente, y de los puertos de salida como Liverpool, que querían que se utilizaran los embarques porque el paro del comercio continental y con Estados Unidos los había dejado sin empleo (Majumdar, 1970, p. 1077).

Tras la pérdida del monopolio del comercio en India, China se volvió crucial para la subsistencia del comercio de la Compañía con el subcontinente. La venta de algodón en fibra y de opio (lo que era más importante) en China representó una fuente de ingresos confiable para el gobierno indio de la Compañía y pagaba la adquisición de té chino, un importante artículo que se importaba desde China a Gran Bretaña y que se volvió cada vez más popular. En este caso es importante recordar que la idea de exportar opio a China había comenzado con Warren Hastings y los primeros embarques se habían enviado ya desde la década de 1780. En un inicio la demanda de opio en China era prácticamente nula, pero la situación cambió radicalmente en los siguientes 10 años y en un lapso de tres décadas el comercio del producto creció enormemente. Durante este periodo, la mayor parte del opio se cultivaba en la región de Bihar de la presidencia de Bengala y, más adelante, con el aumento en la demanda, el occidente de India comenzó a cultivar opio a gran escala, en particular Malwa. Asimismo, a partir de la década de 1830 la emigración de agricultores de opio indios para proveer mano de obra a largo plazo fuera de India adquirió proporciones significativas (Ghosh, 2008).

La Compañía controlaba rigurosamente la producción de opio a través de anticipos que pagaba a los agricultores y después lo vendía

a un alto precio a comerciantes británicos que lo introducían a China como contrabando. Las utilidades de la venta del opio, que representaron alrededor de 17 a 20% de los ingresos de India, equilibraron las precarias finanzas de la Compañía y liberaron a sus directores de la responsabilidad de exportar plata a China para la compra de té y de otros bienes. De manera similar, la producción de añil en India, que se controlaba estrictamente, también proporcionó a la Compañía los recursos financieros para cumplir sus requisitos de enviar remesas a la metrópoli. En ambos casos la oposición llevó a guerras y represalias. El final de la década de 1830 fue testigo de las Guerras del Opio contra China. La renuencia de los agricultores de añil, que trabajaban en régimen de servidumbre por deuda, a cultivarlo en la década de 1850 terminó con un éxito relativo para ellos, porque para entonces este grupo había perdido su influencia política y Alemania había inventado un tinte químico que hizo que ese cultivo perdiera su importancia comercial. Las penurias de estos agricultores conformaron el núcleo de la reflexión temprana de la clase media sobre el pensamiento agrario y jurídico en Bengala, aunque dichos escritos dejaron a los campesinos totalmente sin definir (Sinha, 1965, p. 13). En un capítulo posterior discutiremos las implicaciones de la empatía de la “clase media” por los campesinos.

NUEVAS PROPUESTAS:

La hora del té

La historia del cultivo de té en India se remonta a fines del siglo XVIII, cuando algunos miembros de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en Londres debatieron la rentabilidad de sembrarlo en la zona. Joseph Banks fue quien presentó el tema a los funcionarios de la Compañía.

Sir Joseph Banks (1743-1820) provenía de una familia acaudalada pero sin títulos de Lincolnshire. Cuando asistió al famoso Eton College en Oxford, rechazó el modelo clásico de educación y emprendió estudios en historia

natural, especialmente botánica. Durante sus viajes posteriores al extranjero en compañía del afamado explorador James Cook, Banks descubrió varias especies nuevas de plantas que catalogó cuidadosamente y describió en sus diarios. Su investigación dio a conocer muchos aspectos de la historia natural de los nuevos territorios en el sur y el sureste asiáticos a la comunidad científica en Europa. Los extensos viajes e investigaciones de Banks también causaron la aparición de nuevas rutas comerciales que cambiaron el entorno de algunos territorios colonizados conforme se implementaron políticas imperiales para generar ganancias en el rico mercado del té y las especias.

El Jardín botánico de Calcuta se fundó en 1787 bajo el auspicio de Banks y realizaba experimentos cultivando plantas extranjeras en suelos indios. Banks tenía un interés particular en cultivar té a gran escala en India para romper el monopolio de China en este producto. Instó a los funcionarios de la Compañía a realizar esfuerzos para que se pudieran plantar árboles de té en territorio indio y con el tiempo el cultivo fue posible en el siglo XIX gracias a otro hombre, un botanista escocés de nombre Robert Fortune.

La introducción del té a India no fue sencilla. Durante mucho tiempo el gobierno chino prohibió la venta de plantas de té a los extranjeros y además las plantaciones estaban tan lejos de los puertos que las probabilidades de que las plantas sobrevivieran el viaje eran remotas. Sin embargo, el verdadero desafío no era adquirir una planta de té, sino el conocimiento para procesar el producto final, que sólo poseían los maestros de té chinos. Robert Fortune tuvo que contratar a maestros productores de té chinos para obtener las recetas y los detalles del proceso y también llevó a trabajadores chinos a India. Fortune pasó dos años en el sur de China tratando de adquirir todos los secretos y las habilidades necesarias para producir té de alta calidad, e incluso se hizo pasar por local para poder entrar a una plantación y una fábrica de té chinas.

Mientras que Fortune y algunos otros estaban en China tratando de aprender los secretos del procesamiento del té, en India corrían rumores de que se había encontrado una variedad nativa de té en Assam que crecía hasta tres metros de altura. El Mayor Robert Bruce fue a explorar la región y a registrar el conocimiento local sobre té. La investigación de Bruce y la ayuda de los maestros de té negro chino hicieron posible que se produjera té en India a partir de la década de 1830. Para 1841 se habían exportado 54 toneladas de té a Londres (Chatterjee, 2001, p. 56).

El “descubrimiento” de la variedad nativa de té en Assam trajo consigo una nueva búsqueda de los orígenes del árbol de té. Los botánicos ingleses pensaban que el té era nativo de India y que la producción británica de la planta en el subcontinente era una forma de regresarle algo que era originalmente indio. “A pesar de la evidencia de miles de años de producción y comercio en China,” comenta Piya Chatterjee, los empresarios ingleses estaban decididos a demostrar que “India era la cuna del té”. Los ingleses dueños de plantaciones argumentaban que las historias sobre el té chino eran “nebulosas leyendas y narrativas mitológicas de la imaginación china” (Chatterjee, 2001, p. 56).

Referencias

- Chatterjee, Piya (2001). *A Time for Tea: Women, Labor and Post-Colonial Politics on an Indian Plantation*. Durham, NC: Duke University Press.
- Sarah, Rose (2010). *The great British tea heist*. Recuperado de <http://www.smithsonianmag.com/history-archaeology/The-Great-British-Tea-Heist.html?c=y&story=fullstory>
- State Library of NSW (s.a.). *Sir Joseph Banks Papers*. Recuperado de <http://www.sl.nsw.gov.au/banks>

Con este escenario económico en mente, abordemos los otros cambios importantes que introdujeron las Leyes de la Cédula de 1813 (y más adelante, las de 1833). Debemos recordar que los librecambistas no sólo atacaron el monopolio que tenía la Compañía sobre el comercio, sino que también estaban en contra de todo su sistema de gobierno, basado en el principio de dejar las costumbres y las instituciones indias tal como eran (Stokes, 1989, p. 40). El “radicalismo filosófico” del siglo XIX, encarnado en el liberalismo y el utilitarismo, apuntaló este desafío planteando una base intelectual para la necesidad agresiva de “mejorar” a India. El ánimo de “optimismo expansivo” (Metcalfe y Metcalfe, 2003, p. 80)

que surgió con la derrota de Napoleón y el éxito de la Revolución Industrial fortaleció la autoconfianza de los liberales y los utilitarios de clase media, representados por Adam Smith, Jeremy Bentham, James y John Stuart Mill y Thomas Macaulay. Llegaron a creer que el triunfo de la ciencia y la razón, de la economía política y de la ley y el gobierno, que habían hecho superior a Occidente, también podía ayudar a India a deshacerse de las cadenas del despotismo, la costumbre y la tradición. Los indios prosperarían bajo un gobierno inglés capaz y la idea utilitaria de Bentham de “el mayor bien para el mayor número” se convertiría en una realidad.

El evangelismo brindó un fervor misionero a este proyecto de mejoramiento. Las dos características distintivas del evangelismo, “el individualismo intenso y la exaltación de la conciencia individual”, estaban arraigadas en la creencia de que “el carácter humano podía transformarse súbitamente por un ataque directo a la mente” (Stokes, 1989, p. 30). Así, mientras que los liberales y los utilitarios intentaron efectuar un cambio introduciendo la ciencia y la razón, los evangelistas buscaron salvar almas mediante un proceso educativo que implicaba la difusión de la fe verdadera y la erradicación de la ignorancia y la superstición. La Ley de la Cédula de 1813 también fue significativa porque permitió la entrada de misioneros a India. Charles Grant y William Wilberforce ganaron la batalla en favor de los evangélicos en el Parlamento británico.

Grant, empleado de la Compañía y líder evangélico, argumentó con vehemencia que la política británica debía basarse en el “principio de asimilación”, misma que aseguraría el fomento de la civilización y la prosperidad material en India, lo que a su vez beneficiaría al comercio británico (Stokes, 1989, p. 34). Esta noción de que el éxito mundano no debía perseguirse por beneficio propio sino por un sentido de deber, con el fin de que el mundo “derramara su abundancia”, unió de maneras intrincadas el deber y el interés propio para dar una base moral al interés comercial de Inglaterra en India (Stokes, 1989, pp. 33-34).

El éxito del proyecto misionero fue lento y vacilante, sus modos y objetivos no eran homogéneos y estaban severamente circunscritos por las condiciones en India. Alexander Duff, el apasionado misionero presbiteriano escocés, se decepcionó profundamente ante el incumplimiento de su confiada esperanza de convertir a toda la ciudad de Calcuta al cristianismo evangélico. Al mismo tiempo, la escuela de la misión conocida como Duff School (The Free Church School), que estableció en Calcuta, inspiraba a la reflexión y el conocimiento de uno mismo, lo que con el tiempo alentó a muchos jóvenes alumnos a asumir la fe verdadera. Además, los misioneros destacaron lo que consideraban costumbres “bárbaras” de los hindúes y su religión en general como la causa básica de la ignorancia, lo que complementó de manera importante el ímpetu de los liberales por reformar y “civilizar” a India.

En 1797 la mezcla de las fuerzas del libre comercio, el liberalismo, el utilitarismo y el evangelismo se reflejó en la publicación del tratado de Grant, titulado *Observations of the State of Society Among the Asiatic Subjects of Great Britain, Particularly with Respect to Morals; and of the Means of Improving It* [Observaciones del estado de la sociedad entre los súbditos asiáticos de Gran Bretaña, en particular con respecto a la moral, y medios para mejorarlo], como un documento parlamentario en 1813 y en 1832, y en la de *History of British India* [Historia de la India británica] ([1817] 1975) de James Mill, que tuvo varias ediciones. Grant y Mill fueron despiadados en su condena de las civilizaciones “hindú” y “musulmana”, y ambos responsabilizaron exclusivamente al despotismo por el estado primitivo y bárbaro de la sociedad en India.

Mill fue franco en su refutación de la idea orientalista de que India estuvo anteriormente “en un estado de alta civilización” desde el cual cayó. Las primeras líneas de su *History of India* pusieron de manifiesto el desprecio que tenía por esa idea, así como por India. “Las naciones incivilizadas”, escribió, “parecen derivar una peculiar gratificación de las pretensiones a una antigüedad remo-

ta". Las "naciones orientales", que se distinguen por una "vanidad jactanciosa y rimbombante", han llevado "sus reivindicaciones a niveles extravagantes" (Mill, 1975, p. 27). Por tanto, no sorprende que India permaneciera "visiblemente fuera" del ámbito de las obras de John Stuart Mill sobre *Representative Government* [Gobierno representativo] y *On Liberty* [Sobre la libertad] (Mehta, 1999, p. 65). En la formulación contundente de Uday Singh Mehta, esta exclusión sistemática y sostenida de varios grupos y tipos de personas explicó el efecto excluyente de la práctica liberal a pesar de las afirmaciones incluyentes y universales de la teoría liberal (1999, p. 46). Para efectos del presente, es importante recordar que los creadores de políticas liberales-utilitarias de la Compañía consideraron que la reforma y la mejoría eran la necesidad más urgente: la reforma, tanto de los principios morales en la vida pública, que propugnaba Edmund Burke, como de la vida pública y social en general, que era el objetivo de los evangélicos (Stokes, 1989, p. 14). Juntas, estas fuerzas dieron forma a la "misión civilizadora", que encontró expresión en la "Era de reforma". Dicha "era" se caracterizó por la "creencia apasionada de que los ideales del altruismo y las reclamaciones más fuertes de interés propio coincidían" (1989, p. 46).

Eric Stokes escribe que 1818 atestiguó la aparición del liberalismo como fuerza en Inglaterra (1989, p. xvi), lo que a su vez marcó un punto de inflexión en la historia de India y de Gran Bretaña. La derrota final de los marathas liberó a la Compañía de la severa carga de la guerra y se volvió imperativa una administración efectiva, eficiente y "legítima" de los vastos territorios en su posesión. Ese año siguió a la publicación de *History of British India* de James Mill y vio también la conversión declarada de Macaulay a la adultez y el radicalismo (1989, p. xvi). El ánimo de confianza y entusiasmo se captura acertadamente en el prefacio de Shelley a su *Prometheus Unbound*, que comenzó a escribir en 1818 y terminó en 1819, y en el que proclamó apasionadamente la restauración del equilibrio entre instituciones y opiniones con "la nube mental descargando

sus relámpagos acumulados” (Shelley, 1820, prefacio). El escenario estaba listo.

LA ERA DE REFORMA

La “Era de reforma”, anota Crispin Bates, se ha “malentendido mucho” (2007, p. 43). Comenzó como una reconstrucción de la estructura burocrática de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales y más adelante historiadores británicos e imperiales la interpretaron como una época de cambios que benefició tanto a los indios como los británicos, aseveración que sin duda tiene algo de verdad. Al mismo tiempo, por lo que se dijo anteriormente, queda claro que la administración eficiente y la remodelación de la estructura burocrática incluyó la creación de políticas y la implementación de leyes. Todo ello estuvo gobernado por la firme creencia de que India era una “tierra despótica y caótica, habitada por varios gobiernos tiranos y bandas ambulantes de maleantes y bandidos”, y de que se caracterizaba por “una miríada de supersticiones y prácticas religiosas contradictorias” (Harlow y Carter, 1999, p. 67).

La participación activa de un sector importante de literatos indios dio un toque crítico a la Era de reforma. La mayoría de los hombres indios, que se encontraban entre una rica cultura que los sostenía y el atractivo de nuevas ideas “occidentales”, trataban de encontrar el equilibrio entre la reforma y la “tradición”, y complementaban y contrarrestaban apasionadamente el llamado al cambio de los británicos. Por tanto, no sorprende que la Era de reforma haya coincidido con el periodo del “Renacimiento de Bengala”. De hecho, además de la prevalencia de una amplia variedad de ideas y el debate en torno a las mismas, la obra de los académicos indios asociados con el Fort William College —Mrityunjay Vidyalankar, Ramjay Tarkalankar y Ram Ram Basu— ayudó a la prosa bengalí a madurar y a contribuir directamente con el Renacimiento (Sinha, 1993, p. v).

La interacción del gobierno colonial y la cultura india afectó a dos áreas vitales del “desarrollo social” (Bates, 2007, p. 50). La primera fue la introducción de una educación de estilo occidental. La segunda, que tuvo una aplicación extensa y consecuencias trascendentes, fue la implementación de legislación relacionada con ciertas prácticas sociales, desde intentos por evitar el matrimonio infantil hasta la introducción de los segundos matrimonios para las viudas y una iniciativa general para detener el “sacrificio humano”, que se creía que ciertas comunidades “tribales” llevaban a cabo, y los homicidios violentos, perpetrados por los esquivos pero ruines *thugs*.

Los *thugs* o *thugees*, bandidos notablemente crueles, avivaban las fantasías salvajes del populacho británico, y sus vívidas representaciones en historias, fotografías y pinturas justificaban el mantenimiento de una fuerza policial en constante crecimiento en la colonia. Resulta muy difícil explicar la aparición de los *thugees*. Es posible que los funcionarios coloniales hayan denominado *thugs* [ladrón, rufián, N. de la T.] a diferentes grupos de campesinos pobres y desposeídos, de microcomerciantes y de soldados mercenarios que habían tornado al robo como último recurso. En el lenguaje común angloindio, afirma Radhika Singha, se creía que los *thugs* constituían “una fraternidad criminal hereditaria, organizada en torno a ritos que sustentaban una profesión basada en embaucar y estrangular a los viajeros” (1998, p. 169). Además del hecho de que los *thugs* apenas podían distinguirse de un viajero común, los recuentos oficiales indican que provenían de entre los hindúes y los musulmanes (1998, p. 202).

Al mismo tiempo, la creencia de los administradores británicos en la existencia de una fraternidad los llevó a afirmar que los *thugees* sentían un “apego semejante al que inspira la casta” por su “profesión hereditaria característica de la sociedad india” (Sherwood, 1820, p. 260). Esto conjuró una imagen de los *thugs* como un grupo organizado de delincuentes que operaba por toda India y fomentó los esfuerzos coloniales por controlar de manera

uniforme a todos los grupos ambulantes. Singha argumenta que la correspondencia judicial de la época revela “un flujo continuo de sugerencias sobre la vigilancia policial del “paseante, el vago y... el fugitivo” (*Circular*, 19 de junio de 1829, citada en Singha, 1998, p. 199). Con el establecimiento de un departamento penal en la década de 1830, esos esfuerzos esporádicos por distinguir a los *thugs* se concretaron en conocimiento definitivo. La promulgación de la Ley XXX sobre *thugees* en 1836 y la búsqueda incansable por parte de Sleeman, el superintendente de operaciones con *thugees*, no sólo de éstos, sino de todos los grupos de mendigos religiosos, con el tiempo “purgó a India de este gran contaminante” (Kaye, 1853, p. 376). Sleeman, que había descubierto a los infames *thugs*, escribió un largo recuento en el que se congratulaba por su exitosa operación (Sleeman, 1839, en Harlow y Carter, 1999, pp. 81-87). La disposición de la Ley de 1836 sobre el enjuiciamiento de las “comunidades criminales” y el conocimiento que adquirió el departamento criminal brindarían, tras la Revuelta de 1857, la base para la definición de las “castas criminales” y las “tribus criminales” (Nigam, 1990).

De manera similar, la eliminación del supuesto sacrificio humano, que se afirmó que era una práctica prevalente entre algunos grupos *adivasi*, particularmente los khond de Orissa, asumió una dirección diferente y llegó a centrarse en la práctica de *sati*, la inmolación de la esposa en la pira funeraria de su marido. Posteriormente se hicieron esfuerzos por prohibir el infanticidio femenino. Aunque tales prácticas eran en gran medida el producto de la percepción británica (Oldenburg 2002, por ejemplo), se definieron en formas particulares debido a la controversia que generaron los esfuerzos por detenerlas.

LO CLÁSICO Y LO MODERNO

La Compañía no tomó medidas para introducir la “educación inglesa” para los indios sino hasta 1813, pero se fundaron escuelas inglesas en el

siglo XVIII en diversas beneficencias en Calcuta, Bombay y Madrás para la educación de niños ingleses y angloindios. Los misioneros bautistas, que se refugiaron en el asentamiento danés de Madrás y en Serampore, administraban escuelas para niños y niñas indios, aunque el número de inscripciones era muy reducido. Además de permitir la entrada de misioneros a India, la Ley de la Cédula de 1813 asignó una suma anual de 100 000 rupias para alentar a los nativos cultos y el renacimiento de la literatura y para promover el conocimiento de las ciencias entre los habitantes del país. Aunque el principal objetivo de esta disposición era inculcar un sentido de compromiso entre los empleados de la Compañía forzándolos a adiestrar a los “nativos”, fue notable en el sentido de que el financiamiento para la educación no estaba en boga en ese momento, ni siquiera en Inglaterra (Bandyopadhyay, 2004, pp. 140-141).

La Compañía tenía un grupo de “nativos cultos” que asistían a los profesores europeos de la Universidad de Fort William en la compilación de libros de texto y en la enseñanza de las lenguas. Aunque este grupo era heterogéneo, se componía principalmente de tres subcastas de brahmanes-hombres que controlaban las toles en Bengala y tenían poco interés en la lengua persa y la inglesa o conocimiento de las mismas. Habían comenzado a llegar a Calcuta desde sus aldeas y pueblos ancestrales en la Bengala rural en la década de 1790. Su posición comenzó a tambalearse cuando sus patrones, los viejos zamindares, quedaron eliminados casi por completo en virtud del Acuerdo Permanente. El otro grupo estaba compuesto por hindúes persianizados que también perdieron su empleo cuando la Compañía reemplazó a los nativos en puestos de responsabilidad en la administración. Al mismo tiempo, debido a su prolongada asociación con la cultura islámica, estos grupos eran más indicados para ajustarse a las nuevas condiciones. Las familias terratenientes de Tagore y Rammohan Roy, por ejemplo, habían trabado relaciones redituables con los franceses en Chandernagore y con los ingleses en Calcuta, mientras que algunas

otras tenían vínculos cercanos con misioneros bautistas (Kopf, 1969, pp. 108-109).

Warren Hastings había tratado de hacer de Calcuta el centro de una nueva vida cultural. Diferentes grupos acudieron a la nueva ciudad capital, no sólo aventureros que pretendían acumular riquezas rápidamente, sino también personas que ayudaron a Charles Wilkins a traducir el *Bhagavad Gita*, a William Jones a dominar la lengua y la literatura sánscrita y a Halhead a compilar su *Code of Gentoos Laws*. Estos hombres se negaban a aceptar más que lo mínimo necesario para su subsistencia (Sinha, 1968, p. 226), por lo que sus salarios no igualarían las ganancias de la futura clase de comerciantes y empresarios indios, pero les fue mucho mejor que a sus contrapartes que enseñaban en instituciones indias. Además, el servicio en la Universidad convertía a un académico tradicional en un profesional: maestro, estilista de la prosa, filólogo o lingüista, compositor, impresor, editor o bibliotecario. Hubo otros que acumularon fortuna gracias a las oportunidades que ofrecía la nueva capital colonial.

Hubo otro grupo de literatos representados por hombres como Radhakanta Deb quienes, por ser ricos de nacimiento, evitaron cualquier contacto profesional o comercial con los ingleses. Sin embargo, a partir del fin del siglo XVIII cada vez más hindúes de casta alta con educación académica en Calcuta y sus alrededores tomaron empleos en las instituciones británicas. Además de puestos de oficina en empresas comerciales, el sistema judicial, que estaba en expansión, y el número creciente de litigios produjeron una clase de abogados defensores capaces. En este sentido, la “educación occidental reforzó la nueva presión del urbanismo” atrayendo a “personas a nuevas profesiones y servicios” y ayudando a la formación de “una sociedad de clase media” (Sinha, 1965, p. 91).

La importancia de la Universidad de Fort William y del legado de Jones implicaron que la política educativa oficial de la Compañía en las primeras décadas del siglo XIX se inclinó hacia la visión

orientalista en favor de patrocinar y revivir la literatura y las ciencias clásicas e indias vernáculas. El gobernador general Minto (conde de Minto, 1807-1813) y después el marqués de Hastings apoyaron este esfuerzo. El Comité General de Instrucción Pública, que se estableció tras la Ley de la Cédula de 1813 y estaba encabezado por H. H. Wilson, creó un plan que involucraba fundar el Sanskrit College en Calcuta y dos universidades orientales en Agra y en Delhi, así como patrocinar a las toles y las *madrásas* existentes.

Sanskrit College, que se fundó para alentar el estudio de la literatura “hindú” entre los indios con preparación académica, con el tiempo desarrolló planes de estudio de derecho, lógica y música. Sin embargo, el método de enseñanza se conformó enteramente al de una institución inglesa con planes de asignaturas y horas de trabajo definidas con claridad. Por tanto, Sanskrit College contribuyó a la “anglificación” de los estudios de sánscrito, cuyo mejor representante es quizá Pandit Iswar Chandra Vidyasagar (Sinha, 1993, p. vi). La imagen popular de los *luchis* (pan) fritos en *ghee* (mantequilla clarificada) inglesa, que se utilizaba a manera de broma para referirse a las obras de Vidyasagar, ofrece una representación sincera de esta “anglificación”. Al mismo tiempo, Sanskrit College era más adecuado para la atmósfera metropolitana de Calcuta que las toles tradicionales.

A pesar de su carácter híbrido, la política oficial de fomento a la literatura y las ciencias indias sería contrarrestada por un interés creciente en la educación inglesa entre los intelectuales indios y el rápido establecimiento de escuelas inglesas por parte de misioneros y otros europeos. Esto se reflejó en la petición que envió Rammo-han Roy al Gobernador General para oponerse a la decisión del Comité de Instrucción Pública de fundar Sanskrit College. Ram-mohan representaba a un grupo influyente que creía firmemente que India podría volverse moderna solamente por medio de una educación inglesa y del conocimiento de las ciencias occidentales. Esta convicción encontró amplias expresiones en la fundación en

1817 del Hindu College en Calcuta, la primera institución de educación superior en lengua inglesa, producto de una iniciativa india y del sector privado europeo.

En palabras del misionero bautista Alexander Duff, “la educación inglesa en cierta forma se impuso al gobierno británico” por causa de los “miembros de pensamiento avanzado de la comunidad hindú”, que “iniciaron una institución para impartir dicha educación” (Duff Parliamentary Papers, vol. XXXII, citado en Sinha, 1968, p. 192). Para la década de 1830, sólo en Calcuta había varios miles de indios que estudiaban inglés, varios establecimientos de imprenta y publicación que producían miles de libros de texto sobre conocimiento científico occidental en lenguas indias, una biblioteca pública gratuita (establecida en 1816), tres universidades con laboratorios de ciencia, un plan de estudios completo de asignaturas científicas, y tres periódicos en bengalí que publicaban noticias locales y extranjeras (Kopf, 1979, p. 42).

Con la importancia creciente de las ideas liberales y utilitarias en Gran Bretaña, muchos funcionarios al servicio de la Compañía comenzaron a impulsar la introducción de la educación inglesa, lo cual se fortaleció por la necesidad urgente de recortar los gastos de la administración de la Compañía, que tenía que insertar en su aparato administrativo a indios como sirvientes útiles del imperio (Viswanathan, 1998, p. 5). La divergencia en ideas entre “permitir” que los sistemas indígenas de aprendizaje, cultura y religión florecieran sin intervención oficial (Viswanathan, 1989, pp. 24-25) y la necesidad de “anglicificar” a los indios ocasionó lo que ha llegado a considerarse como un debate entre los “orientalistas” y los “anglicistas”.

Los orientalistas, en su esfuerzo por promover el conocimiento indígena, argumentaban en favor de continuar el sistema de otorgamiento de estipendios a los alumnos de árabe y sánscrito y de la publicación de textos en estas lenguas. Por otro lado, los “anglicistas” querían reducir los estipendios que se otorgaban a “colegiales tontos y perezosos de 30 y 35 años de edad” y recortar la enorme suma que se

destinaba a la impresión de textos en sánscrito y en árabe (Majumdar, 1981, p. 81). Como bien se sabe, la victoria fue de los “anglicistas” encabezados por Thomas Babington Macaulay. En su “Minuta sobre la educación india”, que escribió el 2 de febrero de 1835 en calidad de presidente del Comité de Instrucción Pública, que se cita frecuentemente, Macaulay designó a los gobernantes coloniales como la “agencia” que promovería la “educación occidental”. El presidente terminó con la controversia afirmando contundentemente que puesto que el Comité era libre de destinar sus fondos como deseara, debía emplearlos en la enseñanza del inglés, y afirmó que “valía más la pena conocer la lengua inglesa que el sánscrito o el árabe”. Además, los nativos realmente querían aprender inglés, no sánscrito ni árabe, y podían convertirse en “estudiosos del inglés realmente buenos”, a lo cual debían dirigirse los esfuerzos de la Compañía (Macaulay, 1972, p. 249). Esta Minuta recibió apoyo del gobernador general Bentinck inmediatamente, a pesar de las protestas de los “orientalistas”.

Se creía que la nueva educación propagaría el conocimiento occidental “moderno” a través de instituciones y procesos pedagógicos modernos y suplantaría los conocimientos indígenas que se condenaban como “supersticiosos”, “míticos”, “primitivos” y “falsos” (Seth, 2007, p. 1). Así, el objetivo era reproducir, replicar y diseminar entre los indios el conocimiento producido en Gran Bretaña (Bhattacharya, 1998; Bandyopadhyay, 2004, p. 142). Resultaba vital adiestrar a un pequeño grupo de hombres de negocios ricos y cultos para que la educación occidental se filtrara hacia abajo al nivel primario. Esta confianza contribuyó a que se ignorara la educación vernácula y primaria que se impartía en las escuelas de las aldeas indígenas.

Los *Adam's Reports on Vernacular Education in Bengal and Behar (and Orissa)*, [Submitted to the Government in 1835, 1836 and 1838] [Reportes de Adam sobre la educación vernácula en Bengala y Behar (y Orissa) {Sometididos al gobierno en 1835, 1836 y 1838}], que redactó el misionero unitario William Adam en 1832 siguiendo instrucciones de Bentinck para investigar el estado de la educación

en las aldeas de Bengala a fin de determinar el nivel de alfabetización y la fuente de financiamiento de las escuelas de las aldeas, brindaron un recuento detallado y meticuloso sobre la condición de las escuelas vernáculas primarias y secundarias de los distritos de la provincia de Bengala. Adam defendía una “teoría de educación rural general” basada en la *pathshala* (la escuela de la aldea indígena), y solicitó apoyo del gobierno para la educación vernácula, que le pareció la forma más efectiva (aunque costosa) en que la Compañía podía modernizar la educación en Bengala (Sengupta, 2011, p. 23). Este reporte desafió el hecho de que el debate sobre la educación estuviera centrado en Calcuta, insistió en que la Compañía tenía la responsabilidad de ampliar la educación vernácula a las clases campesinas en las aldeas, y propuso medidas para instruir a los maestros indígenas en la impartición de educación en lengua vernácula. El informe prácticamente se ignoró y la negligencia de la Compañía resultó en una decadencia del sistema de *pathshala*, dado que el descenso en los ingresos y la pérdida de control local redujeron la capacidad de las aldeas para mantener sus escuelas locales (Sengupta, 2011, p. 30). Por otro lado, los misioneros continuaron su esfuerzo de ampliar su red de escuelas primarias rurales sin regulación del gobierno.

Cuando finalmente el gobierno adoptó un sistema de subvenciones para la educación en 1854, tras las investigaciones que hizo el Parlamento sobre el desarrollo de la educación en India durante la renovación de la cédula de la Compañía en 1853, su objetivo fue alentar a los hindúes y a los musulmanes nativos a abrir sus propias escuelas. Los hallazgos de la investigación, que se publicó en 1854 como *Wood's Educational Despatch* [Informe educativo de Wood], encontraron fallas en la posición anglicista de Macaulay sobre la “filtración descendente” y reconocieron públicamente la responsabilidad de la Compañía de brindar educación a todos sus súbditos (Sengupta, 2011, p. 31). El Informe preveía el establecimiento de un Departamento de Instrucción Pública (DIP) en las cinco provincias, que tendría que estar encabezado por un director

de instrucción pública con la colaboración de una serie de inspectores y asistentes. Asimismo, indicaba que debía destinarse un cierto monto para la apertura de universidades en centros urbanos y en escuelas para capacitación de maestros. El documento también hablaba del establecimiento de una red de escuelas divididas en grados, del nivel primario a la universidad, y de un sistema de subvenciones para financiarlas, lo que llevó a la fundación de las universidades de Calcuta, Bombay y Madrás en 1857. Al parecer, a partir de 1835 *The Education of the People of India* [La educación del pueblo de India] (Trevelyan, 1838) se volvió una tarea del gobierno colonial, un gran proyecto que hizo a la “educación occidental” extremadamente significativa, pero el monto que en realidad se le destinaba era “minúsculo” y la población afectada constituía una porción muy pequeña del total (Seth, 2007, p. 2).

Aun así, *educación occidental* se volvió un término común, naturalizado e incontrovertible que encarnaba una orientación cultural y una rectitud moral particulares. La discusión anterior deja claro que evangélicos, liberales y utilitarios por igual otorgaron la mayor importancia a la educación, en su sentido más amplio de varias influencias externas que forman la mente individual. Además, un sector pequeño pero expresivo de la población india aceptó con entusiasmo la educación occidental. Desde luego, hubo diferencias significativas entre el papel que desempeñó el Estado colonial tras la introducción de la educación occidental y su entendimiento y despliegue por parte de la élite india. Los diversos defensores británicos de la educación occidental la veían como un medio importante para la “mejoría” del “carácter moral” de los indios, pero pronto comenzaron a lamentar que en lugar de alentar una “mejoría”, la educación occidental había ocasionado una “crisis moral” y la “decadencia moral” entre los indios preparados. Esto se debió a que los indios la utilizaron como un instrumento, se concentraron exclusivamente en sus aspectos “intelectuales” e ignoraron los elementos morales y religiosos (Seth, 2007, pp. 47-48).

No es que la “instrumentalidad” haya estado ausente de la creación de políticas británicas. De hecho, la oración de la Minuta de Macaulay que se citaba con frecuencia era franca: Los indios educados en la literatura y las ciencias europeas mediante la lengua inglesa se convertirían en importantes intermediarios entre “nosotros” (los gobernantes) y los “millones a quienes gobernamos”, personajes híbridos con sangre y color indios pero con “gustos, opiniones, principios morales e intelecto británicos” (Minuta registrada por Macaulay, miembro legislativo del Consejo del Gobernador General, 2 de febrero de 1835, reimpresa en Zastoupil y Moir, 1999). Es interesante que para Macaulay y muchos de sus contemporáneos el rompimiento de los vínculos políticos entre Gran Bretaña e India no haya sido nada inesperado.

Por tanto, era aún más importante tener a una India educada y civilizada con la que pudieran mantenerse vínculos comerciales cercanos después de su independencia (Stokes, 1989, p. 44). Sin embargo, para la consternación de la generación de Macaulay, el delicado propósito de transformar a los indios en “réplicas desarraigadas de los ingleses que siguieran afiliados a su propia cultura religiosa” (Viswanathan, 1998, p. 5) fracasó porque los indios no adquirieron los “principios morales” británicos. Las percepciones y aprehensiones indias sobre la educación occidental tenían mucho que ver con esta disonancia entre la intención y el resultado. Al mismo tiempo, el bagaje de la mejoría moral convirtió a las reformas sociales en un tema vital y enérgico.

REFORMAS RELATIVAS A LOS HOMBRES Y LAS MUJERES

El gobierno general de lord William Cavendish Bentinck (1828-1836) suele tomarse como el momento en el que las reformas liberales alcanzaron su apogeo. Lord Bentinck, quien sucedió a lord

Amherst en julio de 1828, fue el segundo hijo del duque de Portland. Había comenzado su carrera como soldado, participó en las guerras napoleónicas y se le nombró gobernador de Madrás en 1803. Sin embargo, su conducta en el motín de Vellore en 1806 había enfadado a la Corte de Directores, que lo retiró en 1807 (Majumdar, 1970, p. 2). Para cuando regresó a India como gobernador general, ya estaba completamente influenciado por ideas utilitarias. Se le confió la tarea de economizar y racionalizar la administración de la Compañía y de liquidar la enorme deuda que se había acumulado debido a las costosas guerras, en particular la primera Guerra Anglo-Birmanesa (1824-1826), que sucedió durante la administración de lord Amherst. Aunque son muy variadas las opiniones sobre la capacidad de Bentinck como administrador, su régimen es recordado por importantes reformas educativas y sociales, en particular la supresión de los *thugee*, el apoyo a la abolición de la *sati* y la adopción oficial de la educación inglesa. El gobierno de Bentinck también fue testigo de la renovación de la Cédula de la Compañía en 1833, lo que tuvo como resultado importantes cambios en la naturaleza y el método de la administración de la organización (Majumdar, 1970, pp. 2-3).

El “debate” sobre la *sati* —término que se refiere tanto a la práctica de las esposas hindúes de casta alta de inmolarse en las piras funerarias de sus maridos como a la mujer que comete tal acto (Yang, 1989, p. 8)— había iniciado en la década de 1780, mucho antes de la llegada de Bentinck, y continuó tras su abolición en 1829 (Mani, 1998). El “debate”, o el debate público, como nos recuerdan Tanika y Samita Sarkar, fue un suceso histórico muy nuevo en la época y requiere que haya un entendimiento de cómo se llevó a cabo y entre quiénes (Sarkar y Sarkar, 2008, p. 2). En este caso, el debate se dio entre funcionarios británicos y diferentes corrientes de literatos indios, y durante su desarrollo los “reformadores” indios profirieron argumentos sostenidos y tuvieron conversaciones entre ellos y con sus oponentes ortodoxos en el ámbito público. Cabe

recordar que la práctica de la *sati* pertenecía al campo del derecho familiar o personal, como lo delineó Hastings, un ámbito en el que los “hindúes” nativos supuestamente se gobernaban con sus propias leyes. El debate surgió precisamente porque la administración de la Compañía buscó entrar a un ámbito que había dejado en manos de los “nativos”.

La representación sensacionalista de la *sati* en el discurso oficial británico contribuyó a su importancia. Su prohibición encarnó las “nobles” implicaciones del ímpetu reformista de los liberales y los evangélicos, una historia de éxito en la que la sensibilidad cristiana occidental, horrorizada por una cruel práctica que se imponía a las “mujeres” indias, quienes la realizaban, terminó con esa costumbre.

En palabras de Lata Mani, la abolición de la *sati* en 1829 se había convertido en un “momento fundacional” en la historia de la mujer de la India moderna. Se cree que el debate sobre la *sati* proporcionó la ocasión para hacer una reevaluación total de la “tradición” india en un marco más concordante con la economía y la sociedad modernas, muy deseada tras la incorporación de India al sistema capitalista mundial (Mani, 1989, p. 88). Sin embargo, esta discusión se generó por consideraciones que tenían muy poco que ver con la mujer.

Vale la pena destacar que la *sati* era una práctica heroica y, por tanto, “excepcional” (Kumar, 1993). Su base socio-religiosa se encontraba en la noción de la esposa como la verdadera “mitad” del esposo, quien lo seguía en la vida y la muerte. La “virtud” de la práctica se derivaba de una lógica religiosa que consideraba que la viuda era ominosa por haber sido más que su marido, una circunstancia contra natura causada por su “naturaleza pecadora en esta vida o en una anterior” (Yang, 1989, p. 13). Es difícil ubicar el origen exacto del rito, pero se cree que las hindúes de castas altas pudieron haberlo llevado a cabo durante casi 2 000 años (Nandy, 1975, p. 171). Los *Puranas* mencionaban la *sati* como una opción

para las viudas y también les prescribía una vida de ascetismo (Yang, 1989, p. 13). Ciertos estudios indican que las antiguas leyes hindúes definitivamente sancionaban las segundas nupcias para las viudas y que los textos sagrados no veían con buenos ojos la realización de la *sati*. El rito obtuvo cierta legitimidad desde la época de los *Puranas* y hay evidencia de que la *sati* fue prevalente entre los rajputs en Rajastán durante el tiempo de los mogoles y entre las castas altas en el reino de Vijayanagar, en el sur de India. Sin embargo, para el siglo xvii la *sati* se había vuelto “principalmente voluntaria” y para inicios del siglo xviii ya era “inusual”. La práctica de la *sati*, un símbolo de honor y privilegio, de pronto adquirió prominencia en Calcuta y sus alrededores a finales del siglo xviii e inicios del xix, y obtuvo la “popularidad de una orgía legítima” (Yang, 1989, p. 170).

Fue en esta época cuando miembros de castas medias y bajas con movilidad ascendente forzaban a sus mujeres a convertirse en *satis* para consolidar su prosperidad económica recién adquirida con prestigio social. Algunos académicos argumentan que el sistema *dayabhaga* de derecho personal hindú (codificado en un texto jurídico sánscrito del siglo xii), que otorgaba a la viuda mayores derechos al heredar las propiedades del esposo fallecido así como las de su propio padre, indujo a los varones de la familia del marido a obligar a la viuda a llevar a cabo la *sati* (Roche, 2002). Según Nandy, Ram-mohan mismo consideró razones económicas cruciales para la práctica (1975, p. 172). No obstante, se debe señalar que el *dayabhaga* que prevaleció en Bengala daba a las viudas únicamente derechos de usufructo en nombre de sus hijos menores (Sarkar, 2001, p. 19).

La *sati* había llamado la atención de misioneros cristianos y se había prohibido en Calcuta, que estaba bajo la jurisdicción de la ley inglesa por el magistrado presidente de la Suprema Corte ya en 1798 (Mani, 1998, p. 16). Al mismo tiempo, se recurría constantemente a los *pandits* brahmanes para que interpretaran la ley de las escrituras en casos civiles, y su opinión sobre si la práctica de la *sati* tenía o no una justificación en las escrituras se había vuelto

vital en el debate sobre ésta. Esto fue lo que había inspirado a Mritunjay Vidyalkar, del Fort William College, a argumentar en contra de la *sati daha* (la inmolación de las esposas de hombres muertos) antes de que Rammohan Roy asumiera la causa.

El conocimiento oficial sobre la *sati* se conformó a través de preguntas específicas a los *pandits*, cuyas respuestas, para empezar, se moldearon por las preguntas y después se interpretaron de maneras específicas. Dado que la preocupación oficial sobre si este ritual podía prohibirse en la legislación con seguridad se basaba en una creencia de que la *sati* estaba sancionada en las escrituras, el debate se volcó enteramente a la pregunta de si en realidad estos textos la aprobaban o no (Mani, 1989, p. 92). Por tanto, más que ser una discusión sobre la mujer, éste fue un debate “colonial” modernista sobre qué constituía una tradición en el que la mujer representó el sitio en el que llegó a discutirse, desafiarse y formularse la “tradición” (Mani, 1989; 1998).

Incluso cuando los funcionarios ofrecían recuentos como “testigos de primera mano” de la *sati*, retrataban a las mujeres que la cometían como heroínas que entraban con gracia y calma al fuego desatado de la pira funeraria, o bien como víctimas patéticas a quienes se arrojaba por la fuerza a las llamas contra su voluntad. Estos polos impedían la posibilidad de la subjetividad femenina, es decir, “cambiante, contradictoria, inconsistente”, lo que convertía a las mujeres en objetos pasivos que hay que salvar, nunca en sujetos que actúan (Mani, 1993, p. 276). Mani desafía esta formulación analizando recuentos de testigos presenciales de incidentes en los que se salvaba a la viuda de la hoguera, se le disuadía de inmolarse o ella trataba de escapar de la pira cuando las llamas se hacían insoportables. En tales situaciones, la *sati* fue mucho más que alguien sobre quien había que actuar, era un sujeto cuya acción era el resultado de complejas fuerzas (Mani, 1993, p. 276).

Este debate es importante para nosotros por dos motivos. El primero brindó a hombres indios con preparación académica como

Rammohan Roy —aclamado por ser “el primer hombre moderno de India”— una causa a la cual apoyar, una causa que les permitió aprovechar, interpretar y mostrar su dominio de las escrituras indias, que ahora se entendían a través de la lente de la educación inglesa. Esta reflexión y aprehensión de la “tradicición” implicó un entendimiento del “hinduismo” y de la sociedad hindú que tuvo consecuencias trascendentes. En segundo lugar, e igualmente importante, el debate sobre la *sati* introdujo una discusión perdurable sobre la “condición” de la mujer india, misma que terminaría convirtiendo a las mujeres hindúes y musulmanas en “arquetipos morales” y depositarias de la “tradicición normativa” —importantes significantes del nivel de “avance” de la sociedad india— una idea que tuvo poca presencia en el pensamiento hindú e islámico hasta entonces (Metcalf, 1994, p. 3).

Además, como Radhika Singha y Tanika Sarkar han indicado con énfasis definidos, aunque el siglo XIX no fue una época en la que una mujer pudiera reivindicar sus derechos individuales como “inalienables, públicos y explícitos” (Sarkar, 2000, p. 601), y aunque no se permitía a las mujeres participar de manera alguna en el debate, los intentos de los funcionarios coloniales por establecer si la mujer llevaba a cabo la *sati* voluntariamente o se le forzaba, es decir, si la *sati* era “buena” o “mala”, habían permitido injustificadamente el reconocimiento de la “voluntad” de la mujer y, por tanto, el reconocimiento de la mujer como un sujeto individual (Singha, 1998, pp. 106 y s.). Poco a poco apareció un argumento en favor de un derecho irreducible a la vida de la mujer como una “necesidad percibida” en los debates autorreflexivos sobre temas diversos en el ámbito público (Sarkar, 2000, pp. 601-602). Ello, aunado a la noción emergente del “estatus de la mujer” como “un significante crucial del grado de retraso civilizacional del pueblo colonizado” (Sunder Rajan, 2003, p. 3) y del afeminamiento de sus miembros masculinos, tendría consecuencias importantes para el discurso nacionalista, tema que analizaremos en el primer capítulo del segundo volumen.

El debate culminó con la victoria de aquellos que apoyaban la abolición de la *sati*. La Disposición XVII del código de Bengala, aprobada por el gobernador general en consejo el 4 de diciembre de 1829, confirmó la abolición. La Disposición afirmaba que la práctica era “repugnante a los sentimientos de la naturaleza humana”, y que “la religión de los hindúes no la ordenaba en ningún sitio como un deber imperativo” (Kumar, 1993). Aunque esta legislación marcó el éxito de Rammohan y de su grupo, la postura del mismo Rammohan en relación con la *sati* es intrigante. Por un lado, creía que la práctica encarnaba todo lo negativo del contenido del “nuevo hinduismo”, una aberración y una desviación del “original”. Un rito de este tipo pudo continuar sólo porque los “defensores de la idolatría y sus seguidores descaminados” creían que tales “crímenes de la más infame naturaleza” formaban parte de su sistema religioso (Roy, 1818, II, p. 23). Por otro lado, no negaba que la *sati* estuviera permitida en las escrituras. Él argumentó en contra de la *sati* porque implicaba un deseo de recibir *sakam karma* (los frutos de la propia acción), en este caso, la promesa del cielo. Este deseo hizo que la práctica de la *sati* fuera menos virtuosa que la de *brahmacharya* (abstinencia austera), que se esperaba que la viuda realizara *niskama karma* (de manera desprendida) el resto de su vida. Por tanto, las viudas tenían que adquirir una mayor virtud llevando una vida libre de deseos en lugar de aspirar a un acceso sencillo al cielo a través de la *sati* (Rammohan citado en Sen, 1977, p. 74).

Esta postura ambivalente invita a la reflexión, no sólo sobre el título de “padre de la India moderna” que se le confirió a Rammohan en el bicentenario de su nacimiento (1972), sino también en torno a la naturaleza de lo “moderno”, que ganó prominencia en el país en el siglo XIX. Los escritos y las actividades de Rammohan, en el análisis de Sumit Sarkar, “significan una clase de ruptura con las tradiciones heredadas por su generación”, aunque ésta fue “profundamente contradictoria y limitada”, porque permaneció

confinada a un plano intelectual y no generó una transformación social (1975, pp. 46-47). En lugar de clasificar a este rompimiento como limitado, quizá sería más útil analizar por qué la idea de lo “moderno” ejerce tal presión sobre el “rompimiento” y la novedad, y qué implicaciones tiene eso para la interpretación constante de la “tradición” por lo moderno. Tal exploración nos hará conscientes de que si bien la modernidad busca hablar un lenguaje universal de razón, ciencia y progreso, éste está profundamente fisurado y es muy contradictorio, lo que hace que sus construcciones de la “tradición” tengan amplias divergencias. Rammohan y el debate sobre la *sati* ofrecen ejemplos lúcidos sobre cómo se construyen y se refuerzan las ideas de la tradición a través de los esfuerzos de lo moderno. Fue este debate el que perpetuó la idea orientalista de que las escrituras hindúes eran la base del hinduismo. Radhakanta Deb y su grupo “conservador” habían afirmado que las prácticas eran tan importantes para el hinduismo como los preceptos textuales, pero como este grupo perdió, el muy pertinente argumento de que las prácticas eran una parte inherente del hinduismo, y no una aberración posterior, perdió su importancia.

Mucho más importante que la abolición legislativa de una práctica, que no tenía gran prevalencia y en cualquier caso no se detuvo con la abolición jurídica, era el entendimiento del “hinduismo” que este debate reforzó. La interpretación “racional” de la “tradición” sobre la que Rammohan basaba sus argumentos en favor de la abolición se convirtió en una tendencia fuerte en el pensamiento intelectual indio y encontró expresiones definidas con el avance del siglo. Tales interpretaciones exhibieron una internalización de la crítica colonial de que la sociedad hindú del siglo XIX estaba empobrecida.

El “estatus de la mujer” mantuvo su prominencia en las discusiones sobre las reformas sociales en la primera mitad del siglo XIX. Tras la prohibición de la *sati*, la atención se volcó al tema del segundo matrimonio de las viudas, cuando misioneros y liberales

comenzaron a dar un lugar importante en sus escritos a la “difícil situación” que éstas vivían. El problema de las viudas, y en particular de las niñas viudas, se relacionaba con las castas altas entre las que se practicaba el matrimonio infantil y se prohibían las segundas nupcias. Las castas más bajas, los “sudras” y los “intocables”, que representaban 80% de la población, “no practicaban el matrimonio infantil ni prohibían que las viudas volvieran a casarse” (Carroll, 1983, p. 364).

En Bengala tomó el liderazgo Iswar Chandra Vidyasagar, un prestigiado académico que dedicó su vida a promover la lengua bengalí y a la impresión de libros de texto escolares diseñados para el entrenamiento moral de las mentes jóvenes. Aunque Vidyasagar había recibido la influencia de William Carey, su intención de adiestrar moralmente a los jóvenes no tenía nada que ver con el evangelismo, sino con su propio entendimiento del *dharma*. Vidyasagar, un académico con raíces en la tradición indígena, se inspiró en la sensibilidad inglesa de igualar la vida a la razón, lo que le confirió una “incansable voluntad para las acciones sociales”. La influencia racional del conocimiento y el humanismo occidentales le pareció atractiva, pero los “estilos de vida extranjeros”, no (Sen, 1977, prefacio).

De manera similar a Rammohan, Vidyasagar se basó en las *sastras* para argumentar que las escrituras sancionaban las segundas nupcias para las viudas. Sin embargo, utilizó las *sastras* de manera diferente que Rammohan en tanto que las desplegó para contactar con “la raíz del apoyo popular a las reformas sociales” y suplementarla con el poder del intelecto y la “renovación de la sensibilidad hindú común” (Sen, 1977, p. 75). En Bengala nunca se entendió adecuadamente la ubicación simultánea y contradictoria de Vidyasagar en dos mundos diferentes, el indio y el inglés, pero su causa encontró apoyo entre los reformadores de Maharashtra, las zonas hablantes de telugu de la presidencia de Madrás, en Haryana y otras partes de India.

La Ley sobre segundas nupcias de las viudas hindúes (Ley XV de 1856), un conjunto de reformas sociales consuetudinarias que generó controversias jurídicas sobre su interpretación y aplicación y estableció claramente las tres fuentes que utilizaba el Poder Judicial de la administración de la Compañía: la ley hindú, el derecho consuetudinario y la ley escrita (Carroll, 1983, p. 364), permitía a las viudas contraer matrimonio por segunda ocasión. No obstante, su impacto fue limitado y contradictorio. En Maharashtra, donde el tema de las segundas nupcias tenía mayor fuerza, la Shankaracharya del Kavir Math declaró que los partidarios de la causa eran culpables en un debate público en Poona en 1870, y se les obligó a cumplir una penitencia. El número de viudas que volvieron a casarse siguió siendo extremadamente bajo, pues la acción no contaba con aceptación social. De hecho, los campesinos de castas medias y bajas con movilidad ascendente, cuyas viudas tenían el derecho a contraer segundas nupcias, ahora intentaban evitar que esto sucediera. Lo que es más importante, la naturaleza conservadora de la legislación las disuadía, pues retiraba a la viuda que se casara por segunda ocasión el derecho a heredar la propiedad de su marido fallecido. Se obligaba a las mujeres a permanecer como “viudas castas y piadosas”, como Rammohan las había visualizado, para poder conservar el derecho a una subsistencia mínima (Carroll, 1983, p. 379).

Por otro lado, el apoyo a la causa del segundo matrimonio creció lentamente tras la aprobación de la ley. De hecho, en la región de Haryana-Punjab, donde el levirato *karewa* (matrimonio en el que uno de los hermanos del fallecido aceptaba como esposa a la viuda) era una práctica común entre la abrumadora mayoría de las castas que poseían tierras, el acto confería un poder mayor a la familia del marido fallecido para obligar a la viuda a casarse de nuevo (Chowdhury, 2008, p. 153). El *karewa* emanaba de la necesidad de retener la propiedad territorial en la familia patrilineal. El *karewa* fue un retroceso a la costumbre védica *rig* temprana

del *niyog* (levirato), y se asociaba a los primeros asentamientos arios védicos. Los partidarios de Arya Samaj lo defendieron desde la década de 1880, aunque Dayanand Saraswati, el fundador del movimiento, no estaba en favor de que las viudas se casaran por segunda ocasión. Para inicios del siglo xx, no sólo los jats y otras castas agrícolas seguían la práctica del *karewa*, sino también los brahmanes de la región (Chowdhury, 2008, p. 153). El contubernio entre la estructura familiar patrilineal, el Estado colonial y los reformadores de Arya Samaj dio como resultado la imposición de un mayor control sobre la viuda, quien no podía casarse sin el consentimiento de la familia de su esposo fallecido, sino que ellos decidían quién podría ser su segundo marido. Además, aunque no se le podía obligar a casarse con alguno de sus cuñados, con frecuencia se veía forzada a cumplir los deseos de la familia de su esposo en una región en la que el *ethos* cultural dominante era mantener la tierra y a la esposa a través del uso de la fuerza (Chowdhury, 2008, pp. 154-155).

En la presidencia de Madrás, que se tardó en adoptar la causa de las formas sociales, Veeresalingam Pantulu estableció una sociedad para la reforma social en 1878 con el fin de alentar el segundo matrimonio para las viudas. A pesar de la oposición inicial, su emprendimiento convenció a muchos residentes importantes de Rajahmundry, quienes formaron la Asociación para las Segundas Nupcias de las Viudas en 1891 (Bandyopadhyay, 2004, p. 149). Sin embargo, el número de mujeres viudas que se casaban por segunda ocasión siguió siendo muy bajo. Vidyasagar persistió en su lucha, poniéndose en contra de la poligamia primero y del matrimonio infantil después. Sus esfuerzos rindieron frutos en la Ley sobre edad de consentimiento de 1860, que fijaba la edad de consumación del matrimonio a los 10 años para las jóvenes novias. El intento de elevar la edad a los 12 años a inicios de la década de 1890 generó encarnizados debates en toda India.

Vale la pena destacar que Bombay había tomado la iniciativa en reformas sociales antes que Bengala y que este esfuerzo no fue

un apéndice del movimiento para la reforma religiosa (Majumdar, 1981, p. 265). Esto se debe a que el dominio maratha y el de los *peshwa* en Maharashtra había regulado los asuntos sociales; alentado el matrimonio endogámico y las segundas nupcias para las niñas a quienes se casaba de manera forzada o fraudulenta; prohibido la venta de niñas, y permitido la “readmisión al hinduismo de los conversos”. Siguiendo esta tendencia, Gangadhar Shastri Jambhekar y Jagannath Shakershet habían llevado a cabo una campaña en la década de 1830 para recuperar a quienes se habían convertido al cristianismo y reinsertarlos en la sociedad hindú. La Sociedad Misionera Hindú de Gajananrao Vaidya fue una consecuencia directa de dicha campaña. El fervor misionero hindú encontró una expresión diferente en la década de 1840. Una asociación secreta llamada Paramhansa Sabha (1849) buscó eliminar la discriminación social y las restricciones a la comensalidad. En sus reuniones, los miembros compartían comida que cocinaban personas de una casta más baja, y también consumieron alimentos y bebidas prohibidos para castas más altas. Tales correrías no duraron mucho tiempo, pero iniciaron movimientos que se retomarían con mayor entusiasmo más adelante.

Esta discusión deja en claro que el esfuerzo por implementar la “reforma” por medio de la ley tuvo un éxito limitado y su impacto fue poco uniforme en las distintas regiones. Tales esfuerzos demuestran no sólo la fe de los intelectuales con educación inglesa en el Estado de la Compañía, del que eran beneficiarios, sino también su aceptación acrítica de las ideas de la Ilustración —la ciencia y la razón— así como de su “ausencia” en India. Sin embargo, la Era de reforma y el llamado renacimiento de Bengala son significativos por los procesos que pusieron en marcha. La “misión civilizadora” del Estado de la Compañía combinó de maneras intrincadas el entusiasmo por la educación inglesa y el conocimiento occidental con el pensamiento que imperaba entre los intelectuales indios de llevar las nociones duales de razón y justicia a nuevas alturas, lo

que constituyó el soporte de una nueva estructura de valores (Ray, 1995, p. 8). “La evaluación racional de las necesidades actuales y las tradiciones recibidas”, afirma Raychaudhuri, “se convirtió en la marca distintiva del pensamiento bengalí en el siglo XIX” (1995, p. 48), punto que desarrolla con mayor detalle en su libro que analiza los matices y las ambigüedades en las percepciones cambiantes del Occidente y las actitudes hacia éste entre tres intelectuales bengalíes clave del siglo XIX (Raychaudhuri, 2002). El énfasis en la razón se conjugó con la creencia en la ciencia occidental, y juntos llegaron a encarnar una “cura” para todos los problemas y el retraso del orden feudal indio. La promoción de la ciencia no sólo fue subyacente al “lenguaje de reforma” (Prakash, 1999), sino que se emprendieron esfuerzos vitales para promover “la cultivación de la ciencia” en Calcuta y otros varios poblados como Benarés y Aligarh.

Esta nueva estructura de valores no excluyó a las clases bajas de su alcance: llegó a discutirse la “esclavitud” y la trata de esclavos. De hecho, tras la abolición de la esclavitud en Gran Bretaña en 1820, se tornó la atención a India, y la Ley de la Cédula de 1833 ordenó al gobierno de la Compañía que aboliera la esclavitud en India. Asimismo, dos legislaciones de 1849 también prohibieron marcar a los convictos y contenían disposiciones sobre la custodia de los lunáticos. Al mismo tiempo, dado que la esclavitud prevalente en Gran Bretaña y la que se practicaba en India, principalmente en sistemas de mano de obra agrícola bajo régimen de servidumbre, eran muy diferentes, el efecto de esta abolición apenas se sintió entre los sectores a los que afectaba.

Un análisis crítico de los académicos orientalistas, los creadores de políticas liberales y los evangélicos sobre la “sociedad india” y la condición de la mujer causó que los varones indios echaran un vistazo a su propia sociedad y su “tradición” de maneras inéditas. El resultado inevitable pero imperceptible de ello fue la objetificación de la “sociedad india” (Cohn, 1996). Por otro lado, los debates y

las reformas prepararon el camino para una crítica social y política en crecimiento, si no cambio social, y desataron una gama diversa de “movimientos interanimados por los derechos” que incluyó la autodeterminación contra el colonialismo, la justicia social para las castas bajas y derechos humanos para los jornaleros pobres (Sarkar y Sarkar, 2008, p. 6).

La crítica colonial produjo una amplia variedad de respuestas. Por un lado, había un rechazo y un repudio directos a ciertas prácticas y prohibiciones hindúes, incluyendo la adopción del modo de vida inglesa y del cristianismo evangélico. Los miembros del grupo “joven Bengala” —los alumnos muy jóvenes del Hindu College a quienes inspiró el maestro eurasiático Louis Henri Derozio— representaron esta tendencia en gran medida. Derozio, quien se había unido al Hindu College en 1826 o 1827, se convirtió en el núcleo de un pequeño grupo de estudiantes jóvenes entusiasmados por la Era de reforma que forjó Rammohan, pero que expresaban su “desafío a la tradición” de una manera muy diferente.

Derozio no estaba atado a la “tradición” como lo estaban sus alumnos, sobre todo aquellos de familias de castas altas y medias. Además, las fuerzas “ortodoxas” representadas por el Dharma Sabha de Radhakanta Deb, fundado en 1830 como rival del Brahma Samaj de Rammohan, eran grandes y poderosas (Sastri, 1907, p. 83). La intensidad de la reacción “conservadora” hizo de Bengala Joven una fuerza aislada, situación que “creó una cohesión única entre ellos y los impulsó hacia el extremismo social” (Sinha, 1965, p. 95). Sus ataques al hinduismo estaban dirigidos en contra de la dominación brahmánica, pues resentían la influencia continua de los *pandits* y los sacerdotes, cuya presencia, consideraban, “coartaba el libre pensamiento y alentaba la superstición” (citado en Sastri, 1907, p. 52). Su Asociación Académica fue la principal plataforma por medio de la cual se expresó la crítica de las prácticas religiosas y las supersticiones prevalentes. El escepticismo de Hume atrajo de manera importante a estos jóvenes, quienes comían carne de res

y bebían whisky abiertamente. Entre ellos destacaban Derozio, el maestro eurasiático, y Krishnamohan Banerjea, un brahmán que se convirtió al cristianismo.

La otra reacción extrema encontró reflejo en una valorización de las ideas y las prácticas indias (hindúes), que también se relacionaban con la condición de la mujer. Resentía las “indiscriminadas y severas condenas a las costumbres indias e hindúes” (Seth, 2007, p. 133), evocaba un pasado en el que las mujeres en la India hindú recibían educación académica y tenían derechos, y apuntaba a la condición no tan elevada de la mujer europea en el pasado reciente para argumentar la superioridad de India. Aunque las posturas extremas estuvieron mediadas por intentos de alcanzar el equilibrio entre las “culturas de ricas texturas” que sostenían a la intelectualidad y la emoción de las ideas nuevas (Metcalf y Metcalf, 2003, p. 83), las normas occidentales de aquello que constituye una tradición “racional” alteraron los entendimientos de la “tradición” india.

REPENSANDO LA RELIGIÓN

El establecimiento por parte de Rammohan del Brahma Samaj en 1828, sucesor de su Atmiya Sabha de 1815, ofrece un ejemplo ilustrativo de cómo tomó forma la idea de un “hinduismo” unificado y bien definido. Cabe destacar que Rammohan dominaba las lenguas persa y árabe y tenía gran familiaridad con las tendencias hindúes e islámicas de la lógica y la razón (Sarkar, 1975, p. 49), por lo que le pareció difícil aceptar tanto la afirmación misionera de la superioridad del cristianismo como la proclamación liberal de la ausencia de pensamiento racional en India. El monismo vedántico y las ideas del Corán eran muy atractivos para él, al igual que el unitarismo, con el que entró en contacto tras su mudanza a Calcuta. Juntos, confirmaron su creencia en la superioridad de la fe

racional sobre las religiones populares prevalentes, que afectaban la libertad de los seres humanos atándolos a rituales mecánicos, a mitos irracionales y a supersticiones.

La unidad de las civilizaciones que defendían los académicos orientalistas y la “unidad de la divinidad” proclamada en el ensayo de Colebrook sobre los *Vedas* consolidaron la convicción de Ram-mohan de que el monoteísmo era la base del hinduismo y de que las prácticas que diferían de las prescripciones de los textos antiguos eran aberraciones que había que eliminar. La *sati* era sólo una de tales prácticas. También condenó el politeísmo, la adoración de ídolos y el clericalismo, además de que tradujo los *Upanishads* al bengalí para sustentar su afirmación de que el monoteísmo era la base del pensamiento hindú. Quizás involuntariamente, los innumerables panfletos religiosos de Rammohan perpetuaron la idea de una tradición auténtica india (hindú) y delinearon los contornos de un hinduismo que se asemejaba mucho al cristianismo como una fe racional arraigada en textos sagrados.

En otras presidencias se hizo eco de ideas similares a aquellas que propagó el Brahma Samaj. En Maharashtra, en particular, Atmaram Pandurang, motivado por la visita del líder de Brahma Keshab Chandra Sen, tomó la iniciativa de establecer la Prarthana Samaj (sociedad de oración) en Bombay en 1867. Tras la visita posterior de Keshab Sen en 1868, M.G. Ranade y R.G. Bhandarkar se unieron a la Prarthana Samaj y le infundieron un vigor renovado (Majumdar, 1981, p. 106). La Samaj asumió una postura doble, proclamó la unidad de dios y argumentó en contra de la “corrupción existente de la religión hindú”. Los miembros de la Samaj en lo individual enfatizaron las reformas sociales y buscaron obtener apoyo para el abandono de la casta, la introducción de las segundas nupcias para las viudas, la abolición de la *purdah* y el matrimonio infantil y para alentar la educación de la mujer. Ranade también intentó otorgar a la Samaj una base filosófica integral a través de su ensayo “Theists Confession of Faith” (Majumdar,

1981, pp. 106-107). La Prarthana Samaj fue precedida por organizaciones como la Manav Dharma Sabha y la Paramhansa Mandali (1844 y 1849, respectivamente), que también confrontaron temas del sistema de castas y el segundo matrimonio para las viudas. Esta agenda de reformas sociales se complementó con la obra de académicos como Bhandarkar y K. T. Telang, quien se inspiró en los académicos orientalistas y realizó esmerados análisis y traducciones de textos en sánscrito para redescubrir la civilización india.

En la década de 1870 la redefinición del hinduismo como una religión del libro encontró una expresión vociferante en el movimiento Arya Samaj de Swami Dayananda Saraswati, que se volvió muy popular en el Punjab y en las provincias del noroeste. Dayananda internalizó el privilegio orientalista de los textos como la base de la religión y afirmó que los *Vedas* eran los textos religiosos más auténticos de los hindúes. En su opinión, todos los desarrollos posvédicos eran acreciones que había que eliminar. Dayananda también rechazó los comentarios dominantes sobre los *Vedas* y defendió su propia interpretación de estos textos sagrados. El *Samhita* del *Rig Veda*, según lo interpretó Dayananda en sus libros, “conformó el fundamento sobre el cual se erigía toda la estructura del Arya Samaj” (Majumdar, 1981, p. 113). Se negó a reconocer la base hereditaria del sistema de castas como una división orgánica de la sociedad, buscó crear un “sistema social abierto” en el que las mujeres y los *shudras* recibieran cierta enseñanza, e hizo que el determinante del estatus fuera la educación y no el nacimiento (Jones, 1989, p. 33). Condenó la alabanza a dioses y diosas y propugnó la veneración del Ser Supremo. El fomento de los matrimonios entre las castas fue el resultado del entendimiento de Dayananda de que la casta no se definía por la herencia sino por el carácter y los logros de cada persona.

Anshu Malhotra nos recuerda que la sociedad reformada de Dayananda también era “un cuerpo social estructurado orgánicamente” en el que diferentes castas llevaban a cabo funciones adecuadas para su estatus determinado por el mérito. Además, este organismo

social eficiente era una “robusta contraparte védica” al occidente masculino que había “emasculado y esclavizado a la Aryavarta” (nación aria) (Malhotra, 2006, p. 121). La noción de Dayananda sobre la Aryavarta, como la adoptó en su importante obra *Satyarth Prakash*, estaba llena de ambigüedades y contradicciones. Su intento por ordenar el caos que encontró a su alrededor y “moldear los contornos de un pueblo saludable y con autoconfianza que se mantuviera firme en una comunidad de naciones” implicó una integración de las masas. No obstante, la “sociedad abierta” que intentó crear seguía siendo una nación de castas que mantuvo las jerarquías existentes y en ocasiones las agudizó (Malhotra, 2006, pp. 122-123).

La preocupación de contar con una nación robusta y saludable como contraparte del occidente masculino se reflejó en el énfasis que Dayananda dio a la labor de la *shuddhi*, la reconversión de millones de hindúes que se habían unido al islam, al cristianismo y al sikhismo de manera voluntaria o bajo coacción, pero estaban listos para volver a la grey del hinduismo. El hinduismo ortodoxo no permitía la reconversión; como hemos notado, la Sociedad Misionera Hindú en Maharashtra había emprendido intentos limitados, pero Arya Samaj le dio un nuevo significado a la *shuddhi*, que se convirtió en un instrumento fundamental para lograr su meta de alcanzar la unidad religiosa, social y política de India. En la visión de Dayananda, India era esencialmente hindú y podía regenerarse por medio del renacimiento de los rituales védicos, incluyendo la *shuddhi*. No sorprende que la *shuddhi* causara una fricción crónica entre los “hindúes” y los “musulmanes” del norte de India en la segunda mitad del siglo XIX.

La constitución del Arya Samaj, redactada en 1875, también consideraba aportaciones voluntarias al fondo del Samaj por un monto equivalente a una centésima parte de los ingresos de cada miembro. Los fondos recaudados de esta manera se gastaban en servicios sociales como el combate de la hambruna y, lo que era

más importante, el establecimiento y la gestión de instituciones educativas. La Dayananda Anglo-Vedic School, fundada en Lahore, pronto se desarrolló hasta convertirse en una universidad, y se volvió un modelo para varias instituciones de este tipo, que impartían educación inglesa pero sobre los principios de los “Vedas”.

El avance simultáneo de “el *Raj* y la Iglesia” en Punjab, que difundían la “gloria a Dios y a la Reina” (Oberoi, 1997, p. 218), generó reacciones entre todos los sectores de los “nativos”, e incluso los sikhs estaban alarmados por las conversiones al cristianismo (1997, p. 222). Les consternó el hecho de que el maharajá Duleep Singh, hijo de Ranjit Singh, renunciara a su religión y aceptara el cristianismo evangélico en 1853. Pronto lo siguió el sobrino del gobernante de Kapurthala. Diversos miembros de la comunidad sikh participaban activamente en la obra de asociaciones “nativas” con diferentes matices que surgieron para combatir las misiones cristianas. Se fundó un Brahma Samaj en Lahore en 1862-1863, y en 1865 el doctor Gottlieb Wilhelm Leitner, un hombre cosmopolita de ascendencia judía húngara, constituyó una Anjuman-i-Punjab, Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil, con el apoyo del gobernador teniente del Punjab.

Las lecciones que se aprendieron por medio del trabajo en estas asociaciones —crear cuerpos voluntarios, llevar a cabo asambleas regulares para discutir y difundir una causa particular, nombrar a titulares de cargos, recaudar fondos, establecer escuelas— pronto “se aplicarían en la defensa del interés sikh” (Oberoi, 1997, p. 235). Diversas figuras públicas, líderes e intelectuales tradicionales sikh fundaron el Sri Guru Singh Sabha en una reunión en 1872. El movimiento Singh Sabha hablaba de revivir las enseñanzas de los gurús sikh, hizo un gran esfuerzo por reprimir la heterogeneidad dentro de la comunidad y los caminos desviados que, en su opinión, diferentes grupos habían tomado, y trató de establecer estrictas normas y códigos de conducta que los sikh debían seguir. El Singh Sabha también intentó aumentar la alfabetización

y popularizó literatura religiosa escrita en sistema Gurumukhi; literatura que hacía las enseñanzas de los gurúes accesibles para los sikhs comunes. Las actividades del Singh Sabha contribuyeron a la cristalización de una identidad unificada y homogeneizada de los sikhs como se piensan a sí mismos hoy en día (Oberoi, 1997, p. 235).

La Misión Ramakrishna, fundada bajo el liderazgo de Swami Vivekananda en 1887, propagó una forma de neovedantismo, la aplicación práctica de la filosofía vedanta. Narendranath Dutta, quien adquirió fama con el nombre Vivekananda, fue un discípulo de Ramakrishna Paramhansa. Nacido en una familia brahmánica pobre, Gadadhar Chattopadhyaya, Ramakrishna, se volvió famoso debido a los “extraños ataques de conciencia divina que solían darle” (Majumdar, 1981, p. 120). Ramakrishna, un hombre sencillo y piadoso, percibió a dios sólo cuando lo tocó una “divina locura”, pues sus intentos anteriores de alcanzarlo a través de diferentes caminos no habían fructificado. Predicaba una religión ecléctica que proclamaba la percepción de dios mediante el conocimiento y la devoción como el ideal humano más elevado. Para alcanzar este ideal, uno debía aspirar a una vida espiritual que trascendiera la tentación de la prosperidad material y el deseo de oro y mujeres, pero sin renunciar a la vida mundana.

Swami Vivekananda amplió el ideal de la realización de la divinidad en la humanidad de Ramakrishna convirtiendo el servicio a los demás en la meta principal de la misión Ramakrishna. Tras el fallecimiento de Ramakrishna, alrededor de 12 de sus discípulos y asociados cercanos —la mayoría jóvenes bengalíes de clase media con educación inglesa— establecieron un monasterio en Baranagar, realizaban ritos védicos, adoptaron nombres monásticos y aceptaron ceremonialmente votos de monacato bajo el liderazgo de Narendranath Dutta, hoy llamado Swami Vivekananda. Afligido por la pobreza, la miseria y la pérdida de vigor mental y la esperanza en el futuro que encontró por doquier durante su recorrido por

India, Vivekananda buscó una manera de ayudar al país a salir de ese cenegal a través de “la única esperanza” que India mantenía: “su religión, su fuente de vida” (Gambhirananda, 1955, p. 70). Vivekananda encontró una oportunidad para implementar su impreciso plan de buscar ayuda de Occidente, “no como pordiosero sino a cambio de la espiritualidad de la que Occidente carecía y que India podía proveer autónomamente”, acudiendo a la asamblea del Parlamento de las Religiones del Mundo que se llevó a cabo en Chicago en 1893 (Majumdar, 1981, p. 126). El discurso que ahí pronunció lo hizo famoso de la noche a la mañana y le granjeó apoyo y elogios para la misión. La idea de una India espiritual superior al Occidente material obtuvo una gran aceptación debido a este discurso, y se reforzó y se alimentó gracias a despliegues recurrentes hasta la época actual. India se volvió casi sinónimo de hinduismo y ambos alcanzaron altos niveles de prestigio y renombre.

Un resultado muy diferente y definido de la “profunda agitación” de los valores religiosos y la confianza en las instituciones sociales existentes causada por la asimilación de nuevas ideas por parte de los hindúes con educación académica (O’Hanlon, 1985, p. 105) fue el crecimiento de sentimientos y movimientos radicales de las castas bajas, los cuales se basaban únicamente en el punto de vista de que India como sociedad estaba “empobrecida material y culturalmente” (1985, p. 118) e intentaron reformar la sociedad tradicional hindú por medios prácticos. Jotirao Phule, que nació en una familia de agricultores al servicio del peshwa Baji Rao II, perteneciente a la casta Mali, y que fue a una escuela que administraban los misioneros de la Iglesia libre de Escocia en Poona en la década de 1840, tomó el liderazgo en este sentido. Phule y sus amigos consideraban que la falta de preparación académica era la causa más importante del retraso de los intocables y las castas bajas, y que la educación era el principal medio para generar un cambio en las actitudes sociales. En 1848 fundó una escuela para niñas intocables y de castas bajas en Poona. En 1873 Phule y sus

amigos establecieron la Satyashodhak Samaj (Sociedad de buscadores de la verdad), que representó el primero de muchos intentos por parte de políticos de casta baja por establecer organizaciones e ideologías en las últimas tres décadas del siglo XIX (O'Hanlon, 1985, p. 220). En el siguiente capítulo hablaremos de estos movimientos en mayor detalle. Por el momento, es importante subrayar la amplia divergencia que reinaba entre las ideas y las nociones de la "sociedad hindú tradicional" y los esfuerzos para reformarla. Además, todo este replanteamiento se reflejó en el crecimiento de un ámbito público, urbano y vernáculo; agravó las tensiones entre hindúes y musulmanes en el norte de India y entre los hindúes y las castas bajas en el occidente y el sur del país, al tiempo que permitió la formación de nuevos grupos de apoyo (Freitag, 1989; Gooptu, 2001; Gupta, 2002; Naregal, 2001; Omvedt, 1976; Rao, 2009).

En las zonas lejanas a las capitales urbanas, las reformas adquirieron un matiz muy diferente. Apenas influidas por las ideas occidentales, las reformas y la resistencia en muchas partes del país se expresaron a través de la fe y la devoción. En Orissa, por ejemplo, el siglo XIX fue testigo de una oleada de nuevos predicadores religiosos que hablaban con gran fuerza sobre la *kaliyuga* —la última de las cuatro eras del tiempo clásico hindú y la peor de ellas—, adjudicaban los problemas de la época a la predominancia de Kali y ofrecían salidas para los pueblos subordinados. La mayoría propugnaba la creencia en un solo dios accesible a todos a través de la devoción, lo cual desafió la validez tanto del sistema de castas como de las jerarquías rituales y sociales, y también condenó abiertamente la adoración de ídolos, los rituales y la primacía de los sacerdotes brahmanes. Estos predicadores gozaron de gran aceptación entre los intocables "tribales" y las personas de castas bajas, que deificaron a sus preceptores como encarnaciones humanas de lo divino (Banerjee-Dube, 2007). Las ideas de los predicadores hicieron eco en otras tendencias de la devoción Vaishnava, como el movimiento Swami Narayan en Gujarat y el de Sankardev en Assam, que habla-

ban de una comunidad de devotos igual y unificada. Gurú Ghasi-das también había propagado ideas similares entre los *chamar* de Chhattisgarh en la década de 1820, instando a los *chamar* intocables a que se reconstituyeran ritualmente como un grupo puro, los *satnami*, a través de la creencia en el *santampurush*, el Dios verdadero, y el desecho de ciertas prácticas impuras (Dube, 1998). La aparición de diversas órdenes religiosas en diferentes partes de India que extrajeron a sus seguidores de grupos pobres, intocables y de castas bajas reflejó vívidamente la fuerza de la religión como un modo de resistencia, así como las enormes transformaciones en proceso en todos los niveles de la sociedad india en el siglo XIX.

TENDENCIAS EN EL ISLAM

La reforma y el renacimiento dentro del islam siguieron una trayectoria diferente. En general, los aristócratas musulmanes mantenían su distancia de los ingleses. Se consideraban superiores en cultura a los mercaderes de la Compañía y también resentían el desplazamiento lento, pero seguro, de sus posiciones de prestigio y autoridad. Los “movimientos” en el interior del islam en la primera mitad del siglo XIX, impulsados por una preocupación por la decadencia de este culto y de los musulmanes en general, se moldearon por una necesidad de encontrar la causa del declive y un remedio para el mismo. El wahabismo, una tendencia así nombrada por su predicador Abdul Wahab de Nejd (1703-1787), defendió el retorno a la simplicidad de la fe (y la sociedad) en la Arabia del Profeta, y rechazó “todas las acreciones al islam puro y los signos de deterioro del mismo” (Isaac, 1874, p. 46).

Esta tendencia se convirtió en un poderoso credo religioso-político en la primera mitad del siglo XIX bajo el liderazgo de Saiyid Ahmad Bareilvi (1786-1831), quien había recibido la influencia de Shah Abdul Aziz, hijo de Shah Waliullah, el famoso santo de Del-

hi (1702-1762). Abdul Aziz había traducido el Corán a la lengua urdu para acercar sus preceptos al pueblo. Saiyid Ahmad defendió encarnizadamente un “regreso” a los principios del Corán y el *hadith*, que implicaba descartar la veneración a los santos y otras acreciones que introdujeron los sufis, aunque Waliullah había hablado de un islam incluyente que tenía espacio tanto para los sufis como para los chiítas, así como los sunitas. Grandes grupos de aristócratas en el norte de India adoptaron el mensaje de Waliullah sobre la regeneración que habría de lograrse contrarrestando la decadencia interna y los abusos posteriores. Saiyid Ahmad también encontró seguidores entre los “tejedores y los artesanos musulmanes pobres” de la planicie del Ganges (Metcalf y Metcalf, 2003, p. 84). En 1829 Saiyid Ahmad organizó una campaña contra el Estado sikh de Ranjit Singh para establecer el suyo propio. Sin embargo, su pequeño grupo de seguidores no pudo enfrentar el poderío de Ranjit Singh y Saiyid Ahmad murió en combate en las faldas de los Himalaya. Su memoria sirvió para inspirar levantamientos islámicos posteriores a lo largo de la frontera y para “atemorizar a los británicos con conspiraciones ‘wahabi’ imaginadas” (2003, p. 84).

Shariat Allah (1780-1840), que había pasado dos décadas en la Meca, regresó a Faridpur, Bengala, en 1821, y difundió el mensaje de un islam purificado. Comenzó condenando las supersticiones y la corrupción que se habían introducido subrepticamente en la sociedad islámica, y después declaró que el país bajo ocupación británica era un *dar-ul-harb* (territorio enemigo) donde no se respetaban el viernes ni las oraciones festivas. Los campesinos y artesanos pobres de Bengala oriental comprendieron el mensaje del territorio enemigo a su manera y se negaron a pagar derechos que se cobraban para los templos y los festivales hindúes. Estas personas, que llegaron a conocerse como faraizis, se agruparon al mando de Dudu Mian, el hijo de Shariat Allah, y denodadamente reivindicaron sus derechos contra los zamindares, los prestamistas y los dueños

de plantaciones de añil hindúes. Así, el islam “purificado” solía alentar a los pueblos subordinados al radicalismo, expresado en términos de protestas agrarias.

En la década de 1860 sir Sayyid Ahmad Khan, un aristócrata nacido en Delhi cuya familia había estado al servicio tanto de los emperadores mogoles como de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, inició un importante emprendimiento para las reformas religiosas y sociales. Sayyid Ahmad, quien se había capacitado en dos sistemas de pensamiento y era juez en la administración judicial subordinada de las provincias del noroeste, buscó reformar el islam con una lógica que con frecuencia parecía no conformarse a la sección ortodoxa de la comunidad musulmana. Igual que su contemporáneo anterior, Rammohan Roy, Sayyid Ahmad enfatizó la necesidad urgente de impartir una educación occidental. “Ésta es la única manera para los musulmanes de salir del ‘atraso’ en el que viven actualmente”, dijo abiertamente en su discurso en la Sociedad Literaria Mahometana de Calcuta en 1863. La razón del atraso actual de los musulmanes, afirmó, era su ignorancia casi total de la filosofía, la ciencia y las artes de la época moderna, todo lo cual era muy admirado por la juventud del presente. Para él, los musulmanes con preparación tenían “conocimientos de la filosofía, las ciencias y las artes de la antigüedad y se beneficiaban de ellas”, pero no de las modernas. Mencionó que se habían compuesto muchas obras en alemán, en francés y en otros idiomas, pero como era imposible dominarlos todos y la mayoría de ellas estaban disponibles en inglés, era mejor dedicar toda la atención al inglés. Además, el inglés era la lengua del pueblo que gobernaba el Indostán (Graham, 1885, p. 77).

Sayyid Ahmad estableció dos *madrasa* en Moradabad y Ghazipur y, más adelante, una escuela en Aligarh, que se desarrolló hasta convertirse en la Universidad Anglooriental Mahometana [Muhammedan Anglo-Oriental College]. Sin embargo, como veremos en el siguiente capítulo, un viaje de siete meses a Ingla-

terra entre 1869 y 1870 provocó un cambio significativo en el pensamiento y el vocabulario de Sayyid Ahmad (Lelyveld, 1978, p. 104). En Inglaterra encontró autoconfianza y sentido de logro entre los británicos, así como la humillación del islam por parte del cristianismo en Europa, y ahora quería generar una confluencia de la religión con la educación, lo que se reflejó en el programa de la Universidad Anglooriental.

Las ideas de Sayyid Ahmad sobre la reforma del islam, que plasmó en un artículo publicado en *Tahzib al-Akhlaq*, una revista que fundó en 1870 poco después de su retorno de Inglaterra, despertó la ira de los *ulema* (académicos musulmanes, en particular juristas, con conocimiento especializado del sistema jurídico). Volcó la mayor parte de su atención a la educación y las reformas sociales. La Universidad Anglooriental, que recibía apoyo activo de un grupo de amigos y académicos, también obtuvo el apoyo de las autoridades británicas, cuya actitud hacia los musulmanes se había transformado de manera radical tras la revuelta. La institución pronto se convirtió en la famosa Universidad Musulmana de Aligarh [Aligarh Muslim University], semillero de “algunos de los académicos musulmanes más eminentes de la modernidad” (Majumdar, 1981, p. 144). Muy a tono con la idea de lo moderno, Sayyid Ahmad también estableció una Sociedad Científica e instó a sus colegas a leer trabajos de historia producidos por “naciones modernas y civilizadas”, puesto que las obras escritas por “nuestros propios autores” no “contienen la información necesaria para mejorar la civilización y la moralidad del hombre” (Sayyid Ahmad, compilación editada por Muhammad, 1978, p. 14). Asimismo, propugnó la traducción al urdu de textos científicos y de pequeñas obras sobre “filosofía natural”.

Desde luego, sir Sayyid no consiguió el apoyo de todos los aristócratas musulmanes, pues además de las rivalidades personales, a muchos de ellos les preocupaba la “anglificación” de la educación y la “europeización” de la sociedad musulmana. Su miedo se reforzó

debido al apoyo del gobierno al aprendizaje musulmán “moderno”, que se reflejó en la fundación de la Madrasa de Calcuta y la Escuela (Universidad) Angloárabe [Anglo-Arabic School (College)], en Delhi. Aunque ciertas evaluaciones recientes reconocen la inmensa deuda de los musulmanes de India al movimiento de Aligarh, las construcciones nacionalistas hindúes proyectan a Sayyid Ahmad como partidario fundamental de los británicos y enemigo del nacionalismo indio. Es verdad que Sayyid Ahmad asumió una postura decidida en contra del Congreso Nacional Indio, pero su principal preocupación era disuadir a los “demás musulmanes” de la “plaga del fanatismo religioso” (Jalal, 1998, p. 81). Su condición de musulmán “rara vez estuvo en conflicto con su condición de indio”, pues los musulmanes de India veían al país como su patria, igual que los hindúes (1998, p. 81). Infortunadamente, sir Sayyid luchó por la educación inglesa y las reformas sociales unas cuatro décadas después que sus contemporáneos “hindúes”, que para entonces habían comenzado a cuestionar sutilmente el gobierno colonial.

En la segunda mitad del siglo XIX el Punjab fue testigo de la aparición de nuevas escuelas de teología que consideraban que el Corán y los *hadiths* del Profeta eran la autoridad máxima para la interpretación de los rituales musulmanes. Mirza Ghulam Ahmad, influido por el movimiento “racionalista” de Sayyid Ahmad, intentó reformar el islam de tal manera que sus principios y creencias fueran lógicos y razonables. Sus seguidores adquirieron el nombre de ahmadis o qadianis (por Qadian, lugar de nacimiento de Ghulam Ahmad). Ghulam Ahmad estaba impulsado por un ímpetu de contrarrestar el ataque contra el islam por parte de misioneros escoceses y miembros del Arya Samaj. Ghulam Ahmad alcanzó una rápida popularidad pero la perdió en 1891, cuando se autodeclaró como profeta, afirmación que contravenía la creencia extendida entre los musulmanes sunitas de que Mahoma fue el último Profeta.

Diferentes esfuerzos para construir una “comunidad” de musulmanes sin duda generaron una sensibilidad religiosa distintiva

entre varios grupos. No obstante, como nos recuerda con fuerza Ayesha Jalal, gran parte del pensamiento y las ideas musulmanas del periodo estaban influidas por matices individuales, no por una comunidad “musulmana” predeterminada. El abordaje de los musulmanes indios del siglo XIX a la religión y la política, particularmente en el Punjab y el noroeste de India, estuvo marcado por una individualidad que dividió a los musulmanes en una variedad de temas y confirió al pensamiento y la política musulmanas una complejidad mucho mayor que la que suele reconocerse (Jalal, 2001).

La ola de reformas también incidió en otras comunidades, como los parsis. Los varones jóvenes de la comunidad parsi basada en Bombay que habían recibido una educación inglesa fundaron la Rahnumai MazdneDayasan Sabha o Asociación de Reforma Religiosa en 1851. Su objetivo era regenerar la condición social de los parsis y devolver al zoroastrismo su pureza prístina. K. R. Cama dio un gran impulso a la asociación cuando volvió de Europa en 1859. Mientras estuvo en Europa leyó el *Avesta* en versión original, bajo la guía de importantes académicos. Comenzó a enseñar sobre las escrituras parsi en Bombay para producir una nueva generación de sacerdotes con educación y conciencia que liberarían a la comunidad parsi de la esclavitud de todas aquellas prácticas, rituales y credos que no estaban aprobados en las escrituras del zoroastro. Las reformas de los principios morales se complementaron con esfuerzos por aumentar la edad mínima para el matrimonio, alentar la educación de la mujer y eliminar el sistema de *purdah*. Dadabhai Naoroji, uno de los principales actores en este emprendimiento de reforma, pronto desempeñaría un papel crucial en la “regeneración” política de India, punto que discutiremos en un capítulo posterior.

El proyecto de las reformas sociorreligiosas comenzó tardíamente en la presidencia de Madrás. La educación inglesa tardó en arraigarse ahí, y las sociedades “de reforma” mantuvieron un tono distintivamente brahmán y de casta alta durante mucho tiempo,

lo cual quizás explique la vitalidad del movimiento no brahmánico en el sur, que comenzó en las últimas décadas del siglo XIX. Juntos, estos esfuerzos y movimientos definidos sirvieron para delinear los contornos de comunidades separadas, principalmente religiosas, aunque éstos eran borrosos y difusos. Infortunadamente, tal definición de fronteras se impulsó significativamente mediante las acciones y las políticas del Raj de la reina Victoria, historia que seguiremos en el capítulo 4. La noción británica sobre la India “tradicional” compuesta de comunidades religiosas tomó forma precisamente gracias a la interacción de diferentes sectores de indios con la Compañía, el Estado colonial y los misioneros protestantes. Lo anterior tendrá enormes repercusiones para la historia del nacionalismo, que retomaremos en el siguiente volumen.

TIERRA E IMPUESTOS

Como se indicó en el capítulo anterior, los imperativos de la Compañía pusieron en marcha profundos cambios en la tierra y en el impuesto agrario. El Acuerdo Permanente de Bengala y el sistema *ryotwari* en Madrás, y posteriormente en la presidencia de Bombay, intentaron integrar elementos de la estructura agraria existente. Al mismo tiempo, el impulso de convertir al impuesto agrario en la base para la acumulación primaria de capital (Sarwar, 2012, p. 16) y la dinámica de la política de la Compañía produjeron resultados diferentes y formas híbridas (Dutt, 1963, p. xiv). El Acuerdo Permanente y el *ryotwari* habían surgido de la convicción de que la práctica existente en India, que se basaba en los derechos tradicionales no escritos y “precarios” de las comunidades agrícolas, tenía que cambiar debido a que los modos de cobranza fluctuantes e irregulares causaron la decadencia de la agricultura y la pérdida de ingresos valiosos para el Estado. La certidumbre y la regularidad tuvieron que establecerse mediante una demarcación clara de los

derechos públicos y los privados que permitiría al Estado solucionar su demanda de ingreso público y daría a los súbditos “derechos” legales sobre el producto restante de los suelos, su propiedad “privada”. Cabe mencionar que la propiedad privada agraria ya existía antes del arribo de los británicos. Se hicieron concesiones de terrenos a templos, funcionarios rituales y personas que prestaban servicios a los reyes y príncipes con diferentes funciones. Los derechos a la tierra conllevaban obligaciones claras: los terratenientes tenían que pagar impuesto agrario o proporcionar material y mano de obra al gobernante. Todas estas características continuaron bajo el dominio británico.

Sin embargo, el impulso de la administración británica por tener orden y claridad redujo drásticamente diferentes tipos de derechos a la tierra. Los terratenientes recibieron derechos definitivos que implicaban obligaciones claras especificadas legalmente. La tierra que poseían se medía, se realizaba un levantamiento topográfico de la misma, se clasificaba con base en el acuerdo y las leyes se registraban y se codificaban. Se reconoció a los subpropietarios y a los campesinos que practicaban el autocultivo (*khudkashth*) con derechos de residente, pero como diferentes clases de “arrendatarios” que tenían que pagar rentas fijas. Mientras que el Acuerdo Permanente otorgó a los zamindares derechos jurídicos sobre la tierra, el sistema *ryotwari* de Munro trató de hacer que un *ryot* individual fuera propietario de la tierra y responsable del pago de los derechos estatales. Un académico ha argumentado en fechas recientes que el sistema *ryotwari* era más pragmático que doctrinal (Sarwar, 2012, p. 18). Se había eliminado o reducido a una condición insignificante a los jefes locales de las regiones donde se introdujo el sistema, y el trato directo del Estado con un campesino individual significó que el primero gozaba de acceso directo al área que se estaba cultivando y al ingreso que se acumulaba a partir de la misma, lo cual ayudó al Estado a tasar el impuesto y a cobrarlo de mejor manera (Sarwar, 2012).

Podría decirse que la filosofía utilitaria de una economía política en la que abundó Ricardo tenía una “aversión al terratenientismo”, que se reflejó en los acuerdos *ryotwari* y *mahalwari* (Stokes, [1959] 1989, p. 81). James Mill, responsable de redactar los informes fiscales a India entre 1819 y 1830, desempeñó un “papel maestro” en la institución de nuevos acuerdos fiscales en India de acuerdo con principios liberales utilitarios (Sarwar, 2012, p. 18).

El acuerdo *mahalwari* se introdujo en las provincias del noroeste, el territorio que se extiende desde las faldas de los Himalaya a través del Ganga–Jamuna Doab hasta la meseta central india. Incluía una gran parte del Punjab, las provincias unidas y la mayor parte de las provincias centrales. Esta región estaba dominada por los taluqdares (“zamindares intermediarios”), quienes no poseían tierras, pero a los cuales el Estado los contrataba para cobrarles la tributación de un territorio en particular (Hasan, 1969, p. 24) a los zamindares propietarios. Al principio, la Compañía intentó establecer acuerdos de corto plazo con los taluqdares, lo que no funcionó correctamente.

En el acuerdo *mahalwari*, que se instauró de acuerdo con las instrucciones de Holt Mackenzie y en virtud de la Disposición VII de 1822, en los *mahals* o cuerpos de dueños de las propiedades territoriales se reconocía a la “comunidad aldeana” como dueña de la tierra. La tierra, así, le pertenecía a la comunidad aldeana, llamada técnicamente cuerpo de copropietarios, que en conjunto era responsable por el pago del impuesto (Sarwar, 2012, p. 18), aunque no se eliminó por completo la responsabilidad individual. Esta “comunidad” incluía a propietarios campesinos, taluqdares y campesinos cultivadores residentes cuya renta también se intentó determinar y registrar (Bandyopadhyay, 2004, p. 94). La cabeza de la comunidad, el *lambardar*, firmaba el contrato con el gobierno como la persona responsable de pagar el monto correspondiente al grupo.

Este sistema, una mezcla del Acuerdo Permanente y el *ryotwari*, requería levantamientos topográficos aún más detallados y com-

plejos que resultaban imposibles de implantar. Una vez más, la demanda de ingreso público se fijó arbitrariamente y a un nivel muy alto. Se acumularon los pagos de impuestos atrasados porque no se hallaban compradores, y la situación empeoró debido a la depresión agrícola de 1828. El gobierno de William Bentinck revisó el esquema de 1822 y concluyó que había causado un empobrecimiento extendido. La Disposición IX de 1833 introdujo un sistema reformado y más flexible bajo la supervisión de R. M. Bird. El impuesto a pagar por una *mahal* o unidad fiscal entera ahora se evaluaba sobre la base del valor neto de la producción potencial de cada campo, el valor de la tierra y el precio de las cosechas. El acuerdo se celebró por un lapso de 30 años en Uttar Pradesh y de 20 años en el Punjab y las provincias centrales, y la proporción correspondiente al Estado se fijó en dos tercios del producto neto de la tierra. El acuerdo corregido se desvió por culpa de funcionarios corruptos que no cumplían las normas, cuidadosamente fijadas, en la cobranza de los impuestos. La pobreza y el descontento continuaron (cartas de R. C. Dutt a Lord Curzon, 12 de mayo de 1900, citadas en Sarwar, 2012, p. 19).

Los tres acuerdos se basaban en diferentes principios y al mismo tiempo estaban gobernados por ciertas preocupaciones clave compartidas. Primero que nada, el Estado de la Compañía estaba impulsado por la necesidad de maximizar los impuestos que se cobrarían por la tierra. De nuevo, esto se basó en la creencia de que todas las tierras pertenecían al Estado, que reconocía los “derechos a la propiedad privada” de diferentes categorías de terratenientes y arrendatarios a cambio del impuesto o la renta que le pagaban. La búsqueda y la identificación arbitraria por parte del Estado de propietarios de tierra a quienes se otorgaron derechos definitivos produjeron diferentes grupos con intereses en la tierra: el Estado, los zamindares y los ocupantes cultivadores en las áreas comprendidas en el Acuerdo Permanente; el Estado y los agricultores en las regiones bajo el acuerdo *ryotwari*, y el Estado, el terratenien-

te, los ocupantes arrendatarios y los ocupantes cultivadores en las áreas correspondientes al acuerdo *mahalwari*. La introducción de la propiedad y de una noción judicial de las relaciones agrarias basadas en contratos en un inicio reforzó las estructuras de poder dominantes dentro de la aldea, pero cambiaron gradualmente las relaciones sociales (entre dueños y arrendatarios), que giraban en torno a la tierra. Se dejaron de lado los derechos y las prácticas “tradicionales” y se eliminó una serie de acuerdos informales con una multitud de personas pobres que dependían de la agricultura de diversas maneras. No fue sólo que la demanda fiscal aumentara enormemente, que la tierra se convirtiera en un bien de consumo comercializable y la propiedad territorial cambiara de manos, afectando gravemente a la estructura de poder local: fue más bien que se ignoraron la ocupación y otros derechos “tradicionales” de los campesinos pobres, los aparceros y los jornaleros agrícolas. En los nuevos acuerdos no se tomó en cuenta en lo absoluto a las mujeres, que no poseían tierras pero tenían derecho sobre la producción, y además se les eliminó por completo de las leyes y las disposiciones codificadas, aspecto que los académicos apenas han notado. Desde luego, esto sucedió con la complicidad de las élites masculinas locales, actoras activas en el proceso de codificación.

Los debates sobre los acuerdos fiscales abordan las siguientes cuestiones: si se desplazó o no a los anteriores zamindares y jefes de las aldeas y qué tan lejos (Chaudhuri, 1967), el nivel de endeudamiento de los campesinos (Kumar, 1965; 1982), el aumento en el número de prestamistas (Charlesworth, 1972; Fukuzawa, 1982; Guha, 1992; Kumar, 1968), y si dichos acuerdos fiscales causaron una ruptura completa con patrones anteriores de relaciones agrarias, o bien hubo continuidades (Bayly, 1988; 1989; Stein, 1992). Estos temas se explican por sí mismos en tanto que indican los cambios importantes que generaron los nuevos acuerdos. El gobierno de la Compañía reconoció el hecho de que la alta demanda fiscal generó una situación desesperada entre los campesinos y una

depresión agraria, sobre todo en la región de Bombay-Decán-Madrás, es decir, las zonas que abarcaba el acuerdo *ryotwari*. En la segunda ronda de acuerdos, que se dispusieron en la década de 1840, se redujo considerablemente la carga fiscal (Sarwar, 2012, p. 24). Infortunadamente, esto se neutralizó con las facultades excesivas que se otorgaron a los cobradores de impuestos. A partir de 1816, los cobradores estuvieron a cargo de realizar labores policiales y sus oficiales subordinados utilizaron su poder para coaccionar a los súbditos en el campo (Arnold, 1986, p. 20). Las quejas constantes por la explotación de los campesinos a manos de los zamindares en la presidencia de Bengala hicieron que el gobierno aprobara una serie de leyes sobre arrendamiento entre 1859 y 1928, después de que la revuelta de 1857 llevara a su fin al dominio de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales.

El impuesto agrario siguió siendo la fuente más importante de ingresos para el gobierno (Charlesworth, 1982). En 1851-1852 el ingreso neto obtenido a partir de la tierra alcanzó un total de 19 927 039 libras, y los montos brutos recaudados en las presidencias de Bengala, Madrás y Bombay llegaron a 10 000 000, 5 000 000 y 4 800 000 libras, respectivamente (Sarwar, 2012, p. 25). En 1858-1859 el ingreso agrario constituyó 50.3% del ingreso total del gobierno, más de la mitad. La alta demanda fiscal y su rigurosa recaudación, junto con el impulso por extender el cultivo por medio del reclamo de terrenos comunes y baldíos, extendió al límite el ecosistema de las aldeas, y su efecto se hizo evidente durante las diversas hambrunas que se sufrieron a lo largo del siglo XIX. En el siguiente capítulo veremos brevemente cómo fue que la depresión agraria indujo una migración laboral a gran escala, no sólo a las ciudades capitales y a las plantaciones de té, sino también al extranjero como mano de obra a largo plazo (Bates, 2000). El afán de ampliar el cultivo afectó seriamente la selva y los bosques, y transformó los patrones de uso de la tierra y la relación entre las diferentes zonas topográficas, tema que analizaremos ahora.

BOSQUES Y FRONTERAS

En los últimos años ha habido una conciencia creciente sobre los cambios ecológicos que generaron las necesidades específicas de la administración británica. Obras innovadoras han puesto atención a la producción de espacios a través de la “división de los paisajes y los ámbitos sociales”, como parte integral del proceso de “creación del Estado” (Sivaramakrishnan, 1999). Esto ocasionó cambios cualitativos en la relación entre la gente y el entorno natural (Gadgil y Guha, 1993; Guha, 1999; Rangarajan, 1996), e implicó la clasificación en formas particulares de los pueblos que vivían en esos espacios. A su vez, la gente se basó en dichas clasificaciones —“salvaje”, por ejemplo— y se las apropió de maneras imaginativas para enturbiar o trastornar la regulación del gobierno (Skaria, 1999). Como es evidente por los temas que se abordan en estas obras, establecer un vínculo entre la historia de los problemas agrarios y la de los ambientales es esencial para comprender correctamente los procesos mediante los cuales el Estado colonial y las relaciones sociales rurales evolucionaron y se dieron forma mutuamente.

Ciertos académicos han argumentado que el sur de Asia precolonial se moldeó y remoldeó gracias a la interacción cercana entre los nómadas pastores, los agricultores y los habitantes de los bosques (Habib, 1999; Kosambi, 1965, por ejemplo). Los límites entre las tres zonas —los bosques, las áreas de pastoreo y los campos cultivados— eran fluidos y porosos, y dicha fluidez se extendía también a la ocupación. Las personas de las tres zonas adquirirían diferentes habilidades ocupacionales y podían moverse de una a la otra dependiendo de sus necesidades y condiciones económicas (Guha, 1999).

El deseo básico de la administración de la Compañía de imponer el orden, ampliar los cultivos y recaudar impuestos dio como resultado que se marcaran fronteras claras entre las llanuras y las colinas o las selvas —áreas estables de agricultura sedentaria y zo-

nas de anomalía (Sivaramkrishnan, 1999)—, y que se emprendieran grandes esfuerzos por restringir el movimiento de la gente de una zona a la otra.

Podría decirse que hubo desacuerdos entre administradores en relación con ciertas políticas en particular. Al mismo tiempo, ciertas ideas y obligaciones fundamentales dieron un método y una dirección específicas a las políticas de la Compañía. Esto, aunado al hecho de que la intrusión colonial en el proceso de producción de las tierras no cultivadas fue “inédito en su nivel y escala” (Rangarajan, 1996, p. 198), produjo cambios fundamentales en la relación de los pueblos con su entorno. Se buscó introducir una noción absoluta de la propiedad territorial entre grupos que vivían en las márgenes de tierras cultivables pobladas, y se hicieron esfuerzos para transformar el bosque en un paisaje gestionado donde el uso de la tierra estuviera bajo la supervisión y el control del imperio (Rangarajan, 1996, p. 8). Además, la insistencia del Estado de la Compañía en recuperar los “páramos” hizo que desaparecieran casi por completo las tierras de pastoreo y los terrenos comunes, lo que tendría graves consecuencias durante las sequías, las hambrunas y otras calamidades naturales (Satya, 2004). La introducción de impuestos punitivos al pastoreo afectó terriblemente a los criadores de ganado y privó al campesinado de las zonas de pastoreo y los terrenos comunes tradicionales (Bhattacharya-Panda, 1998). Todo ello estuvo acompañado por el impulso incesante del Estado para mantener el orden, que subyacía a su percepción distintiva del “salvajismo”. El salvajismo y la civilización se construyeron como categorías totalmente antagonistas y se otorgó a la segunda una absoluta preferencia sobre la primera (Skaria, 1999, p. 155). Este entendimiento afectó de manera fundamental la demarcación y la creación de espacios particulares y la clasificación de sus habitantes.

Dicho proceso comenzó tempranamente. Mientras la Compañía luchó por fortalecer su gobierno en los *mahals* de las selvas

de Bengala a fines del siglo XVIII, sus administradores delimitaron “espacios tribales” de los terrenos de agricultura sedentaria. Los “espacios tribales” también eran las “zonas de anomalía” en el sentido de que era “imposible recuperarlas de la agricultura retrasada”, y estaban habitados por personas propensas a realizar ataques a las tierras cultivables (Sivaramakrishnan, 1999, p. 81). Los *paharia* de los bosques de Bengala estuvieron entre los primeros en causar el oprobio oficial, porque se negaron a cambiar a la agricultura sedentaria. Se les forzó a desplazarse cada vez más hacia las cumbres de las colinas, y sus ataques a las llanuras recibieron respuestas severas (1999, pp. 81-82). Por otro lado, se dio la bienvenida a los *santal* como agricultores emprendedores que conocían las técnicas de agricultura de temporal y cultivo con arado y eran muy buenos para desbrozar los páramos.

Debemos recordar que los zamindares habían permitido a los *santal* rehabilitar aldeas desiertas en sus fincas y establecerse en ellas después de la hambruna de 1769-1770. El gobierno permitió a los *santal* asentarse en el Damin-i-Koh —la enorme área de agricultura sedentaria que se delimitó en 1832 y se puso bajo el control del gobierno—. El gobierno tuvo que crear el Damin-i-Koh porque los choques entre los *paharias* —los “pueblos” de las colinas— y los grupos de las llanuras por los derechos al pastoreo, los productos del bosque y los límites de los terrenos continuaron incluso después de que el administrador Cleveland “apaciguara” a los *paharias* en 1782. Estos últimos, que ahora se clasificaban como “irremediables” porque no cumplieron la esperanza del gobierno, pues se negaron a cambiar de la *kuraio* (rotación de cultivos) al cultivo de arroz de temporal (Chaudhuri, 2008, pp. 712-713), tenían estrictamente prohibido moverse del territorio que se había demarcado para ellos. Por supuesto, no se hizo ningún intento por entender los motivos del “conservadurismo” de los *paharias* —su falta de recursos humanos y financieros para invertir en arados y sistemas de irrigación—. Por otro lado, recibieron “todo el apoyo”

para desbrozar las selvas desde 1837. El número de asentamientos *santal* pasó de 51 aldeas en 1838 a 1 473 en 1851 (2008, p. 714).

Grandes partes de India central —los territorios de Sagar y Narbada— que consistían en colinas y planicies con muy poca población, se categorizaron también como “atrasadas”, y los británicos, tal como los gobernantes anteriores, invitaron a los “colonizadores” a desmontar los bosques. Los marathas, que controlaron la región antes que los británicos, habían dejado intacto el proceso de producción en las “áreas tribales”, y sólo cobraban un tributo anual a los jefes de las “cimas de las colinas”. Tampoco intervinieron en el intercambio regular de bienes y servicios entre la gente de las llanuras y la de las colinas y los bosques, ni trataron de controlar a los grupos móviles de comerciantes y soldados, como los pindaris (Rangarajan, 1996, pp. 35-44).

Por otro lado, a los británicos les interesó consolidar su control político en la región desde un inicio, e intentaron enérgicamente contener a los grupos móviles. Se sometió militarmente a los pindaris y después se les alentó a establecerse como terratenientes (Rangarajan, 1996, p. 45), lo cual concordaba con la necesidad de extender las zonas cultivadas, pero generó importantes cambios en los patrones de uso de la tierra que afectaron a los pueblos de las colinas y los bosques. Aquí también a causa del ímpetu civilizador se indujo a las tribus, imbuidas con el espíritu del desarrollo, a asumir una vida sedentaria, y se limitó la movilidad de aquellas más testarudas, restringiéndolas a una zona en particular.

La clara separación de los espacios salvajes y los civilizados asumió una forma distintiva en la India occidental, que comprendía partes de Gujarat, Maharashtra y la llanura del Decán. Ahí, el *dang* —término que se refería a las zonas montañosas o regiones con un denso crecimiento de bambú— se construyó como una zona salvaje opuesta a las llanuras. Los dangis, comunidades que vivían en los *dangs* (la mayor de las cuales era la de los bhils), llegaron a representar la encarnación misma del salvajismo. Se definieron como *janglijati* y

kaliparaj (Skaria, 1999, pp. 37-38). Sus reyes cambiantes, su práctica de rotar los cultivos y sus hábitos de atacar las llanuras y de tomar diferentes trabajos en diferentes estaciones eran totalmente opuestos a las nociones británicas del orden y la civilización. En particular, los funcionarios británicos trataron como “actos de agresión al territorio bajo su soberanía exclusiva” (1999, p. 157) los ataques que jefes anteriores de las llanuras, como los Gaekwad, habían reconocido como reivindicaciones de autoridad rivales y que con frecuencia habían llevado a negociaciones. Por tanto, se reprimieron despiadadamente dichos ataques y se les calificó de “actos criminales”; se exigió la reparación del daño, y hubo represalias contra quienes habían participado en ellos.

La transformación de los ataques de un modo de afirmar la soberanía compartida sobre fronteras definidas holgadamente a “actos criminales” ocasionó la total incompreensión de los jefes “salvajes”. Sin embargo, pronto los jefes bhil utilizarían de forma imaginativa su “salvajismo” para evitar la sumisión completa, y los jefes de las colinas y las llanuras aceptarían e implementarían sus propias nociones de soberanía exclusiva realizando la demarcación de las fronteras definitivas. Así, esta “alterización” de los pueblos que habitaban espacios demarcados permitió que la práctica espacial de un levantamiento representara el espacio de manera decisiva (Sivaramakrishnan, 1999, p. 80).

El impulso por ampliar las tierras cultivables pronto entró en conflicto con la necesidad de “conservar” los bosques, dado el reconocimiento creciente de su valor comercial. En la etapa inicial se devastaron los bosques, a gran escala para extender el cultivo, y además la Compañía destruyó algunos por completo para estampar el sello de su triunfo sobre sus poderosos enemigos. Por ejemplo, las plantaciones de teca en Ratnagiri, que el legendario almirante maratha Kanhoji Angre había cultivado con gran esmero, quedaron destruidas tras la derrota de los marathas a inicios del siglo XIX (Gadgil y Guha, 2000, pp. 118-119). El embate contra

los bosques continuó hasta finales del siglo XIX para satisfacer la demanda de la marina real británica de madera durable, sobre todo después que los bosques de Inglaterra habían quedado devastados (2000, p. 119).

El tendido de la red ferroviaria en India a mediados del siglo XIX produjo consecuencias contradictorias. La enorme demanda de madera para las durmientes causó una tala masiva de árboles. Con frecuencia, las operaciones de tala no se supervisaban adecuadamente y se cortaban más árboles de los necesarios (Stebbing, 1922, pp. 298-299). El veloz ritmo de la extensión de las vías ferroviarias —de 1 349 km en 1860 a 51 658 km en 1910— y los estragos que causó a los bosques indios hizo que se entendiera por la fuerza el hecho de que éstos no eran inagotables (Gadgil y Guha, 2000, p. 121). Esto dio lugar a un debate ambiental temprano en la administración de la Compañía e hizo necesaria la conservación.

El Departamento Imperial de Bosques se formó en 1864 con expertos de Alemania, el líder en gestión de bosques entre los países europeos. El conocimiento científico generado por la labor de levantamiento y las nuevas ciencias, como la geología, se aplicó a la “gestión” y la conservación de los bosques, y se utilizaron técnicas europeas para cosecharlos y regenerarlos. Ello reforzó la delimitación de espacios tribales y contribuyó a la clasificación de varios grupos como obstinados o criminales. El departamento marcó una separación clara entre el uso de madera por parte del gobierno y el que le daban los actores del ámbito privado. Mientras que el uso masivo para las vías ferroviarias por parte del gobierno se consideraba “insignificante”, se declaró que el número de árboles que cortaban los comerciantes privados o la destrucción “clandestina” a manos de individuos era “fatal para el bosque” (Rangarajan, 1996, p. 55).

Se restringió la entrada a los bosques del gobierno tanto a comerciantes privados como a habitantes del bosque en nombre de la “conservación”, y finalmente se demarcaron enormes áreas forestales como reservas. Se introdujo un control estatal total en

los bosques reservados, mientras que en los bosques protegidos, también supervisados por el Estado, ciertos derechos se registraron pero no se asentaron (Gadgil y Guha, 2000, p. 134). En el caso de los bosques privados o no reservados, como los de las colinas de Kalrayan en Salem y Baramahal en la presidencia de Madrás, el Estado utilizó diferentes estrategias para adueñarse de ellos y así adquirir el control exclusivo de los recursos forestales. Tales estrategias ignoraron los derechos tradicionales de las tribus y se generaron a partir del ímpetu del Estado de favorecer sus propios intereses comerciales, no surgieron de un deseo de proteger a las “tribus” de los contratistas privados ni de conservar los recursos forestales (Saravanam, 2003). La mercantilización de los bosques tuvo como resultado estrictas disposiciones relativas a la caza y al uso de los bienes forestales, así como al ejercicio de derechos de pastoreo y la recolección de leña por parte de los pueblos de las colinas y los bosques, cuya “transgresión” se castigaba severamente.

La conservación de los bosques trajo consigo dos temas relacionados: la necesidad de evitar los incendios forestales y la de erradicar a las plagas. Una vez más, el conocimiento y las técnicas derivadas de la silvicultura científica europea se proyectaban como infinitamente superiores a las técnicas de conservación más antiguas y “primitivas”. Como indica Sivaramakrishnan, para la década de 1870, “cuando la política forestal se enmarcó y se institucionalizó en varias partes de India, ciertamente desarrolló tal lenguaje de mejoría, planteando el proyecto del colonialismo en términos de reclamación, tanto de los pueblos como de las tierras coloniales” (Sivaramakrishnan, 1999, p. 211).

Paradójicamente, la necesidad de hacer que los espacios tribales fueran “seguros” alentó que los británicos cazaran animales salvajes. La caza, que en la Gran Bretaña del siglo XIX se defendía como un deporte que celebraba la masculinidad, se fomentó no sólo por la teoría de la evolución y las nociones darwinianas de competencia y jerarquía que contrarrestaban la idea anticaza del Romanticismo,

sino que se convirtió en un ritual imperial que simbolizó el paternalismo del administrador colonial. El ordenamiento del paisaje fue de la mano con el nuevo trazo de las fronteras terrestres salvajes en pos de erradicar las plagas.

La matanza de un tigre aumentaba el prestigio del que gozaba un administrador entre sus colegas y le granjeaba la aceptación del populacho local. Los tigres eran el principal objetivo en el esfuerzo de eliminar a las alimañas, pero los elefantes, los osos, los búfalos salvajes, los bisontes, los jabalíes e incluso los venados también se contaron entre las plagas durante el siglo XIX. Su erradicación, junto con la de las serpientes venenosas, hacía que los espacios tribales fueran seguros y ayudaba a ampliar las áreas cultivadas y el control de la gobernanza colonial. Anteriormente, grupos de cazadores indígenas, que los funcionarios coloniales desplazaron y desarmaron tras la Revuelta de 1857, se armaron de nuevo en las aldeas “fronterizas” a fines del siglo XIX para luchar contra la amenaza del tigre (Sivaramakrishnan, 1999, p. 98). Desde luego, erradicar a las plagas contradecía la ideología de la conservación de los bosques y los esfuerzos por evitar los incendios forestales. De hecho, tras la tala generalizada de árboles, especialmente los maderables, el gobierno emprendió un esquema de plantación selectiva que reordenó más el paisaje. Además, el esfuerzo por hacer seguro el entorno también incluyó rigurosas campañas para suprimir las prácticas inhumanas de los pueblos primitivos, y como se discutió anteriormente, para la subyugación de grupos itinerantes.

El proceso de “construcción del Estado” en la India colonial, con todas sus contingencias y sus contradicciones, produjo “varios despojos”, mismos que remodelaron los paisajes locales y las identidades sociales de sus habitantes (Sivaramakrishnan, 1999, pp. 123 y 277). El objetivo triple de construir la comunidad, establecer regímenes de control y compilar cuerpos de experiencia estándar brindaron material que hizo posible que los bosques transitaran de ser un espacio salvaje a zonas gestionadas que podían incorpo-

rarse a los regímenes de producción (1999, p. 279). El salvajismo se domó efectivamente y se introdujeron nociones de propiedad privada en tal medida que para la década de 1860 la mayoría de los conflictos en los bosques giraba en torno a los derechos de propiedad. Al mismo tiempo, los jefes “salvajes” recurrieron a su notoria ignorancia para trastornar la política británica. Esta ignorancia era tanto una artimaña para evadir las imposiciones como el resultado de una verdadera incomprensión de los modos de pensar británicos combinada con el miedo al engaño y la coacción (Skaria, 1999, p. 185ff). De manera similar a la forma en que se produjeron categorías híbridas mediante la interacción mixta del Estado y la sociedad, la artimaña y la incomprensión desordenaron las pulcras categorías de resistencia y colaboración.

AGITACIÓN Y LEVANTAMIENTO

Es verdad que no hubo una resistencia “pura” a las políticas coloniales de gestión agraria y forestal de la manera en que se percibió en las primeras obras sobre el tema (Guha, 1999). Al mismo tiempo, es indudable que la intervención colonial produjo cambios cualitativos en los patrones de uso de la tierra y los bosques. Además de la introducción de derechos de propiedad absolutos y de estrictas disposiciones sobre el uso de los bosques, la “mercantilización” provocó grandes transformaciones en la ecología forestal. Es interesante notar que los árboles preferidos de los silvicultores comerciales (como la teca, el pino y el cedro deodar) “invariablemente resultaban poco útiles a las poblaciones rurales”, mientras que los árboles que los reemplazaron (como el roble y el género *terminalia*) se empleaban “intensivamente para combustible, forraje, abono de hoja y madera de dimensiones pequeñas” (Gadgil y Guha, 2000, p. 147).

Por tanto, la evasión y la complicidad, la resistencia y la negociación acompañaron la extensión del control colonial sobre las

selvas y los bosques. Mientras que los chenchus de Kurnool se vieron forzados a recurrir al bandidaje, los baigas de India central se aferraron testarudamente a sus habilidades de caza y continuaron con la práctica del cultivo *jhum* (tumba y roza, una forma de agricultura de subsistencia y de rotación de cultivos) en áreas prohibidas, aunque las disposiciones del gobierno y la represión redujeron sus números drásticamente (Gadgil y Guha, 2000, pp. 148-153). La procuración del control sobre los pueblos “salvajes” encuentra una brillante expresión en las *goths* (historias) sobre los dangis que explora Skaria. En ellas, el pasado se enmarca en términos de las épocas superpuestas de *moglai* y *mandini* —que corresponden aproximadamente a la época de libertad y la del fin de dicha libertad—. *Moglai* representa la “libertad de moverse en los bosques, de atacar, de cobrar un derecho llamado *gira* a los pueblos de las llanuras y de tener un patrón distintivo de autoridad política”. Por otro lado, *mandini* encarna tanto una época como un suceso que señala el fin de *moglai*, cuando el dominio británico socavó la autoridad política dangi (Skaria, 1999, p. 15). Las historias sobre *mandini* también evocan la creación de las reservas forestales en 1901-1902 y el despojo violento a los dangis de los derechos de cultivar ahí.

Por supuesto, las *goths* también retratan la *dhum* o rebelión contra el *sarkar* como un suceso casi natural. Ésta es una consecuencia directa de la reimaginación de las comunidades forestales el siglo XIX, que reafirmaron su actitud insurgente a inicios del siglo XX. Mientras que las primeras insurrecciones de los bhils en 1819 y 1831, ambas aplastadas por los británicos, no figuran con tanta prominencia en las *goths*, las tres rebeliones que hubo entre 1907 y 1914 se mencionan con orgullo. En 1829 los rivales de los bhils, los kolis del distrito de Ahmadnagar, también opusieron una resistencia que se suprimió rápidamente, y de nuevo ocurrió en 1844, cuando un gobernante koli local logró resistir el dominio británico durante dos años.

La resistencia más prolongada fue quizá la que opusieron los miembros de las tribus koya, konda y dora de lo que hoy son las zonas montañosas de Gudem y Rampa en Andhra Pradesh (Arnold, 1982). Estos grupos, que eran principalmente agricultores *jhum*, se vieron muy afectados por diversas restricciones que impusieron las disposiciones británicas y las desafiaron constantemente. Primero, la demarcación de fronteras y la oposición del gobierno a la *jhum* no sólo causaron estragos para la práctica, sino que implicaron la pérdida de control de los grupos tribales sobre sus tierras. Los contratos de arrendamiento del gobierno atrajeron “forasteros”, hombres de las llanuras que celebraron contratos con la administración para el uso comercial de los bosques.

Por ejemplo, la *fituri* (revuelta) de 1879 se debió a que el gobierno prohibió la elaboración del licor local, una fuente importante de nutrición, y a que se otorgaron contratos de arrendamiento a comerciantes de las llanuras para la fabricación de licor de palma. Ya reducidos a una posición de dependencia y subordinación, los miembros de las tribus de las colinas de Rampa consideraron que, como de todas formas ya no podían vivir, “podrían asesinar a los agentes de policía y morir” (Gadgil y Guha, 2000, p. 155). Los ataques constantes a las estaciones de policía, un símbolo visible de la autoridad del Estado en todas las *fituri*, ilustra bien el análisis de Ranajit Guha de estas insurgencias como actos políticos conscientes y de la conciencia del rebelde como “negativo”, es decir, definido contra el otro, el opresor dominante. Tammam Dora, el líder de levantamiento de 1879, recibió disparos de la policía en junio de 1880, pero la insurgencia se extendió a las colinas de Golconda, en Visakhapatnam, y a la región de Rekepalle en Bhadrachalam, que a últimas fechas se habían transferido a la presidencia de Madrás desde las provincias centrales y se habían sometido a mayores restricciones relativas a la *jhum*.

La *hool* de los *santal* (rebelión de los pueblos *santal* en lo que hoy es Jharkhand contra los odiados símbolos de la autoridad colonial británica y la invasión creciente de “forasteros” a su tierra) de 1855-

1856 ofrece otro ejemplo bien documentado de un levantamiento contra la opresión de la policía local y los funcionarios europeos, y la penetración de “forasteros” (Chaudhuri, 2008). Cabe recordar que los *santal* anteriormente habían desalojado a los paharias de los bosques de Bengala cuando reclamaron páramos y comenzaron a cultivarlos con arados. Sin embargo, a lo largo del siglo XIX los contratos del gobierno y una serie de disposiciones forestales, así como el despliegue de redes ferroviarias, presionaron seriamente a los *santal*, que vivían dispersos por los distritos de Cuttack, Manbhum, Balabhum, Chota Nagpur, Palamau, Bankura y el área circundante a las colinas de Rajmahal, el Damin-i-Koh. Sus habilidades como agricultores y sus derechos como los pobladores “originales” se vieron sometidos a grandes tensiones debido a que los británicos alquilaban tierras a los zamindares y a prestamistas, y su vida se complicó aún más por las demandas de la policía y los funcionarios europeos.

Finalmente, los *dikus* o líderes de los *santal* hicieron un intento desesperado por recuperar sus tierras perdidas desalojando a los forasteros. Se levantaron en una rebelión abierta contra los tres principales opresores: los zamindares, los *mahajans* y el gobierno. La rápida expansión de la insurrección a una zona extensa entre Rajmahal y Bhagalpur y el apoyo activo que recibieron los rebeldes de campesinos de castas bajas generaron pánico en los círculos del gobierno. Se adoptaron medidas drásticas para aplastar el levantamiento: se incendiaron las aldeas *santal* y se asesinó indiscriminadamente a su pueblo. Esto produjo una migración a gran escala de jornaleros tribales de Santal, Oraon y Munda hacia el norte de Bengala, donde ayudaron a desmontar la selva. También se mudaron a las plantaciones de té de Darjeeling y Jalpaiguri, y más adelante al extranjero, como jornaleros a largo plazo (Bates, 2000, p. 6). Todo esto al fin terminó con el levantamiento, pero éste mantuvo su presencia en el imaginario popular. Hasta hoy, los artistas/pintores de Bengala cantan canciones sobre la *hool* al tiempo que describen vívidamente el suceso en sus *pata chitra* (pinturas en corteza de árbol).

Por otro lado, en los registros oficiales se inscribieron estas sublevaciones como la insurgencia, “antítesis del colonialismo”, que trastornó el “orden público” vital que el régimen colonial había instaurado (Guha, 1983, pp. 2-3). Los administradores comparaban y contrastaban una revuelta campesina con otra en sus reportes para comprender qué había ocasionado tal suceso. Por supuesto, el objetivo era implementar medidas para evitar su recurrencia. Por tanto, en su análisis de los Disturbios del Decán de 1875 la Comisión de disturbios del Decán enfatizó la importancia de la *hool* de los *santal* como un “precedente”. En el caso de estos “disturbios”, los agricultores insurgentes *kunbi* de los distritos de Poona y Ahmadnagar, como sus contrapartes *santal*, atacaron a los forasteros, en este caso a prestamistas *marwari* y *gujar* (Kumar, 1968). Los registros coloniales muestran una notable falta de preocupación por las penurias reales que llevaron a la gente a tomar medidas tan extremas; sólo buscaban las causas y la precedencia para legitimar la contrainsurgencia (Guha, 1983, pp. 2-3).

1857: VISIONES DIFERENTES

El miedo y la indignación que produjeron la superioridad racial abierta y la arrogancia del dominio británico se expresaron en un evento histórico, la Revuelta de 1857. Declarada oficialmente como la primera Guerra de Independencia India en ocasión de su 150 aniversario en 2007, la Revuelta sigue generando interpretaciones nuevas y animadas controversias (Bandyopadhyay, 2008; Bhattacharya, 2007; Nayar, 2007; Roy, 2008, por ejemplo), debido a que es un fenómeno “peculiarmente difícil de definir” en términos conceptuales (Ray, 2007, p. 357). En la elegante formulación de Ray, el “Motín” fue una “guerra entre las razas que no fue una guerra racial”, puesto que la raza súbdita la consideró una guerra por motivos religiosos. Al mismo tiempo, no fue realmente una guerra religiosa, porque desafió el

avasallamiento político que impusieron los británicos, no su religión (2007, p. 357). Fue más bien “una guerra patriótica de la hermandad hindú-musulmana” o de la nacionalidad social incipiente del Indostán, “pero tampoco una guerra nacional” (2007, p. 357).

Intentemos entender los diferentes temas que aborda la formulación de Ray. Primero, el término “motín” se utilizó en la historiografía oficial británica para subrayar que se trató esencialmente de una rebelión de los cipayos (*sipahi*) del ejército indio británico. Se difundió sólo porque una muchedumbre revoltosa se unió a los cipayos y causó el colapso total del orden público en grandes regiones del norte de India. Las historias formales que se publicaron en las décadas de 1880 y 1890 se encargaron de explicar por qué se rebelaron los cipayos y por qué se les unió esa muchedumbre revoltosa. El muy leído volumen de Richard Holmes, *A First History of the Indian Mutiny and of the Disturbances which Accompanied it Among the Civil Population* [Primera historia del motín indio y de los disturbios que lo acompañaron entre la población civil] (1882), admitió que los soldados indios pudieron haber recibido un mejor tratamiento. Las condiciones del servicio que se les ofrecía dejaban mucho que desear. En particular, los cipayos estaban molestos por la obligación de servir en el extranjero, porque contravenía directamente su prejuicio de casta de no cruzar el *kalapani* (agua negra). Así, en opinión de Holmes, el motín pudo haberse evitado si se hubiera tratado un poco mejor a los soldados indios, si se les hubiera exigido una disciplina más estricta y si hubieran igualado en número a los soldados británicos dentro del ejército. Sin embargo, Holmes atacó a los terratenientes despojados, los gujars, y a los “vándalos” de India, que aprovecharon el primer signo de debilidad del poder británico en el “Motín”. De manera similar a los ladrones y rufianes de Inglaterra, estos “vándalos” aprovecharon el motín para servir a sus propios intereses.

H. G. Keene, miembro del Servicio Civil Indio entre 1847 y 1882, culpó del motín y la Revuelta a los “cambios excesivamente

ambiciosos” que introdujo Dalhousie. En su *History of India* [Historia de India] (1893), que escribió para alumnos universitarios, Keene afirmó que las políticas de Dalhousie alarmaron a las “dos principales clases de nativos”, quienes, como estaban en una etapa anterior de desarrollo humano, encontraban “incomprensibles las ideas y las prácticas de la cristiandad” (Robb, 2007, p. 60). Los hindúes se indignaron por los intentos de limitar la poligamia de “ciertas clases de brahmanes” y por el efecto que la educación inglesa tuvo entre ciertos sectores de la juventud. Por su parte, los musulmanes se alarmaron por la destitución del *nawab* de Awadh y por las amenazas a Delhi, así como por la falta de empleo (2007, p. 60). Por tanto, la culpabilidad de Dalhousie fue marginal —fue “demasiado ambicioso” y juzgó equivocadamente el nivel de atraso y conservadurismo de los súbditos que gobernaba—.

Hagamos una pausa para analizar los “cambios excesivamente ambiciosos” que introdujo el gobernador general Dalhousie para comprender por qué los “nativos” reaccionaron como lo hicieron. La política Doctrina del Lapso de Dalhousie culminó el proceso que había iniciado Wellesley y su Alianza Subsidiaria. Dalhousie clasificó a los Estados indios en tres grupos diferentes. El primero se componía de Estados que él consideraba creación del gobierno británico. Los Estados “tributarios y subordinados” formaban el segundo grupo, y los Estados “independientes”, el tercero (Majumdar, 1970, p. 62). La Doctrina del Lapso se aplicó con mayor vigor al primer grupo de Estados, por lo que se ignoró completamente el derecho a tener un heredero al trono por adopción, y las propiedades automáticamente se transferían al dominio británico si el gobernante moría sin un heredero biológico natural. Los gobernantes de los Estados tributarios tenían permitido adoptar herederos únicamente con autorización previa de la Compañía, mientras que los gobernantes de los Estados independientes tenían libertad para tomar sus propias decisiones.

Es comprensible que la Doctrina del Lapso causara un gran temor entre los príncipes indios, que se cristalizó por la anexión

de Satara (1848), Punjab (1849), Sambalpur (1850) y Jhansi y Nagpur (1854). Aunque el gobernador general actuó con el consentimiento de las autoridades metropolitanas, en la mayoría de estos casos su convicción en favor de la anexión lo hizo desobedecer los deseos y las peticiones de los gobernantes moribundos que deseaban obtener la autorización de la Compañía para realizar una adopción. El despotismo de Dalhousie también se reflejó en la destitución del *nawab* Wazid Ali Shah de Awadh, a quien se acusó de mal gobierno en 1856. Como hemos visto, Awadh se había convertido en un aliado subsidiario cerca del cambio de siglo y los *nawab* habían permanecido leales a la Compañía, aunque sus demandas crecientes los habían forzado a ceder parte de sus reinos, por lo que la anexión del territorio de Awadh causó ira e indignación.

De manera similar, Dalhousie rechazó la reclamación de Dhundu Pant (Nana Sahib), el hijo adoptado del *expeshwa* Baji Rao II, a una pensión anual de 8 lakh de rupias en 1851, alegando que la pensión que se había otorgado al *peshwa* era personal y que Nana Sahib tenía suficientes propiedades a su disposición para mantenerse. El gobernador general también se negó a reconocer la sucesión del tío del fallecido *nawab* de Carnatic en 1855, argumentando que el tratado que celebró Wellesley con el *nawab* Azimuddaula de Carnatic en 1801 fue personal y que la Compañía ya había hecho un favor especial permitiendo que los sucesores del *nawab* conservaran el título. Era momento de abolir el reinado del *nawab* en el Carnatic.

Dalhousie era el epítome de la arrogancia, la autoconfianza y el desprecio a los “nativos” que el gobierno de la Compañía había adquirido para mediados del siglo. La Doctrina del Lapso era una parte del programa de Dalhousie para imponer un control estricto en la India unificada eliminando las soberanías alternativas que conservaban los gobernantes y los príncipes indios. La otra parte era la conquista directa. Aquí surgió una oportunidad temprana

gracias a la segunda Guerra Anglo-Sikh, 1848-1849, que permitió a la Compañía ocupar la provincia del Punjab, rica y estratégicamente importante. El Punjab se encontraba a cargo de dos hermanos, John y Henry Lawrence, quienes hicieron eco de la visión y el sentimiento de Dalhousie y asumieron poderes discrecionales difíciles de igualar para administradores en otras zonas de India. Aunque no era su propio plan, el gobernador general también llevó a cabo una campaña exitosa contra Birmania para proteger los intereses comerciales de la Compañía, y en 1852 se anexó la Baja Birmania.

La anexión se complementó con medidas que se adoptaron para la integración de India en términos jurídicos y administrativos. Los derechos de los individuos se establecieron en la medida de lo posible en consonancia con la ley inglesa y se adoptaron con entusiasmo las nuevas tecnologías que estaban transformando a Occidente: los ferrocarriles, el telégrafo y el sistema postal.

La construcción de la red ferroviaria comenzó bajo la supervisión de Dalhousie con dos líneas iniciales desde Howrah, cerca de Calcuta, y Bombay. La construcción se financió enteramente con capital británico, y la Compañía y más adelante la Corona garantizaron a todos los inversionistas un retorno de 5%, lo que eliminaba el riesgo de su inversión. Las ganancias del ferrocarril regresaron a Inglaterra y no contribuyeron en absoluto al desarrollo industrial de India. En conjunto, la red ferroviaria india dio un excelente servicio a Gran Bretaña, pues las ciudades portuarias se conectaron con el interior, las grandes ciudades adquirieron vínculos entre sí y el dominio indio bien incorporado quedó bajo una supervisión más cercana de la metrópoli. Los artículos manufacturados británicos ahora gozaban de un fácil acceso a los mercados indios y las industrias británicas podían explotar el interior del país para obtener materias primas. Además, el movimiento del ejército indio británico se volvió rápido y fácil, lo que eficientó el control británico. Por tanto, la idea de Dalhousie de que el ferrocarril “aumentaría

inmensamente el asombroso poder de las fuerzas militares en cada rincón del imperio indio” y “atraería capitales y empresas británicas a India” se hizo realidad por completo (Dalhousie, citado en Majumdar, 1970, p. 384). Por otro lado, para India la extensión de la red ferroviaria causó la devastación de reservas forestales y transformó su economía en una colonial “clásica”, en la que se exportaban cultivos comerciales como el algodón, el té y el yute a cambio de telas y otros productos manufacturados británicos (Metcalf y Metcalf, 2003, p. 96).

La introducción del ferrocarril se vio acompañada de la construcción de caminos a gran escala, particularmente en los territorios recién anexados, y del establecimiento en cada provincia de un Departamento de Obras Públicas bajo el control directo del gobierno central, que se encargaría de dar mantenimiento a los caminos. La innovación a partir de 1848 de los barcos de vapor con máquinas de casco de hierro y alta presión, que eran más rápidos y seguros, y del sistema postal, que se instauró en 1854, hizo posible entablar una comunicación rápida entre Inglaterra e India. Si una carta tardaba casi seis meses en viajar desde India hasta Inglaterra en la década de 1830, para la de 1870, después de la apertura del canal de Suez, la misma carta podía llegar a Bombay desde Londres en un mes (Metcalf y Metcalf, 2003, p. 97). Podría decirse que el correo brindó beneficios a la población india, especialmente el “correo a penique”, que permitía a la gente enviar cartas a cualquier destino dentro del país a un costo muy bajo. Sin embargo, el sistema postal también fortaleció la infraestructura del Estado controlado centralmente al que aspiraba Dalhousie. La anexión y la innovación lograron que el Estado fuerte incidiera sobre la vida de los súbditos en nuevas maneras.

Los soldados del ejército de Bengala no escaparon a la presión del Estado invasivo —la Ley General de Alistamiento en Servicios de 1856 obligaba a los cipayos a aceptar cualquier puesto de destino, incluyendo Birmania, lo que los forzaba a cruzar el kalapani—.

Ésta fue una consecuencia de las reformas que se hicieron dentro del ejército a partir de la década de 1820, en virtud de las cuales se eliminaron muchos de los privilegios que Warren Hastings había otorgado principalmente a los soldados brahmanes, rajput y bhumihar de castas altas en el ejército de Bengala, como el respeto a sus restricciones dietarias y aquellas relacionadas con los viajes. No obstante, la cancelación de tales privilegios no había llevado a una paridad con los oficiales ingleses del ejército. Indios e ingleses habitaban dos mundos diferentes en los cuarteles, y los oficiales británicos solían exhibir desconfianza y odio por los soldados indios, quienes recibían salarios más bajos y tenían muy pocas oportunidades de ascender.

La discriminación en el ejército, aunada a una perturbación generalizada debida al gobierno de la Compañía, el ataque abierto a las creencias y las prácticas de los nativos por parte de los misioneros evangélicos y el proyecto liberal de reformas sociales, generó en el pueblo miedo y angustia de que los gobernantes extranjeros querían destruir su fe. Cuando se introdujo el nuevo rifle Lee Enfield, cuyos cartuchos tenían que morderse, corrieron rumores de que éstos estaban cubiertos de manteca de vaca y de cerdo, impuras para los hindúes y los musulmanes, respectivamente. Mangal Pandey, del 34° regimiento de Barrackpore, Bengala —a quien se celebra como el primer mártir del motín y que se glorificó recientemente en la pantalla grande—, se negó a usar el cartucho y disparó a sus oficiales europeos el 29 de marzo de 1857. Aunque este incidente se considera el inicio oficial del motín, la resistencia de Mangal Pandey no guardó una relación directa con los sucesos que se desencadenaron en el norte de India a partir del mes de mayo. Los cipayos de Meerut dieron rienda suelta a injurias que habían acumulado y transformaron el “reto limitado” del “héroe accidental” (Mukherjee, 2005) en un desafío colectivo al dominio británico (Roy, 2008, p. 135).

PROCESOS EN DESARROLLO

El 24 de abril, tres meses después de la acción retardadora de Mangal Pandey, que ocasionó la desbandada del 34º regimiento del ejército de Bengala, 85 soldados del 3º regimiento de caballería en Meerut se negaron a utilizar los cartuchos engrasados y se les deshonró públicamente el 9 de mayo. El 10 de mayo todo el regimiento de Meerut, incluyendo a la infantería, se sublevó. Los cipayos asesinaron a funcionarios ingleses, liberaron a prisioneros, marcharon hacia Delhi y la capturaron el 12 de mayo; allí obligaron a Bahadur Shah Zafar a renunciar al liderazgo: la Revuelta ya era abierta y formal. Pronto, los cipayos de Firozpur y Muzaffarnagar se unieron a los rebeldes. El 20 de mayo el 55º Regimiento de Infantería se rebeló cerca de Peshawar y se unió a los rebeldes que habían marchado a Delhi. Al cabo de algunos meses, la revuelta se extendió a todo el territorio entre Delhi y Bihar, y casi causó el colapso del gobierno de la Compañía en grandes zonas del norte y el centro de India. Los motines generalmente seguían el patrón que se había establecido en Meerut. Los cipayos mataron a oficiales británicos y a otros europeos, liberaron a presos de la cárcel, incendiaron oficinas de gobierno, saquearon el tesoro y después “se dirigieron a Delhi, se unieron a algunos jefes locales o deambularon libremente” (Majumdar, 1970, p. 477).

Awadh fue testigo de una intensa revuelta de civiles que acompañó a la de los cipayos. Además el hecho de que la destitución del *nawab* y la confiscación de aldeas de taluqdares durante el acuerdo agrario de 1856 habían causado indignación, Awadh era una región que proveía numerosos grupos de soldados al ejército británico. Después de que la Compañía exilió a Wajid Ali Shah y nombró a John Lawrence como comisionado de Awadh, Begun Hazrat Mahal coronó a su hijo de 14 años como gobernante y congregó a un gran número de personas, principalmente en Lucknow. La revuelta asumió la forma de un movimiento popular en Awadh con la participación, como ha demostrado Mukherjee (1984), no

sólo de taluqdares a quienes se había despojado, sino también de campesinos que habían adquirido títulos sobre la tierra en 1856. Todos ellos peleaban en nombre de su *nawab* depuesto y de sus parientes cipayos. Lawrence y otros europeos se vieron forzados a refugiarse en el compuesto fortificado *The Residency* en Lucknow, que sufrió un ataque en el que Lawrence murió asesinado. Lucknow se recapturó en 1858, cuando Colin Campbell encabezó un gran ejército y capturó y asesinó a los rebeldes.

El motín de Kanpur ha alcanzado gran notoriedad debido a la función que supuestamente desempeñó Nana Sahib, quien, cabe destacar, fue leal a los británicos en las primeras etapas del motín. Fue sólo después de que los cipayos de la 2ª caballería y 1ª y 56ª Infantería Nativa se rebelaran el 4 y el 5 de junio y saquearan el tesoro, liberaran presos, tomaran posesión del polvorín y marcharan hacia Delhi, que Nana estuvo bajo los reflectores. Hubo un dramático giro en los acontecimientos y los cipayos rebeldes volvieron a Kanpur el 6 de junio liderados por Nana Sahib. El astuto comandante civil brahmán de Nana, Tantia Tope (Ramchandra Pandurang), también se unió a los cipayos sediciosos y juntos pusieron a Kanpur bajo un prolongado sitio. Cuando los oficiales británicos por fin decidieron marcharse, las intensas emociones y la confusión ocasionaron la masacre de Bibi Ghar, lo que convirtió a Kanpur en uno de los sitios más sangrientos de la Revuelta (Mukherjee, 1990). La reacción de los británicos a la recaptura de Kanpur fue igualmente áspera y cruenta, si no es que más. Los generales de la Compañía impusieron castigos ejemplares a los rebeldes para intimidar a la población y prevenir cualquier idea de levantamiento en el futuro. Sin embargo, Nana Sahib logró desaparecer.

La *rani* Lakshmibai de Jhansi también convocó a un gran ejército rebelde a su mando y desafió el gobierno de la Compañía en su territorio. Cuando las tropas británicas capturaron Jhansi en junio de 1858, Lakshmibai huyó a Kalpi, unió fuerzas con Tantia Tope y capturó el fuerte de Gwalior desafiando al ejército del rajá de Gwa-

lior. No obstante, la *rani* murió en batalla y Tantia Tope se ocultó antes de su captura final y muerte en la horca en 1859, lo cual señaló el fin de la Revuelta.

NUEVAS PROPUESTAS:

¿Una *rani* rebelde?

La figura de la *rani* Lakshmibai, una mujer guerrera en un medio predominantemente patrilineal, se ha prestado a diversas percepciones y representaciones. La *rani* Lakshmibai, a quien las novelas victorianas representaban como la esposa viuda y estéril que buscó venganza trastornando hogares ingleses pero con el tiempo fue subyugada por varones británicos, ha aparecido en poemas, novelas y películas, así como en recuentos históricos de la India del siglo xx, como una figura heroica y pionera del movimiento hacia la independencia. La profusión y la diversidad de sus representaciones han incitado a los académicos a profundizar en el “mito” y la “realidad” de la *rani* (Mukherjee, 1995) e inspirado a otros a analizar las distintas dimensiones de las representaciones de Lakshmibai en los diferentes géneros (Singh, 2014). En términos de Rudrangshu Mukherjee, Lakshmibai era un “rebelde renuente”. Durante mucho tiempo, las líneas de la lealtad y la rebelión no estuvieron trazadas claramente para ella y recurrió a la rebelión sólo cuando los británicos la olvidaron y se vio “amenazada por una población insurgente que deseaba que ella asumiera el liderazgo” (Mukherjee, 1995, p. 10).

Para Harleen Singh, Lakshmibai sirve como un símbolo del papel dual de las mujeres indias como miembros valiosos de la nación y como la “tenaz fidelidad a la tradición” de India (Singh, 2014, p. 128). En el famoso poema *Jhansi ki Rani* (1930) de Subhadra Kumari Chauhan, la *rani* es a la vez un *avatar* de la diosa de la guerra y una valerosa hija de los marathas, aunque su deshonra última lleve a los hombres a tomar las armas. En el tejido de la iconografía regional y religiosa, afirma Singh, se elige a la *rani* como “la precursora y la catalizadora de la libertad de la India en una movilización moderna del estado dentro de fuentes de poder tradicionales” (Singh, 2014, pp. 146-147). Su transformación de reina a diosa culmina en su encarnación final como representación máxima de la independencia, *swatantrata*, que de manera simultánea simboliza una “reforma de lo feudal, la reina, a lo mítico, la diosa, y finalmente a lo moderno, la independencia” (Singh, 2014,

p. 147). Al reimaginar a la *rani* de Jhansi como *swatantrata*, el poema de Chauhan estremece el discurso del nacionalismo, dominado por un género, al colocar al mismo tiempo el rescate y la resistencia en las manos de la madre (Singh, 2014, p. 149).

Por otra parte, la novela histórica de Vrindavan Lal Varma, *Jhansi ki Rani Lakshmi Bai* (1946), aplica la noción de *swaraj* de Gandhi como autogobierno disciplinario para identificar a la *rani* inequívocamente como una rebelde anticolonial dedicada, desde el inicio de su toma de conciencia política, a la independencia para Jhansi, e inevitablemente para India. En la novela, Jhansi encarna una India microcósmica con diversas alianzas religiosas, étnicas y de casta que unifica como una sola entidad política contra la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, donde la *rani* es el epítome del arquetipo nacionalista (Singh, 2014, pp. 151-152). En un plano diferente, la figura de la *rani*, una heroína india incuestionable y una monarca bajo quien tanto los súbditos musulmanes como los hindúes se habían unido en el pasado, funge como un símbolo particularmente potente del “secularismo” en la literatura india, aparentemente resolviendo los desafíos hindi y urdu del pasado histórico y literario (Singh, 2014, p. 139). En la película *Jhansi ki Rani* de Sohrab Modi (1953), la figura masculina de Rajguru, consejero del monarca, hace uso de poderes cruciales para convertir a una niña terca en una reina y después para convencerla de que viva por la nación y no cometa *jauhar* (Singh, 2014, p. 168). El filme da otro giro al discurso de género a través de una complicada deferencia a las naciones tradicionales de la femineidad india: una interpretación “particularmente elástica que permite un punto medio entre el modo de representación progresivo y el regresivo” (Singh, 2014, p. 173).

Referencias

- Mukherjee, Rudrangshu (1995). The Reluctant Rebel: Rani Lakhsmibai of Jhansi. *Manushi*, 87, pp. 6-10.
- Singh, Harleen (2014). *The Rani of Jhansi: Gender, History and Fable in India*. Nueva Delhi: Cambridge University Press.

¿UNA GUERRA POPULAR?

Desde luego, el miedo por la “impureza inducida oficialmente y la consecuente pérdida de la fe” no sólo se confinaba a las clases

militares. La *History of the Mutiny* [Historia del motín oficial] de Kaye y Malleon (1864) mencionaba que estaba circulando un rumor inquietante y que asumió muchas “formas ominosas”. Todas las murmuraciones afirmaban que los ingleses tuvieron la intención de deshonorar tanto a los hindúes como a los musulmanes contaminando sus alimentos diarios con materia impura (Kaye y Malleon, 1897, vol. 1, p. 416). Para los autores de la *History* y para otros funcionarios británicos, el “tema único de la contaminación dirigido a todos los sectores de la población indígena fue un astuto estrategia unificante” (Guha, 1983, p. 263). Para ellos, esto explicaba por qué grandes multitudes se unieron al motín. Dada la discusión que aquí hemos planteado, no es difícil ver por qué hubo una angustia colectiva ante los modos de los británicos: el miedo se expresó en los rumores mencionados, que se extendieron sin control.

Quizá sea revelador el hecho de que los rumores sobre la contaminación de alimentos estuvieron acompañados por la circulación extendida de *chapatis*, panes sin levadura hechos de harina de trigo, maíz o cebada, en las provincias del noroeste en el invierno de 1856-1857 (Guha, 1983, p. 239). No sabemos a ciencia cierta qué significó dicha circulación, pero su rápida expansión por las aldeas del norte de India demuestra que los aldeanos campesinos la identificaron como una señal de que algo estaba por suceder. Esto se confirma con el hecho de que hubo enormes asambleas de poblaciones locales antes del estallido de la violencia. Es casi como si los campesinos, “sacudidos de su docilidad y sumisión habituales”, estuvieran respondiendo a alguna “señal invisible y tácita, pero comprendida universalmente, de enfrentarse a su enemigo en una lucha armada” (1983, p. 118).

De acuerdo con el análisis clásico de la conciencia campesina de Ranajit Guha, todos estos procesos fueron indicaciones del desasosiego de una sociedad agraria “al borde de una insurrección violenta” (Guha, 1983, p. 239). Por supuesto, los británicos notaron las señales pero no comprendieron su significado, las confundieron con

la indicación de una gran conspiración que resultó en el motín. No existió tal conspiración, sino un reconocimiento vago pero generalizado de las maneras viles y distantes de los gobernantes extranjeros —el enemigo común— por parte de los pueblos sometidos, un reconocimiento producido por la arrogancia y la superioridad racial proclamada de los ingleses y la fuerza física sobre la que se basaba su dominio. Es en este sentido que la Revuelta fue una “guerra de las razas”, aunque los indios no la pensaron en términos raciales.

La revuelta civil que siguió al motín fue heterogénea y diversa, y extensos los elementos que la motivaron. Tanto gobernantes y príncipes despojados como zamindares y taluqdares descontentos, hombres piadosos con cierta reputación local y campesinos pobres comunes encabezaron los numerosos estallamientos que ocurrieron en 1857 y 1858 en diferentes pueblos, provincias y distritos del norte de India (Bhadra, 1985; Ray, 1993). Tal como las “masas” de Awadh respaldaron a su gobernante, las muy unidas comunidades agrícolas *jat* y *rajput* lideraron el levantamiento en las provincias vecinas del noroeste en protesta por la onerosa tasación fiscal diferencial que se les impuso.

Los reportes sobre la insurgencia que redactaron los administradores locales están llenos de referencias a los líderes desconocidos de las “jaquerías”. El término “jaquería” se originó en la Europa medieval tardía para hacer referencia a la insurgencia campesina en Francia durante la Guerra de los Cien Años. Los funcionarios coloniales británicos llamaron “jaquerías” a la mayor parte de las sublevaciones campesinas en la India del siglo XIX. Tales “jaquerías” demostraron que los británicos no eran el único enemigo de los campesinos y los pueblos más pobres. Los prestamistas y los zamindares fueron tanto sus objetivos de ataque como la policía *thana* y otros símbolos del poder británico. Además, con frecuencia los príncipes y los terratenientes se veían obligados, como el emperador mogol renuente, a unirse a los cipayos y a los campesi-

nos y a convertirse en líderes. Resulta comprensible que este “caos” afianzara la idea británica de la “muchedumbre revoltosa”. Al mismo tiempo, la “muchedumbre revoltosa” actuaba sobre la base de un reconocimiento agudo —el motín de los cipayos había causado una inversión en las relaciones de poder—. El mundo se había volteado de cabeza y era momento de que “ejercieran la fuerza sobre aquellos que los habían coaccionado hasta entonces” (Ray, 2007, p. 254). Esto explica la violencia extrema a la que recurrieron los cipayos y los civiles, una liberación cataclísmica de todas las emociones acumuladas que habían tolerado.

Por tanto, la Revuelta elude la categorización, lo que ha contribuido a su muy distinta clasificación en las historias imperiales y nacionalistas. El malestar entre los confiables cipayos (*sipahi*) —pilares fundamentales del ejército británico-indio— causó conmoción, incredulidad y desaliento entre los británicos. La reacción a este suceso inquietante fue cruel, y las medidas que se adoptaron para reprimirlo, inclementes. En las historias imperiales, la “guerra de los cipayos” encarnó la naturaleza irremediabilmente retrasada del pueblo indio y comprobó que el gobierno británico en India era necesario (Kaye, 1864). Esta impresión se corroboró con recuentos de horror y exceso, como la masacre de Bibighar (Mukherjee, 1998), que llevaron a cabo tanto los cipayos como los “vándalos”, lo que justificó la despiadada represión de la Revuelta. Así, la historia de la Revuelta se convirtió en la historia de su represión, en la que se reflejaron el valor y la audacia de la raza inglesa y la gloria del imperio (Bandyopadhyay, 2008, p. 2).

La presencia forzada del emperador mogol entre los rebeldes y el objetivo declarado de los cipayos de reponer la autoridad mogola indujeron a algunos historiadores imperiales a condenar el levantamiento como una conspiración musulmana, afirmación que Sayyid Ahmad Khan rebatió apasionadamente en un ensayo que escribió en urdu en 1858. En dicho ensayo, que más adelante se tradujo al inglés, Sayyid Ahmad, un empleado leal a la Compañía, argumentó

con fuerza que la Revuelta no fue sólo un motín de cipayos descontentos, sino un levantamiento general que se debió a múltiples agravios. La política cultural de los británicos, la severidad de las tasaciones de impuestos y la degradación de las élites terratenientes y principescas habían causado tales agravios (Metcalf y Metcalf, 2003, p. 99).

Sayyid Ahmad no hizo referencia alguna a la presencia del *ethos* mogol en el imaginario popular. Como observa Ray, hasta 1857 la Compañía Inglesa de las Indias Orientales gobernó nominalmente en nombre del emperador mogol, y en las órdenes de gobierno que los pregoneros anunciaban al público se subrayaba la soberanía del *badshah* mogol (Ray, 2007, pp. 419-420). Los cipayos rebeldes buscaban reinstaurar un mundo y un orden que les era familiar. La marcha de las tropas amotinadas a Delhi lo dejó en claro: para que su rebelión fuera exitosa, tenían que adquirir el control de la ciudad. Además, para ellos Bahadur Shah era el único “gobernante legítimo del Indostán” (Dalrymple, 2007, p. 13), y otros rebeldes compartían el sentimiento. La decisión de “reinstaurar” el reinado mogol la tomó el pueblo, no los gobernantes.

Así, aunque la religión constituyó un elemento clave en la Revuelta, los señores feudales solían fungir como líderes y los rebeldes querían traer de vuelta un orden anterior, los términos y el significado de esta “restauración” habían cambiado. Ésa fue la causa de que se categorizara la Revuelta como “una mirada hacia atrás” —como lo han hecho muchos historiadores, particularmente de corriente marxista (Sarkar, 1979)—. Los primeros líderes del Congreso y miembros de la Asociación Británico-India también habían denunciado al motín por motivos similares. Incluso Jawaharlal Nehru no pudo evitar tildarla de “exabrupto feudal”, aunque reconoció un “sentimiento popular” en el apoyo que se otorgó a los jefes feudales (Nehru, 1946, pp. 268-269). Por otro lado, un ensayo reciente incluso ha mencionado que lo que querían los cipayos era repudiar no sólo el gobierno de la Compañía, sino la estructura

de poder indígena, y “crear un espacio autónomo para sí mismos” (Dasgupta, 2008).

El sensible estudio que hace Stokes sobre la Revuelta ha buscado contrarrestar la separación que se estableció entre el motín y la rebelión civil al definir la insurrección como el movimiento de un “ejército campesino escapando de su amo extranjero” (1986, p. 14). Es interesante notar que Stokes anteriormente había argumentado que hubo varios movimientos, no una sola rebelión, y que la presencia de los terratenientes le dio un carácter “elitista” a la revuelta rural (1980). Asimismo, había apuntado los efectos diferenciales de las altas demandas de ingreso público en diferentes partes de Awadh y las provincias del noroeste, y descartado una similitud de objetivo fácil entre los campesinos y los terratenientes, como había argumentado Chaudhuri (1957). Stokes argumentó que la intensidad de la Revuelta no tuvo necesariamente que ver con la severidad de las quejas económicas. Los vínculos de comunidad y parentesco, de casta y religión entre jats, rajputs, gujars y sayids —los actores clave de la Revuelta— habían tenido una función muy importante. Esto iba perfectamente a tono con la cosmovisión “no moderna” del campesino.

Sabemos que los soldados provenían principalmente de comunidades agrícolas, pero al mismo tiempo, que una vez que se unía al ejército, un *sipahi* no permanecía simplemente como “campesino en uniforme” (Mukherjee, 1984). Además de adquirir los deberes y las responsabilidades del puesto, obtenía una perspectiva mucho más amplia que la del aldeano dedicado al cultivo. Aún era significativo el hecho de que el “uniforme” le confiriera privilegios especiales y un sentido de poder, que a su vez inspiraba aspiraciones de formar parte de la élite (Dasgupta, 2008, pp. 161-162). Dejaba de ser sólo un campesino. Al mismo tiempo, el intercambio de noticias e ideas entre el soldado y el campesino, así como el odio colectivo por el dominio británico, permitió que la Revuelta adquiriera las proporciones que tuvo. La fe jugó un papel fundamental en

la acumulación de este odio, pero el miedo a perderla se fomentó por dislocaciones diversas y severas que causó el gobierno de la Compañía. Es por ello que aunque los hindúes y los musulmanes lucharon contra los británicos en el nombre de la fe, desafiaron la dominación política británica, no el cristianismo evangélico.

La magnitud de la Revuelta y la participación conjunta de “hindúes” y “musulmanes” que alentó han permitido que una poderosa corriente de historiografía nacionalista denomine “Guerra de Independencia India” al levantamiento. Este apelativo ha tenido como resultado la incorporación del año 1857 a la “prehistoria” del nacionalismo para reforzar la noción de que la del nacionalismo indio es una historia lineal de éxito y progreso que llevó a la independencia (Guha, 1982-1989). Fue Veer Savarkar quien describió la Revuelta de esta forma en 1908, aunque un ensayo reciente ha mostrado que la palabra “primera” en el título del libro de Savarkar es una interpolación posterior (Sharma, 2008, p. 123) que ha recibido gran aceptación. Poco después de que Savarkar la llamara Guerra de Independencia India, Jawaharlal Nehru mostró reservas sobre el “carácter feudal” de la Revuelta, subrayando de nuevo la disparidad de las visiones. Por si fuera poco, a mediados del siglo XIX el nacionalismo era un concepto apenas reconocido, y su relato no tiene una historia única indiscutida.

Además, es bien sabido que todo el sur de India, Bengala y el Punjab no se vieron afectados por la Revuelta, que se extendió por las provincias del noroeste y el Gunga-Jumna Doab. Esto se debe a que los pueblos de estas zonas, en particular los sikhs, los gurkhas, los pashtunes del otro lado del río Indo y los bengalíes trabaron alianzas “estratégicas” con los británicos durante 1857, con el argumento de que podían beneficiarse más “en un *Raj* británico resucitado que en el *Raj* cipayo-sawar indostaní” (Roy, 2008, p. 1). Debemos comprender que los soldados del recién conquistado Punjab no pudieron haber sentido mucha simpatía por los *sipahi* del ejército de Bengala que los habían derrotado. Tampoco se re-

belaron los ejércitos de Bombay o de Madrás ni hubo insurrecciones civiles en ninguna parte del sur de India. La clase media bengalí con educación inglesa y los terratenientes amparados por el Acuerdo Permanente debían su prestigio y su prosperidad a la Compañía, igual que otros muchos gobernantes y terratenientes en diversas partes de India. Por tanto, sería un error, una “trampa teleológica”, buscar un movimiento panindio nacionalista unido a mediados del siglo XIX o retratar al año 1857 como aquel de la lucha anticolonial en India entera (Roy, 2008, p. 1).

Al mismo tiempo, esta “trampa teleológica” y las proyecciones polarizadas de 1857 por parte de los imperialistas británicos y de la historiografía nacionalista india han generado que se perciba a los grupos que se unieron a la Revuelta como “patriotas”, y a los que no lo hicieron, como “leales”. Sin duda, la Revuelta fue el resultado de “sentimientos patrióticos”, pero las motivaciones de los diversos participantes fueron tan variadas que resulta imposible reducir el análisis a una simple causa y efecto o retratar al movimiento como una “guerra de independencia” (Roy, 2008, p. 1). Cuando ocurrió la Revuelta no había un sentido claro de India como nación unida ni una visión de independencia. Además, como veremos más adelante, la historia del propio nacionalismo estaba fracturada y fragmentada, por lo que no puede reconstruirse como una historia única. Resulta más útil, quizás, dar a los rebeldes el reconocimiento que merecen como actores políticos conscientes y no tomarlos sólo como engranes de la maquinaria de la lucha nacionalista. Si el nacionalismo y el independentismo hubieran estado en boga en 1857, los líderes de la Asociación Británico-India, y más adelante del Congreso Nacional Indio, no habrían condenado la Revuelta. Además, la independencia no fue el resultado de una serie de “guerras”. Por tanto, el término “Primera Guerra” nos insta a reflexionar sobre cuándo y por qué fue importante configurar una historia de nacionalismo tan bélica.

Si seguimos a Dalrymple, probablemente tendría sentido comprender la Revuelta como “un suceso humano de resultados extraordinarios, trágicos y con frecuencia, caprichosos” (Dalrymple, 2007, p. 15), y prestar atención a las transformaciones significativas que provocó y las ramificaciones que tuvo en el imaginario británico y en las percepciones populares en India. Afirma de que 1857 es un hito significativo, porque personas de todas las clases sociales en la “nación en ciernes” encontraron “algunos elementos, no necesariamente los mismos, para empatizar” (2007). Ahora veremos cuáles fueron las repercusiones de la Revuelta.

4. REEDIFICACIÓN

Maharani Victoria
Ei bhaja khae roj kinia
Bhaja kbeye bojhena se
*Keba Raja keba praja*¹

Así sonaba una canción en una popular película bengalí de finales de la década de 1970, un mordaz recordatorio del control de la reina Victoria sobre las clases medias indias y, posiblemente, sobre el “pueblo” en general. En este capítulo daremos seguimiento a los diversos procesos que se sucedieron a finales del siglo XIX e inicios del XX y que hicieron de la reina Victoria el imponente ícono que permanece hasta hoy.

La reina Victoria se convirtió en soberana de India después de la Revuelta de 1857, aunque asumió la posición formalmente en 1877. La recaptura de Delhi por parte de las tropas británicas el 20 de septiembre de 1857, así como el encarcelamiento y la posterior deportación de Bahadur Shah, señalaron un revés en la fortuna de los rebeldes, aunque éstos opusieron una fuerte resistencia hasta inicios de 1859. El gobernador general lord Canning reunió a las fuerzas británicas en Calcuta y las envió primero a Delhi y después

¹ La gran reina Victoria disfruta esta botana todos los días. Le hace olvidar quién es el rey y quién el súbdito.

a Benarés, Allahabad, Kanpur y al resto de Awadh. Para inicios de 1859, Gwalior, Doab, Rohilkand, Lucknow e India central se habían recapturado debido a la cantidad ilimitada de hombres y de recursos al mando de los británicos y a su inclemencia para asesinar a los rebeldes. Por otro lado, los *sipahi* y otros rebeldes sufrían una escasez crónica de efectivo y no contaban con las sofisticadas armas del ejército británico.

La consecuencia inmediata de la Revuelta fue la decisión del Parlamento británico de terminar con el “mal manejo” de los asuntos indios en manos de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. La *Government of India Act* [Ley de Gobierno de India], que el Parlamento aprobó el 2 de agosto de 1858, transfirió todas las facultades de la Compañía a la Corona, declaró a la reina Victoria como la soberana de la India británica, y dispuso el nombramiento de un secretario de Estado. De manera total y violenta se puso fin al sometimiento nominal ante el emperador mogol a manera de correctivo, como consideraban los británicos, por el enorme costo en términos de vidas humanas e ingreso público que la Revuelta había ocasionado. Efectivamente, recuentos que se difundieron ampliamente sobre la crueldad de las atrocidades de los cipayos llevaron a que los británicos en Inglaterra y en India clamaran castigo y retribución. Ni una sola vez se tomó a los rebeldes como oponentes honorables: se les veía como súbditos “desleales” e ignominiosos a quienes había que castigar con la mayor severidad. El miedo que ocasionó la Revuelta acrecentó el racismo británico, hecho que se reflejaría en la demarcación de espacios (Metcalf y Metcalf, 2003, pp. 107-108). Los actos de represión y castigo le costaron una enorme suma a la Compañía, que acumuló una deuda de alrededor de 50 millones de libras, la mayor parte a la Corona británica por haber desplegado tropas para “restaurar el orden”. Desde luego, los recursos para liquidar esta “deuda” tendrían que extraerse de India. Además, dado que la Compañía Inglesa de las Indias Orientales estaba acabada, la compensación para sus accionistas

también se convirtió en parte de la “deuda” que habrían de pagar los contribuyentes indios (Bates, 2007, p. 80).

En un irónico giro, se acusó a Bahadur Shah, quien en teoría fuera emperador de India hasta 1857, de traición a la patria en un tribunal militar. Su defensa no dejó de apuntar que como él era el gobernante legítimo, en realidad los británicos eran los rebeldes, lo cual no tuvo efecto alguno. Se dictó sentencia condenatoria en su contra y se le deportó encadenado a Rangún, donde murió cuatro años después. En palabras de Bernard Cohn, el juicio del emperador “anunció formalmente una transformación en el gobierno”. Aquellos que lo llevaron a juicio creían que era un acto de justicia y negaron explícitamente el derecho del rey a gobernar (Cohn, 1992, p. 178). Este hecho separó al pasado del presente, estableció nuevos principios políticos y marcó el triunfo de un nuevo tipo de gobierno. El británico se convirtió en un gobierno de “personal de confianza” cuando la Corona asumió la responsabilidad de gobernar (Cohn, 1992, p. 165). Ya no se trataba de un gobierno indirecto de “forasteros”, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. India se convirtió en una colonia que desempeñaría un papel cardinal en el mantenimiento económico y estratégico de la hegemonía de Gran Bretaña en la economía capitalista mundial.

PROCLAMAS Y PROMESAS:
EL NUEVO GOBIERNO IMPERIAL

El 1 de noviembre de 1858, fecha en que entraría en vigor la Ley del Parlamento, la reina dictó una proclama en la que informaba a los “príncipes, jefes y al pueblo de India” sobre los cambios. El virrey remplazó al gobernador general de la Compañía como la autoridad suprema en el subcontinente. Mantuvo el título de gobernador general, pero se le hizo responsable directamente ante el Gabinete británico. Como virrey, representaba a la reina ante los

príncipes y los pueblos de India. El gobierno de India se puso a cargo de la Oficina de India, un nuevo departamento de gobierno en Londres que encabezaría el secretario de Estado, miembro del gabinete británico. Por su parte el secretario de Estado recibiría asesoría de un nuevo Consejo de India localizado en Londres. Por tanto, la Ley cambió el nombre del Consejo de India existente (el del gobernador general) a Consejo del Gobernador General de India. El puesto del secretario de Estado correspondía más o menos al del presidente de la Junta de Control, que se fundó en 1784 para que el Parlamento británico (capítulo 2) pudiera supervisar mejor los asuntos de la Compañía, y en efecto ejerció un escrutinio cercano y constante sobre los mismos, en contraste con el patrón anterior, según el cual se realizaban revisiones cada 20 años cuando se renovaba la cédula de la Compañía. La mayor participación del Gabinete introdujo un elemento de juego de poder en el nombramiento del gobernador general/virrey, pero el virrey, una vez nombrado, cumpliría su mandato completo aunque su partido renunciara al poder en Gran Bretaña.

Como corolario, el gobierno británico terminó la construcción de una nueva sede imperial, Whitehall, en la calle Kings Charles. La imponente mole del complejo administrativo conformado por la oficina de asuntos exteriores y la residencia y oficinas coloniales (aún pendientes), y construido con granito pulido, mármol y piedra Portland, reflejaba adecuadamente la actividad administrativa en expansión del Imperio británico (Lelyveld, 1978, p. 3).

La Ley de Consejos de 1861 cambió la composición del Consejo del Gobernador General existente, que tuvo una larga carrera a partir de 1773. Electo por la Corte de Directores de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, el Consejo, que en un inicio se denominaba Consejo de Cuatro, gozaba de importantes facultades para llevar la administración. Los cuatro miembros del Consejo tenían derecho de voto junto con el Gobernador General, quien contaba con un voto de calidad adicional. Cabe recordar que el

primer Consejo intentó llevar a juicio político a Warren Hastings. La Ley de 1784 había reducido el número de miembros del Consejo a tres, y en 1786 la decisión del Consejo había dejado de ser vinculante sobre el gobernador general. La Ley de la Cédula de 1833 había establecido una distinción entre los deberes ejecutivos del gobernador general y los legislativos, y disponía la elección de un cuarto miembro que podía participar sólo cuando se tomaban decisiones relativas a la legislación.

La Ley de 1858 le quitó a la Corte de Directores de la Compañía el poder de elegir a los miembros del Consejo. El único miembro que participaría en la legislación sería elegido por el soberano británico, y los otros tres miembros regulares, por el secretario de Estado. El comandante en jefe del ejército era su miembro extraordinario. El miembro legislativo era un abogado y los otros tres eran funcionarios certificados de la Compañía. En 1869 la Corona asumió el poder de elegir a todos los miembros del Consejo. El virrey recibió la facultad de nominar a un presidente que dirigiría las asambleas del Consejo en su ausencia. Asimismo, se otorgó al virrey la autoridad de promulgar reglas y disposiciones para el correcto proceder en los asuntos del Consejo. Además, tenía permitido aumentar la fuerza del Consejo nombrando a no menos de seis y a no más de 12 miembros, la mitad de los cuales serían “no oficiales”.

Lord Canning, quien asumió el título de virrey tras la proclama de la reina, introdujo cambios importantes en el funcionamiento del Consejo en 1859, cuando nombró a un ministro de Finanzas. Al hacer a un miembro individual responsable de un departamento en particular, Canning reemplazó la práctica anterior del Consejo, que deliberaba cada asunto de manera colectiva por medio del intercambio de minutas. El nuevo sistema de proporcionar carpetas facilitó el trabajo del Consejo y permitió al gobierno de India lidiar con el volumen de trabajo que crecía constantemente (Majumdar, 1970, p. 733). La mayor comunicación entre el virrey y el secretario de Estado, particularmente después del establecimiento de la

comunicación telegráfica entre Gran Bretaña e India en 1870, aco-
tó la importancia del Consejo del gobernador general y su libertad
para emprender acciones rápidas en emergencias sin consultar a la
autoridad de la metrópoli.

El poder que la Ley de Consejos de 1861 otorgó al virrey para
aumentar la fuerza del Consejo alteró su composición de manera
significativa, pues la mitad de los miembros nuevos no eran ofi-
ciales. El gobierno estaba receloso por la Revuelta de 1857 y otros
levantamientos, como la rebelión de los santhales y los disturbios
por el añil. El secretario de Estado, sir Charles Wood, en particular
buscó reparar los agravios que habían ocasionado un descontento
tan extendido. Desde luego, había una conciencia general de que
los acuerdos agrarios y fiscales habían empobrecido al campesina-
do en Bengala, en Madrás y en otras partes de India. Sin embargo,
Wood también prestó atención al texto en urdu de Sayyid Ahmad,
asbab-i Baghavat-I Hind, que se tradujo al inglés como *Essay on the
Causes of the Indian Revolt* [Ensayo sobre las causas de la revuelta
india], el cual apuntó al hecho de que no se admitió a los indios al
Consejo Legislativo de India como una de las primeras causas del
antagonismo. Wood y Canning emplearon la cláusula de la Ley de
1861 para nominar a indios al Consejo en calidad de miembros no
oficiales. Esta parte del Consejo, que contaba con facultades legis-
lativas, llegó a denominarse Consejo Legislativo Imperial (Sharan,
1961). La Ley de 1861 dio por primera vez a los indios una parti-
cipación en la administración de su propio país.

Podría decirse que hubo grandes limitaciones. La función del
Consejo se confinó estrictamente a la legislación y no se le permitía
interferir con el trabajo del Ejecutivo. Además, sólo podía introdu-
cirse legislación sobre ciertos temas específicos con consentimiento
previo del virrey, y ninguna ley que el Consejo aprobara sería vá-
lida hasta que él la ratificara. Al mismo tiempo, la disposición de
que hubiera una mezcla de miembros oficiales y no oficiales en el
Consejo del virrey estableció los términos para reformas institucio-

nales y demandas políticas y desencadenó un proceso entrelazado que requeriría esfuerzos y energías tanto de administradores coloniales como de élites indias. El número de miembros no oficiales en el Consejo aumentaría a entre 10 y 16 en 1892, y a 60 con las reformas de 1909 (Keith, 1936).

La proclama de la reina Victoria también abordó otras supuestas causas de la Revuelta. En contraposición directa a la política de Dalhousie, la proclama garantizó a los príncipes sus “derechos, dignidad y honor”, así como su control sobre posesiones territoriales. Asimismo, se reconoció el derecho de los herederos adoptados. Se hizo una maniobra similar para proteger los “antiguos derechos, usos y costumbres de India” en el arbitraje de la ley y la justicia, y se prometió que el gobierno británico no intentaría imponer sus convicciones a los súbditos. La reina buscó encarnar una administración benevolente y neutral, dado que “estaba comprometida ante los nativos de nuestros territorios indios por las mismas obligaciones de deber que nos comprometen a todos nuestros demás súbditos” (Cohn, 1992, p. 165). Esta administración benigna aseguraría la paz interna y el buen gobierno, y así estimularía el “progreso social”, la “mejoría” y el bienestar general de India. Todo esto era quizás una respuesta al llamamiento de Sayyid Ahmad a entablar relaciones personales cálidas entre ingleses e indios como la “base emocional de la estabilidad política” (Lelyveld, 1978, p. 74).

Desde luego, la suposición subyacente de la proclama era la necesidad de que India tuviera un gobierno británico. Reiteró la suposición anterior de los administradores de la Compañía de que había una diversidad de cultura, sociedad y religión en India, y de que el deber de los británicos era proteger la integridad inherente a esta diversidad por medio de un gobierno equitativo. Asimismo, la proclama habitaba teorías de gobierno opuestas. Por un lado, buscó permitir la participación india en la política y la administración liberal, y por el otro, hizo de los príncipes indios un elemento importante del nuevo Raj. La autonomía otorgada a los gobernantes

indios sobre sus territorios tenía el objetivo de proteger un orden feudal, y casi un tercio de la población de India permaneció bajo el dominio indirecto hasta 1947. Asimismo, la introducción de reformas institucionales buscó generar cambios mediante un modo de gobierno representativo que socavaría sostenidamente el orden feudal (Cohn, 1992, p. 166).

Defensores de ambas formas de gobierno estuvieron de acuerdo en la incapacidad de los indios para gobernarse autónomamente y se dedicaron a construir y consolidar la “autoridad” del dominio británico en India. Ello implicó crear un pasado utilizable para esta autoridad y adaptar medidas prácticas para evitar sucesos como la Revuelta. Primero que nada, para este nuevo orden se necesitaban aliados. El reconocimiento de los derechos y los títulos de príncipes y terratenientes, los aristócratas conservadores, fue una maniobra excelente para asegurar su lealtad, que se complementó con el establecimiento de una Corte de Tutela, que tenía el derecho de tomar el control de las propiedades de un príncipe, un terrateniente o un aristócrata en caso de bancarrota, ponerlas al cuidado de un administrador y devolverlas al dueño original una vez que se liquidaran las deudas y la propiedad se volviera solvente (Bates, 2007, p. 81; Metcalf, 1995).

En un esfuerzo tanto por demostrar que el dominio británico efectivamente había remplazado al mogol como por conferir un aura de legitimidad y continuidad al gobierno colonial, lord Canning recorrió grandes partes del norte de India y llevó a cabo durbares al estilo mogol con príncipes indios, notables y funcionarios indios y británicos. En esos durbares, los indios que habían demostrado su lealtad a los británicos durante la sublevación de 1857-1858 fueron honrados con títulos como Rajá, Nawab, Rai Sahib, Rai Bahadur y Khan Bahadur; se les obsequiaron atavíos y emblemas especiales, y se les concedieron privilegios y exenciones extraordinarias, así como pensiones o terrenos (Cohn, 1992, pp. 167-168). Esto se complementó con una nueva orden real de

caballeros indios, como la Estrella de India (1861, que se amplió posteriormente con la adición de rangos más bajos), y visitas constantes a India por parte de miembros de la familia real.

El *darbar* más espectacular fue el que se organizó en 1877 gracias a los esfuerzos conjuntos de gobernador general Lytton, el secretario de Estado Salisbury y el primer ministro británico, Disraeli. Se realizó cuando el parlamento aprobó la Ley de Títulos Reales, que declaraba a la reina Victoria como “Emperatriz de India”. Se planeó una reunión imperial al estilo de un gran *darbar* en Delhi para marcar la asunción del título por parte de la reina, suceso que señalaría la ruptura final con el gobierno mogol y a la vez instalaría el gobierno de la reina como su verdadero sucesor. Dicha reunión también estaba diseñada para “causar un impacto sobre los británicos en casa, así como sobre los indios” (Cohn, 1992, p. 185).

El *darbar* reinstauró un “feudalismo victoriano”, como demuestra Cohn brillantemente. Esto se debe a que desde un inicio los británicos malentendieron y malinterpretaron la importancia de la relación de los príncipes y los aristócratas con el emperador mogol, manifiesta concretamente en la cercanía de la persona al emperador en los *darbares* y en incorporaciones rituales representadas por el intercambio de *nazar* (monedas de oro) y *peshkash* (posesiones preciosas) a cambio de *khelat* (prendas de honor). El intercambio de dones, un símbolo de incorporación, se malinterpretó como soborno y se eliminó. En una vívida demostración de la neutralidad del gobierno británico, los 63 príncipes gobernantes importantes se colocaron en el centro en el *darbar* de 1877, a una distancia equitativa del gobernador general lord Lytton, y recibieron un estandarte de seda que los convirtió en súbditos legales de la reina (Cohn, 1992, p. 191). El título que asumió la reina Victoria, *Kaiser-i-Hind*, expresado en dos lenguas, fue el mejor reflejo del entendimiento torcido que los británicos tenían de la India mogola. No sorprende que el título y el *darbar* provocaran una respuesta

crítica de la prensa en India y en Gran Bretaña, y que hicieran escarnio de la asamblea como una *tamasha* (locura). Al mismo tiempo, este durbar mantuvo su importancia como un marcador, como un parteaguas que moldeó de manera crucial las prácticas políticas indias y contribuyó considerablemente a la iconización de *Maharani* Victoria.

La pacificación de los aristócratas se vio acompañada de medidas para dar tregua a los agricultores. A partir de 1859 comenzó a introducirse en Bengala y en Awadh una serie de leyes sobre arriendo que otorgaron derechos de ocupación a los cultivadores ordinarios, y que después se extendieron a otras provincias. Conforme se hicieron evidentes los problemas con los acuerdos fiscales y la alta demanda de ingreso público, el gobierno de la Corona evitó aumentar el impuesto agrario durante mucho tiempo, y en lugar de ello recurrió a elevar los impuestos al consumo y sobre la renta para obtener un ingreso adicional. No hubo un aumento significativo en el impuesto agrario sino hasta la época de la primera Guerra Mundial (Bates, 2007, p. 81), aunque permaneció como la fuente de ingreso más importante para el gobierno, como vimos en el capítulo anterior. Para 1870, el gobierno imperial había establecido una administración financiera centralizada con un presupuesto definitivo asignado a cada provincia que no necesariamente correspondía con la tributación que se generaba en cada una de ellas. Una medida adicional para asegurar la paz en el campo fue la aprobación de una Ley de Armas, que prohibía la portación de armas sin permiso.

Una vez que se ganó a los reyes y a los terratenientes y se apaciguó a los campesinos, el gobierno de la reina volcó su atención en el ejército, su pilar fundamental. En un esfuerzo por evitar la insurgencia de los cipayos indios en el futuro, el ejército británico-indio se reorganizó de una manera que inclinó la proporción en favor de los europeos. Hasta el estallamiento de la primera Guerra Mundial, esta proporción nunca bajó de dos soldados europeos

por uno indio, respectivamente. Además, la artillería quedó al cuidado exclusivo de oficiales británicos. Por otro lado, estos últimos también recurrieron al “insidioso contrapeso de los nativos contra los nativos” (Bose y Jalal, 1998, p. 98). Ahora el reclutamiento se realizaba entre los grupos sociales que habían permanecido leales durante la Revuelta —los sikhs, los gurkhas, los musulmanes del Punjab y los pashtunes—, y sus miembros se mezclaron astutamente en los regimientos para que, de ser necesario, “un sikh pudiera disparar a un hindú y un gurkha, a cualquiera” (Bose y Jalal, 1998, p. 98; Roy, 2009).

El ejército reorganizado no sólo mantuvo la “paz” dentro de India, sino que también desempeñó un papel crítico en la defensa del imperio mundial de Gran Bretaña, desde el norte de África hasta el este de Asia. El ejército británico-indio se desplegó para reprimir los levantamientos mahdi en 1885-1886 y en 1889 en Sudán, la rebelión de los bóxers en China (1900) y la guerra de los Boers de 1899-1902 en Sudáfrica (Bose y Jalal, 1998, p. 98). Las tropas indias permitieron a los británicos conquistar Birmania en la década de 1880 e imponer su dominio sobre el Tíbet a inicios del siglo xx. Además, la intervención del ejército indio en Egipto en 1882 con el tiempo llevó a la repartición de África. Huelga decir que los contribuyentes indios asumieron la mayor parte del costo de tales expediciones.

Vale la pena señalar que la reorganización del ejército se apuntaló con clasificaciones antropológicas de las razas y las castas como “marcial” y “afeminada”, “criminal” y “noble”, clasificaciones que conformarían el fundamento del enorme archivo colonial y desencadenarían políticas y procesos que resultarían cruciales en la formación de la India “moderna” (Nigam, 1990; Sharan, 2003; Pandey, 1992). La región del Punjab adquirió una prominencia crítica tras la Revuelta, dado que llegó a ser considerada como la llave al imperio. Las “razas marciales” del Punjab tuvieron una representación desproporcionalmente alta en el ejército indio recién reconstituido

(Oldenburg, 2002, p. 46). Esto tendría implicaciones graves para los acontecimientos que tendrían lugar en la región.

CONOCIMIENTO IMPERIAL Y GOBERNANZA IMPERIAL

Antes de analizar las estrategias y la política de la India de Victoria, tomemos nota del animado debate que ha emergido sobre la naturaleza del “conocimiento colonial” y cómo éste permitió a los colonizadores europeos alcanzar el dominio del mundo. En gran medida, este debate se inauguró con la publicación de la innovadora obra de Edward Said, *Orientalism* [Orientalismo] (1978). Su argumento central fue que a través de una prolongada historia de producción literaria, obras académicas, etnografía y estereotipos, Occidente ha “producido y gestionado” una imagen del mundo no occidental como “degenerado, exótico, déspota, esencialmente religioso, afeminado y débil”, un exacto “otro de Occidente” (Dodson, 2010, p. 2). Esta construcción discursiva fue un elemento clave para el dominio de Europa sobre el mundo. Cabe mencionar que la obra de Cohn había presagiado parte de este argumento, pero la osada aseveración de Said de que todo el conocimiento consiste en construcciones históricamente contingentes que deben entenderse en referencia a la política y el poder hizo que el debate sobre el “conocimiento del poder” adquiriera un nuevo significado.

Desde finales de la década de 1970, los académicos han reflexionado críticamente sobre las posibles implicaciones del análisis de Said. Todos ellos concuerdan en que la conquista colonial fue posible no sólo debido a que Gran Bretaña poseía armas, una organización militar, poder político o riqueza económica superiores, sino también por las “tecnologías de gobierno culturales” (Dirks, 1996, p. ix). Al mismo tiempo, no concuerdan en la función del súbdito

to colonizado en la producción de conocimiento que sostenía esta “tecnología cultural”. En un extremo están aquellos que minimizan o descartan la importancia de los intelectuales nativos, a quienes se trató como informantes casi pasivos que proporcionaron materia prima a los colonizadores europeos. Los colonizadores establecieron los términos y los modos del conocimiento, y además pidieron, entendieron y se apropiaron la información que los informantes nativos les proporcionaron en distintas maneras para generar conocimiento nuevo (véase, por ejemplo, Cohn, 1968, 1987, 1996; Dirks, 1987, 1992, 2001; Inden, 1986, 1990). En el otro extremo se encuentran los proponentes de la teoría “dialógica” de la producción del conocimiento colonial (Subrahmanyam, 2001, p. 5). Tales académicos afirman que el conocimiento colonial fue resultado de un intrincado proceso de colaboración entre los colonizadores y los colonizados en el que los intelectuales indígenas participaron activamente, y que el conocimiento que se produjo implicó un ajuste contante entre los sistemas de conocimiento europeos y los indígenas (Bayly, 1995; Eaton, 2000; Irschick, 1994; Lorenzen, [1999] 2006; Peabody, 2001; Trautmann, 1999; Wagoner, 2003).

Si bien ambas posturas son parcialmente válidas, debemos tener cuidado con que no se establezca una separación clara entre el “colonizador” y el “colonizado”, pues estas categorías estuvieron en constante flujo y se dieron forma mutuamente a través de su interacción. Además, es importante tener en mente que el Estado colonial no era un monolito impulsado incesantemente por una búsqueda de conocimiento con el fin de saciar su sed de poder. Como hemos visto en capítulos anteriores, no fue sino hasta finales del siglo XVIII e inicios del XIX que la producción de conocimiento “nuevo” sobre India se vinculó íntimamente con el patronazgo político (Ludden, 1994; Rocher, 1994). Asimismo, la situación de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en India era compleja cuando luchaba por establecer los cimientos de una administración colonial, teniendo en mente las necesidades y las expectativas de

la administración de la Compañía en la metrópoli, el Parlamento y la Corona. Además, una gran parte de la población británica se interesó por los asuntos de India.

Podría decirse que la Corona británica no tenía que preocuparse por el Parlamento ni por la opinión pública. Después de 1858 el Estado colonial dio pasos largos y rápidos para “conocer” a India con el fin de gobernarla mejor. “En la nueva economía retórica del gobierno colonial”, argumenta Dirks, “la lealtad política reemplazó el estatus dado por la posesión de tierras”, y el “conocimiento de los pueblos y las culturas” tuvo primacía en el entendimiento de los temas relativos a la lealtad (2001, p. 43). Ahora, procedimientos “oficializantes” que permitieron que el poder se extendiera y se volviera más visible llegaban a complementar el dramático alarde de poder en el cual se habían apoyado los Estados europeos desde el siglo XVIII. India se vio atraída al vórtice de esta transformación, dado que el proceso de desarrollo estatal en Gran Bretaña guardó una cercana relación con su aparición como potencia imperial. “India” era “la colonia más grande e importante” de Gran Bretaña (Cohn, 1996, p. 3). Con frecuencia, los procedimientos “oficializantes” de documentación, legitimación, clasificación, delimitación y las instituciones relacionadas con los mismos reflejaban teorías y experiencias que en un inicio se dilucidaban en India y después se aplicaban en Gran Bretaña. También sucedía lo opuesto (Cohn, 1996, pp. 2-3). Además, dado que los “hechos” del espacio epistemológico de India no correspondían exactamente con los hechos de los invasores, los británicos intentaron establecer una correspondencia mediante la “traducción”. Este tipo de “traducción” haría conocible lo desconocido y lo extraño. Este imperativo de clasificar y categorizar el mundo social de India de maneras que lo harían “conocible” fue crucial al dar forma a las modalidades investigativas creadas para recabar hechos (1996, pp. 4-5).

El interés creciente que el Estado colonial mostró en las costumbres de esta tierra después de 1857 estaba motivado por su necesidad

de afrontar “de manera más prudente la molesta cuestión de la reforma social”. Asimismo, deseaba conocer con precisión las divisiones internas en la sociedad india para distinguir al aliado del enemigo y desarrollar un sistema administrativo “capaz de ejercer un mayor control social” (Bandyopadhyay, 1985, pp. 57 y 74). Todos estos requisitos transformaron lentamente al Estado colonial en un “Estado etnográfico” en el que la antropología reemplazó a la historia como el modo principal de conocer (Dirks, 2004).

Ambas medidas se pusieron en marcha para recabar material sobre las castas y las tribus, que con frecuencia se separaban en términos de sus costumbres y de las zonas que habitaban en pueblos de la planicie y pueblos de los bosques (capítulo 3). Las descripciones de costumbres, formas rituales y comportamiento de parentesco particulares, consideradas apropiadas y necesarias, se formalizaron y se convirtieron en cánones (Dirks, 2001, pp. 44-45). A pesar de que estaban desconcertados por sus complejidades, los administradores-etnógrafos británicos persistieron en sus esfuerzos por trazar el mapa del mundo de los colonizados. Comenzaron con un levantamiento sistemático de tenencias de la tierra y derechos a la misma, y más adelante clasificaron a la población en términos de número y composición tomando a las comunidades religiosas como la base de tal enumeración. Fue entonces cuando resultó útil la obra de académicos y misioneros orientalistas.

Los académicos orientalistas, los administradores británicos y los misioneros difirieron significativamente en sus enfoques sobre la casta y en su evaluación de los efectos de la misma en la sociedad hindú. Al mismo tiempo, creían que la casta diferenciaba a la India “tradicional” del Occidente moderno. Desde finales del siglo XVIII e inicios del XIX, sus esfuerzos y sus obras habían delimitado lentamente la casta y la religión como categorías “naturales”, de manera que para la segunda mitad del siglo XIX éstas representaban las “claves sociológicas para entender al pueblo indio” (Cohn, 1987, p. 242; versión abreviada reimpressa en Banerjee-Dube, 2008).

Este “discurso de la diferenciación” (Cohn, 1986, p. 284) llegó a fortalecerse y perpetrarse en los levantamientos etnográficos a gran escala que el régimen de Victoria llevó a cabo, aunque con diferentes motivaciones y para fines y propósitos definidos. Dado que este conocimiento se produjo “bajo la rúbrica Ilustrada de la ciencia objetiva”, el orientalismo como cuerpo de conocimiento se objetificó “como un conjunto de afirmaciones expresadas como hechos sobre una realidad que existía y podía conocerse con independencia de cualquier voluntad subjetiva colonizante” (Ludden, 1994, p. 252).

Desde luego, ello no implica que el Orientalismo fuera un “*modus operandi* estático”. Una obra reciente ha sugerido que el orientalismo se entiende mejor “como un conjunto cambiante de posiciones de política y prácticas localizadas” que se adaptaba constantemente a las circunstancias cambiantes en la colonia y a la evolución del pensamiento británico en la metrópoli (Dodson, 2010, p. 4). Es importante analizar las políticas coloniales en el contexto de diversas aplicaciones del orientalismo.

En las nuevas maniobras para conocer a India, la casta remplazó a la comunidad aldeana como el objeto primario de clasificación y entendimiento sociales. Además, la suposición subyacente de que la sociedad india era “tradicional”, y por tanto se componía de comunidades, significó que los intentos por “conocerla” se dirigieron hacia una exploración de las identidades “religiosas” primordiales de las mismas. Por tanto, las necesidades, las políticas y la política del Estado colonial “etnográfico” fomentaron y estabilizaron identidades en torno a nuevas orientaciones. Ciertamente, la casta no era un invento del gobierno británico, incluso en el sentido especial en el que la han utilizado Dirks (1989) e Inden (1990), pero sí llegó a adquirir un significado y una importancia especiales en el periodo colonial.

Sin duda, las operaciones de censos y otras medidas de la administración británica con frecuencia “desarrollaban” las iniciativas

indígenas (Peabody, 2001) “reacentuando” y “renovando” las identidades existentes en lugar de crearlas (Dutta, 1993). Además, como indica Conlon sucintamente, incluso si la casta fuera “inventada”, ¿“entonces” aquello “inventado” también podría “no ser real”? (Conlon, 2009, p. 293). La suposición de algunos académicos de una “capacidad agentiva y poder sobrestimados de los gobernantes coloniales” (Pennington, 2005, p. 167) puede inducirnos engañosamente a tratar las invocaciones de la “tradicción” por parte de los indios como medidas únicamente de interés propio y no de resistencia (Conlon, 2009, p. 293). Con el debido respeto a todas estas importantes perspectivas, hay que reconocer que la casta sufrió una importante transformación al llegar a funcionar como punto de encuentro entre la realidad india y el conocimiento y la estrategia coloniales (Washbrook y Baker, 1975).

La mejor ilustración tanto de la voluntad colonial de conocer para clasificar y gobernar como de sus efectos en el entendimiento de la casta se encuentra en las muy discutidas operaciones de censo que se emprendieron a gran escala a partir de 1871 (Bandyopadhyay, 1985; 1992; Barrier, 1981; Bates, 1995; Bayly, 1997; Cohn, 1987; Pant, 1987, por ejemplo). Para 1881 el gobierno británico había afinado un conjunto de prácticas que le permitirían listar no sólo los nombres de “todas las personas en India”, sino también reunir información sobre su edad, sexo, ocupación, casta, religión, grado de alfabetización, lugar de nacimiento y residencia actual (Cohn, 1996, p. 8). Aparentemente, la recopilación de todos estos datos tenía la intención de comprender la sociedad india tal como era, no de cambiarla (Lelyveld, 1978, p. 8). Además, se ha señalado que la idea inicial detrás del censo no era más que realizar una “encuesta estadística” (Samarendra, 2008).

Al mismo tiempo, desde el inicio se hicieron preguntas sobre la casta para diferenciar a los hindúes “auténticos” de aquellos que se habían unido a las filas de la religión posteriormente debido a la influencia “brahmanizadora” (Bandyopadhyay, 1992,

pp. 26-36). Los reportes publicados del censo no sólo resumieron la información estadística compilada, sino que también incluyeron “extensas narrativas sobre el sistema de castas, las religiones de India, la fertilidad y la morbilidad, la organización doméstica y la estructura económica de India” (Cohn, 1996, p. 8). Lo que es más importante, los censadores recibieron claves especiales para convertir respuestas inadecuadas en categorías de censo formuladas oficialmente (Plowden, 1873, I, pp. xix-xx). Esto obedeció a que los informantes indios con frecuencia no se alineaban cómodamente en la columna de casta o de religión, lo que nos demuestra la naturaleza desdibujada de las categorías o su relativa insignificancia en la vida diaria de la gente hasta entonces. Por otro lado, para los administradores británicos este “fracaso” por parte de los indios representaba su ignorancia, su incapacidad de identificarse a sí mismos para propósitos administrativos.

Para Cohn, el censo es la mejor ilustración de la búsqueda enciclopédica victoriana del conocimiento total (1996, p. 8). La “modalidad enumerativa” de los censos, también descrita como “el ejercicio maestro de tabulación de la sociedad colonial” (Bayly, 1997, p. 244), alimentó y suplementó otros modos de conocer. Cohn distinguió las modalidades con base en historiografía, encuesta, viaje, museología y vigilancia, que juntas produjeron categorías sociológicas mediante las cuales se trazó el mapa de India para propósitos administrativos (Cohn, 1996, pp. 5-11).

Por tanto, no sorprende que los problemas resultantes de la falta de uniformidad en las categorías clasificatorias de la casta dieran lugar a que el gobierno patrocinara encuestas etnográficas detalladas sobre esta institución (Risley, 1908; Gait, 1914), lo cual originó el proyecto *Survey of India* [Agrimensura de India], que comenzó en 1878. A su vez, el censo de todo el territorio indio había sido precedido por levantamientos fotográficos que brindaron imágenes “exactas” de la fisonomía, el vestido y las maneras de los pueblos de India (Metcalf y Metcalf, 2003, p. 111). De hecho, en

1868 el gobierno de India publicó la primera gran compilación de fotografías de diferentes castas y “tribus” llamada *The Peoples of India* [Los pueblos de India]. Para fines de siglo, una enorme cantidad de información sobre castas, tribus y razas, así como de sus usos y costumbres, permitió al Estado colonial asignar al pueblo indio papeles prescritos en el “teatro sociológico colonial” (Cohn, 1996, p. 10).

Esto se logró mediante un intrincado proceso. La información detallada que se recabó y codificó en diccionarios geográficos y reportes de censo “desató” la enorme diversidad de castas, sectas, tribus y otras agrupaciones del entorno agrario, y las presentó en un vasto paisaje “categórico”. La sociología colonial intentó dibujar el mapa de las “cualidades de la población súbita más pertinentes al negocio de la administración”. Esto incluyó no sólo la capacidad productiva de un grupo, su ocupación tradicional y su competencia o falta de ella, sino también su “criminalidad, destreza militar, veracidad, tendencias litigiosas, etcétera” (Pandey, 1992, p. 68). Por tanto, se desnudó al “individuo indio” de su lugar en la “comunidad aldeana” y se le vistió de “casta” (Smith, 1985, p. 173).

De hecho, como señala Smith, la naturaleza de los primeros censos regionales cambió de manera significativa a partir de mediados de la década de 1850, cuando dejaron de estar en manos de las agencias de acuerdos (Smith, 1996). El acuerdo de Ludhiana en 1853, por citar un ejemplo, incluyó una enumeración de las viviendas de la aldea e información sobre el número y la medida de los campos agrícolas que controlaban. De manera similar, los registros de censos de vivienda en el distrito de Jullundur se adjuntaron en la parte trasera de los registros del acuerdo (Kessinger, 1974, p. 6). En el Censo de Punjab de 1855, “el primer censo síncrono de toda la provincia”, las cifras relativas a la casta se abstrajeron de aquellas compiladas durante las gestiones para los acuerdos en distritos individuales (Smith, 1996, citado en Banerjee-Dube, 2008, p. 68). A partir de entonces, la enumeración de las castas se volvió parte central

de los censos en India y tuvo como resultado la construcción de “una visión morfológica de la casta” (Smith, 1996, citado en Banerjee-Dube, 2008, p. 67).

Las políticas coloniales se enmarcaron con base en tal categorización. No es sólo que la casta se tomara como un fenómeno medible, clasificable de acuerdo con algún criterio definitivo, es también que ciertos grupos y categorías de personas se consideraban “amenazantes” para el orden sociológico prescrito. Por tanto, no sorprende que los reportes de los censos registraran a minorías recalcitrantes hacia el orden público británico, como los ramoshis, los thugs y otras “tribus criminales” (Pant, 1987, p. 147).

El capítulo anterior dio cuenta de las maniobras de los británicos por controlar y subyugar a la población errante de sanyasis, fakires, sadhus, dacoits, thugs, goondas, criadores de ganado y artistas. El gobierno de Victoria llevó a cabo intensas investigaciones sobre grupos que, según se definió, trascendían los límites civiles. El *Thagi and Dacoity Department* [Departamento de thugs y dacoits], que se fundó en 1835, había producido un registro sobre etnografía criminal, mismo que el Estado de Victoria tomó como base y amplió para designar a un número creciente de personas como miembros de castas y tribus delincuentes. “El fantasma del *thuggee*”, argumenta Nigam, “lejos de encontrar el eterno descanso con el fin de las pandillas de *thugs*, siguió merodeando a otros” —los buddhuks de Awadh, los envenenadores dhatura de las provincias del noroeste y los meenas de Punjab, por ejemplo— “hasta que se contuvo en un organismo cada vez mayor: la Ley sobre Tribus Criminales de 1871” (Nigam, 1990, p. 134).

Los funcionarios que intentaron exterminar el infanticidio femenino —que se creía era una práctica común en el norte y el oeste de India— fueron los primeros en usar la categoría de casta para ordenar e interpretar los datos demográficos (Banerjee-Dube, 2008, p. xxxviii; Oldenburg, 2002). Si bien es cierto que el infanticidio femenino era prevalente entre muchas comunidades del Punjab colonial, se practicó entre diferentes grupos en diferentes

momentos y por diferentes motivos. El Estado colonial, al “meterse con las élites sociales” y publicar y reconocer sus costumbres, les otorgó “una fijeza que pudo no haber estado presente antes” (Malhotra, 2010, p. 85). Lo que es más importante, los esfuerzos del Estado por detener el infanticidio femenino fueron más retóricos que reales. Los jats, en particular los *sikh jat*, “la principal fuente de ingresos del gobierno” y “orgullo de su ejército marcial”, también practicaban el infanticidio, igual que las élites. No obstante, el Estado colonial dejó en paz a los jats y únicamente les impuso “medidas casuales” con las que no se contuvo este problema (Malhotra, 2010, p. 85).

El uso de la casta para clasificar a la población de acuerdo con su ocupación y estructura social pronto se difundió a toda India (Bates, 1995, p. 10). Las suposiciones de “criminalidad innata” también se relacionaron con las “tribus” más testarudas y recalci-trantes, y desde el inicio se introdujo un gran número de medidas coercitivas para domarlas. Todas aquellas medidas, de diferentes cronologías y ubicaciones dispersas, se superpusieron y se inspiraron la una a la otra para, finalmente, ayudar en la formulación de la Ley sobre Tribus Criminales —un método general de vigilancia y control (Nigam, 1990, p. 136)—.

Esto significó que se estaba clasificando a individuos y a grupos en términos tanto descriptivos como clasificatorios. La fotografía, que había dado pistas sobre la fisionomía, ahora resultaba inadecuada, y el nuevo sistema antropométrico —que desarrollaron el médico estadounidense Samuel Morton, el cirujano francés convertido en antropólogo Paul Broca y su discípulo Topinard, y que el prefecto de policía francés Alphonse Bertillon puso en práctica— adquirió gran importancia como un método capaz de describir y clasificar con precisión. Herbert Hope Risley instauró este sistema en India. Risley había comenzado su carrera como director adjunto de Estadística en el proyecto *Survey of India* de W. W. Hunter en la década de 1870, y ascendió rápidamente en la profesión para con-

vertirse en director de Investigación Etnográfica de Bengala [*Ethnographic Survey of Bengal*] en 1885, en Comisionado de Censos en 1899, y finalmente en director de Etnografía en India en 1901 (Banerjee-Dube, 2008, p. xxxix). Convencido de las bondades de la antropometría, Risley proclamó orgullosamente que en Bengala se estaba realizando el “primer intento por aplicar a la etnografía india métodos de investigación sistemática sancionados por la autoridad de científicos europeos” bajo su guía. La “ciencia” de la antropometría le permitió a Risley afirmar que la clasificación de las castas en el modelo *varna* estaba firmemente arraigada en los hechos.

Es necesario ampliar la aseveración de Risley. Los datos que habían generado las preguntas relativas a la casta, que resultaron absolutamente desconcertantes y difíciles de manejar, provocaron que los comisionados del censo retomaran la clasificación de castas de acuerdo con la división cuádruple clásica de *varna* en los primeros censos en 1865, 1871 y 1881, aunque tal modelo no correspondía con las relaciones existentes entre las castas ni servía para ningún propósito administrativo útil. Denzil Ibbetson, un agudo administrador local del Punjab y las provincias del noroeste, quien encabezó el censo de 1891, decidió retomar la ocupación como la base para la clasificación. A su vez, Ibbetson se inspiró en la idea materialista evolutiva de Nesfield de las castas como gremios sociales que descendían de las tribus, donde la “función” era el principal criterio de clasificación (Bates, 1995, pp. 11-12; Dirks, 2001, pp. 211-212).

En oposición directa a Nesfield, Risley no sólo afirmó la validez del modelo *varna*, sino que también sostuvo audazmente que la población basada en castas de India podía clasificarse, en términos de raza, en aria y aborígen (Risley, 1908, pp. 20-21). Risley utilizó la antropometría para tomar medidas craneales de muy pocas tribus y castas, pero como tenía claro cuáles serían los resultados, ajustó con confianza los resultados de pocas observaciones en

una compleja tipología de tipos raciales (Banerjee-Dube, 2008, p. xxxix; Bates, 1995, p. 21). Este método “pseudocientífico” permitió a Risley probar algo que el académico orientalista William Jones había sugerido a inicios de la década de 1830, pero no había logrado establecer: que había una diferencia racial entre los indios del norte y los del sur, y entre las castas altas y las bajas (Bates, 1995, p. 14). Como anotamos en el último capítulo, Jones había sentado las bases de la teoría de la raza en India hablando del origen común del sánscrito, el latín y el griego, y del origen común de las naciones y las razas, lo que apoyaba su creencia de que los hablantes de sánscrito habían llegado a India desde el exterior. Risley colocó la noción de la raza sobre una base “científica”.

Lo anterior no debe sorprender. Algunos académicos han argumentado que para los principales etnógrafos de la India británica de fines del siglo XIX e inicios del XX —Risley, Hunter e Ibbetson— hombres que “buscaron distinguirse en un mundo culto más amplio que había llegado a verse dominado por el debate etnológico”, la raza era el tema primordial de investigación y debate, no la casta (Bayly, 1995, p. 167). Por consiguiente, en su esfuerzo “por colocarse a la vanguardia del pensamiento científico contemporáneo”, estos académicos-funcionarios (1995, p. 167) no intentaban necesariamente hacer de India un caso especial o singular, un “otro” autocontenido y etnográficamente separado. Más bien, India era un terreno que aportaba material para una teorización más amplia.

De acuerdo con Skaria, el entendimiento de la casta en términos de raza se derivó de un pensamiento anacrónico vinculado cercanamente con las “creencias y la teoría evolucionista” (Skaria, 1997, p. 728). Esta creencia, vigente entre los funcionarios coloniales, de que en el pasado remoto hubo una invasión aria a India desde Asia central, instó a los etnógrafos a ordenar las castas de acuerdo con el grado de sangre aria y dravídica que poseían, según lo cual se consideraba superiores a aquellos que se creía tenían más sangre aria (Skaria, 1997, p. 728; Bates, 1995). El término *arya* (puro), empleado en los textos védicos para

las primeras tres *varnas* que también se calificaban como castas renacidas, ahora se utilizaba para representar a la raza, y se estableció una distinción racial entre los indios de nacimiento y un “grupo de invasores relacionados con los europeos” (Zelliot, 2010). Cabe resaltar que los estudios académicos modernos consideran al *arya* como un grupo de lenguas indoeuropeas sin conexión alguna con la raza. Por tanto, para Risley las castas “en realidad eran razas” y la distinción entre castas era más bien una distinción entre pueblos “con dotaciones raciales supuestamente superiores e inferiores” (Bayly, 1997, p. 168).

Como se indicó anteriormente, esta vasta diferencia de opinión entre los administradores británicos desacredita la idea de un discurso colonial uniforme y a la vez revela la prevalencia de ciertas necesidades comunes de clasificar a los indios. Ya sea que la casta se considere como raza o no, el detallado esquema de clasificación colonial dejó de ser una “mera especulación académica”, pues tuvo “importantes repercusiones económicas y políticas” (Carroll, 1978). La categorización de las castas como “bajas” con frecuencia las excluía de la posibilidad de un empleo en el ejército. La casta, la religión y el lugar de origen eran elementos decisivos para el reclutamiento en los servicios administrativos, en el ejército y en las plantaciones. De hecho, la información sobre cada casta y sus características supuestamente distintivas, recopilada y codificada en decenas de manuales e instructivos oficiales, dio forma a las comunidades de “razas marciales” y de “castas y tribus criminales” (Nigam, 1990). Asimismo, ayudó a definir los contornos de las castas “deprimidas/registradas” como algo distinto tanto de las castas superiores como de las “castas criminales” (Sharan, 2003). Por tanto, aunque las operaciones censuales y otras medidas de la administración británica tomaron como base y “desarrollaron” las iniciativas indígenas, los motivos y los criterios detrás de las operaciones eran claramente diferentes (Peabody, 2001, pp. 819-850).

Por dar sólo un ejemplo, el censo en Gran Bretaña era territorial y ocupacional y se confinaba a las investigaciones de los márgenes sociales —los pobres, los sexualmente libertinos y los “criminales” (Appadurai, 1994, pp. 317-318)—. Por otro lado, en India el censo era étnico o racial y cubría a la población de súbditos en su totalidad. Ello, además de revelar las suposiciones británicas sobre la “población súbita”, valida el argumento de Appadurai de que la cuantificación nunca es totalmente “inocente” (1994, pp. 317-318). Como se indicó anteriormente, la clasificación descriptiva-normativa de las castas gobernaba las políticas coloniales. Como tal, la respuesta india a las categorías fue mucho más que una “lucha ociosa por símbolos sociales” (Carroll, 1978).

La fe de Risley en la “inmutabilidad de la ideología de casta” y la confianza que tenía en su propio conocimiento sobre la población de súbditos encontró una expresión elocuente en su decisión de clasificar a las castas en la jerarquía social junto con su enumeración en el censo de 1901 (Banerjee-Dube, 2008, p. xxxix). Tal decisión generó una actividad frenética entre los colonizados, que la vieron como una maniobra para congelar una jerarquía cambiante. Las categorizaciones científicas privadas y dirigidas por el Estado “ayudaron a definir nuevas maneras de percibir y expresar las identidades” (Robb, 2002, p. 220). En el capítulo 3 se abordaron brevemente los esfuerzos de los grupos de castas bajas e intocables, como los satnamis de Chhattisgarh o los mahima dharmis de Orissa, por contrarrestar la discriminación social-ritual por medio de una nueva fe. Tales intentos no guardaban ninguna relación con las iniciativas del Estado. La siguiente sección analiza algunos movimientos importantes de las castas más bajas y el crecimiento de las asociaciones de casta en general para comprender las implicaciones de las nuevas maneras de percibir y expresar las identidades que produjo el dominio colonial.

CASTA E IDENTIDAD DE CASTA

Los académicos no concuerdan en cuál fue el impacto exacto del colonialismo sobre la casta, pero aceptan que el dominio colonial creó condiciones y desencadenó procesos que favorecieron el crecimiento de una ideología no brahmánica y la aparición de movimientos de castas bajas. Por un lado, esto se debió a que los misioneros protestantes atacaron directamente a la institución de la casta y, por el otro, a que la clasificación de las castas de acuerdo con números en los censos hizo visible la discrepancia entre su fuerza numérica y sus privilegios sociales.

Para los misioneros cristianos, la “casta” era “un mal absoluto”, un signo de la inferioridad de la religión hindú en relación con la cristiana. En palabras de John Wilson, académico y educador misionero, los hindúes habían traído imaginaciones de distinciones naturales y positivas entre la humanidad que se encuentran en todo el mundo al “desarrollo más pavoroso y pernicioso que jamás se ha visto sobre la faz de la tierra”. La casta era “la condensación de todo el orgullo, los celos y la tiranía de un pueblo antiguo” en relación con las tribus que habían sometido a su control y sobre las cuales gobernaban “sin la simpatía de una humanidad común reconocida” (Wilson, 1877, pp. 9-11). Aunque los panfletos de los misioneros y el polémico tema de la casta importaban menos que temas relacionados con la naturaleza de la verdad, las manifestaciones de la divinidad y las críticas al hinduismo puránico (Conlon, 2009, p. 302), su crítica de la casta y, en particular, de la arrogancia y la inhumanidad de los brahmanes pronto encontraría un fuerte eco entre algunos intelectuales indios.

Gopalrao Hari Deshmukh, un funcionario de gobierno, reformador y ensayista de la presidencia de Bombay que escribía con el nombre “Lokahitavadi” (vocero del bienestar del pueblo), estuvo de acuerdo en que la casta estaba contribuyendo a la debilidad y la decadencia de la sociedad india, dado que obstaculizaba la unidad

nacional (Conlon, 2009, p. 302). Como anotamos en el capítulo 3, Jotirao Phule, intelectual y reformador radical proveniente de una casta baja, quien emprendió esfuerzos tempranos por difundir la educación entre miembros de las castas bajas e intocables y las mujeres, retomó con vehemencia la crítica misionera a la casta y los brahmanes y la convirtió en el principal instrumento de su polémica contra los brahmanes y sus esfuerzos por forjar una identidad de los sudras y los atisudras (chandaldas). Es importante recordar en este contexto que la escuela moderna, de acuerdo con una obra reciente, fue una poderosa metáfora de comunidad (y de nación), y que la pedagogía estaba íntimamente vinculada con la formación de súbditos, una idea que se obtuvo de los misioneros evangélicos pero que los líderes de castas bajas e intocables indias recrearon, así como algunos intelectuales musulmanes e hindúes (Sengupta, 2011). En capítulos posteriores veremos las ramificaciones de este argumento.

Antes de analizar el movimiento de Phule y algunos otros movimientos de castas bajas y antibrahmánicos, es importante tener en mente el ímpetu que ofrecieron las encuestas etnográficas y las operaciones censuales, así como la promesa de reformas institucionales que planteó el régimen de Victoria. Si bien la mayoría de los estudios sobre los movimientos de casta afirman que fueron producto de la modernidad política colonial, con frecuencia no prestan la atención suficiente al periodo en el que aparecieron tales movimientos, a saber, los años setenta y ochenta del siglo XIX, cuando las encuestas y los censos enumeraron y clasificaron en nuevos términos a la población de toda India. La novedad tenía que ver con el hecho de que el censo, el levantamiento catastral y diversas otras investigaciones no sólo categorizaron los cuerpos indios, sino que también les otorgaron valores cuantitativos (Bayly, 1995, pp. 88-89).

En este sentido es necesario considerar dos aspectos. Primero, el inventario de castas que trazó el censo subrayó la inconsistencia

entre el número y el privilegio, al tiempo que creó conciencia entre diferentes grupos de su fuerza numérica en la población. A su vez, esto los impulsó a reivindicar un cierto grado de igualdad en el empleo público, las pocas oportunidades abiertas para los indios en el servicio administrativo, en las profesiones médica y jurídica, y en el ejército. Pronto habría demandas de representación en los consejos legislativos locales que comenzaron a incluir a miembros nativos a partir de la década de 1880, poco después de que el Consejo Legislativo Imperial comenzara a incluir a miembros no oficiales, desde 1861. En consonancia con la fundación del Congreso Nacional Indio y su demanda de participación política, que discutiremos en detalle en los siguientes capítulos, el elemento “no oficial” en el Consejo Imperial y en los consejos locales surgió sin prisa pero sin pausa. Infortunadamente, ello agudizó rivalidades regionales, entre castas y comunidades por los escasos recursos destinados a la educación, los empleos y los botines políticos en una situación de subdesarrollo colonial (Sarkar, 1995, p. 20), en una época en la que los levantamientos etnográficos estaban fijando de manera definitiva a grupos de casta y comunidades en términos de números.

En segundo lugar, la decisión de Risley de calificar a las castas de acuerdo con su posición en la jerarquía social en el Censo de 1901 indujo a miembros de varias castas con movilidad ascendente a unirse para presionar por una posición más alta en la jerarquía política. Tal como afirma Sekhar Bandyopadhyay, “las asociaciones voluntarias de casta surgieron como un nuevo fenómeno en la vida pública india”, asociaciones que participaron en movimientos de casta basados en los censos e hicieron peticiones a los comisionados de los censos en apoyo de sus solicitudes de rangos rituales más altos en el esquema de clasificación oficial (2004, p. 344). Estamos conscientes de que la posición en la jerarquía social no tenía que ver únicamente con el prestigio social; incluso el reclutamiento colonial en varios servicios se derivaba de tal clasificación (Carroll, 1978). Las reformas institucionales que el reinado de Victoria intro-

dujo periódicamente a partir de la década de 1860 para preparar a los indios para un gobierno autónomo con el paso del tiempo también se basaron en la casta de una manera diferente. Desde inicios del siglo xx se intentó proteger a los miembros de las comunidades minoritarias, de las castas intocables y de las clases “atrasadas” otorgándoles privilegios especiales.

Antes de que las reformas Morley-Minto de 1909 reservaran escaños en las asambleas legislativas provinciales para los musulmanes, los gobernantes de ciertos Estados principescos, como los de Mysore y Kolhapur, habían introducido reservas basadas en la casta en el empleo público para miembros de las “clases deprimidas”, una categoría vaga que surgió del censo (Banerjee-Dube, 2008, p. xli; Sharan, 2003). Dichos gobernantes se vieron impulsados a tomar tales medidas por la enorme brecha en fuerza numérica y acceso a privilegios que el censo puso en primer plano. Resulta comprensible que el sur y el occidente de India hayan sido testigos del crecimiento de movimientos no brahmánicos en una etapa relativamente temprana. No era sólo que en estas zonas la proporción numérica de brahmanes se quedara muy corta en comparación con su predominancia y privilegio, sino que Maharashtra, bajo los *peshwas* brahmanes en el siglo xviii (como anotamos en el capítulo 1), y los reinos del sur, bajo reyes hindúes, habían regulado los asuntos sociales de acuerdo con la clasificación *varna* y todo lo que ella implicaba. Todo esto se reflejó en las estadísticas que arrojó el censo.

Si empleamos las cifras que cita Anil Seal en *The Emergence of Indian Nationalism* [La aparición del nacionalismo indio], parecería que, de los 338 hindúes empleados en los poderes Ejecutivo y Judicial del servicio no certificado de la presidencia de Bombay en 1886-1887, 211 eran brahmanes, 26 eran kshatriyas, 27 eran prabhus, 38 eran vaishyas o banianos, 1 era sudra y había 15 restantes. Además, los hindúes representaban 328 de los 384 indios empleados (Seal, 1968, p. 118). Sin duda, Seal confunde las agrupa-

ciones *varna* y *jati*. Además, las cifras revelan claramente la predominancia de los brahmanes y la subrepresentación de los sudras en el empleo público en la presidencia de Bombay.

Para cuando Jotirao Phule fundó su *Satyashodhak Samaj* (Sociedad de buscadores de la verdad) en 1873, estaba convencido de que el monopolio de los brahmanes era el único factor responsable del predicamento en el que se encontraban las castas sudra y atisudra. Phule intentó reunir al enorme conglomerado de castas campesinas no brahmanas (*kunbis*) y a los intocables en un mismo grupo mediante una ingeniosa inversión de la teoría orientalista de la arianización (Keer y Mashle, 1969, citados en O'Hanlon, 1985, pp. 142-151; Banerjee-Dube, 2008, pp. 172-180). Según la imagen que pintaba Phule, los brahmanes eran descendientes de invasores arios que habían conquistado a los pueblos originarios de India y les habían impuesto por la fuerza su religión como instrumento de control social. Esta religión permitía a los brahmanes no sólo privar a los habitantes indígenas de su poder y propiedad, sino también ejercer su dominio.

Phule reivindicó un pasado kshatriya no ario para los grupos de castas bajas de Maharashtra vinculando, con gran imaginación, la palabra “kshatriya” con el vocablo sánscrito *kshetra* (campo), y combinando el servicio agrícola y el militar, lo que otorgó al humilde campesino-cultivador un pasado refulgente de hazañas militares. Asimismo, brindó a las castas intocables mahar y mang, los habitantes originales de Maharashtra, un pasado glorioso en el que opusieron una fuerte resistencia a los invasores arios. Para Phule, “mahar” se derivaba de *maha-ari* (el gran enemigo), los kshatriyas dravídicos. Por tanto, no sorprende que bajo la influencia de los arios se desterrara a los mahares de la sociedad, se les condenara a la pobreza, y se les obligara a alimentarse de cadáveres y a portar un cordón negro como símbolo de vasallaje (Phule, citado en Rao, 2009, p. 45). Estos polémicos argumentos centrales permitieron a Phule “negar la legitimidad de la autoridad religiosa brahmánica,

afirmar la identidad kshatriya escondida de todas las castas bajas” y echar una mirada fresca a las historias y los símbolos populares hindúes desde un punto de vista radical (O’Hanlon, 1985, p. 141).

Gopal Baba Valangkar (1840-1900), colaborador cercano de Phule y mahar exmiembro del ejército, complementó la tarea de Phule tratando de lograr que los miembros de las castas mahar y chamber cobraran conciencia de su opresión y su exclusión impuesta por las escrituras y la sociedad hindúes. Con influencia de escritos de misioneros cristianos sobre la *bhakti*, Valangkar “reformuló y radicalizó” composiciones de los santos de los siglos XIV y XV Tukaram y Chokhamela, y sentó las bases para una identidad dalit radical (Constable, 1997, p. 326). Asimismo, utilizó de manera ingeniosa la idea de la invasión aria al afirmar que los intocables eran casi los únicos habitantes originales de India, mientras que los brahmanes y las castas altas del sur y el occidente eran descendientes de “no arios australianos-semíticos” y negros africanos, de “judíos de Berbería” y de los turcos, respectivamente (Zelliot, 2010).

Los escritos y el activismo de Phule lograron establecer una identidad histórica para los *dalits* (término que un grupo radical de intocables comenzó a utilizar apenas a partir de la década de 1930) y para comunidades no brahmanas para fines del siglo XIX. Una “existencia estigmatizada distintiva” unía a ambas comunidades (Rao, 2009, p. 40). Al mismo tiempo, el discurso *dalit* subrayaba la inestabilidad de esta identidad colectiva al tiempo que confrontaba los esfuerzos de los marathas no brahmanes por alinearse con los kshatriyas en el esquema panindio de *varna*. Entre finales del siglo XIX e inicios del XX, nutrida por los medios periodísticos impresos, se constituyó una identidad *dalit* específica que se concentraba principalmente en las incapacidades de la casta. Antagonizaba denodadamente las percepciones que tenían las castas superiores de la intocabilidad como ritual y como elemento trascendente, insistiendo en la contingencia y la injusticia de la práctica. Además, lanzó una crítica sociopolítica a las relaciones de

casta y sostuvo que la estigmatización religiosa y ritual de los *dalits* era la causa de su analfabetismo, pobreza y retraso social (Rao, 2009, p. 40).

La aparición de esta identidad *dalit* asertiva, argumenta Anupama Rao, generaría un desencuentro entre los *dalits* y los no brahmanes en el siglo xx. El movimiento no brahmán persistió, aunque se dividió en tendencias conservadoras y radicales paralelas. El grupo “conservador”, conformado por no brahmanes acaudalados, vio en las reformas institucionales del gobierno colonial un camino a su progreso. Tras las reformas Montagu-Chelmsford de 1919, que prometían escaños reservados para las “clases deprimidas” en los consejos legislativos, este grupo formó la Asociación No Brahmana, que era leal a los británicos. La corriente radical que representaba la Satyasodhak Samaj era opuesta al Congreso, un partido que dominaron los brahmanes en las primeras etapas, pero que se fusionó con el nacionalismo gandhiano para la década de 1930 (Omvedt, 1976).

En el sur, particularmente en la presidencia de Madrás, se buscó forjar una identidad dravídica definida como contrapunto al dominio brahmánico, y los miembros de la casta vellala asumieron el liderazgo de este movimiento. No obstante, antes de éste, la casta de los shananes había sufrido una transformación gradual entre la década de 1820 y la de 1880, en la que pasaron de ser “sucios extractores de savia de palma” a nadares kshatriya (Hardgrave, 1969; Robb, 2002, p. 229). La ocasión de esta transformación fue una controversia por la portación de prendas en la parte superior del cuerpo en la década de 1820. Los shananes radicales contrarrestaron su condición sucia adaptando el cordón sagrado, con lo que dieron un giro a este símbolo de prestigio. Participaron en el movimiento de entrada a los templos en la década de 1890 y poco después comenzaron a expresar su ambición política, lo que permitió que Kamraj Nadar se convirtiera en el jefe de gobierno de Madrás y en presidente del Congreso Nacional Indio a inicios del siglo xx.

En una situación muy similar a la de la presidencia de Bombay, los brahmanes de la presidencia de Madrás monopolizaron 42% de los trabajos disponibles en el gobierno a finales del siglo XIX, aunque constituían sólo 3% de la población total. Estos brahmanes, orgullosos de su educación y especialmente de su dominio de la lengua inglesa, se identificaban con el sánscrito como lengua clásica con un pasado glorioso, y se mofaban del tamil, la lengua de las multitudes ignorantes. Ello dio un giro particular al movimiento antibrahmán en el sur, donde la lengua tamil se convirtió en objeto de devoción, un elemento que evocaba una pasión y una identificación intensas. Además de forjar una identidad antibrahmana y tamilcéntrica, el amor por la lengua igualaba y contrapesaba el amor por la nación que la incipiente lucha nacionalista intentaba construir (Ramaswamy, 1997). Exploraremos las ramificaciones de lo anterior en el siguiente capítulo.

Además de valorar su lengua, la élite tamil no brahmana se basó en teorías misioneras y orientalistas de la invasión aria para argumentar que el sistema de castas no era originario del sur, sino una imposición de los brahmanes del norte que intentaron colonizar la cultura tamil-dravídica. El movimiento antibrahmán encontró su foro político en el Partido de la Justicia, que se fundó en 1916 (Irschick, 1969). Éste, que se constituyó conscientemente como un partido para quienes no eran brahmanes, publicó un Manifiesto Antibrahmán y se opuso al Congreso y su programa político. El partido rindió toda su lealtad a la administración colonial y luchó por los privilegios que ofrecían las reformas auspiciadas por el gobierno. De hecho, exigió representación separada para los no brahmanes en los consejos legislativos, como se había otorgado a los musulmanes a través de las reformas Morley-Minto de 1909. Después de la asignación de escaños reservados para los no brahmanes mediante las reformas de Montagu-Chelmsford en 1919, y particularmente de su introducción al gobierno dual con el otorgamiento de importantes facultades a los consejos legislativos en las provincias (Baker, 1976, p. 1), el Partido de la Justicia impugnó las

elecciones al Consejo Legislativo de Madrás en oposición abierta al programa de no cooperación del Congreso, y tuvo un buen desempeño. Sin embargo, pronto entró en choques con un grupo más militante de no brahmanes que había desarrollado el no brahmanismo como una teoría y una ideología políticas, inspirado en los escritos, en telugu y en tamil, de S. Raghavayya Chowdary y de E. V. Ramaswamy Naicker, respectivamente (Baker, 1976, p. 83).

Naicker hizo gran énfasis en el “respeto propio” en la identidad dravídica que intentaba construir. A partir de 1925, él y sus seguidores comenzaron a publicar un semanario titulado *Kudi Arasu* (Gobierno del pueblo), cuya circulación aumentó considerablemente hacia el final de la década, pues se convirtió en el principal vehículo para propagar el programa político del movimiento del “respeto propio”. Se trataba de un programa detallado y bien expuesto que hacía un llamamiento a la acción social y política para condenar la “teoría de superioridad-inferioridad” (Baker, 1976, p. 83) aboliendo la intocabilidad y otorgando a todas las comunidades el derecho a acceder a los templos y los pozos; proscribía los libros sagrados que promulgaban mitologías brahmanas, la canalización de fondos de los templos para fines seculares y la realización de matrimonios y otros rituales sin la presencia de sacerdotes; abandonaba el uso de sufijos de casta en los nombres personales, y mejoraba la condición de la mujer (Baker, 1976, p. 83). Todo ello resultaba más radical que la crítica al brahmán contenida en el Manifiesto Antibrahmán de 1916 que publicó el Partido de la Justicia, que expresaba su rechazo a los brahmanes por su “habilidad para pasar exámenes”. Aunque los líderes del Partido de la Justicia apoyaban el movimiento del “respeto propio”, pronto Naicker se frustró por su hipocresía hacia sus causas, y se separó del partido cuando éste comenzó a vincularse con los brahmanes a partir de la década de 1930. Para entonces, la “idea no brahmana que había comenzado como una petición al gobierno” había adquirido una vida y una inercia propias (Baker, 1976, p. 84).

Kerala representa un ejemplo interesante. Ahí, los efectos diferenciales de las reformas agrarias en Malabar —el área gobernada directamente por la Compañía y la Corona— y en los Estados principescos de Travancore y Cochin habían afectado en distintas maneras a los campesinos, a los jornaleros agrícolas y a las estructuras de casta y de clase. La maniobra de la Compañía para presionar a los gobernantes indios para que otorgaran mayores derechos a los arrendatarios en Travancore y Cochin, zonas de producción de cultivos comerciales, generó una clase de campesinos con movilidad ascendente. Utilizaron los vínculos de casta para despertar la solidaridad entre los campesinos y los jornaleros agrícolas, y la clase y la casta se combinaron para aumentar el radicalismo campesino (Bouton, 1985). Los movimientos de castas bajas que surgieron en estos estados a fines del siglo XIX e inicios del XX estuvieron encabezados por campesinos *ezhavas* que se habían beneficiado de las reformas agrarias y de oportunidades comerciales en los Estados principescos. Ellos se aliaron para pugnar por un estatus más alto en la jerarquía de las castas y la eliminación de políticas de segregación que les negaban el acceso a los pozos, a los templos y a las vías públicas, así como a las escuelas y los puestos administrativos, lo que era más importante.

Resulta interesante que miembros de las castas superiores en Cochin y Travancore compartieran este entusiasmo por el cambio hasta cierto grado, pues querían deshacerse de ciertas “prácticas culturales anticuadas en vista de las nuevas oportunidades educativas y administrativas que ofrecía el gobierno británico” (Desai, 2001, p. 44). Quizás esto explique la introducción de la “reserva” en estos Estados en una etapa temprana, punto que mencionamos anteriormente. El radicalismo de las castas bajas se potenció por la presencia de un gran grupo de trabajadores de plantaciones y jornaleros de plantas procesadoras de fibra de coco. Para la década de 1930, los *ezhavas* habían comenzado a hablar en favor del modelo ruso de socialismo en sus asambleas (Jeffrey, 1974), indicio de la influencia de la ideología de izquierda en la región.

En contraste, en el Malabar gobernado por los británicos no se observó un crecimiento del radicalismo agrario sino hasta la década de 1930. Ahí, los grandes terratenientes eran brahmanes o pertenecían a otras castas superiores, y “las relaciones de casta estructuraban las relaciones patrimoniales de dominio y extracción entre terratenientes y arrendatarios” (Desai, 2001, p. 44). La jerarquía de casta profundamente arraigada, los rituales diarios de servilismo que exigían los terratenientes de castas altas y la “degradación absoluta de las castas bajas en las prácticas cotidianas” dificultaron en un grado extremo la acción colectiva por parte de los arrendatarios (Desai, 2001, p. 44). La “base natural de respeto” por los terratenientes, que la jerarquía de casta reforzaba, impidió seriamente el crecimiento de un movimiento campesino-jornalero agrícola fuerte en el área (Moore, 1966; Zagoria, 1971).

La historia de estos diversos movimientos revela una característica importante que Bandyopadhyay analizó. En su estudio de los *namasudras* de Bengala (1997) argumenta que la casta no era indiferenciada ni monolítica, y que los miembros de una casta compartían un rango ritual, pero se diferenciaban claramente por el estatus social y económico. Esta diferenciación con el tiempo creó fisuras en un movimiento de casta que, tras el impulso inicial de una meta o experiencia compartida que forjó una comunidad unida, perdió parte de su inercia (Bandyopadhyay, 1997, pp. 3-4). Por tanto, los movimientos de casta no se originaron únicamente a partir de la prosperidad o la privación de sus miembros, ni eran “expresiones exclusivas de la ambición o la protesta” (1997, p. 4), sino que representaban una convergencia de ideas y aspiraciones distintas en una coyuntura histórica particular. La convergencia solía originarse por los aspectos comunes de un estado ritual bajo, que permitía la formación de un yo colectivo. Sin embargo, en otra coyuntura estos aspectos comunes dieron paso a un conflicto o divergencia de intereses que hizo que la comunidad contingente actuara en diferentes formas. Como sucedió con los movimientos

en el oeste y el sur de India, los *namasudras* de Bengala se unieron como comunidad a finales del siglo XIX en torno a un movimiento de protesta, pero en el siglo XX se desintegraron y se unieron a diferentes tendencias políticas.

La validez del argumento de Bandyopadhyay se hace evidente si se sondean los términos en los que se planteó el discurso radical de los no brahmanes y los *dalit*. Si bien ambos cuestionaban severamente la discriminación ritual relacionada con la casta e insistieron en la injusticia de la práctica, se basaron en gran medida en el modelo *varna* para forjar una comunidad. Aunque, como demuestra Bandyopadhyay, esta comunidad contingente se desmoronó después de un cierto momento, el fuerte simbolismo del *varna* también permitió que se moldearan nuevas comunidades. Fue este complicado proceso el que hizo que la identidad de casta, que no era un “aspecto predeterminado inmutable” de la sociedad india en el siglo XVIII (Bayly, 1995, p. 11), obtuviera una prominencia singular en el siglo XX. Tanto la identidad no brahmana como la *dalit* han sobrevivido porque han cambiado, y se han adaptado y reconfigurado. La importancia de tales identidades en la India contemporánea no requiere mayor explicación.

Por tanto, el esquema *varna* ha dividido y mantenido unida a la institución de la casta, siempre esquiva. Importantes obras que se han concentrado en grupos de casta específicos en regiones particulares han señalado en repetidas ocasiones que la casta tiene un carácter cambiante por naturaleza (Conlon, 1977; Hardgrave, 1969; Jeffrey, 1976; Templeman, 1996). Asimismo, han demostrado que los límites sociales y la continuidad de los grupos familiares y de parentesco entre linajes de castas se determinan mucho más por los “recursos económicos y las estrategias de ocupación” que por consideraciones de pureza y polución (Leonard, 1978, p. 3). La casta siempre ha tenido que ver con poder y privilegio, es decir, es política, pero la percepción de la casta arraigada en el *varna* supuestamente religiosa y ritual con base en las “escrituras” hindúes,

que se perpetuó durante el periodo colonial, sigue gobernando las actividades que rodean a la casta.

La participación activa de varios grupos de indios definitivamente ha dado forma a las identidades de casta, pero los diversos entendimientos y apropiaciones de la casta no han cuestionado los términos que estableció el gobierno colonial. Es significativo que el término *dalit* sea una traducción directa de la categorización colonial de los intocables como “deprimidos” (Zelliot, 2010), pues muestra la impronta de las categorías coloniales, aunque es cierto que los *dalit* se han apoderado del significado del término y lo han transformado considerablemente. Los debates y las luchas han tenido que ver con el acceso a la educación y al empleo público y con una paridad de números y representación política, exactamente en línea con las promesas de las reformas institucionales que ofreció el Estado colonial. Hasta ahora, los llamados al Estado y las críticas al mismo continúan precisamente en torno al cuestionamiento de si ha logrado implementar las disposiciones de discriminación positiva con éxito o no, o si ha sido parcial e indiferente al tratar con el atraso, mientras diferentes grupos luchan por el acceso a los escasos recursos de educación y empleo disponibles.

LA MINORÍA MUSULMANA

La “mayoría” y la “minoría” son estados mentales, no tienen que ver exclusivamente con números (Chatterjee, 1997). Para ilustrar este perceptivo punto, Chatterjee indica que cuando inició el gobierno de la Compañía diferentes sectores de aristócratas musulmanes, particularmente en las Provincias Unidas, se sintieron confiados y satisfechos con sus privilegios y derechos, elementos asociados con la “mayoría”. Los aristócratas musulmanes desdeñaban la falta de cultura de los empleados de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, de modo que permanecieron lejos de ellos. Aun así, al cabo de algunas décadas, im-

portantes miembros de estos grupos habían comenzado a reflexionar sobre por qué los musulmanes se habían quedado atrás, por qué sus contrapartes hindúes habían logrado superarlos, y cómo. El capítulo 3 analizó brevemente los esfuerzos y los argumentos de sir Sayyid Ahmad Khan, un aristócrata musulmán con educación inglesa en favor de la difusión de la educación y la ciencia inglesas entre su comunidad como una manera de compensar su “atraso”. Ahora exploraremos por qué para la segunda mitad del siglo XIX había llegado a asociarse el “retraso” con los musulmanes, los antiguos gobernantes.

W. W. Hunter, un administrador-etnógrafo pionero que lanzó el proyecto *Survey of India* en la década de 1860, publicó una influyente obra, *Indian Musalmans: Are They Bound in Conscience to Rebel Against the Queen?* [Musulmanes indios: ¿están obligados en conciencia a rebelarse contra la reina?], en 1871. Esta obra, que comisionó el virrey Mayo para evaluar la lealtad y la condición de los musulmanes en la India británica, trazó los contornos de una comunidad homogénea de musulmanes y estableció el tono para que en las discusiones oficiales sobre ellos se les considerara “atrasados”. En la opinión de Hunter, el Estado colonial tristemente había sido negligente con su responsabilidad de educar a los súbditos musulmanes, lo que creó toda una clase de campesinos musulmanes “atrasados” y potencialmente sediciosos (Sengupta, 2011, p. 2). Además, planteó que la educación académica secular era adecuada para muy pocas naciones, entre las cuales no se contaba a la Irlanda católica ni al “campesinado analfabeta y fanático de la Bengala mahometana” (Hunter, 1871, p. 179). Para ganar la lealtad de los musulmanes, el Estado colonial debía brindarles mayor acceso a la educación, en particular a la educación religiosa. Esta unión de pertenencia religiosa y orden imperial, como veremos en capítulos posteriores, sería apropiada por los indios en sus proyectos de construcción de nación (Sengupta, 2011, p. 3).

En 1888 el virrey Dufferin se refirió a los “musulmanes” como “una nación de cincuenta millones”, supuestamente uniforme en

costumbres religiosas y sociales, y que compartía “una remembranza de los días en los que, en el trono en Delhi, dominaban el territorio desde los Himalaya hasta Cape Comorin” (Dufferin a Cross, 11 de noviembre de 1888, citado en Sarkar, 1995, p. 20). Dufferin se refiere únicamente a los aristócratas musulmanes que “recordaban los días en los que dominaban”, aunque evidentemente no fue desde los Himalaya hasta Cabo Comorin. Lo que nos sorprende es la gran confianza con la que habla de los “musulmanes” como “una nación de cincuenta millones”. Las operaciones censuales no sólo habían trazado su mapa numérico con exactitud, sino que las encuestas de Hunter también los habían definido como pertenecientes a una nación con costumbres religiosas y sociales uniformes. ¿Es esto muy diferente al llamamiento que haría una asediada Jinnah en la década de 1940 a “todos los musulmanes” que pertenecían a una única “nación”?

De hecho, los censos de 1872 y 1881 revelaron una amplia divergencia tanto en la composición como en la distribución regional de los musulmanes. En las Provincias Unidas los musulmanes constituían una minoría, pues representaban apenas un poco más del 13% de la población, pero una gran parte pertenecía a la aristocracia. Por otro lado, en el Punjab los musulmanes representaban más de 51% de la población, aunque no gozaban de los mismos privilegios que los aristócratas de las Provincias Unidas. Resulta sorprendente que para la clase media bengalí el censo de 1872 mostrara que los musulmanes representaban a casi la mitad de la población, cerca de 49%, con un grupo *ashraf* (de élite) muy pequeño y una gran comunidad de *ajlaf* (campesinos pobres y jornaleros agrícolas) en el este de Bengala (Bandyopadhyay, 2004, pp. 262-264). Además, estas personas hablaban la lengua regional, el bengalí, a diferencia de los aristócratas de las Provincias Unidas, que hablaban urdu y persa. Había poblaciones musulmanas significativas en diferentes partes de India, sobre todo en los diversos Estados principescos, que también diferían en términos de clase, riqueza económica y prestigio social. Además, había distincio-

nes sectarias, como aquella entre los chiítas y los sunitas, y distinciones de lengua y cultura. En conjunto, esta comunidad “musulmana” diversa componía 19.7% de la población total en 1881.

Entonces, ¿que dio a Hunter y a Dufferin tal confianza para referirse a los musulmanes en India —una comunidad extremadamente heterogénea— como una “nación” con costumbres religiosas y sociales compartidas y una memoria común? ¿Fueron el miedo y la ira generados por la experiencia de la Revuelta? ¿Fue el ímpetu colonial por conocer a India para hacerla gobernable, la creencia en modos de conocimiento “occidentales” superiores basados en el pensamiento “racional” y “científico”, la necesidad de encontrar aliados o una combinación de todo lo anterior? Lo importante para nosotros es el impacto de esta clasificación sobre los musulmanes y las políticas coloniales.

Notamos en el capítulo 3 que la idea de la “decadencia” había adquirido prominencia en el islam en diferentes países en la primera mitad del siglo XIX, y discutimos las diversas maneras en que las diferentes tendencias intentaron contrarrestar tal idea. De hecho, fue sólo después de 1857 que Sayyid Ahmad quedó “atrapado en la definición de su propia respuesta a la realidad del gobierno británico” (Lelyveld, 1978, p. 73) y comenzó a buscar activamente un lugar en este gobierno en el norte de India (1978, p. 104). Esto se debe a que quedó claro después de 1857 que la única manera de participar en las decisiones políticas sobre la asignación y el control de los recursos sociales era buscar adaptarse en cierta medida al poder gobernante. Todos sus esfuerzos en la década de 1860 —escuelas en Moradabad y Ghazipur, traducciones al urdu de obras científicas en inglés por parte de la Sociedad Científica, comités escolares locales, la *Aligarh Institute Gazette* [Gaceta del Instituto Aligarh] y la petición de una universidad vernácula— demostraron su voluntad de que los indios obtuvieran un lugar en el sistema político británico inspirándose en las ideas y las técnicas británicas, así como el paradigma misionero de la educación religiosa.

Además, los esfuerzos de Sayyid Ahmad por reunir seguidores se limitaban a hombres de su propio medio —empleados de gobierno y profesionales jurídicos—, y en sus discursos extendió metafóricamente su idea de *qaum* y *biradari*, las categorías de la sociedad mogola definidas por nacimiento, a designaciones regionales y lingüísticas, como indostaníes y bengalíes, para que incluyeran tanto a hindúes como a musulmanes (Lelyveld, 1978, p. 74). Como hemos visto, sus intentos por reformar el islam conforme a la ciencia y la razón indignaron a un grupo particular de aristócratas musulmanes que no se sentían conformes con la “europeización” de la sociedad musulmana.

Un viaje que Sayyid Ahmad realizó a Inglaterra a finales de 1869 lo impactó profundamente. Asombrado por los logros de la tecnología británica, del nivel general de alfabetización y el sentido confiado de logro que había encontrado, y consciente de la humillación del islam a manos de la Europa cristiana, comenzó a creer que había una correlación entre el éxito mundano y la superioridad cultural (Lelyveld, 1978, pp. 104-109). Desde su punto de vista, la generación anterior de musulmanes en India tenía una mejor educación y por eso sus miembros pudieron ocupar posiciones de poder, mientras que ahora la educación de un nivel equivalente se impartía sólo a los ingleses en Inglaterra. Dicha educación tenía que diseminarse en India, pero de manera que se generara una confluencia de religión y educación. Sayyid Ahmad incorporó esta idea en su programa de acción pública a su vuelta a India, particularmente en el programa de la *Muhammadan Anglo-Oriental College* [Universidad Anglooriental Mahometana]. Por tanto, el objetivo de Sayyid Ahmad detrás de la importación de la educación occidental para los musulmanes de clase alta ha llegado a verse como un esfuerzo por fomentar entre los aristócratas un sentido de unidad corporativa como musulmanes (Sarkar, 1995, p. 77).

La noción de Sayyid Ahmad encajaba perfectamente con la política colonial, expresada en *Indian Mussalmans* de Hunter, que quería entrenar con “el conocimiento sobrio y brillante de Oc-

cidente” a “una generación naciente de mahometanos”, quienes al mismo tiempo tendrían conocimiento suficiente de su propio código religioso para inspirar el respeto de su comunidad (Sarkar, 1995, p. 77). Por tanto, no sorprende que el esfuerzo de Sayyid Ahmad por difundir la educación inglesa entre los aristócratas musulmanes haya recibido un apoyo adecuado de los británicos. Aligarh College recibió una donación personal por un monto de 10 000 rupias del virrey lord Northbrooke, y Ahmad se convirtió en adalid y defensor de su comunidad, aunque sus ideas poco ortodoxas sobre el islam habían causado consternación en un inicio (Robinson, 2007 [1974], p. 131).

Podría decirse que Sayyid Ahmad quería construir una idea de solidaridad musulmana y fomentar la mentalidad de *qaum* (nación, comunidad) entre los alumnos de Aligarh. Su Conferencia Educativa Mahometana [*Mohammedan Educational Conference*] (Congreso hasta 1890), que se reunió cada año a partir de 1886, fue otro medio para forjar la solidaridad musulmana. No resulta difícil ver que la Conferencia era un rival directo del Congreso Nacional Indio, que comenzó a celebrar asambleas anuales a partir de 1885. Lo importante es el éxito y la importancia que el patronazgo colonial confirió a estos emprendimientos.

Muhammad Qasim Nanautawi (1833-1877) y Rashid Ahmad Gangohi (1829-1905) promovieron un modelo diferente y rival para generar unidad en el islam en la segunda mitad del siglo XIX. Muhammad Qasim y Rashid Ahmad, veteranos de la Revuelta, intentaron entrenar a los alumnos en aprendizaje islámico, pero en un marco de educación occidental, lo que llevó a la aparición de un “islam protestante” (Robb, 2002, p. 232). El seminario que establecieron en Deoband tomó su plan de estudios de uno anterior del *farangi mahal* (cuartel extranjero) de Lucknow (Robinson, 2007 [1974]). Este seminario no funcionó como parte de una mezquita donde el aprendizaje fuera un complemento a la observancia religiosa de los alumnos.

Los alumnos de Deoband asistían a una universidad residencial formal con personal permanente financiada con recursos públicos, no con una dotación. Su aprendizaje se evaluaba continuamente con exámenes. Los *ulema* impartían clases sobre la *shari'a* y el *ta-riqah* (sendero de la experiencia religiosa). Aunque se modeló enteramente con base en las instituciones educativas occidentales, el seminario de Deoband jugó un papel significativo en el desarrollo de un islam unificado y ortodoxo en India. Sus estudiantes eran relativamente pobres y pertenecían a familias que no podían costear escuelas inglesas. El seminario produjo maestros de *madrassa* y más adelante se volvió prominente por el número de *fatwa* que emitió. El grupo de Deoband también mantuvo un “callado talante anti-británico” y brindó un “apoyo bastante consistente al nacionalismo del Congreso” en el siglo xx (Sarkar, 1995, p. 78). Asimismo, criticaba tanto las innovaciones teológicas de Sayyid Ahmad como su lealtad a los británicos.

El reflejo de la intrincada conversación política en el ámbito educativo encontró otra expresión en Bengala, donde el pequeño grupo de musulmanes *ashraf* enfatizó la necesidad de contar con un financiamiento separado y de desarrollar escuelas para mantener el elemento distintivo de su comunidad religiosa lingüística. Desde finales del siglo XIX argumentaron que esto era necesario porque las escuelas de las aldeas y anglovernáculos en Bengala estaban permeadas por el sesgo de casta y religioso de la *bhadralok* hindú bengalí (una comunidad “cultá” de castas y clases altas y medias), y porque el material educativo, como los textos elementales que produjeron Vidyasagar y otros educadores hindúes, utilizaba un bengalí sanscritizado diferente de la lengua que hablaban los musulmanes de Bengala.

Las recomendaciones que hacían los líderes musulmanes de Bengala para transformar las escuelas primarias musulmanas —las escuelas que enseñaban el Corán (*madrassas*) y las *makhtabs*— buscaban estandarizar la educación religiosa de manera similar a las escuelas misioneras en términos de métodos y objetivos pedagó-

gicos. Tenían muy poco en común con las formas anteriores de educación islámica. En conjunto, todos los esfuerzos por generar y conservar la sensibilidad religiosa mediante la educación sirvieron para homogenizar la educación sectaria en el modelo de las escuelas misioneras (Sengupta, 2011, p. 5). No obstante, los distintos sistemas de educación que buscaron fomentar y retener la identidad religiosa y cultural de diferentes grupos no correspondieron a una demanda de naciones separadas. Más bien, los intentos reflejaron un “esfuerzo pragmático y esperanzado de los educadores y los reformadores” por imaginar el futuro de India como “una sociedad pluralista e integrada” (Sengupta, 2011, p. 6).

Al mismo tiempo, es importante colocar dichos esfuerzos contra el telón de fondo de la construcción censal de los musulmanes como una “minoría” y de los hindúes como una “mayoría”, así como de la reforma y el “renacimiento” dentro del hinduismo y el sikhismo. Como pudimos ver en el capítulo 3, los estridentes esfuerzos de Arya Samaj en el Punjab y el noroeste de India, y del movimiento Singh Sabha en el Punjab habían puesto de relieve la división entre las “comunidades” (Oberoi, 1997). A esto se añadía la “amenaza” que enfrentaban los aristócratas musulmanes de Uttar Pradesh —los terratenientes y las familias de servicio tradicionales— por parte de comerciantes, mercaderes y prestamistas hindúes que estaban comprando tierras, capturando municipios y obteniendo empleos a sus expensas. Por tanto, la rivalidad y el “separatismo” no surgieron del “atraso” sino de este sentido de amenaza. De hecho, el éxito de Arya Samaj en el Punjab se ha vinculado con el “desafío musulmán” que los grupos khatri, arora y badia enfrentaron en los negocios y las profesiones (Jones, 1968).

De manera similar al desarrollo de los movimientos de castas bajas, un sector de aristócratas musulmanes llegó a depender de los “privilegios” que ofrecía el Estado colonial, particularmente después de la disposición especial para los musulmanes en las reformas de Morley-Minto, lo que agregó otro elemento de com-

plejidad a la lucha nacionalista. Cabe destacar que los esfuerzos de Sayyid Ahmad gozaron de un éxito limitado. Además del grupo Deoband rival y de la animosidad de los *ulema*, hubo un sector de la élite musulmana que el Congreso atrajo, y en 1887 Badaruddin Tyabji de Bombay se convirtió en presidente del Congreso Nacional Indio (Bandyopadhyay, 2004, p. 272). Tras la muerte de Sayyid Ahmad había inquietud entre la generación más joven de Aligarh, pero resulta significativo que un grupo haya resuelto las tensiones anteriores con los *ulema* y se haya acercado a la ideología de éstos a inicios del siglo xx. Retomaremos este tema en un capítulo posterior.

La aparición de una identidad comunitaria no se limitó sólo a las élites y a su lucha por empleos y favores políticos, aunque existía una relación entre ambos. En el capítulo 3 discutimos brevemente varios movimientos que buscaban reforma y purificación entre los grupos musulmanes más pobres, que en ocasiones tuvieron como resultado la aparición del radicalismo agrario, como en el este de Bengala, o intentos por volver a un islam puro, como en el Punjab. Los movimientos que buscaban reformas se complementaron con actividades de *anjumans* (asociaciones locales) y de predicadores religiosos itinerantes, además de discusiones religiosas en reuniones locales, como veremos en el capítulo 6.

Las condiciones socioeconómicas adversas que enfrentaron diferentes grupos de pueblos subordinados otorgaron a los intentos de reforma una importancia particular en momentos particulares. Los “julahas” —tejedores musulmanes en la región de Benarés— adquirieron una posición de prominencia en la sociología colonial para mediados del siglo xix por su participación activa en la lucha sectaria. A partir de 1837 se mencionó que los julahas, los musulmanes “fanáticos” estereotípicos de la historiografía colonial, tuvieron una importante participación en los conflictos hindú-musulmanes durante festivales como Ramanaumi y Muharram en el este de Uttar Pradesh y el oeste de Bihar, y su propensión a la violencia se

relacionó directamente con la difusión de los “principios de Syed Uhmud” entre ellos (Thomason, 1837, citado en Pandey, 1992, p. 70).

Aparte del hecho de que tales reportes eran extremadamente parciales, ignoraron por completo la vulnerabilidad de los tejedores al juego de las fuerzas del mercado y su dependencia de prestamistas e intermediarios, factores que se agravaron por los “cambios impredecibles” en la condición social, económica y política general de la gente del norte de India (Pandey, 1992, p. 71). Además, los julahas componían el grupo más grande entre la comunidad musulmana de esa región, numéricamente pequeña, y “estaban concentrados en poblados donde las posibilidades de un conflicto grave y violento siempre eran mayores” (1992, p. 70). Por si fuera poco, como ha demostrado Chris Bayly, no fueron sólo los tejedores, sino también los “comerciantes recién llegados” a los poblados con pocos vínculos con los gobernantes musulmanes anteriores, quienes se negaron “a acceder a una inferioridad ceremonial continua” y participaron activamente en el conflicto de 1837 (Bayly, 1992, p. 337).

Varias obras han puesto al descubierto la grave dislocación económica y social que ocasionó el inicio del colonialismo en Bihar, en Uttar Pradesh y en otras regiones (Amin, 1984; Bayly, 1992; Metcalf, 1979; Siddiqui, 1973; Whitcombe, 1971, por ejemplo). Los tejedores y los hilanderos en particular enfrentaron violentas fluctuaciones en las condiciones de su comercio en el periodo inmediatamente previo a la colonia y durante la misma. La competencia de los productos hechos en fábricas afectó directamente la calidad de la industria textil, y la manufactura de variedades más toscas de tela también se vio sometida a poderosas presiones (Pandey, 1992, p. 72). Por tanto, no sorprende que este grupo vulnerable fuera receptivo a las ideas que buscaron forjar identidades religiosas en la comunidad. Ello, aunado a esfuerzos similares que estaban emprendiendo los hindúes, resultó en disturbios comunales en la década de 1880,

particularmente en el Punjab, en el este de las Provincias Unidas y en Bihar. Para entonces, las actividades de Arya Samaj y de otras organizaciones habían convertido a la “protección de las vacas” en un tema fundamental en el noroeste y en el cinturón hindi.

Por tanto, hubo choques por problemas que aparentemente no tenían nada que ver con las quejas por motivos económicos (Sarkar, 1995, p. 60). La que causó el mayor número de disturbios en las décadas de 1880 y 1890 fue la matanza de vacas. La rápida aparición de sociedades protectoras de vacas en todo el norte y el oeste de India tuvo una influencia directa en ello. Además, la reorganización que hizo Tilak del festival Ganapati comunidad por comunidad (*sarvajanic*) en Maharashtra y el llamamiento directo del festival a los hindúes a boicotear las ceremonias “musulmanas”, como el Muharram, agravaron las tensiones “comunales”. La fuerza laboral industrial de las ciudades siempre siguió siendo volátil por motivos que discutiremos en el capítulo 8. Los primeros disturbios en los suburbios industriales de Calcuta ocurrieron durante el festival Bakr-id de 1891, otra indicación de la rápida diseminación de las ideas de comunidad “religiosa” entre diferentes secciones de la sociedad.

Infortunadamente, estos procesos ambiguos e intrincados de formación de comunidad complementaron las representaciones coloniales dominantes del pasado indio —de la historia india como una serie de confrontaciones entre hindúes y musulmanes, y como un pasado lleno de antagonismos sectarios—, una de cuyas características distintivas fue el prejuicio religioso de los pueblos (Pandey, 1992, p. 24). Esta historia, que se volvió importante desde fines del siglo XIX, estableció el patrón para el entendimiento de la historia y la sociedad indias. Además, la rivalidad y la competencia entre diferentes grupos que en gran medida siguieron las líneas establecidas por las políticas coloniales reforzaron la noción de las disputas sectarias. Por tanto, el “comunalismo” llegó a adquirir una connotación especial en el sur de Asia, la de una versión subcontinental del

nacionalismo en la historiografía colonial, y más adelante la de una obstinada alternativa al “nacionalismo” en la historiografía nacionalista (1992, p. 1).

De acuerdo con Sandria Freitag, el comunismo —una identidad comunitaria politizada con frecuencia marcada por una herencia religiosa compartida “conscientemente” que se convierte en la forma dominante de identidad— se expresó a sí mismo a través de un comportamiento simbólico coherente en ámbitos públicos, particularmente en el norte de la India, a partir de fines del siglo XIX (Freitag, 1990, pp. 6-7). Se vinculó directamente con la rápida urbanización de las Provincias Unidas durante el siglo XIX, sobre todo entre 1850 y 1880, con la emergencia de estilos urbanos definidos y con la creciente especialización urbana, así como con un rápido aumento en los valores de la propiedad urbana y la extensa remodelación de pueblos y palacios de zamindaris (1990, pp. 100-102). Tales transformaciones produjeron nuevas agrupaciones y un nuevo equilibrio de poder entre las élites antiguas y las nuevas, que también tenían distintos grupos de seguidores entre los pobres urbanos. Mientras que los miembros del viejo orden buscaron un punto medio hasta mediados de siglo, los recién llegados a la ciudad, mercaderes hindúes y brahmanes en poblados como Bareilly, presionaron para que se ampliara su reconocimiento. Para fines del siglo XIX, la nueva élite de la “Nueva ciudad”, los mercaderes hindúes y la clase acomodada de servicio indopersa, había superado a sus contrapartes anteriores, que ahora estaban confinados a la “Ciudad vieja” —una disposición física que por sí misma reflejaba la configuración cambiante de poder en la ciudad (Freitag, 1990 pp. 108-111). En el caso de los “hindúes”, las reivindicaciones al liderazgo en competencia se expresaron mejor a través del patrocinio de festivales religiosos adicionales, particularmente las procesiones Ramanaumi, lo cual atrajo el apoyo de las clases bajas. De manera similar, entre el heterogéneo grupo de musulmanes las actividades *ashraf* y *ajlaf* llegaron a superponerse con temas de “religión”

en las últimas tres décadas del siglo XIX (1990, pp. 112-117). En conjunto, hicieron de los “disturbios” una característica común de la vida social.

Pero la imagen no es tan clara ni tan tajante. Como se indicó anteriormente, los intentos por fomentar una educación religiosa distinta no implicaron necesariamente la demanda de una separación clara, sino intentos de aceptar y dar cabida a las diferencias religiosas. Si seguimos a Ayesha Jalal, lo mismo sucedió con los poetas musulmanes del Punjab y el noroeste de India de fines del siglo XIX e inicios del XX (Jalal, 2001). Estos poetas, representantes de la individualidad musulmana y de un yo que no estaba predeterminado por la comunidad, trabajaron en pos de una política india que abriera espacios a las diferencias religiosas, al tiempo que mantuvieron su sensibilidad religiosa. Como tal, es incorrecto pensar en un enfoque “musulmán” uniforme a la política que pueda entenderse a través de la lente fija del “comunalismo” (Jalal, 2001). Ni las castas bajas y los dalit ni los musulmanes ni, para el caso, los “hindúes” lograron jamás formar un bloque homogéneo. Permanecieron divididos por la privación económica, la discriminación sociopolítica y el consiguiente conflicto de interés, pero la “casta” y la “religión” ofrecieron elementos cruciales para la construcción de la identidad, y perpetuaron la noción de los administradores de Victoria de que la casta y la religión eran efectivamente la clave para entender a la sociedad india.

TEMAS DE ECONOMÍA

Por último, retomemos la pregunta del efecto de la colonización en la economía india. Los capítulos 2 y 3 discutieron el impacto de los tres diferentes acuerdos fiscales y analizaron brevemente las extensas consecuencias del ímpetu colonial por maximizar el ingreso público y extender el cultivo por la fuerza, por reclamar

“páramos” y tierras de pastoreo, y por demarcar bosques y llanuras en la economía y la vida del pueblo, incluyendo la recurrencia constante de hambrunas en la India del siglo XIX. En el presente intentaremos ofrecer un recuento situado que relacione la fortuna de las industrias y la producción artesanal con la comercialización de la agricultura, que implicó la producción de cultivos comerciales y las plantaciones. Asimismo, echaremos un vistazo rápido a los cambios que trajo la comercialización a la vida de los trabajadores de las plantaciones, una gran mayoría de quienes eran “tribales”.

Hay un acuerdo general entre los académicos de que el contacto económico de India con la Europa en proceso de industrialización (Gran Bretaña) tuvo efectos tanto constructivos como destructivos, pero hay una variedad de opiniones sobre si fueron más destructivos que constructivos. El punto de vista dominante ha tendido a enfatizar el impacto destructivo sobre las industrias indias, particularmente la algodónera-textil (Bagchi, 1972, 1976, 2010), y ha argumentado que tanto la historia del capitalismo como su efecto sobre la Europa en industrialización difieren totalmente de la de sus colonias y semicolonias en el tercer mundo en relación con “el empleo industrial, la inversión en activos productivos y la distribución del ingreso” (Bagchi, 1976, p. 124). El resultado fue la desindustrialización de las colonias, con la que hubo un movimiento de mano de obra de la manufactura hacia la agricultura medido en términos de números reales, o bien en términos de la proporción total de empleo. Los defensores de la tesis de la desindustrialización han subrayado el nocivo efecto de los bienes producidos en fábricas británicas sobre la industria india de textiles de algodón en el siglo XIX y un descenso en el número de personas empleadas en las industrias entre 1891 y 1931, para concluir que se puede trazar un vínculo directo entre la industrialización de Inglaterra y la desindustrialización de India. Dado que “el tejido con telar manual y el hilado a mano constituían la mayor industria tradicional y los números de la misma eran enormes”, las destructivas consecuencias

en este sector tuvieron un efecto generalmente depresivo sobre el resto de la economía (Bagchi, 1976, p. 137).

Amiya Kumar Bagchi consultó y comparó los datos que recabó Francis Buchanan a inicios del siglo XIX con los registros de los diccionarios geográficos y censos de fines del siglo XIX e inicios del XX para demostrar que con el influjo de productos manufacturados británicos hubo un descenso definitivo tanto en el número de empleados de las industrias secundarias como en la condición de los tejedores y productores de bienes de algodón y de seda en el Bihar gangético (1976, pp. 139-141). Cuando los hilos y las telas británicas baratas invadieron el mercado indio, los tejedores se vieron forzados a cambiar a la manufactura de variedades de tela muy bastas para satisfacer las necesidades de los pobres. La proporción de la población empleada en la industria decayó de 18.6 en 1809-1813 a 8.5 en 1901 (Bagchi, 2010, p. xli). Asimismo, afirmó que dada la ausencia de industrias modernas, excepto en las regiones cercanas a Calcuta y a Bombay, la situación de Bihar central se aplicaba a toda India.

Una fuerte comunidad de negocios india sobrevivió sólo en la región occidental debido a que los territorios del *peshwa* quedaron bajo el dominio de la Compañía apenas en 1818, después de que ésta había perdido su monopolio del comercio (Bagchi, 2010, p. xliiv). La ocupación británica de una provincia o región casi siempre causaba un descenso en el número de personas empleadas en las industrias, pues no sólo se retiraban las restricciones a la entrada de bienes extranjeros, sino que la demanda de productos de la industria secundaria disminuía debido a la depresión que causaba la explotación colonial (2010, p. xliiii). Este descenso afectó mucho los ingresos de las mujeres de todas las clases, puesto que el hilado era la fuente más importante de ganancias para muchas, particularmente aquellas que no trabajaban fuera de su casa ni podían hacerlo (2010, p. xliiii).

Por tanto, el proceso de desindustrialización fue una característica común en la mayor parte de India durante el siglo XIX y no

sólo ocurrió en el subcontinente, sino en la mayoría de los países asiáticos. Esto no se debió únicamente al efecto de “contracorriente” de la industrialización de los países desarrollados (Myrdal, 1968), sino más bien a la cercana relación entre los países industrializados de Europa, particularmente Gran Bretaña, y sus colonias y semicolonias en Asia (Bagchi, 1976, pp. 146-150). Muchos de los ajustes a los cambios técnicos en los países europeos se realizaron en el extranjero, y estos procesos, aunados a otras fuerzas del mercado y no pertenecientes a éste, llevaron a la transferencia de un superávit invertible de los países del tercer mundo a Europa, lo que generó una marcada asimetría entre el crecimiento de los países capitalistas y el proceso de cambio en los subdesarrollados (1976, pp. 153-154).

No hay duda de que la mayor productividad en Gran Bretaña redujo el precio de los textiles y volvió antieconómica la manufactura casera de India (Roy, 2002). Además, una revolución en el transporte y un descenso en las tarifas de transportación marítima fomentaron el comercio internacional y la especialización, lo que hizo posible que Gran Bretaña superara las exportaciones de India y, más adelante, le ganara el mercado nacional (Clingingsmith y Williamson, 2005, p. 1). Este punto de vista, como veremos en el siguiente capítulo, fue el principal blanco de la crítica económica de los nacionalistas indios al gobierno colonial.

La imagen es mucho más compleja y contrapuesta, como han señalado varios académicos (Chandavarkar, 1985; Ludden, 1999). Como mencionamos anteriormente en relación con los julahas, India había estado expuesta al mercado internacional y a sus fluctuaciones durante mucho tiempo, incluso antes del inicio de la colonización británica. La Revolución Industrial y el imperialismo británico sin duda aceleraron la escala de tal exposición e indujeron serios cambios estructurales, pero hubo numerosas otras variables que templaron la iniciativa británica, especialmente porque las condiciones de India eran muy diferentes a las de Gran Bretaña desde un inicio.

La importante visión revisionista de Tirthankar Roy ha enfatizado que las historias de Gran Bretaña y sus colonias son similares en ciertos aspectos clave, y que los cambios y el crecimiento en el comercio de larga distancia, sobre todo entre la apertura del Canal de Suez (1869) y la Gran Depresión (1929), tuvieron un efecto positivo en la producción artesanal india (Roy, 1999, 2002). Al centrarse en cinco industrias indias que empleaban mano de obra artesana intensiva —el tejido con telar manual, el trabajo con hilo de oro (*jari*), la talabartería, la latonería y el tejido de alfombras—, Roy ha argumentado que los productos artesanales respondieron y se adaptaron al comercio de larga distancia, y que su demanda creció en distintas maneras, incluyendo el aumento en la productividad. Desde su punto de vista, sólo algunos segmentos de la industria de los textiles de algodón se vieron afectados adversamente por la competencia de las fábricas británicas, mientras que los textiles tejidos a mano y las otras artesanías que él analizó no enfrentaron tal competencia y de hecho lograron adaptarse con éxito y contribuyeron a las exportaciones. El incremento en la demanda trajo consigo grandes cambios institucionales así como en la composición de los productos, pero definitivamente aumentó la productividad. Además, muchos de los trabajadores que pasaron de la industria a la agricultura eran empleados de medio tiempo, y la caída en el empleo en la industria textil se compensó con un aumento en los trabajos en la industria del añil, la del opio y la del salitre. El hecho de que el aumento en la productividad no generara prosperidad y desarrollo en el sur de Asia tuvo que ver más con la “calidad del suelo del sur asiático, donde nació la industrialización pero no alcanzó la madurez”, que con el efecto regresivo del comercio, los mercados y el colonialismo (Roy, 1999, p. 10).

Resulta interesante que décadas antes (1963, 1983) Morris D. Morris ya había expresado el énfasis de Roy para analizar los diferentes segmentos de los textiles de algodón por separado, a fin de entender el efecto de la competencia británica. Morris también

había cuestionado la noción de “desindustrialización” apuntando a la introducción temprana de la veloz extensión de la tecnología de locomoción a vapor en sectores específicos del sur de Asia. En un largo capítulo de *The Cambridge Economic History of India* (vol. 2) [La historia económica de India de Cambridge], Morris dio seguimiento al crecimiento de la manufactura de yute, de textiles de algodón, de hierro y acero, de artesanías y de las industrias de pequeña escala, y argumentó que la economía india en los siglos XIX y XX fue en gran medida una economía de empresas privadas. Por tanto, no podía responsabilizarse a la política del gobierno británico ni a los valores y la estructura social indios por el “impulso empresarial disminuido” (Morris, 1983, p. 54).

En relación con el efecto de la Revolución Industrial en los textiles de algodón indios en particular, Morris ha afirmado que, dado que la tecnología no se desarrolló de manera simultánea en los sectores de hilado y tejido de algodón en Gran Bretaña, sólo los hilanderos de técnica manual indios sintieron la competencia de precios de la metrópoli antes de 1830-1835. No había competencia para los tejedores indios que empleaban la técnica manual, pues Gran Bretaña aún producía con telar manual. Por tanto, las penurias de los tejedores indios se debieron más a la inestabilidad climática y a problemas con las cosechas, aunados a un descenso en los ingresos agrícolas y en la demanda local de tela, que a la competencia británica (Morris, 1983, pp. 668-669).

India habría enfrentado una fuerte competencia en el periodo comprendido entre 1835 y 1870, cuando Gran Bretaña cambió a los telares mecanizados y la producción en fábricas, pero “extrañamente” la condición de los tejedores indios no fue objeto de atención pública durante esos años. Esto se debió quizás a que un descenso significativo en los precios de la tela aumentó la demanda de la misma y “amortiguó” el efecto de los bienes manufacturados británicos sobre los productores indios (Morris, 1983, p. 669). Por último, la industria india de textiles fabricados comenzó su crecimiento a ini-

cios de la década de 1870. De hecho, los hilanderos que trabajaban con técnica manual enfrentaron una competencia real por parte de las fábricas indias que producían hilos gruesos, pues la estructura de costos y la mano de obra barata habían hecho imposible que los británicos penetraran el mercado de los hilos de bajo costo. Por consiguiente, fue la competencia nativa y no la industrial extranjera “lo que en última instancia dio el tiro de gracia al sector del hilado manual”, aunque con un efecto retardado (1983, p. 669).

Esta tesis sobre el crecimiento en las industrias indias a partir de finales del siglo XIX recibió mayor atención en otras obras. Éstas enfatizaban que alrededor de 1914 India contaba con “la industria de manufactura de yute más grande del mundo”, y poseía el cuarto y el quinto lugar en la industria de los textiles de algodón (Tomlinson, 1979, p. 31), sin hacer distinción alguna entre las muy divergentes sociedades que se estaban comparando.

En un ensayo que toma en cuenta las diferentes posiciones en relación con el impacto económico de Gran Bretaña sobre India, los economistas de Harvard Clingingsmith y Williamson acuerdan en que hubo una desindustrialización de largo plazo en India. Sin embargo, no la adjudican sólo a la “conmoción en los precios causado por el incremento de la productividad de la manufactura europea (y la demanda inducida de intermediarios industriales como algodón y añil)”, sino también a “la afectación negativa a la productividad de la agricultura india” generada por la decadencia de los mogoles (2005, p. 11). Los autores toman a los años transcurridos entre 1750 y 1860 como el periodo de la desindustrialización de India y lo dividen en dos fases.

La desindustrialización en la primera fase, entre 1750 y 1810, fue un “resultado indirecto de la disolución del imperio mogol” (Clingingsmith y Williamson, 2005, p. 24). La tercerización de la recaudación se expandió con la decadencia de la autoridad central, que a su vez aumentó la carga impositiva sobre los campesinos. La guerra y el declive del comercio interregional disminuyeron la productividad agrícola y aumentaron

los precios de los granos alimenticios, lo que empujó hacia arriba los salarios de los trabajadores y afectó negativamente a los manufactureros textiles de India comprometiendo su competitividad con Gran Bretaña en una época en la que Inglaterra aún utilizaba el sistema de producción casera. Además, “los términos intersectoriales del comercio se movieron en contra de los textiles” y alentaron un cambio a la producción de bienes de consumo agrícolas (2005, p. 24).

En la segunda fase, de 1810 a 1860, el cambio al sistema de fábricas en Inglaterra hizo que bajaran los precios de los textiles y reforzó la tendencia de producción de bienes de consumo agrícolas en India. La caída en los precios de los productos agrícolas entre 1821 y 1854 intensificó aún más la desindustrialización. Por tanto, en lugar de competir, las causas extranjeras y las nacionales actuaron en conjunto y se apuntalaron mutuamente, aunque su impacto se sintió de diferente manera en distintos periodos. Para la década de 1860 había terminado la desindustrialización e India se encontraba en el camino de una “lenta reindustrialización” (Clingingsmith y Williamson, 2005, p. 25). En cierta forma, este punto de vista retomaba el que planteara Daniel Thorner hace años: que la desindustrialización ocurrió en India antes de 1881, y en una escala muy modesta entre 1881 y 1901, tras lo cual terminó (Thorner, 1962). Las cifras de Amiya Bagchi se refieren principalmente al declive del hilado, gran parte del cual realizaban las mujeres en sus casas con una tecnología muy sencilla, y que no puede considerarse como una explicación de la desindustrialización a gran escala. Sin embargo, hay evidencia que sugiere que la producción de hilo para los telares manuales cayó en toda India, no sólo en la zona gangética de Bihar, que precedió a una decadencia en el tejido y que el declive de ambos ya había terminado para 1870 (Clingingsmith y Williamson, 2005, p. 14).

Bagchi refuta la postura de que la desindustrialización ya había terminado hacia fines del siglo XIX. El empleo en unidades de producción de yute y algodón y mineras a gran escala que se desarrollaron a partir de la década de 1850 hizo poco por compensar

el lento crecimiento de las unidades caseras y de pequeña escala, incluso en el periodo colonial (Bagchi, 2010, p. xliii).

Ya sea que aceptemos o no que la desindustrialización ya había terminado hacia finales del siglo XIX, es importante prestar atención al argumento de Clingingsmith y Williamson: la desindustrialización guarda una estrecha relación con la comercialización de la agricultura. Algunas obras tempranas importantes han demostrado que los requisitos del comercio internacional habían dado lugar a la comercialización de la agricultura, especialmente en la región de Bengala después de la hambruna de 1770 (Chaudhuri, 1964).

La introducción del cultivo de opio en un sistema estrictamente controlado por los dueños de plantaciones europeos fue resultado de la necesidad de equilibrar el comercio con China (capítulo 3). La importancia del opio en el mantenimiento de una balanza comercial sana para Gran Bretaña con el tiempo llevó a una migración masiva de cultivadores de la planta como jornaleros a largo plazo desde India (sobre todo desde Bihar) a otras colonias británicas a partir de la década de 1830, tras la abolición de la esclavitud en la mayor parte del imperio británico. El añil, que se había sembrado a gran escala en India desde el siglo XVI, comenzó a producirse como cultivo comercial a partir de 1777 en plantaciones en la presidencia de Bengala, con la mayor concentración en la región de Champaran, en lo que actualmente es Bihar. En Gran Bretaña había una gran demanda de añil indio, que se utilizaba para teñir uniformes militares y textiles en general. Los dueños de las plantaciones europeos tenían un control casi absoluto sobre los cultivadores de añil y se volvieron aún más explotadores a partir de 1837, cuando se les permitió poseer tierras.

El capítulo 3 analizó cómo a lo largo del siglo XIX India pasó de ser un exportador de productos terminados a un proveedor fundamental de materias primas para las fábricas británicas y un mercado cautivo para los bienes manufacturados en Inglaterra, sobre todo textiles de algodón. La materia prima más importante que proveía era algodón de las fábricas de Lancashire, sobre todo

después de que en 1861 la guerra civil americana interrumpiera el suministro desde el sur de Estados Unidos. Desde luego, el algodón no era el único cultivo comercial, había muchos otros como el té, el café, el opio, el azúcar, la seda cruda, el trigo, el yute, las oleaginosas y el añil.

NUEVAS PROPUESTAS:

Los *coolies* de la selva y los asameses civilizados

El crecimiento de las plantaciones de té en Assam y en Darjeeling explicó el surgimiento de una población significativa de inmigrantes jornaleros a largo plazo. Las plantaciones de té transformaron el paisaje de Assam y le otorgaron al estado de la Compañía una oportunidad para emprender cultivos rentables en una región con gran densidad selvática (Sharma, 2011). A partir de mediados del siglo XIX, casi desde el momento de su inicio, los huertos de té de Assam dependieron de jornaleros inmigrantes empleados a través de contratistas rurales y sardares (Verma, 2009, p. 307). Se decía que el pueblo asamés, adicto al opio, era indolente y que su holgazanería justificaba que los dueños de las plantaciones contrataran a jornaleros a largo plazo. Los *coolies* de las regiones tribales de Chotanagpur y las Provincias Centrales, llamados *junglees* (que literalmente significa gente de la jungla, pero se utilizaba para designar a personas salvajes), asumieron una importancia y preferencia especiales entre los patrones de los huertos de té de Assam. Se creía que eran lo suficientemente trabajadores y fuertes para soportar el clima “húmedo y malárico” de la provincia. Tenían un “precio elevado” en el mercado laboral y constituyeron una proporción sustancial de la fuerza de trabajo en Assam (Verma, 2009).

El trabajo en la plantación requería de muchas horas de trabajo intensivo y las condiciones de vida estaban lejos de ser satisfactorias. En un inicio, los dueños de las plantaciones recompensaban a los *coolies* por trabajar horas extra o por un buen desempeño ofreciéndoles alcohol, una botella de ron de brandy. El alcohol se consideraba un estimulante para trabajar en condiciones inhóspitas y adversas. Sin embargo, a partir de la década de 1880, después de que Assam se convirtió en una provincia separada (1874) y el Estado colonial impuso nuevos impuestos al consumo, la “embriaguez” entre los *coolies* se convirtió en una de las principales causas de preocupación y queja por parte de los patrones (Verma, 2009).

Ya en el capítulo 2 indicamos brevemente la conmoción que pasaron los jornaleros inmigrantes en Assam, y ahora es importante relacionar el cambio que sufrió su situación, de “habitantes del bosque” o “gente de las colinas” a jornaleros a largo plazo, con las políticas de renta y forestales del Estado colonial. El último capítulo indicó que un gran número de santales tuvieron que huir a los huertos de té de Darjeeling y después el extranjero para evadir la represión estatal tras la rebelión de los santales en 1855 y 1856. El trabajo de David Baker sobre las provincias centrales documenta la decadencia constante de diferentes grupos de “tribus” entre 1861-1920, es decir, desde la época en que se formaron las provincias centrales, debido a las medidas que adoptó el Estado colonial (Baker, 1991). El estado buscó regular o detener las prácticas de cultivo itinerante y tumba y roza que practicaban diferentes grupos de pueblos tribales e intentó alentarlos a cambiar del cultivo de subsistencia a un sistema capitalista de posesión de tierras y comercio. Además, aplicó fuertes castigos a los salvajes obstinados y desobedientes, alocados y ebrios, sin preguntar los motivos de su resistencia. Por si fuera poco, las policías forestales protectoras y el control a la caza en los claros de las selvas, que incluía la prohibición al uso del arco y la flecha, redujeron a los grupos tribales a la más abyecta pobreza. Su traslado en grandes números a los huertos de té y a otras fábricas se debió al deterioro constante que habían sufrido bajo la administración colonial.

La obra reciente de Jayeeta Sharma ha subrayado la importancia de la presencia de numerosos “*junglees* en Assam” para la construcción de una “comunidad indoaria imaginada” por parte de la élite asamesa. Los jornaleros de largo plazo del siglo XIX fueron acompañados por muchos otros en el XX, quienes llegaron voluntariamente para buscar el sustento. Juntos elevaron la población inmigrante de Assam a más de un millón de personas. Según argumenta Sharma, la construcción racializada del jornalero de los cultivos de té como “primitivo” permitió a la pequeña burguesía asamesa reivindicar la modernidad para sí misma y un espacio político moderno para su patria imaginada en la nación que se estaba construyendo, en lo que ahondaremos en los siguientes capítulos.

Referencias

- Baker, David (1991). State, Policy, the Market Economy, and Tribal Decline: The Central Provinces, 1861-1929. *The Indian Economic and Social History Review*, 28(4), pp. 341-370.
- Sharma, Jayeeta (2011). *Empire's Garden: Assam and the Making of India*. Durham, NC: Duke University Press.

Verma, Nitin (2009). For the Drink of the Nation: Drink, Labour and Plantation Capitalism in the Colonial Tea Gardens of Assam in the Late Nineteenth and Early Twentieth Century. En Marcel van der Linden y Prabhu N. Mohapatra (eds.). *Labour Matters: Towards Global Histories. Studies in Honour of Sabyasachi Bhattacharya* (pp. 295-354). Nueva Delhi: Tulika.

Se dice que, en conjunto, todos estos cultivos “mercantizaron” a la agricultura. Desde luego, el debate gira en torno a si esto tuvo algún efecto beneficioso para los campesinos indios, pero es difícil plantear una respuesta clara, dado que la comercialización, como la industrialización, implicó numerosas variables. Además, no todas las regiones se comercializaron de la misma manera y el efecto fue muy diverso.

Las regiones algodoneras del oeste de India —Gujarat y Berar— prosperaron gracias a la comercialización, afirma Tirthankar Roy (2002). La apertura del Canal de Suez en 1869 facilitó la exportación de algodón y trigo desde India central a los mercados europeos. La mano de obra misma, argumenta Roy, se volvió más móvil con las mejoras en el transporte y la mayor movilidad que se ofrecía a los cultivadores-aparceros y jornaleros agrícolas —más opciones y un mayor poder de maniobra—. Al mismo tiempo, la lenta devaluación de la rupia de plata india contra las monedas europeas, respaldadas en oro, hizo que las materias primas fueran más baratas para los europeos y no necesariamente ayudó a los productores indios. Si la abundante disponibilidad de mano de obra benefició en cierta medida a los productores, también implicó una carga adicional para la agricultura.

A su vez, el gran peso acrecentado sobre la agricultura llevó a la descampesinización en grandes partes de India a lo largo del siglo XIX. La comercialización de la agricultura convirtió por la fuerza a los pequeños agricultores y a los aparceros en jornaleros sin tierra.

La tendencia se agudizó después de la Gran Depresión de 1929, especialmente en el centro y el oeste de Bengala y en la región de Malabar en Kerala, donde predominaba la aparcería (Chaudhuri, 1975; Dhanagare, 1983; Menon, 1994). Además, aunque los campesinos de Bengala no fueron desalojados como ocurrió en Malabar, tuvieron que cultivar en peores condiciones, con derechos inferiores y rentas superiores (Chatterjee, 1984). Por tanto, el creciente superávit de exportación de materias primas y cultivos comerciales de India no le resultó beneficioso, solamente ayudó a cubrir la variedad de cargos que aumentaban y al “drenaje de riqueza” desde el subcontinente a Inglaterra.

Los académicos que han explorado los efectos de la expansión del capitalismo en las sociedades “tradicionales” a través de la “capitalización” de la agricultura mundial —Wallerstein, Michel Beaud e Irfan Habib, por ejemplo— han prestado mucha atención a la comercialización de la agricultura y la desindustrialización. Conducen en que la comercialización o la “capitalización” generó cambios significativos en la estructura social de las sociedades tradicionales, particularmente en Asia, y con frecuencia llevaron a la ruina a las industrias existentes, entre las cuales la más importante era la de los textiles de algodón en India (Wallerstein, 1979, p. 57). El aspecto económico de la colonización, anota Beaud, se fortaleció e intensificó después de que India se convirtiera en una colonia de la Corona. Aumentaron las compras de cultivos comerciales como el añil, el yute y el algodón, y al mismo tiempo el mercado indio se vio inundado de telas de algodón inglesas, lo que en conjunto arruinó a los artesanos locales (1983, p. 101). Gadgil y Guha enfatizaron lo mismo, argumentando que la comercialización ocasionó una aguda división en la India “tradicional” (Gadgil y Guha, 1993).

Sanjay Subrahmanyam, Christopher Bayly, K. N. Chaudhuri y David Ludden han tratado de agregar mayor complejidad a la imagen apuntando que el intercambio y el comercio habían sido importantes en India siglos antes del gobierno británico, y que la comercialización

se había expandido rápidamente después de 1500. Por tanto, es erróneo imaginar que el capital británico invadió una India en la que el comercio desempeñó un papel marginal (Bayly, 1992[1983]; Chaudhuri, 1978; 1985; Ludden, 1999; Subrahmanyam, 1997). Más bien, el imperialismo británico surgió en el seno de la circulación más amplia de bienes de consumo en las regiones comercializadas y se alimentó de la misma, y después adquirió el poder suficiente para controlar la comercialización de manera conveniente a sus propios intereses.

Una discusión que se expuso en los capítulos anteriores demuestra la validez de este argumento. India tenía una dinámica red de intercambio y comercio, y el cambio de lealtad de importantes mercaderes y banqueros indios, del emperador mogol y los gobernantes locales a la Compañía Inglesa de las Indias Orientales fue un elemento importante en el éxito de esta última. Al mismo tiempo, es igualmente cierto que las necesidades imperiales británicas cambiaron el ritmo de la comercialización y pusieron en peligro cambios importantes en la producción de bienes de consumo, lo que afectó gravemente a la economía nacional de India.

Como en el caso de la desindustrialización, obras más recientes sobre la comercialización de la agricultura han tratado de aportar matices y complejidades al debate. Por ejemplo, Peter Rob ha sostenido que los cambios económicos causados por el dominio británico no comprendieron “un tráfico de una vía a un destino único” (1992, p. 97). Centrándose en el Bihar del siglo XIX, una importante región productora de cultivos comerciales, Rob ha demostrado que varios factores silenciaron el proceso de comercialización y que los campesinos subsistentes no se convirtieron automáticamente en agricultores capitalistas ni en jornaleros agrícolas sin tierra debido a la comercialización.

El siglo XIX no ocasionó una gran fractura en la producción y el comercio de cultivos, se tratara de granos alimenticios o de cultivos comerciales. De hecho, Robb retoma el trabajo de Rajat Datta (1986), que muestra que existió un pujante comercio local

marcado por la importación y la exportación de arroz, cebada y otros granos en el Bihar de inicios del siglo XIX, para contrarrestar la premisa de Benoy Chaudhuri de que el comercio agrícola durante la recesión posterior a la hambruna en la región de Bengala guardó una estrecha relación con la demanda internacional (Robb, 1992, p. 101). Al mismo tiempo, Robb nos advierte sobre la suposición de Datta de que la existencia del comercio local implicó la presencia de una economía monetizada bien integrada en todos los niveles de la sociedad. El sistema de rentas y de distribución de la producción en las aldeas era “altamente intervencionista”, lo que acotó gravemente las “opciones de los campesinos” en cuanto a cultivo y trabajo (1992, p. 103).

La producción “forzada” de cultivos comerciales en el siglo XIX, particularmente de opio y añil, que había atraído la atención de la intelectualidad bengalí (capítulo 3), afectó a los campesinos en muy diferentes formas, no sólo porque cada cultivo requería diferente nivel de cuidados y se producía en diferentes tipos de suelo, sino también porque su demanda y precio variaban ampliamente, igual que el porcentaje de ganancia que obtenían los propietarios de las plantaciones. Incluso en el caso del opio, que agotaba “al suelo y al cultivador” y “profundizó el sometimiento de los agricultores”, el grado de subordinación no era absoluto ni común en el mismo grupo de cultivadores. En la segunda parte del siglo XIX muchos productores de opio cambiaron al cultivo del añil, papa o tabaco, ya fuera por su propia iniciativa o por la de los magnates locales (Robb, 1992, pp. 105-106). No fue el sometimiento a los dueños de las plantaciones sino a las jerarquías locales de control, la presencia de intermediarios, las complejidades del uso de la tierra y la agricultura y la diferenciación en la sociedad lo que hizo imposible que un campesino se liberara de su subordinación, impidiendo con ello la “comercialización desde dentro” (Robb, 1992, pp. 108-109). Desde un ángulo diferente, el análisis de Manali Desai de las rela-

ciones agrarias en Kerala llega a una conclusión similar, como se discutió anteriormente.

Al parecer, Robb concuerda con el punto de vista que Christopher Bayly y Tirthankar Roy plantearon de una manera diferente: las fuerzas combinadas de la cultura indígena y la explotación imperialista previnieron la replicación del capitalismo occidental en India. Otros académicos presentan este argumento en otra forma. Para ellos, la comercialización fue un proceso híbrido que combinó energías locales e imperiales, y que sí transformó a la sociedad india de maneras importantes y ocasionó violencia, conflictos y cambios socioculturales y económicos radicales, pero no llegó a ser un cisma histórico drástico que destruyera a la sociedad india “tradicional” y produjera por la fuerza una “moderna” (Bayly, 1992[1983]; Chaudhuri, 1964; 1985; Roy, 1999; Subrahmanyam, 1997). Por último, a tono con el argumento de que la modernidad no fue una, algunos académicos sostienen que históricamente el capitalismo habita diferentes espacios donde la fuerza de las condiciones y los pueblos locales genera otros capitalismos que son diversos en términos temporales, espaciales y culturales (Ludden, 2004). Por tanto, hay conceptos divergentes tanto de capitalismo como de globalización (Bose, 1990).

Pero quizá sea más importante que ponderemos las suposiciones sobre las que se basan muchos de los argumentos. Desde luego, la suposición crucial es la inevitabilidad de la difusión del capitalismo en todo el mundo y la consiguiente aceptación de la industrialización como un proceso determinado tecnológicamente más allá del ámbito de la elección social —una idea prevalente aún en recuentos relativamente matizados de la industrialización en India (Ray, 1979, por ejemplo). En un ensayo que escribió hace más de 25 años con finas texturas, Chandavarkar subrayó que los modelos de industrialización y cambio social, ya fueran marxistas o funcionalistas, se derivaron en gran medida de la experiencia histórica de Europa occidental, en particular de Gran Bretaña (Chandavarkar, 1985, p. 623). Y dado que la experiencia de la industrialización en

otras partes del mundo se midió contra un modelo tan “universal”, puede suponerse “una multitud de casos especiales” de desarrollo detenido o “revoluciones burguesas frustradas” (1985, p. 624).

La validez del argumento de Chandavarkar en relación con la aceptación acrítica de un modelo específico para una región como universal se refleja en los comentarios de Roy sobre la “particularidad” del territorio asiático, donde la industrialización comenzó, pero no maduró (Roy, 2002), o la búsqueda temprana y ansiosa de Habib de las “potencialidades del desarrollo capitalista” en el sur de Asia (Habib, 1969a). Es interesante que en el mismo año Habib había planteado una crítica sensible del “marxismo evolutivo” de la década de 1930 que argumentaba que cada Estado o entidad geográfica tenía que pasar por etapas rígidas del desarrollo —esclavitud, feudalismo, capitalismo, socialismo—, afirmando que tal historia evolutiva era defectuosa (Habib, 1969b).

Los problemas con los análisis que toman el hecho y la fuerza de la industrialización como algo “dado” no sólo radican en su naturaleza formalista. Además del hecho de que toman el orden “tradicional” como algo totalmente estático y pasivo sobre lo que el industrialismo puede actuar exitosamente y sin cesar, también revelan la creencia en una noción evolucionista y lineal de la historia, una historia en etapas, en la que el pasado de Europa puede convertirse en el presente de las sociedades tradicionales, y efectivamente es así, si se siguen los pasos adecuados. Para llegar a esa etapa, las sociedades deben alcanzar “un avanzado nivel de tecnología” y empresa a gran escala, además de llegar a un “consenso sobre los valores gobernados por metas desconocidas en la ‘sociedad tradicional’” (Chandavarkar, 1985, p. 625). Este vínculo casi exclusivo de la industrialización con las industrias a gran escala ha implicado que el nivel de “avance” o “retraso” industriales de una sociedad se ha determinado por su presencia o su ausencia (1985, pp. 623-624).

La penetrante influencia de esta noción de la industrialización como un proceso inevitable y dividido en etapas se refleja en la forma en

que se escriben las historias económicas y sociales. La historia económica de India suele iniciar a mediados del siglo XIX, cuando los historiadores distinguen los primeros signos de la industrialización (1985, pp. 623-624). Antes de dicha etapa, las discusiones se centran casi enteramente en los efectos de los acuerdos fiscales. Asimismo, en las historias sociales suele asumirse una relación simple y directa entre niveles de industrialización y patrones de respuesta social. En tales historias, el industrialismo moderno recibe el crédito por inducir un ritmo acelerado de cambio social que resulta en la “modernización” o la “anglificación” (Jeffrey, 1976, por ejemplo). Resulta interesante que la industrialización, que se toma como un proceso autónomo y libre de la influencia de las fuerzas sociales, se vea como precursora del cambio social.

Ahora es momento de prestar atención tanto a la advertencia de Chandavarkar como al argumento que plantean historiadores de los estudios subalternos en el sentido de que la historia de India no debe leerse a la luz de la historia del capitalismo mundial. La industrialización no es un proceso neutral determinado tecnológicamente que trascienda la elección social y dé forma a la sociedad de una manera particular: su elección es política y está cargada de valores. En el caso de India, la presencia política del Estado colonial y la capacidad agentiva de las clases sociales ejercieron una influencia considerable. Por tanto, si India no “se industrializó” de la misma manera que Inglaterra, no es porque las “condiciones” de la India tradicional fueran diferentes a las de Inglaterra o porque la “naturaleza del territorio asiático” retrasara la industrialización, sino porque las condiciones del gobierno colonial y las estructuras de las jerarquías sociales canalizaron las opciones de los campesinos y los jornaleros en formas particulares. Además, los campesinos y los artesanos enturbiaron la historia de la industrialización de India intentando trazar una nueva dirección, para desafiar tanto los dictados del gobierno de Victoria como las decisiones de los terratenientes y los industrialistas indios.

SOBRE LAS HAMBRUNAS

Resulta pertinente vincular el debate sobre la desindustrialización y la comercialización de la agricultura con la incidencia de hambrunas en el siglo XIX, cuya frecuencia hizo destacar a dicho periodo en la historia india. Hemos visto el efecto dañino que tuvo la expansión del cultivo de algodón en la región de Berar (capítulo 3), donde el reclamo de tierras de pastoreo y de terrenos comunes, aunado a la reducción en la producción de granos alimenticios, resultó en una grave escasez de alimentos y en hambrunas. Como notamos en el capítulo 3, las hambrunas casi siempre ocurrieron después de sequías o fracasos en las cosechas.

Se ha planteado que el efecto de la hambruna fue mucho más profundo que la reducción inmediata en la disponibilidad de alimentos en la región. Una hambruna trastornó la economía rural, llevando la actividad agrícola a un estancamiento y haciendo imposible que los jornaleros sin tierra encontraran trabajo en una época en que la adversidad había aumentado enormemente el suministro de mano de obra casual (Dreze, 1995, p. 72). Los precios de los alimentos aumentaron a la vez que los grupos “menos vulnerables” trataron de mantener su nivel normal de consumo vendiendo sus bienes y los granos que habían almacenado en años previos, y el comercio normalmente era lento para transportar granos alimenticios a las zonas afectadas desde otras regiones. Todo ello, además del hecho de que los salarios estaban muy por debajo del aumento en los precios de los alimentos, causó grandes penurias y hambre que con frecuencia causaban la muerte entre los grupos más vulnerables. Hubo hambrunas localizadas pero graves incluso cuando la producción de granos y el suministro en toda India estaba “lejos de ser escaso” (Dreze, 1995, p. 73). El informe que la Comisión contra la Hambruna emitió en 1880, el más detallado hasta ahora, afirma que los jornaleros agrícolas y los artesanos rurales fueron las

víctimas más afectadas por la hambruna, aunque otras hambrunas muy graves también cobraron la vida de cultivadores.

Hay diversas opiniones sobre las causas de las hambrunas. En el capítulo anterior vimos que algunos académicos las atribuyen a las políticas defectuosas de la Compañía, hecho que también acepta el mencionado informe, que hablaba más del esfuerzo “a medias” de la Compañía por brindar alivio que de su política imperfecta. Al parecer, la prevención de las hambrunas se convirtió en un tema fundamental para el Raj británico, aunque las razones que se aducen para tal cambio de opinión son “sumamente especulativas y fragmentarias” (Dreze, 1995, p. 76). La ausencia de planes de contingencia, una débil motivación, retrasos en el transporte y una mala administración siguieron asediando al Estado colonial, así como habían acompañado al Estado de la Compañía. Por supuesto, el gobierno colonial nunca dejó de señalar el efecto enormemente beneficioso de los ferrocarriles en el mejoramiento de las comunicaciones y en la aceleración de la mitigación del hambre, así como en la ampliación de la zona de la cual podían obtenerse insumos alimentarios, de 100 a 2000 millas.

Huelga decir que la expansión de la red ferrocarrilera promovió el comercio privado y aumentó el dinamismo del comercio de granos, pero su beneficio para diversos sectores de la población india ha sido tema de debate entre los académicos. Con base en investigaciones empíricas realizadas en el oeste de India, Michelle McAlpin argumentó que la ampliación de los ferrocarriles contribuyó a reducir la pobreza y las hambrunas, y que para inicios del siglo xx era común que se transportaran granos hacia regiones con cosechas deficitarias (McAlpin, 1983). Varios académicos, entre ellos Jean Dreze, han desafiado este planteamiento y señalado que la uniformidad de precios de los granos alimenticios en India gracias a la mejoría en las comunicaciones no necesariamente ayudó a mitigar el hambre. La ausencia de regulaciones al comercio internacional y la política del gobierno de no interferir en el comercio priva-

do mantuvieron el flujo de granos alimenticios hacia regiones con precios más altos a través de la frontera nacional. El flujo fue aún mayor en el caso de Inglaterra, debido a la diferencia de precios entre ésta e India. Lo que es más importante, la moderación en el aumento de los precios o la reducción de la disparidad de los mismos no significa necesariamente que disminuya la gravedad de una hambruna. Las dos hambrunas que acaecieron hacia fines del siglo XIX se encontraron entre las más graves en términos de la devastación que ocasionaron. Una situación de escasez, anota Jean Dreze, puede ayudar a grupos vulnerables únicamente si su poder adquisitivo aumenta de manera equiparable, lo que infortunadamente no sucedió (Dreze, 1995, pp. 80-81). La expansión de la red ferrocarrilera posiblemente contribuyó a aliviar el sufrimiento en cierto grado, pero no fue el único factor que redujo la incidencia de las hambrunas en el siglo XX (1995, p. 81). A inicios del siglo XX las fuerzas políticas adquirirían un lugar de prominencia en la historia de India, proceso que abordaremos ahora.

REFERENCIAS

INTRODUCCIÓN

- Cohn, Bernard S. (1996). *Colonialism and its Forms of Knowledge*. Princeton: Princeton University Press.
- Collingwood, R. G. (1946) [reimp. 2005 y 2014]. *The Idea of History*. T.M. Knox (comp.). Oxford: Oxford University Press.
- Guha, Ramachandra (2007). *India After Gandhi: History of the World's Largest Democracy*. Nueva York: Harper Collins.
- Kelley, Donald R. (1998). *Faces of History: From Herodotus to Herder*. Nueva Haven y Londres: Yale University Press.
- Trouillot, Michel-Rolph (1995). *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press.

CAPÍTULO 1

- Alam, Muzaffar (1986). *The Crisis of Empire in Mughal North: Awadh and Panjab, 1707–1748*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Alam, Muzaffar, Sanjay Subrahmanyam (1998). Introduction. En *The Mughal State 1526–1750* (pp. 1-72). M. Alam y S. Subrahmanyam (eds.). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Alavi, Seema (2002). Introduction. En *The Eighteenth Century in India* (pp. 1-56). Seema Alavi (ed.). Nueva Delhi: Oxford University Press.

- Ali, M. Athar (1975). The Passing of Empire: The Mughal Case. *Modern Asian Studies*, 9(13), pp. 385-396.
- _____ (1978-1979). The Eighteenth Century: An Interpretation. *Indian Historical Review*, 5(1-2), pp. 175-186.
- _____ (1986-1987). Recent Theories of Eighteenth Century India. *Indian Historical Review*, 13(1-2), pp. 102-108.
- _____ (1993). The Mughal Polity: A Critique of Revisionist Approaches. *Modern Asian Studies*, 27(4), pp. 699-710.
- Arasaratnam, S. (1979). Trade and Political Dominion in South India, 1750-1790: Changing British-Indian Relationships. *Modern Asian Studies*, 13(1), pp. 19-40.
- _____ (1998). Merchants and Commerce in Coromandel: Trends and Tendencies in the Eighteenth Century. En *On the Eighteenth Century as a Category of Indian History: Van Leur in Retrospect* (pp. 261-288). Leonard Blussé y Femme Gaastra (eds.). Aldershot: Ashgate Publishing Ltd.
- Asher, Catherine B., y Cynthia Talbot (2006). *India Before Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ashraf, K. M. (1960). Presidential Address to the Medieval History Section. *Proceedings of the Indian History Congress* (pp. 143-152). Aligarh: Indian History Congress.
- Bagchi, Amiya K. (2010). Introduction. Colonial Rule as Structural Adjustment: Expropriation, Agency, and Survival. En *Colonialism and Indian Economy* (pp. xv-liii). Amiya K. Bagchi (ed.). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Barnett, Richard (1980). *North India Between Empires: Awadh, the Mughals, and the British, 1720-1801*. Berkeley, Los Ángeles y Londres: University of California Press.
- Bayly, C. A. (1983). *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion*. Cambridge: Cambridge University Press. Hay una edición en Nueva Delhi (1992).
- _____ (1988a). *Indian Society and the Making of the British Empire*. Cambridge: Cambridge University Press.

- _____ (1988b). Van Leur and the Eighteenth Century. En *On the Eighteenth Century as a Category of Indian History: Van Leur in Retrospect* (pp. 289-302). Leonard Blussé y Femme Gaastra (eds.). Aldershot: Ashgate Publishing Ltd.
- Bayly, Susan (1999). *Caste, Society and Politics in India: From the Beginning of the Eighteenth Century to the Modern Age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Braudel, Fernand (1981-1984). *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century* (3 vols.). Nueva York: Harper and Row.
- Buchanan, Francis (1870). *A Journey from Madras through the Countries of Mysore, Canara and Malabar* (Part I). Madrás: Higginbotham and Co.
- Buchanan, Francis (1870). *A Journey from Madras through the Countries of Mysore, Canara and Malabar, Part I*. Texto reproducido en Irfan Habib (ed.) (1999). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan* (pp. 165-168). Nueva Delhi: Tulika.
- Calkins, Philip B. (1970). The Formation of a Regionally-Oriented Ruling Group in Bengal, 1700-1740. *The Journal of Asian Studies*, 29(4), pp. 799-806.
- Chandra, Satish (1959). *Parties and Politics at the Mughal Court, 1707-1740*. Aligarh: Aligarh Muslim University.
- _____ (1982). Review of the Crisis of the Jagirdari System. En *Medieval India: Society, the Jagirdari Crisis, and the Village* (pp. 61-75). Satish Chandra (ed.). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Chaudhuri, B. B. (2008). Peasant History of Late Pre-colonial and Colonial India. En *History of Science, Philosophy and Culture in Indian Civilization* (vol. 8, 2). D.P. Chattopadhyaya (ed.). Nueva Delhi: Pearson Longman.
- Chaudhuri, K. N. (1978). *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760*. Cambridge: Cambridge University Press.

- _____ (1982). European Trade with India. En *The Cambridge Economic History of India* (pp. 382-407). Tapan Raychaudhuri e Irfan Habib (eds.). Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1985). *Trade and Civilisation in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Chaudhury, Sushil (1995). *From Prosperity to Decline: Eighteenth Century Bengal*. Nueva Delhi: Manohar.
- Cohn, Bernard S. (1960). The Initial British Impact on India: A Case Study of the Banaras Region. *The Journal of Asian Studies*, 19(4). Incluido en Bernard S. Cohn (1987). *An Anthropologist among the Historians and other Essays* (pp. 320-342). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (1962). Political Systems in Eighteenth Century India: The Banaras Region. *Journal of the American Oriental Society*, 83(3), pp. 312-320.
- Dasgupta, Ashin (1979). *Indian Merchants and the Decline of Surat: c. 1700-1750*. Wiesbaden: Franz Steiner Verlag.
- _____ (1998). Trade and Politics in 18th Century India. En *The East India Company 1600-1858. Trade, Finance and Power* (vol. IV, pp. 46-81). Patrick Tuck (ed.). Londres y Nueva York: Routledge.
- Deshpande, Prachi (2007). *Creative Pasts: Historical Memory and Identity in Western India, 1700-1960*. Nueva York: Columbia University Press.
- Dirks, Nicholas B. (2006). *The Scandal of Empire: India and the Creation of Imperial Britain*. Nueva Delhi: Permanent Black.
- Dodwell, H. H. (1929). *The Cambridge History of India. British India, 1497-1858* (vol. IV). Cambridge: Cambridge University Press.
- Frenz, Margaret (2003). *From Contact to Conquest: Transition to British Rule in Malabar, 1790-1805*. Nueva Delhi: Oxford University Press.

- Fukuzawa, H. (1982). Maharashtra and the Deccan: A Note. En *The Cambridge Economic History of India* (vol. I, pp. 193-203). Tapan Raychauduri e Irfan Habib (eds.) Cambridge: Cambridge University Press.
- Furber, Holden (1970). *John Company at Work: A Study of European Expansion in India in the Late Eighteenth Century*. Nueva York: Octagon Books.
- Goetz, Hermann (1938). *The Crisis of Indian Civilisation in the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries: The Genesis of Indo-Muslim Civilisation*. Calcuta: University of Calcutta.
- Gordon, Stewart (1993). *The Marathas, 1600-1818. The New Cambridge History of India* (2, 4). Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1994). The Slow Conquest: Administrative Integration of Malwa into the Maratha Empire, 1720-1760. En *Marathas, Marauders, and State Formation in Eighteenth-Century India* (pp. 23-63). Stewart Gordon (ed.). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Grover, B. R. (1966). *An Integrated Pattern of Commercial Life in the Rural Society of North India During the 17th-18th Centuries*. Nueva Delhi: Indian Historical Records Commission.
- Habib, Irfan (1998). The Eighteenth Century in Indian Economic History. En *Proceedings of the Indian History Congress, 1995. 58th Session*. Incluido en Leonard Blussé y Femme Gaastra (eds.). *On the Eighteenth Century as a Category of Indian History: Van Leur in Retrospect* (pp. 217-236). Aldershot: Ashgate Publishing Ltd.
- _____ [1963] (1999a). *The Agrarian System of Mughal India 1556-1707*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (1999b). Introduction. En Irfan Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan* (pp. xvii-xxvii). Nueva Delhi: Tulika.
- Hasan, Farhat (2004). *State and Authority in Mughal India: Power Relations in Western India, 1570-1730*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Hasan, Mohibbul (1999). The French in the Second Anglo-Mysore War. En Irfan Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan* (pp. 35-48). Nueva Delhi: Tulika.
- Irvine, William (1922). *Later Mughals* (vol. 1, 1707-1720, y vol. 2, 1719-1739. J. Sarkar (ed.). Calcuta: Sarkar & Sons.
- Jasanoff, Maya (2005). *Edge of Empire*. Nueva York: Alfred Knopf.
- Kolff, Dirk (1989). *Naukar, Rajput and Sepoy: The Ethnohistory of the Military Labour Market in Hindustan, 1450-1850*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (2004). Retrospection. *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 47, pp. 458-462.
- Kumar, Raj (1999). The Mysore Navy under Haidar Ali and Tipu Sultan. En Irfan Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization Under Haidar Ali and Tipu Sultan* (pp. 171-173). Nueva Delhi: Tulika.
- Leonard, Karen (1979). The "Great Firm" Theory of the Decline of the Mughal Empire. *Comparative Studies in Society and History*, 21(2), pp. 161-177. Incluido en M. Alam y S. Subrahmanyam (eds.) (1998). *The Mughal State, 1526-1750* (pp. 398-420). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Leur, Job van (1940). *Geschiedenis van Nederlandsch Indië (History of the Netherland Indies)*. Amsterdam: Joost van den Vondel.
- Ludden, David (1996). Caste Society and Units of Production in Early Modern South India. En Burton Stein y Sanjay Subrahmanyam (eds.). *Institutions and Economic Change in South Asia* (pp. 105-133). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Mann, Gurminder Singh (2001). *The Making of Sikh Scripture*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Marshall, Peter James (1987). *Bengal: The British Bridgehead, Eastern India, 1740-1828*. Cambridge: Cambridge University Press.

- _____ (ed.) (2003). *The Eighteenth Century in Indian History: Evolution or Revolution?* Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (2005). *The Making and Unmaking of Empires: Britain, India, and America c. 1750-1783*. Oxford: Oxford University Press.
- McLane, John R. (1993). *Land and Local Kingship in Eighteenth Century Bengal*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Metcalf, Barbara D., y Thomas R. Metcalf (2003). *A Concise History of India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Oberoi, Harjot (1997). *The Construction of Religious Boundaries: Culture, Identity and Diversity in the Sikh Tradition*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Parthasarathi, Prasanna (2001). *The Transition to a Colonial Economy: Weavers, Merchants and Kings in South India, 1720-1800*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Perlin, Frank (1983). Proto-Industrialization and Pre-colonial South Asia. *Past and Present*, 98, pp. 30-95.
- _____ (1985). State Formation Reconsidered. *Modern Asian Studies*, 19(3), pp. 415-480.
- Prakash, Om (1998). Trade and Politics in Eighteenth-Century Bengal. En Leonard Blussé y Femme Gaastra (eds.). *On the Eighteenth Century as a Category of Indian History: Van Leur in Retrospect* (pp. 237-260). Aldershot: Ashgate Publishing Ltd.
- Ray, Rajat. K. (1975). Introduction. En V. C. Joshi (ed.). *Rammohun Roy and the Process of Modernization in India* (pp. 1-20). Nueva Delhi: Vikas.
- Raychaudhuri, Tapan (1983). The Mid-Eighteenth-Century Background. En Dharma Kumar y Meghnad Desai (eds.) *The Cambridge Economic History of India. c. 1757-c. 1970* (vol. 2, pp. 3-35). Cambridge: Cambridge University Press.
- Richards, John F. (1975). *Mughal Administration in Golconda*. Oxford: Oxford University Press.
- _____ (1997). Early Modern India and World History. *Journal of World History*, 8(2), pp. 197-209.

- _____ (2004). *Warriors and the State in Early Modern India. Sp. Issue Between Flux and Facts of Indian History: Papers in Honour of Dirk Kolff*, 47(3), pp. 390-400.
- Sahai, Nandita Prasad (2007). *Crafts and Statecraft in the Eighteenth Century Jodhpur. Modern Asian Studies*, 41(4), pp. 683-722.
- Sarkar, Jadunath (1916). *History of Aurangzeb* (vol. 3). Calcuta: University of Calcutta.
- _____ (1924). *History of Aurangzeb* (vol. 4). Calcuta: University of Calcutta.
- _____ (1938). *Fall of the Mughal Empire* (vol. 1). Calcuta: University of Calcutta.
- Singh, Chetan (1981). *Region and the Empire: Panjab in the Seventeenth Century*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Sinha, N. K. (1965). *The Economic History of Bengal: From Plassey to the Permanent Settlement* (vol. 1). 3a. ed. Calcuta: K. L. Mukhopadhyay.
- _____ (1968). *The Economic History of Bengal: From Plassey to the Permanent Settlement* (vol. 2). Calcuta: K. L. Mukhopadhyay.
- Spear, Percival (1951). *Twilight of the Mughals*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stein, Burton (1980). *Peasant State and Society in Medieval South India*. Nueva York: Oxford University Press.
- _____ (1985). *State Formation and Economy Reconsidered. Modern Asian Studies*, 19(3), pp. 387-388.
- _____ (2010). *A History of India*. 2a. ed. Oxford: Wiley-Blackwell.
- Stern, Philip J. (2011). *The Company-State: Corporate Sovereignty and the Early Modern Foundations of the British Empire in India*. Nueva York: Oxford University Press.
- Subrahmanyam, Sanjay (1990). *The Political Economy of Commerce: Southern India, 1500-1650*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1992). *The Mughal State-Structure or Process? Reflections on Recent Western Historiography. Indian Economic and Social History Review*, 29(3), pp. 291-321.

- _____ (1997). Connected Histories: Notes Towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia. *Modern Asian Studies*, 31(3), pp. 735-762.
- _____ (2001). *Penumbra Visions: Making Politics in Early Modern South India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Travers, Robert (2007). *Ideology and Empire in Eighteenth Century India: The British in Bengal*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Washbrook, David (1988). Progress and Problems: South Asian Economic and Social History. *Modern Asian Studies*, 22(1), pp. 57-96.
- Watson, I. B. (1998). Fortifications and the “Idea” of Force in Early English East India Company Relations with India. En Patrick Tuck (ed.). *The East India Company 1600-1858* (vol. IV. *Trade, Finance and Power*, pp. 26-45). Londres y Nueva York: Routledge.
- Wink, André (1986). *Land and Sovereignty in India: Agrarian Society and Politics under the Eighteenth Century Maratha Svarajya*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Yang, Anand A. (1989). *The Limited Raj: Agrarian Relations in Colonial India, Saran District, 1793-1920*. Berkeley: University of California Press.

CAPÍTULO 2

- Acharya, Bijay Kisor (1914). *Codification in British India*. Calcuta: S. K. Banerji & Sons.
- Agnes, Flavia (1999). *Law and Gender Inequality: The Politics of Women's Rights in India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Alavi, Seema (1993). The Makings of Company Power: James Skinner in the Ceded and Conquered Provinces, 1802-1840. *The Indian Economic and Social History Review*, 30(4), pp. 437-466.

- _____ [1995] (1998). *The Sepoys and the Company: Tradition and Transition in Northern India, 1770-1830*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Bandyopadhyay, Sekhar (2004). *From Plassey to Partition*. Hyderabad: Orient Longman.
- Bates, Crispin (2007). *Subalterns and the Raj: South Asia since 1600*. Londres: Routledge.
- Bayly, C. A. (1988). *Indian Society and the Making of the British Empire*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1999). *Empire and Information: Intelligence Gathering and Social Communication in India, 1780-1870*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bhattacharya-Panda, Nandini (2008). *Appropriation and Invention of Tradition: The East India Company and Hindu Law in Early Colonial Bengal*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Bose, Sugata (1986). *Agrarian Bengal: Society, Economic Structure and Politics 1919-1947*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ y Ayesha Jalal 1998. *Modern South Asia: History, Culture, Political Economy*. Londres: Routledge.
- Bowen, H. V. (2006). *The Business of Empire: The East India Company and Imperial Britain, 1756-1833*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Chatterjee, Partha (1984). *Bengal 1920-1947: The Land Question*. Calcuta: Oxford University Press.
- Chaudhuri, B. B. (1975). The Land Market in Eastern India, 1793-1940, pt. 1. *The Indian Economic and Social History Review*, 12(1), pp. 1-41.
- _____ (1983). The Land and Its People: Eastern India. En Dharma Kumar (ed.). *The Cambridge Economic History of India, c. 1757-c. 1970* (vol. 2, pp. 86-177). Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1984). Rural Power Structure and Agricultural Productivity in Eastern India, 1757-1967. En Meghnad Desai, Susanne Hoerber Rudolph y Ashok Rudra (eds.). *Agrarian Power and*

- Agricultural Productivity in South Asia* (pp. 100-170). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Cohn, Bernard S. (1964). The Role of Gosains in the Economy of Eighteenth and Nineteenth Century Upper India. *The Indian Economic and Social History Review*, 4(1), pp. 175-182.
- Colebrook, Henry T. (1804). *Remarks on the Present State of Husbandry and Commerce of Bengal*. Calcuta: s.p.i.
- Cooper, Frederick, y Ann Laura Stoler (1989). Introduction; Tensions of Empire: Colonial Control and Visions of Rule. *American Ethnologist*, 16(4), pp. 609-621.
- Dasgupta, Ranajit (1981). Structure of the Labour Market in Colonial India. *Economic and Political Weekly*, 16(44/46), número especial, pp. 1781-1806.
- De, Barun (1999). The Ideological and Social Background of Haidar Ali and Tipu Sultan. En Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan* (I, pp. 3-12). Nueva Delhi: Tulika.
- Dow, Alexander (1772). *History of Hindostan, from the Death of Akbar, to the Complete Settlement of the Empire under Aurangzeb*. Londres: T. Becket y P. A. de Hondt.
- Furber, Holden (1970a). *John Company at Work: A Study of European Expansion in India in the Late Eighteenth Century*. Nueva York: Octagon Books.
- _____ (1970b). The History of East India Companies: General Problems. En Michel Mollat (ed.). *Sociétés et Compagnies de Commerce en Orient et dans l'Océan Indien* (pp. 415-418). París: S.E.V.P.E.N.
- Gadgil, Madhav, y Ramchandra Guha (1993). *This Fissured Land: An Ecological History of India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Ghosh, Atig (2009). Colonial Making of the Mofussil: Political Economy and Culture in Nineteenth-Century Bengal. Tesis doctoral, Centro de Estudios de Asia y África, El Colegio de México.

- Ghosh, Kaushik (1999). A Market for Aboriginality: Primitivism and Race Classification in the Indentured Labour Market of Colonial India. En Gautam Bhadra, Gyan Prakash y Susie Tharu (eds.). *Subaltern Studies X: Writings on South Asian History and Society* (pp. 8-48). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Gidwani, Vinay K. (1992). "Waste" and the Permanent Settlement in Bengal. *Economic and Political Weekly*, 27(4), pp. 39-46.
- Gleig, G. R. (1841). *Memoirs of Warren Hastings*. Londres: R. Bentley.
- Gommans, J. L., y Dirk H. A. Kolff (eds.) (2001). *Warfare and Weaponry in South Asia, 1000-1800*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Gordon, Stewart (1993). The Marathas, 1600-1818. En *The New Cambridge History of India* (2, 4). Cambridge: Cambridge University Press.
- Governor General's Minute. 18 September 1789. *Fifth Report*, vol. 2: 512.
- Guha, Ranajit [1963] (1982). *A Rule of Property for Bengal: An Essay on the Idea of Permanent Settlement*. Nueva Delhi: Orient Longman.
- Habib, Irfan (ed.) (1999). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan*. Nueva Delhi: Tulika.
- Halhed, Nathaniel B. (1970). The Translator's Preface to a Code of Gentoo Laws. En P. J. Marshall (ed.). *The British Discovery of Hinduism in the Eighteenth Century* (pp. 140-183). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hasan, Mohibbul (1999). The French in the Second Anglo-Mysore War. En Irfan Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization Under Haidar Ali and Tipu Sultan* (pp. 35-48). Nueva Delhi: Tulika.
- Horn, D. B., y Mary Ransome (eds.). (1957). *English Historical Documents, 1714-1783*. Londres: Eyre and Spottiswoode.

- Husain, Mahmud (1999). Regulations of Tipu Sultan's Navy. En Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan* (I, pp. 174-181). Nueva Delhi: Tulika.
- Hutchins, Francis G. (1967). *The Illusion of Permanence: British Imperialism in India*. Princeton: Princeton University Press.
- Islam, S. (1979). *The Permanent Settlement in Bengal: A Study of its Operation 1790-1819*. Dacca: Bangla Academy.
- Keay, John (2010). *The Honourable Company*. Londres: Harper Collins.
- Khan, Iftikar A. (1999). The Regulations of Tipu Sultan for His State Trading Enterprise. En Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan* (I, pp. 148-160). Nueva Delhi: Tulika.
- Lorenzen, David (1978). Warrior Ascetics in Indian History. *Journal of the American Oriental Society*, 98(1), pp. 61-75.
- Ludden, David (1985). *Peasant History in South India*. Princeton: Princeton University Press.
- _____ (1994). Orientalist Empiricism: Transformations of Colonial Knowledge. En Breckenridge and Van der Veer (coords.). *Orientalism and the Postcolonial Predicament* (pp. 250-278). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Marshall, Peter James (ed.). (1970). *The British Discovery of Hinduism in the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1987). *Bengal: The British Bridgehead, Eastern India, 1740-1828*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (2005). *The Making and Unmaking of Empires: Britain, India, and America c. 1750-1783*. Oxford: Oxford University Press.
- Metcalf, Thomas R. (1995). *Ideologies of the Raj*. Nueva Delhi: Cambridge University Press.
- Misra, B. B. (1959). *The Central Administration of the East India Company*. Manchester: Manchester University Press.

- Morley, W. H. (1858). *The Administration of Justice in British India; Its Past History and Present State: Comprising an Account of the Laws Peculiar to India*. Londres: Williams & Norgate.
- (1976). *The Administration of Justice in British India; Its Past History and Present State: Comprising an Account of the Laws Peculiar to India*. Nueva Delhi: Metropolitan Book Company.
- Mukherjee, Nilmani (1962). *The Ryotwari System in Madras*. Calcuta: K. L.
- Mukherjee, S. N. [1968] (1987). *Sir William Jones: A Study in Eighteenth-Century British Attitudes to India*. Hyderabad: Orient Longman.
- Nandy, Ashis (1983). *Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self under Colonialism*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Peers, Douglas M. (1995). *Between Mars and Mammon: Colonial Armies and the Garrison State in Early Nineteenth Century India*. Londres: Macmillan.
- Ray, Rajat. K. (1988). The Retreat of the Jotedar?. Reseña de artículo en *The Indian Economic and Social History Review*, 25(2), pp. 237-247.
- Ray, Rajat, y Ratna Ray (1973). The Dynamics of Continuity in Rural Bengal under the British Imperium. *The Indian Economic and Social History Review*, 10(2), pp. 103-128.
- (1975). Zamindars and Jotedars: A Study of Rural Politics in Bengal. *Modern Asian Studies*, 9(1), pp. 81-102.
- Rocher, Rosane (1994). British Orientalism in the Eighteenth Century: The Dialectics of Knowledge and Government. En Carol A. Breckenridge y Peter Van der Veer (eds.). *Orientalism and the Postcolonial Predicament* (pp. 215-249). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Sardesai, G. S. (1948). *New History of the Marathas* (vol. 3). Bombay: D. B. Dhawale for Phoenix Publications.
- Sen, Sudipta (1998). *Empire of Free Trade: The East India Company and the Making of the Colonial Marketplace*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

- _____ (2010). Subordination, Governance, and the Legislative State in Early Colonial India. En Gyanendra Pandey (ed.). *Subaltern Citizens and their Histories: Investigations from India and the USA* (pp. 145-160). Abingdon y Nueva York: Routledge.
- Sen, S. N. (1928). *The Military System of the Marathas*. Calcuta: The Book Company.
- Sheik Ali, B. (1999). Developing Agriculture: Land Tenure Under Tipu Sultan. En I. Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan* (pp. 161-164). Nueva Delhi: Tulika.
- Sinha, N. K. (1965). *The Economic History of Bengal: From Plassey to the Permanent Settlement* (vol. 1). 3a ed. Calcuta: K. L. Mukhopadhyay.
- _____ (1968). *The Economic History of Bengal: From Plassey to the Permanent Settlement* (vol. 2). Calcuta: K. L. Mukhopadhyay.
- Sivaramakrishnan, K. (1999). *Modern Forests: Statemaking and Environmental Change in Colonial Eastern India*. Stanford: Stanford University Press.
- Sridharan, M. P. (1999). Tipu's Drive toward Modernization: French Evidence from the 1780s. En I. Habib (ed.). *Confronting Colonialism: Resistance and Modernization under Haidar Ali and Tipu Sultan* (pp. 143-147). Nueva Delhi: Tulika.
- Stern, Philip J. (2011). *The Company State: Corporate Sovereignty 'and the' Early Modern Foundations 'of the' British Empire 'in' India*. Nueva York: Oxford University Press.
- Stokes, Eric [1959] (1989). *The English Utilitarians and India*. Londres: Oxford University Press.
- Travers, Robert (2007). *Ideology and Empire in Eighteenth Century India: The British in Bengal*. Nueva York: Cambridge University Press.

CAPÍTULO 3

- Arnold, David (1982). *Rebellious Hillmen: The Gudem Rampa Rebellions (1829-1914)*. En Ranajit Guha (ed.). *Subaltern Studies I: Writings of South Asian History and Society* (pp. 88-142). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (1986). *Police Power and Colonial Rule in Madras, 1859-1947*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Bandyopadhyay, Sekhar (2004). *From Plassey to Partition*. Hyderabad: Orient Longman.
- _____ (2008). Eighteen Fifty Seven and its Many Histories. En S. Bandyopadhyay (ed.). *1857: Essays from Economic and Political Weekly* (pp. 1-22). Hyderabad: Orient Longman.
- Banerjee-Dube, Ishita (2007). *Religion, Law, and Power: Tales of Time in Eastern India, 1860-2000*. Londres: Anthem Press.
- Bates, Crispin (2000). Coerced and migrant Labourers in India: The Colonial Experience. *Edinburgh Papers in South Asian Studies*, 13, pp. 2-33.
- _____ (2007). *Subalterns and the Raj: South Asia since 1600*. Londres: Routledge.
- Bayly, C. A. (1988). *Indian Society and the Making of the British Empire*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1989). *Imperial Meridian: The British Empire and the World*. Londres: Longman.
- Bhadra, Gautam (1985). Four Rebels on Eighteen-Fifty Seven. En R. Guha (ed.). *Subaltern Studies IV: Writings on South Asian History and Society* (pp. 229-275). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Bhattacharya-Panda, Nandini (1998). Pastoralists in a Colonial World. En D. Arnold y R. Guha (eds.). *Nature, Culture, Imperialism: Essays on the Environmental History of South Asia* (pp. 49-85). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Bhattacharya, S. (1998). *The Contested Terrain: Perspectives on Education in India*. Hyderabad: Orient Longman.

- _____ (ed.) (2007). *Rethinking 1857*. Nueva Delhi: Orient Longman.
- Bryant, Edwin F. (2001). *The Quest for the Origins of Vedic Culture: The Indo-Aryan Migration Debate*. Oxford: Oxford University Press.
- The Calcutta Review (1859, julio-diciembre). XXXIII (64, pp. 396-439). Calcuta: University of Calcutta.
- Carroll, Lucy (1983). Law, Custom and Statutory Social Reform: The Hindu Widow's Remarriage Act of 1856. *The Indian Economic and Social History Review*, 20(4), pp. 363-388.
- Charlesworth, Neil (1972). The Myth of the Deccan Riots. *Modern Asian Studies*, 6(4), pp. 401-421.
- _____ (1982). *British Rule and the Indian Economy 1800-1914*. Londres: The Macmillan Press.
- Chaudhuri, B. B. (1967). Agrarian Economy and Agrarian Relations in Bengal (1859-1885). En N.K. Sinha (ed.). *The History of Bengal* (pp. 237-336). Calcuta: Calcutta University Press.
- _____ (2008). Peasant History of Late Pre-colonial and Colonial India. En D. P. Chattopadhyaya (ed.). *History of Science, Philosophy and Culture in Indian Civilization* (vol. 8, 2). Nueva Delhi: Pearson Longman.
- Chaudhuri, K. N. (1971). *The Economic Development of India Under the East India Company, 1814-1858. A Selection of Contemporary Writings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Chaudhuri, S. B. (1957). *Civil Rebellion in the Indian Mutinies*. Calcuta: The World Press.
- Chowdhury, Prem (2008). Customs in a Peasant Economy: Women in Colonial Haryana. En Tanika Sarkar y Sumit Sarkar (eds.). *Women and Social Reform in Modern India* (pp. 146-168). Nueva Delhi: Permanent Black.
- Cohn, Bernard S. (1996). *Colonialism and its Forms of Knowledge*. Princeton: Princeton University Press.
- Dalrymple, William (2007). *The Last Mughal. The Fall of a Dynasty: Delhi, 1857*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

- Dasgupta, Sabyasachi (2008). *The Rebel Army in 1857: At the Vanguard of the War of Independence or the Tyranny of Arms?* En S. Bandyopadhyay (ed.). *1857: Essays from Economic and Political Weekly* (pp. 161-174). Hyderabad: Orient Longman.
- De, Barun (2007, junio 16-29). *The Call of 1857*. *Frontline*, 24, p. 12.
- Dube, Saurabh (1998). *Untouchable Pasts: Religion, Identity, and Power among a Central Indian Community, 1780-1950*. Albany, Nueva York: State University of New York Press.
- Dutt, Romesh C. (1963). *The Economic History of India: In the Victorian Age* (vol. II). Nueva Delhi: Ministry of Information and Broadcasting, Government of India.
- Freitag, Sandria B. (1989). *Collective Action and Community: Public Arenas and the Emergence of Communalism in North India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Fukuzawa, H. (1982). *Agrarian Relations. Western India*. En D. Kumar (ed.). *The Cambridge Economic History of India* (vol. 2, pp. 177-206). Cambridge: Cambridge University Press.
- Gadgil, Madhav y Ramchandra Guha (1993). *This Fissured Land: An Ecological History of India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (2000). *The Use and Abuse of Nature: Incorporating 'This Fissured Land, an Ecological History of India'*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Gambhirananda, Swami (1955). *The Life of Swami Vivekananda*. Calcuta: Advaita Ashrama.
- Ghosh, Amitav (2008). *Opium Financed British Rule in India*. Entrevista para la BBC (23 de junio).
- Ghosh, Durba (2006). *Sex and the Family in Colonial India: The Making of Empire*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gooptu, Nandini (2001). *The Politics of the Urban Poor in Early Twentieth-Century India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Graham, G. F. I. (1885). *The Life and Work of Syed Ahmed Khan*. Edimburgo: William Blackwood & Sons.

- Guha, Ramachandra (1999). *The Unquiet Woods: Ecological Change and Peasant Resistance in the Himalaya*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Guha, Ranajit (1983). *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (ed.) (1982-1989). *Subaltern Studies: Writings on South Asian History and Society* (vols. 1-6). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Guha, Sumit (1992). Society and Economy in the Deccan, 1818-1850. En B. Stein (ed.). *The Making of Agrarian Policy in British India 1770-1900* (pp. 187-214). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (1999). *Environment and Ethnicity in India, 1200-1991*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gupta, Charu (2002). *Sexuality, Obscenity, Community: Women, Muslims, and the Hindu Public in Colonial India*. Nueva Delhi: Permanent Black.
- Habib, Irfan [1963] (1999). *The Agrarian System of Mughal India 1556-1707*. 2a ed. revisada. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Harlow, Barbara y Mia Carter (eds.) (1999). *Imperialism & Orientalism: A Documentary Sourcebook*. Malden, Massachusetts: Blackwell Publishers.
- Hasan, S. N. (1969). Zamindars Under the Mughals. En R. E. Frykenberg (ed.). *Land Control and Social Structure in Indian Society* (pp. 17-31). Madison: University of Wisconsin Press.
- Hatcher, Brian A. (1996). *Idioms of Improvement: Vidyasagar and Cultural Encounter in Bengal*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Holmes, Richard (1882). *A First History of the Indian Mutiny and of the Disturbances which Accompanied it Among the Civil Population*. Londres: W. H. Allen.
- Isaac, Allen (1874). Revival of Islam. *Calcutta Review*, LVIII, pp. 1-46.

- Jalal, Ayesha (1998). Exploding Communalism: The Politics of Muslim Identity in South Asia. En Sugata Bose y Ayesha Jalal (eds.). *Nationalism, Democracy and Development: State and Politics in India* (pp. 76-103). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- (2001). *Self and Sovereignty: Individual and Community in South Asian Islam since 1850*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Jones, Kenneth W. (1989). *Arya Dharm: Hindu Consciousness in 19th Century Punjab*. Nueva Delhi: Manohar.
- Jones, William (1807). *The Works of Sir William Jones* (vol. 3). Londres: n. i.
- Kaye, J. W. (1853). *The Administration of the East India Company. A History of Indian Progress*. Londres: R. Bentley.
- (1864). *A History of the Sepoy War in India* (vol. 1). Londres: W. H. Allen & Co.
- Kaye, John W., y G. B. Malleson (1864). *History of the Indian Mutiny of 1857-1858* (vol. 1). Londres: W. H. Allen & Co.
- (1897). *History of the Indian Mutiny of 1857-1858* (6 vols.). Londres: Longman-Greenwood Press.
- Keene, H. G. (1893). *History of India* (vol. II). Londres: Allen.
- Kejariwal, O. P. (1988). *The Asiatic Society of Bengal and the Discovery of India's Past*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Kopf, David (1969). *British Orientalism and the Bengal Renaissance*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- (1979). *The Brahma Samaj and the Shaping of the Modern Indian Mind*. Princeton: Princeton University Press.
- Kosambi, D. D. (1965). *Ancient India: A History of Its Culture and Civilization*. Nueva York: Pantheon Books.
- Kumar, Dharma (1965). *Land and Caste in South India: Agricultural Labour in the Madras Presidency in the Nineteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1982). Agrarian Relations in South India. En D. Kumar (ed.). *The Cambridge Economic History of India* (pp. 207-241). Cambridge: Cambridge University Press.

- Kumar, Radha (1993). *The History of Doing: An Illustrated Account of Movements for Women's Rights and Feminism in India, 1800-1990*. Nueva Delhi: Kali for Women.
- Kumar, Ravinder (1968). *Western India in the Nineteenth Century*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Lelyveld, David (1978). *Aligarh's First Generation: Muslim Solidarity in British India*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Macaulay, Thomas Babington (1972). Minute on Indian Education. En John Clive y Thomas Pinney (eds.). *Selected Writings, T.B. Macaulay* (pp. 237-251). Chicago: The University of Chicago Press.
- Majumdar, Ramesh Chandra (ed.). [1963] (1970). *British Paramountcy and Indian Renaissance* (parte 1). Bombay: Bharatiya Vidya Bhavan.
- [1965] (1981). *British Paramountcy and Indian Renaissance* (parte 2). Bombay: Bharatiya Vidya Bhavan.
- Malhotra, Anshu (2006). The Body as a Metaphor for the Nation: Caste, Masculinity, and Femininity in the Satyarth Prakash of Swami Dayananda Saraswati. En Avril A. Powell y Siobhan Lambert-Hurley (eds.). *Rhetoric and Reality: Gender and the Colonial Experience in South Asia* (pp. 121-153). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Mani, Lata (1989). Contentious Traditions: The Debate on Sati in Colonial India. En Kumkum Sangari y Sudesh Vaid (eds.). *Recasting Women: Essays in Colonial History* (pp. 88-126). Nueva Delhi: Kali for Women.
- (1993). The Female Subject, the Colonial Gaze: Reading Eyewitness Accounts of Widow Burning. En Tejashwini Niranjana, P. Sudhir y Vivek Dhareshwar (eds.). *Interrogating Modernity: Culture and Colonialism in India* (pp. 273-290). Calcuta: Seagull Books.
- (1998). *Contentious Traditions: The Debate on Sati in Colonial India 1780-1833*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.

- Mehta, Uday Singh (1999). *Liberalism and Empire: A Study in Nineteenth-Century British Liberal Thought*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Metcalf, Barbara D. (1994). Reading and Writing About Muslim Women in British India. En Zoya Hasan (eds.). *Forging Identities: Gender, Communities and the State* (pp. 1-21). Nueva Delhi: Kali for Women.
- Metcalf, Barbara D., y Thomas R. Metcalf (2003). *A Concise History of India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mill, James (1817). *The History of British India*. Londres: Baldwin, Cradock & Joy. Recuperado de <http://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=nyp.33433081558532>, 10 de septiembre de 2017.
- _____. [1817] (1975). *The History of British India*. Chicago: University of Chicago.
- Muhammad, Shan (comp.) (1978). *The Aligarh Movement. Basic Documents: 1864-1898*, vols. 1-4. Nueva Delhi: Meenakshi Prakashan.
- Mukherjee, Rudrangshu (1984). *Awadh in Revolt, 1857-1858: A Study of Popular Resistance*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____. (1990). Satan Let Loose upon Earth: The Kanpur Massacres in India in the Revolt of 1857. *Past & Present*, 128, pp. 92-116.
- _____. (1998). *Spectre of Violence: The 1857 Kanpur Massacres*. Nueva Delhi: Viking.
- _____. (2005). *Mangal Pandey: Brave Martyr or Accidental Hero?* Nueva Delhi y Nueva York: Penguin Books.
- Nandy, Ashis (1975). Sati: A Nineteenth Century Tale of Women, Violence and Protest. En V. C. Joshi (ed.). *Rammohun Roy and the Process of Modernization in India* (pp. 168-194). Nueva Delhi: Vikas Publishing House.
- _____. (1983). *Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self under Colonialism*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Naregal, Veena (2001). *Language Politics, Elites, and the Public Sphere*. Nueva Delhi: Permanent Black.

- Nayar, Pramod K. (2007). *The Great Uprising: India, 1857*. Nueva Delhi: Penguin Books.
- Nehru, Jawaharlal (1946). *The Discovery of India*. Nueva York: The John Day Co.
- Nigam, Sanjay (1990). Disciplining and Policing the “Criminals by Birth”. Part 1: The Development of the Disciplinary System, 1871-1900. *Indian Economic and Social History Review*, 27(2), pp. 131-162; y The Making of a Colonial Stereotype. Part 2: The Criminal Tribes and Castes of Northern India. *Indian Economic and Social History Review* 27(3), pp. 257-287.
- Oberoi, Harjot (1997). *The Construction of Religious Boundaries: Culture, Identity and Diversity in the Sikh Tradition*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- O’Hanlon, Rosalind (1985). *Caste and Conflict, and Ideology: Mahatma Jotirao Phule and Low Caste Protest in Nineteenth-century Western India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Oldenburg, Veena Talwar (2002). *Dowry Murder: The Imperial Origins of a Cultural Crime*. Nueva York: Oxford University Press.
- Omvedt, G. (1976). *Cultural Revolt in a Colonial Society: The Non-Brahman Movement in Western India*. Poona: Scientific Socialist Education Trust.
- Philips, C. H. (1961). *The East India Company, 1784-1834*. Bombay: Oxford University Press. (Reimpresión.)
- Prakash, Gyan (1999). *Another Reason: Science and the Imagination of Modern India*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Rangarajan, Mahesh (1996). *Fencing the Forest: Conservation and Ecological Change in India’s Central Provinces 1860-1914*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Rao, Anupama (2009). *The Caste Question: Dalits and the Politics of Modern India*. Berkeley: University of California Press.
- Ray, Rajat K. (1993). Race, Religion and Realm. The Political Theory of the “Reigning India Crusade”, 1857. En N. Gupta y

- M. Hasan (eds.). *India's Colonial Encounter: Essays in Memory of Eric Stokes* (pp. 133-182). Nueva Delhi: Manohar.
- _____. (1995). Introduction. En R. K. Ray (ed.). *Mind, Body and Society: Life and Mentality in Colonial Bengal* (pp. 1-44). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____. (2007). *The Felt Community: Commonality and Mentality Before the Emergence of Indian Nationalism*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Raychaudhuri, Tapan (1995). The Pursuit of Reason in Nineteenth-Century Bengal. En R. K. Ray (ed.). *Mind, Body and Society: Life and Mentality in Colonial Bengal* (pp. 1-44). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____. (2002). *Europe Reconsidered: Changing Perceptions of the West in Nineteenth Century Bengal*. Oxford: Oxford University Press.
- Robb, Peter (2007). On the Rebellion of 1857. A Brief History of an Idea. *Economic and Political Weekly*, 42(19), pp. 1696-1702. Reproducido en S. Bandyopadhyay (ed.) (2008). *1857: Essays from Economic and Political Weekly*.
- Roche, Ludo (trad.) (2002). *Jimutavahana's Dayabhaga: The Hindu Law of Inheritance in Bengal*. Londres: Oxford University Press.
- Roy, Kaushik (2008). *1857 Uprising: A Tale of an Indian Warrior*. Durgadas Bandyopadhyay's Amar Jivancharit. Calcuta: cscw.
- Roy, Rammohan (1818). Translation of a Conference Between an Advocate for, and an Opponent of, the Practice of Burning Widows Alive; from the Original Bungla. En Jogendra Chunder Ghose (ed.). *The English Works of Raja Rammohun Roy* (1901) (vol. 2). Calcuta: S. K. Lahiri & Co.
- Said, Edward (1978). *Orientalism*. Nueva York: Pantheon Books.
- Saravanam, Velayuthan (2003). Colonial Commercial Forest Policy and Tribal Private Forests in Madras Presidency, 1792-1881. *The Indian Economic and Social History Review*, 40(4), pp. 403-423.
- Sarkar, Sumit (1975). Rammohun Roy and the Break with the Past. En V. C. Joshi (ed.). *Rammohun Roy and the Process of*

- Modernization in India* (pp. 46-68). Nueva Delhi: Vikas Publishing House.
- Sarkar, Susobhan (1979). *On the Bengal Renaissance*. Calcuta: University of Calcutta.
- Sarkar, Tanika (2000). A Pre-History of Rights? The Age of Consent Debate in Colonial Bengal. *Feminist Studies*, 26, pp. 601-622.
- (2001). *Hindu Wife, Hindu Nation: Community, Religion, and Cultural Nationalism*. Bloomington: Indiana University Press.
- Sarkar, Tanika y Sumit Sarkar (2008). Introduction. En Tanika Sarkar y Sumit Sarkar (eds.). *Women and Social Reform in Modern India*, Nueva Delhi: Permanent Black.
- Sarwar, Firoj High (2012). A Comparative Study of *Zamindari*, *Raiyatwari* and *Mahalwari* Land Revenue Settlements: The Colonial Mechanisms of Surplus Extraction in 19th Century British India. *IOSR Journal of Humanities and Social Sciences*, 2(4), pp. 16-26.
- Sastri, Sibnath (1907). *Ramtanu Lahiri, Brahman and Reformer: A History of the Renaissance in Bengal*. Londres: Swan Sonnenschein.
- Satya, Laxman D. (2004). *Ecology, Colonialism and Cattle: Central India in the Nineteenth Century*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- (2004). The British Empire, Ecology and Famines in Late 19th Century India. *Journal of History and Culture*, 1(2), pp. 35-46.
- Sen, Asoke (1977). *Iswar Chandra Vidyasagar and his Elusive Milestones*. Calcuta: Riddhi.
- Sengupta, Parna (2011). *Pedagogy for Religion: Missionary Education and the Fashioning of Hindus and Muslims in Bengal*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Seth, Sanjay (2007). *Subject Lessons: The Western Education of Colonial India*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Sharma, J. (2008). History as Revenge and Retaliation: Rereading Savarkar's *The War of Independence of 1857*. En S. Bandyopadhyay

- (ed.). *1857: Essays from Economic and Political Weekly* (pp. 123-132). Hyderabad: Orient Longman.
- Shelley, Percy Bysshe (1820). *Prometheus Unbound: A Lyrical Drama*. Londres: C. y J. Ollier.
- Sherwood, R. (1820). Of the Murderers Called P'hansigars. *Asiatic Researches*, xii(13), pp. 250-281.
- Singha, Radhika (1998). *A Despotism of Law. Crime and Justice in Early Colonial India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Sinha, N. K. (1968). *The Economic History of Bengal: From Plassey to the Permanent Settlement* (vol. 2). Calcuta: K. L. Mukhopadhyay.
- Sinha, Pradip. 1965. *Nineteenth Century Bengal: Aspects of Social History*. Calcuta: K. L. Mukhopadhyay.
- Sinha, Samita (1993). *Pandits in a Changing Environment: Centres of Sanskrit Learning in Nineteenth Century Bengal*. Calcuta: Sarat Book House.
- Sivaramakrishnan, K. (1999). *Modern Forests: Statemaking and Environmental Change in Colonial Eastern India*. Stanford: Stanford University Press.
- Skaria, Ajay (1999). *Hybrid Histories: Forests, Frontiers and Wildness in Western India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Sleeman, William Henry (1839). *Rambles and Recollections of an Indian Official/Sleeman, William*. Serampore: Serampore Press.
- Stebbing, E. P. (1922). *The Forests of India*. Londres: J. Lane.
- Stein, Burton (1992). Introduction. En B. Stein (ed.). *The Making of Agrarian Policy in British India 1770-1900* (pp. i-viii). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Stokes, Eric (1980). *Peasant and the Raj*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1986). *The Peasant Armed: The Indian Revolt of 1857*. Oxford: Clarendon Press.
- _____ [1959] (1989). *The English Utilitarians and India*. Londres: Oxford University Press.

- Stoler, Ann Laura (2002). *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Sunder Rajan, Rajeswari (2003). *The Scandal of the State: Women, Law, and Citizenship in Postcolonial India*. Durham, NC: Duke University Press.
- Trautmann, Thomas R. (1997). *Aryans and British India*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- _____ (2006). *Languages and Nations: The Dravidian Proof in Colonial Madras*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Trevelyan, Charles E. (1838). *On the Education of the People of India*. Londres: Longman, Orme, Brown, Green and Longmans.
- Viswanathan, Gauri (1989). *Masks of Conquest: Literary Study and British Rule in India*. Nueva York: Columbia University Press.
- _____ (1998). *Outside the Fold: Conversion, Modernity, Belief*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Yang, Anand A. (1989). Whose Sati? Widow Burning in Early Nineteenth-Century Bengal. *Journal of Women's History*, 1 (2): pp. 8-33. En Tanika Sarkar y Sumit Sarkar (eds.) (2008). *Women and Social Reform in Modern India* (pp. 15-37). Nueva Delhi: Permanent Black.
- Zastoupil, Lynn, y Martin Moir (eds.) (1999). *The Great Indian Education Debate: Documents Relating to the Orientalist-Anglicist Controversy, 1781-1843*. Richmond: Curzon Press.

CAPÍTULO 4

- Amin, Shahid (1984). *Sugarcane and Sugar in Gorakhpur: An Inquiry into Peasant Production for Capitalist Enterprise in Colonial India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Appadurai, Arjun (1994). Number in the Colonial Imagination. En Carol A. Breckenridge y Peter Van der Veer (eds.). *Orientalism*

- and the Postcolonial Predicament* (pp. 314-340). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Bagchi, A. K. (1972). *Private Investment in India, 1900-1939*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1976). Deindustrialization in the Nineteenth Century: Some Theoretical Implications. *Journal of Development Studies*, 12(2), pp. 135-164.
- _____ (2010). *Colonialism and Indian Economy*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Baker, Christopher John (1976). *The Politics of South India 1920-1937*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Baker, David (1991). State, Policy, The Market Economy, and Tribal Decline: The Central provinces, 1861-1929. *The Indian Economic and Social History Review*, 28(4), pp. 341-370.
- Bandyopadhyay, Sekhar (1985). Caste in the Perception of the Raj: A Note on the Evolution of Colonial Sociology of Bengal. *Bengal Past and Present*, cv (I-II; 198-199), pp. 56-80.
- _____ (1992). Construction of Social Categories: The Role of Colonial Census. En K. S. Singh (ed.). *Ethnicity, Caste and People*. Nueva Delhi: Manohar.
- _____ (1997). *Caste, Protest and Identity in Colonial India: The Namasudras of Bengal, 1872-1947*. Surrey: Curzon Press.
- _____ (2004). *From Plassey to Partition*. Hyderabad: Orient Longman.
- Banerjee-Dube, Ishita (2008). *Caste in History*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Barrier, Gerald (1981). *Census in British India: New Perspectives*. Nueva Delhi: Manohar.
- Bates, Crispin (1995). Race, Caste and Tribe in Central India: The Early Origins of Indian Anthropometry. *Edinburgh Papers in South Asia Studies* 3. Edimburgo: University of Edinburgh, School of Social and Political Studies.
- _____ (2007). *Subalterns and the Raj: South Asia Since 1600*. Londres: Routledge.

- Bayly, C. A. (1992). *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion*. Cambridge: Cambridge University Press; Edición India. Nueva Delhi: Cambridge University Press.
- [1988] (1995). *Indian Society and the Making of British Empire*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bayly, Susan (1995). Caste and “Race” in the Colonial Ethnography of India. En Peter Robb (ed.). *The Concept of Race in South Asia* (pp. 165-218). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- (1997). *Caste, Society and Politics in India: From the Eighteenth Century to the Modern Age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Beaud, Michel (1983). *A History of Capitalism 1500-1980*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Bose, Sugata (1990). *South Asia and World Capitalism*. Nueva Delhi y Nueva York: Oxford University Press.
- Bose, Sugata, y Ayesha Jalal (1998). *Modern South Asia: History, Culture, Political Economy*. Londres: Routledge.
- Bouton, Marshall (1985). *Agrarian Radicalism in South India*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Carroll, Lucy (1978). Colonial Perceptions of Indian Society and the Emergence of Caste(s) Associations. *Journal of Asian Studies*, 37(2), pp. 233-250.
- Chandavarkar, Rajnarayan (1985). Industrialization in India Before 1947: Conventional Approaches and Alternative Perspectives. *Modern Asian Studies*, 19(3), pp. 623-668.
- Chatterjee, Partha (1984). *Bengal: The Land Question*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- (1997). *The Present History of West Bengal: Essays in Political Criticism*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Chaudhuri, Benoy Bhushan (1964). *Growth of Commercial Agriculture in Bengal, 1757-1900*. Calcuta: Quality Printers.
- (1975). The Process of Depeasantization in Bihar and Bengal, 1885-1947. *Indian Historical Review*, 2(1), pp. 105-165.

- Chaudhuri, K. N. (1978). *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1985). *Trade and Civilization in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Clingingsmith, David, y Jeffrey Williamson (2004). *India's De-industrialization Under British Rule: New Ideas, New Evidence*. Cambridge: National Bureau of Economic Research.
- Cohn, Bernard S. (1968). Notes on the History of the Study of Indian Culture and Society. En M. Singer y B. S. Cohn (eds.). *Structure and Change in Indian Society* (pp. 3-28). Chicago: Aldine.
- _____ (1986). The Command of Language and the Language of Command. En R. Guha (ed.). *Subaltern Studies III: Writings on South Asian History and Society* (pp. 276-329). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (1987). The Census, Social Structure, and Objectification in South Asia. En B. Cohn (ed.). *An Anthropologist Among the Historians and Other Essays* (pp. 224-252). Oxford: Oxford University Press (una versión abreviada reimpressa en I. Banerjee-Dube (ed.). *Caste in History* (2008). Nueva Delhi: Oxford University Press).
- _____ (1992) [1983]. Representing Authority in Victorian India. En Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1996). *Colonialism and Its Forms of Knowledge: The British in India*. Princeton: Princeton University Press.
- Conlon, Frank F. (1977). *A Caste in a Changing World: The Chitapur Saraswat Brahmans 1700-1935*. Berkeley: University of California Press.
- _____ (2009). Speaking of Caste? Colonial and Indigenous Interpretations of Caste and Community in Nineteenth-century

- Bombay. En Ishita Banerjee-Dube y Saurabh Dube (eds.). *Ancient to Modern: Religion, Power and Community in India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Constable, Philip (1997). Early Dalit Literature and Culture in Late-Nineteenth and Early-Twentieth Century Western India. *Modern Asian Studies*, 31(2), pp. 317-338.
- Datta, P. K. (1993, 19 de junio). "Dying Hindus": Production of Hindu Communal Common Sense in Early Twentieth Century Bengal. *Economic and Political Weekly*, 28(25), pp. 1305-1319.
- Datta, Rajat (1986). Merchants and Peasants: A Study of the Structure of Local Trade in Late Eighteenth Century Bengal. *Indian Economic and Social History Review*, 23, pp. 379-402.
- Desai, Manali (2001). Party Formation, Political Power, and the Capacity for Reform: Comparing Left Parties in Kerala and West Bengal, India. *Social Forces*, 80(1), pp. 37-60.
- Dhanagare, D. N. (1983). *Peasant Movements in India, 1920-1950*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Dirks, Nicholas B. (1987). *The Hollow Crown: Ethnohistory of an Indian Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1989). The Invention of Caste: Civil Society in Colonial India. *Social Analysis*, 25, pp. 42-52.
- _____ (1992). Castes of Mind. *Representations* (Winter), pp. 56-78.
- _____ (1996). Prólogo. En Bernard S. Cohn (ed.). *Colonialism and Its Forms of Knowledge: The British in India* (pp. IX-XVII). Princeton, NJ: Princeton University Press.
- _____ (2001). *Castes of Mind: Colonialism and the Making of Modern India*. Princeton: Princeton University Press.
- _____ (2004). The Ethnographic State. En S. Dube (ed.). *Postcolonial Passages* (pp. 70-88). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Dodson, Michael S. (2010). *Orientalism, Empire, and National Culture: India, 1770-1880*. Nueva Delhi: Cambridge University Press India.

- Dreze, Jean (1995). Famine Prevention in India. En Jean Dreze, Amartya Sen y Athar Hussain (eds.). *The Political Economy of Hunger: Selected Essays* (pp. 72-81). Nueva York: Oxford University Press.
- Eaton, Richard M. (2000). (Re)imag(in)ing Otherness: A Postmortem for the Postmodern in India. En R. M. Eaton (ed.). *Essays on Islam and Indian History* (pp. 133-156). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Freitag, Sandria B. (1990). *Collective Action and Community: Public Arenas and the Emergence of Communalism in North India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Gadgil, M. and Ramchandra Guha (1993). *The Fissured Land: An Ecological History of India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Gait, E. A. (1914). *General Report of the Census of India*. Londres: H. M. Stationery.
- Habib, Irfan (1969a). Potentialities of Capitalistic Development in the Economy of Mughal India. *The Journal of Economic History*, 29(1), pp. 32-78 y en *Enquiry*, III(3 n. s.).
- _____ (1969b). Problems of Marxist Historical Analysis in India. *Enquiry*, 3(2 n.s.), pp. 52-67.
- Hardgrave, Robert L. (1969). *The Nadars of Tamilnadu: The Political Culture of a Community in Change*. Berkeley, California: University of California Press.
- Inden, Ronald B. (1986). Orientalist Constructions of India. *Modern Asian Studies*, 20(1), pp. 1-46.
- _____ (1990). *Imagining India*. Oxford: Basil Blackwell.
- Irschick, Eugene F. (1969). *Politics and Social Conflict in South India: The Non Brahman Movement and Tamil Separatism*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- _____ (1994). *Dialogue and History: Constructing South India, 1795-1895*. Berkeley: University of California Press.
- Jeffrey, Robin (1974). The Social Origins of a Caste Association, 1875-1905: The Founding of the S.N.D.P. Yogam. *South Asia*, 4, pp. 39-59.

- _____ (1976). *The Decline of Nayar Dominance: Society and Politics in Travancore, 1847-1908*. Nueva York: Holmes & Meiers Publishers.
- Jones, Kenneth W. (1968). Communalism in the Panjab: The Arya Samaj Contribution. *Journal of Asian Studies*, 28 (1): pp. 39-54.
- Keer, D., y S. G. Mashle (eds.) (1969). *The Collected Works of Mahatma Phule*. Bombay: Maharashtra State Society for Literature and Culture.
- Keith, A. B. (1936). *A Constitutional History of India, 1600-1935*. Londres: Methuen and Co.
- Kessinger, Tom G. (1974). *Vilayatpur, 1848-1968: Social and Economic Change in a North India Village*. Berkeley: University of California Press.
- Lelyveld, David (1978). *Aligarh's First Generation Muslim Solidarity in British India*. Princeton: Princeton University Press.
- Leonard, Karen I. (1978). *The Social History of an Indian Caste: The Kayasths of Hyderabad*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Lorenzen, David N. [1999] (2006). Who Invented Hinduism. *Comparative Studies in Society and History*, 41, pp. 630-659. Incluido también en Lorenzen, David. 2009. *Who Invented Hinduism*. Nueva Delhi: Yoda Press.
- Ludden, David (1994). Orientalist Empiricism: Transformations of Colonial Knowledge. En Carol A. Breckenridge y Peter van der Veer (eds.). *Orientalism and the Postcolonial Predicament* (pp. 250-278). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- _____ (1999). *An Agrarian History of South Asia: The New Cambridge History of India* (vol. 4. 4). Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (2004). *Capitalism in Asia: Perspectives on Asia. Sixty Years of the Journal of Asian Studies*. Michigan: Association for Asian Studies.
- Majumdar, Ramesh Chandra (ed.). (1963) [1970]. *British Paramountcy and Indian Renaissance* (parte 1). Bombay: Bharatiya Vidya Bhavan.

- Malhotra, Anshu (2010). Shameful Continuities: The Practice of Female Infanticide in Colonial Punjab. En Doris Jakobsh (ed.). *Sikhism and Women: History, Texts and Experience* (pp. 83-114). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- McAlpin, Michelle B. (1983). Famines, Epidemics, and Population Growth: The Case of India. *Journal of Interdisciplinary History*, XIV(2), pp. 351-366.
- Menon, Dilip (1994). *Caste, Nationalism and Communism in South India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Metcalf, Barbara D., y Thomas R. Metcalf (2003). *A Concise History of India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Metcalf, Thomas R. (1979). *Land, Landlords and the British Raj: Northern India in the Nineteenth Century*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- _____ (1995). *Ideologies of the Raj*. Nueva Delhi: Cambridge University Press.
- Moore, Barrington (1966). *Social Origins of Dictatorship and Democracy*. Nueva York: Beacon Press.
- Morris, D. (1963). Towards a Reinterpretation of Nineteenth-Century Indian Economic History. *The Journal of Economic History*, 23(4), pp. 606-618.
- _____ (1983). The Growth of Large-Scale Industry to 1947. En Dharma Kumar (ed.). *The Cambridge Economic History of India* (vol. 2, pp. 551-676). Cambridge: Cambridge University Press.
- Myrdal, Gunnar (1968). *Asian Drama: An Inquiry into the Poverty of Nations*. Nueva York: Twentieth Century Fund.
- Nigam, Sanjay (1990). Disciplining and Policing the "Criminals by Birth" Part 1: The Development of the Disciplinary System, 1871-1900. *Indian Economic and Social History Review*, 27(2), pp. 131-162.
- Oberoi, Harjot (1997). *The Construction of Religious Boundaries: Culture, Identity, and Diversity among the Sikhs*. Nueva Delhi: Oxford University Press.

- O'Hanlon, Rosalind (1985). *Caste, Conflict, and Ideology: Mahatma Jotirao Phule and Low Caste Protest in Nineteenth Century Western India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Oldenburg, Veena Talwar (2002). *Dowry Murder: The Imperial Origins of a Cultural Crime*. Nueva York: Oxford University Press.
- Omvedt, G. (1976). *Cultural Revolt in a Colonial Society: The Non-Brahmin Movement in Western India*. Poona: Scientific Socialist Education Trust.
- Pandey, Gyanendra (1992). *The Construction of Communalism in Colonial North India*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Pant, Rashmi (1987). The Cognitive Status of Caste in Colonial Ethnography: A Review of Some Literature on the North West Provinces and Oudh. *Indian Economic and Social History Review*, 24, pp. 145-162.
- Peabody, Norbert (2001). Cents, Sense, Census: Human Inventories in Late Precolonial and Early Colonial India. *Comparative Studies in Society and History*, 45(4), pp. 819-850.
- Pennington, Brian K. (2005). *Was Hinduism Invented? Britons, Indians, and the Colonial Construction of Religion*. Oxford: Oxford University Press.
- Plowden, William C. (1873). *Census of the North-Western Provinces 1872, General Report* (vol. 1). Allahabad: s. p. i.
- Ramaswamy, Sumathi (1997). *Passions of the Tongue: Language Devotion in Tamil India, 1891-1970*. Berkeley, Los Ángeles y Londres: University of California Press.
- Rao, Anupama (2009). *The Caste Question: Dalits and the Politics of Modern India*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Ray, Rajat Kanta (1979). *Industrialization in India: Growth and Conflict in the Private Corporate Sector, 1914-1947*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Risley, H. H. (1908). *The Peoples of India*. Londres: W. Thacker & Co.

- Robb, Peter (1992). Peasants' Choices? Indian Agriculture and the Limits of Commercialization in Nineteenth-Century Bihar. *The Economic History Review*, (n.s.) 45, 1, pp. 97-119.
- _____ (2002). *A History of India*. Hampshire y Nueva York: Palgrave.
- Robinson, Francis [1974] (2007). *Separatism Among Indian Muslims: The Politics of the United Provinces' Muslims, 1860-1923*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rocher, Rosane (1994). British Orientalism in the Eighteenth Century: The Dialectics of Knowledge and Government. En Carol A. Breckenridge y Peter van der Veer (eds.). *Orientalism and the Postcolonial Predicament* (pp. 215-249). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Roy, Kaushik (2009). The Logistics of Victory: Panjab and Supplying the British-India Army during the 1857-1859 Uprising. En Subhas Ranjan Chakraborty (ed.). *Uprising of 1857: Perspectives and Peripheries* (pp. 262-293). Calcuta: Asiatic Society.
- Roy, Tirthankar (1999). *Traditional Industry in the Economy of Colonial India*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (2002). Deindustrialization. En Alice Thorner (ed.). *Land, Labour, and Rights: Ten Daniel Thorner Memorial Lectures* (pp. 232-249). Londres: Anthem Press.
- Said, Edward W. (1978). *Orientalism: Western Conceptions of the Orient*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Samarendra, Padmanabh (2008). Between Number and Knowledge: Career of Caste in Colonial Census. En Ishita Banerjee-Dube (ed.). *Caste in History* (pp. 46-66). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Sarkar, Sumit [1983] (1995). *Modern India: 1885-1947*. Madrás: Macmillan Publishing Company.
- Seal, A. (1968). *The Emergence of Indian Nationalism: Competition and Collaboration in the Later Nineteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Sengupta, Parna (2011). *Pedagogy for Religion: Missionary Education and the Fashioning of Hindus and Muslims in Bengal*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Sharan, Awadhendra (2003). From Caste to Category: Colonial Knowledge Practices and the Depressed/Scheduled Castes of Bihar. *Indian Economic and Social History Review*, 40(3), pp. 279-310; 27(2), pp. 257-287.
- Sharan, Paramatma (1961). *The Imperial Legislative Council of India from 1861-1920: A Study of the Interaction of Constitutional Reform and Nationalist Movement with Special Reference to the Growth of Indian Legislature up to 1920*. Nueva Delhi: S. Chand.
- Sharma, Jayeeta (2011). *Empire's Garden: Assam and the Making of India*. Durham, NC: Duke University Press.
- Siddiqui, Asiya (1973). *Agrarian Change in a Northern Indian State, U.P. 1819-1833*. Oxford: Oxford University Press.
- Skaria, Ajay (1997, agosto). Shades of Wildness: Tribe, Caste, and Gender in Western India. *The Journal of Asian Studies*, 56(3), pp. 726-745.
- Smith, R. S. (1985). Rule-by-Records and Rule-by-Reports: Complimentary Aspects of the British Imperial Rule of Law. *Contributions to Indian Sociology*, (n.s.) 19(1), pp. 153-176.
- _____ (1996). *Rule by Records: Land Registration and Village Custom in Early British Panjab*. Nueva Delhi: Oxford University Press. Y From Village to Community. Reproducido en Banerjee-Dube, Ishita (ed.) (2008). *Caste in History* (pp. 67-69). Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Subrahmanyam, Sanjay (1997). Connected Histories: Notes Towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia. *Modern Asian Studies*, 31(3), pp. 735-762.
- _____ (2001). *Penumbra Visions: Making Politics in Early Modern South India*. Michigan: University of Michigan Press.
- Templeman, Dennis (1996). *The Northern Nadars of Tamil Nadu: An Indian Caste in the Process of Change*. Nueva York: Oxford University Press.

- Thorner, Daniel (1962). *Land and Labour in India*. Londres: Asia Publishing House.
- Tomlison, B. R. (1979). *The Political Economy of the Raj, 1914-1947: The Economics of Decolonization in India*. Londres y Basingstoke: Macmillan.
- Trautmann, Thomas R. (1999). Constructing the Racial Theory of Indian Civilization. En Johannes Bronkhorst y Madhav M. Deshpande (eds.). *Aryan and Non-Aryan in South Asia: Evidence, Interpretation and Ideology* (pp. 277-293). Cambridge, MA: Department of Sanskrit and Indian Studies-Harvard University.
- Verma, Nitin (2009). For the Drink of the Nation: Drink, Labour and Plantation Capitalism in the Colonial Tea Gardens of Assam in the Late Nineteenth and Early Twentieth Century. En Marcel van der Linden y Prabhu N. Mohapatra (eds.). *Labour Matters: Towards Global Histories. Studies in Honour of Sabyasachi Bhattacharya* (pp. 295-354). Nueva Delhi: Tulika.
- Wagoner, Philip A. (2003). Precolonial Intellectuals and the Production of Colonial Knowledge. *Comparative Studies in Society and History*, 47(3), pp. 783-814.
- Wallerstein, Immanuel (1979). The Present State of the Debate on World Inequality. *The Capitalist World Economy. Essays by Immanuel Wallerstein*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Washbrook, D. A. y C. J. Baker (eds.) (1975). *South India: Political Institutions and Political Change*. Nueva Delhi: Oxford University Press.
- Whitcombe, Elizabeth (1971). *Agrarian Relations in Northern India*, vol. 1, *U.P. Under British Rule, 1860-1900*. Berkeley: University of California Press.
- Wilson, John (1877). *Indian Castes*, vol. I. Bombay: Times of India Press.
- Zagoria, Donald S. (1971). The Ecology of Peasant Communism in India. *American Political Science Review*, 65(1), pp. 144-160.

Zelliot, Eleanor (2010). India's Dalits: Racism and Contemporary Change. *Global Dialogue*, 12(2) (verano/otoño). Recuperado de <http://archive.is/GoqWx>, 10 de septiembre de 2017.

Una historia de India moderna.

Volumen 1: India colonial

se terminó de imprimir en septiembre de 2018,
en los talleres de Druko International, S.A. de C.V.,
Calzada Chabacano 65, local F, col. Asturias,
Cuauhtémoc, 06850, Ciudad de México.

Portada: Pablo Reyna.

Tipografía y formación: Gabriela Ek

La edición estuvo al cuidado de Carlos Mapes
bajo la coordinación de la Dirección de Publicaciones
de El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Los dos volúmenes de *Una historia de India moderna* abordan los procesos históricos sucedidos entre los siglos XVIII y XX en India y Gran Bretaña (y en el mundo) que dieron forma a la primera como una nación moderna e independiente. Escritos en la tradición hermenéutica con impulsos derivados de las perspectivas de los estudios subalternos y de género, los cuatro capítulos del primer volumen ofrecen: vistas del mundo colorido y cosmopolita del siglo XVIII, marcado por el declive del imperio mogol y la aparición de principados y culturas regionales; la vibrante presencia del comercio del océano Índico —lo que llevó a varias compañías de comerciantes europeos a India—; el surgimiento de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales como una potencia política en la segunda mitad del siglo XVIII y su expansión paulatina a gran parte del país; la formación de culturas coloniales, moldeadas por diversas ideas, ideologías y políticas, que marcaron al colonizador y al colonizado de distintas maneras; la “misión civilizatoria” y sus efectos vivaces; y la variada reacción de los diversos sectores de la sociedad a los profundos cambios hechos por la Compañía, lo que ocasionó la primera revuelta en 1857. El último capítulo indaga los efectos vitales de la política de la reina Victoria, que asumió el poder directo en 1858, prometió introducir reformas institucionales para preparar a los indios para su autogobierno y sometió a la sociedad india a una nueva clasificación feroz.

ISBN: 978-607-628-269-4



C EL COLEGIO
M DE MÉXICO